

Novela

LAS REJAS DEL CALABOZO ESTAN SEMBRADAS EN EL JARDIN

Rejas multitudines, Luis Mercus

A Venezuela, mi otra Patria,
con devoción

1

Otro caso.

Todos se parecen; es porque todos nacen igual; y todos, sin embargo, son diferentes.

Aunque hayan nacido del mismo huevo.

?Por dónde comienzo este informe?... Aquiles Rodríguez, 15 años. Esto no dice ni lo que una cédula de identidad. Hay miles de niños de quince años que se llaman Aquiles y no son de la misma madre, ¡cómo van a ser!; y unos tienen padre y otros no; y unos tienen un tío y otros otro, como el tío Raúl; unos Aquiles de quince años han vivido al menos un tiempo con su madre, otros ni eso. El chico parece mayor; podría tener muy bien los diecinueve; se le ve macizo, y sin embargo ese bulto tiene su aire dentro, porque es liviano como un corcho; esto de la liviandad no se ve fácilmente, hay que llegarla a tocar con la mirada. Y además no tiene cara; o no se le ve, porque la huye. Hay niños así, a los que hay que buscarles por dentro. Vamos a ver estas notas... ?dónde está el muchacho?... Uno, con tener unas notas a lápiz, una ficha, cree tener a un hombre completo entre sus manos,

2

y no está; en estos garabatos no tengo a nadie. Tengo que reconstruir a ese muchacho de carne y hueso, y de alma (sobre todo el aliento) que acaba de estar aquí; y no me sirven estas notas a lápiz, ni me servirían si estuviesen hechas a máquina; ¡menos!...

Lo tengo que recrear, soñar de nuevo, a lo divino.

Llegó decidido y se sentó. No pidió permiso siquiera, sino que se sentó y me miró; no como quien ve un animal fiero, temible, no, sino como quien ve a una pieza a la que él puede disparar; no sé si con una piedra o con la flecha de una cerbatana o una escopeta de matar indios, pero me mira como alguien que tiene alguien a tiro.

Y se ata instintivamente un botón de la camisa.

No sé por qué lo ha hecho; sé que este muchacho no se siente desnudo delante de mí; Aquiles no le tiene miedo a ponerse en pelota delante de un juez en un tribunal; con el reto se crece, se hincha, ¡se hincha!... Se ata el botón de la camisa y mira a un cuadro de Bolívar que tengo encima de mi cabeza; él no ve al Libertador, estoy seguro, sino que me ve a mí, ¡ahora me ve de General!

Este muchacho, se ve, no tiene el menor control de la atención.

Esos ojos están afilando algo; yo, que estoy viéndole la luz del ojo, sé que me puede disparar, y me siento despojado, desarmado; tengo armas archivadas en mi cabeza que me permiten mandar en mis pies, en mis dedos, en los músculos de mi cara, ¡miles de armas disponibles para desarmar a este niño mudo, salvaje, pero no puedo, y no quiero, disparar; no puedo desbocarme contra este niño desvalido y prepotente con un relámpago en mis ojos o con un falsete de voz tonante, a la manera

de algunos curas sin fe; lo último que haría sería aprovecharme de que tengo a Bolívar en la cabecera mirándole severamente, respaldando mi autoridad, como presumen algunos patrioterros. ¡Si, precisamente, el que está más armado es el que tiene que sentirse más seguro y el que debe estar más lejos de la tentación de usar sus armas para herir!... Ahí está Aquiles con dos puntos de luz vivísimos, rígidos, en los ojos, mirando a Simón Bolívar y viéndome a mí. Le pregunto por su edad, y me la dice, como en un desafío. El sabe que es un menor, y que le amparan todos los derechos, y que no debe nada a nadie. Me dice que nació aquí, en Caracas. ¿En Caracas?, le pregunto yo. Y él me dice que sí, que nació en los cerros; ¡como si los cerros fuesen Caracas! Y le pregunto en qué cerro. El no le sabe el nombre; eso es arriba del Manicomio, es un barrio sin bautizar. Le pregunto si ha subido allá algún cura, y me dice que no; y ¿alguna dama de la sociedad?, y me dice que tampoco; y ¿político?; no; ¿y universitario?; sí, para una "preguntadera" una vez; debe ser una encuesta. En alguna de estas encuestas y en otras muchas estadísticas debe estar Aquiles Rodríguez sin un nombre, sin un signo personal, sin siquiera uno de estos ojos que acaso están viendo ahora al Libertador como a un lejano e ilustre abuelo don Simón que monta a caballo en la Plaza Bolívar y mira retadoramente desde cualquier retrato subido a los muros en todas partes, algo suyo lejano y fuerte que siente Aquiles que lo sigue, que lo sigue con la mirada, sin querer perder su tastro, y, sin embargo, sin saber en su buena fe que él, Aquiles, ya anda embojotado con gentes y cosas, para que no se le vea

el hambre, porque ya es un promedio, una medida, a quien toca miles de bolí-
vares al año y tres cuartos de nevera y medio televisor y por lo menos un
traje al año, lo que sea, además de sus buenos kilos de carne y su buena
harina para arepas y bollos de pan fresco y no sé cuántos kilos de azúcar
y dulces, y cajetillas de cigarrillos y casi un cuarto de carro americano y
la gasolina para ponerlo a andar por esas carreteras y autopistas que le
pertenece, y petróleo, ¡bastante!, ¡un chorro así!, además de un padre y
una madre, por lo menos, y que el día que lo llegue a desempatrañar se
le puede enredar un machete entre los dedos, porque siempre hay gente
dispuesta a juntar ese fuego a su propia hoguera destructiva de fanático.

Y esos ojos de Aquiles son de los que apuntan al aire y dan
justito en el entrecejo, ¡otro hueco para la gusanera!

Pero hoy por hoy, y gracias a Dios, y a las tinieblas, a ese Aquiles
que mira y no ve lo tienen metido, discretamente archivado, en las
hileras prietas y disciplinadas de las estadísticas; ¿y quién lo va a
descubrir allá, si ni él mismo se reconocería vestido de número,
aunque ese disfrazado sea este mismo Aquiles Rodríguez de quince años
que estuvo aquí hace un rato: retaco y sin embargo livianos como un
tapón de garrafa de agua.

A este corcho le estoy haciendo las preguntas.

Como este hombrecito está ya tensando su arco y se resiste a decirme
dónde queda su casa, que acaso es por la pena (¡absurda!) de que es
un barrio que no tiene nombre, le digo que no importa dónde queda su
casa, que eso es lo de menos. Pero él se me crece, sorpresivamente, como
un gallo, y me dice que a ver por qué pregunto, si no importa. El mocito
es atrevido, y, a la vez que huye la mirada, sabe ser arrogante. El
mocito es hasta impertinente. Y a la cara le asoma, ahora que lo pienso,

ahora que lo sueño, una nariz como un pico chingo. Es una nariz redonda, con los huecos dilatados. Pero no me puedo molestar con él; yo me concentro en el botón de relajar que he ido fabricando en la cabeza, y se me va soltando en cadena la madeja de mis nervios; es un acto de fortaleza que él no puede comprender, ni siquiera imaginarse que existe.

El chico está armado, se cree fuerte; y me ve desarmado, con los flancos desguarnecidos y hasta desmantelados. Ahí, en esta aparente debilidad mía, está su debilidad y está mi fuerza.

Claro, él no lo sabe.

Yo le digo, como quien explica, que no, que esto no es una cárcel; que esta casa es como un refugio donde llegan muchachos como él, que quieren aprender a ser hombres. El me dice que es hombre también. Yo le digo que sí, que cómo no va a ser él hombre; que sí, y que, por eso, aquí le vamos a enseñar a ser mejor, a ser un hombre de bien. El mocito se calla; sin bajar la guardia, pero se calla. Y le pregunto por su familia. El vive con su hermana. Le pregunto entonces a ver qué hace su hermana. Me dice que trabaja. ¿Dónde?... Le brinca el gallo sobre la cabeza otra vez y me dice (como dice lo que tengo apuntado aquí, en el papel):

"¡Usted sí pregunta, doctor!"...

Yo le digo suavemente que sí, que estoy para eso, para preguntar; a ver por qué cree él que yo hago muchas preguntas; y él me dice abierta y sinceramente:

"¡Porque pregunta usted mucho, demasiado, doctor!"...

¡Ya es mucho abrirle a este hombrecito la mirada!; me han dado ganas de reír; pero no puedo, y finjo estar de acuerdo, porque yo estoy mejor armado para fingir, y le digo a ver por qué, en lugar de hacerle yo las

preguntas, no me cuenta todo él mismo. Y el mozo reacciona bien; me dice que sí; "cómo no, doctor", que él me lo cuenta todo. Yo me lo quedo mirando con simpatía, esperando, y él abre sinceramente los ojos (!el hombre es complejo!) y me dice: "Pero... ¿qué le cuento, doctor?. Yo le digo que él me debe contar todo, de dónde es, con quién vive, qué hace y cómo lo agarraron robando en el abastos... Aquiles me dice que sí, que lo puede contar todo, pero que yo le tengo que prometer primero que no le voy a hacer nada. Yo le digo que no, que no tenga miedo, que soy un médico y que estoy haciendo todo esto para ayudarlo...

"¡Ah, sí!", me dice, "eso es de la sicología, ¿no?!"...

Yo le digo que sí, que es eso, y que dónde ha oído hablar él de estas cosas. Me dice que en el cine, que él ha visto películas donde los médicos hacen preguntas así a los criminales; y me dice aún, como preguntando, a ver si él es un criminal. Le digo que no; que gracias a Dios... He soltado a Dios sabiendo que esta piedra, en ese pozo, puede despertar de la nada unas ondas concéntricas; y compruebo que Dios, que podría haber sido una forma de la conciencia, no le dice nada. Como si digo Trigonometría o Caleidoscopio o Everest. Estoy seguro que decir María Lionza o Diablo hubiese hecho más. Le pido de nuevo que me hable de sus padres. Y me confiesa que él no ha nacido en Caracas (y se me ríe, por dentro, de mi credulidad, y es verdad que este muchacho es imprevisible) sino que lo trajeron de Lara cuando todavía era pequeño; de Cujicito; luego, aquí, en Caracas, digo, en ese cerro, se murió su mamá, y el viejo se fue, él no sabe a dónde, con una mujer. Quedaron Rosa, su hermana, que ya tiene "como veinte años", y Josefina, que "anda por los dieciséis", él, que ya cumplió (!pareciera que los ha cumplido hace siglos!) los quince años, y me dice también que está Robertido, que tiene nueve. Yo le pregunto, para confirmar el dato, si son cuatro los hermanos, y él se me insolenta otra vez

7

desde las aspilleras relampagueantes de sus dos ojos, ¡a ver si no sé contar! Yo le digo que quería estar seguro. El lo está; ¡no hay más que ver flotar a este corcho! Yo, entonces, para mantenerlo a flote, le digo que estoy muy contento por la manera en que me está dando la información; y le digo que me diga más...

"¡Más!"...

Hombre, le digo, un poco más; ¡podría haber un tío, ¿no?!... Y acerté, porque me dice que sí, efectivamente, tienen un tío; con tan simple y casual descubrimiento acabo de desmatar, ¡cómo son las cosas!, todo un flanco de Aquiles. ¡Tienen, claro, un tío!... Vivía, o acaso vive aún, en el Guarataro. Le pregunto si hace mucho que no lo ve, y me contesta que sí, que añisimos; ¿por qué?; cree que tuvo un pleito con Rosa; ¿con Rosa, su hermana?; y me dice que sí, que a ver qué otra Rosa puede haber. Yo insisto en saber por qué pelearon, y él dice que no sabe. Yo sé que sabe y le estoy rodeando y lo hostigo; sin violencia, pero voy buscando el frente a esos ojos que huyen cuando no quieren dar la cara a la verdad; entonces Aquiles me confiesa que es porque su tío quería acostarse con ella; yo insisto a ver si Rosa no quería; Aquiles se indigna, no contra mí, sino contra su tío (¡que ya es una conquista!) ¡y a ver cómo va a querer eso Rosa, si él es un viejo!; y me pregunta él a mí, ¡a ver si no me doy cuenta de eso! En este momento Aquiles me está midiendo a mí, mi calibre moral. Yo estoy con él y le paso mi brazo sobre el hombro sin tocarlo, con sólo la palabra: "Eso- le digo- que es viejo, y además es su tío!". ¡Ya somos aliados, salté la tranquera, estamos ya en el mismo bando!... Pero no me quedo ahí; sino que aprovecho esta ola para seguir en la misma dirección de su conciencia, y le pregunto cómo se llama ese tío. Me dice que Raúl. Raúl, ¿qué?, le pregunto. El dice que Raúl Fernández... Y yo espero, y le digo: "Fernández...." entonces es hermano de"... le dejo los puntos suspendidos en el aire, para que él se enganche en ellos; pero él me mira sin comprender; y yo insisto entonces: "Hermano de tu... ¿qué?... ¿tu mamá?"... Y a él, al chico, le sale de su boca, una boca de labios finos, que: ¡no, de su

mamá no, porque ella lo que se apellida es Rodríguez!". Entonces, y nada más que para sacudirlo, le digo que vamos a ver: ¿él no es Aquiles Rodríguez?; sí; a ver si él se apellida como su mamá; que sí; ¿y el apellido de su papá?; él tuerce la boca: ¿su papá?... ¡qué sabe él de su papá! Entonces le pregunto si ese tío de apellido Fernández es hermano de su papá; tampoco, no es hermano de su papá; yo quiero encontrar en ese pozo quieto algo que ando buscando para ubicar la semilla de ladrón que debe haber en el chico, le pregunto por qué, entonces, ese Raúl Fernández, que no es nada de su mamá y nada de su papá, es tío suyo. "¡No, hombre!", me dice ya molesto, "ése lo que es es un tío que salió por ahí, y que conocía a mi mamá, y que era hermano de un hermanastro de mi mamá"... Y él no sabe cómo, pero sabe que ese Raúl Fernández es tío suyo. ¿Quién le dijo eso? Su mamá. ¿Cuándo? "¡Bueno, pues -se impacienta el chico- eso ha sido desde siempre así!" Está bien. Y ¿qué más familia tiene?; me dice que no, que no tiene él a más nadie en este mundo; y me hace ver en un gesto de hastío terrible, que eso ya es bastante carga para él. Yo le digo entonces que está bien, que lo está haciendo muy bien.

Ya Aquiles está más calmado, y yo también.

Y le pregunto qué hacía su hermana Rosa. El, que estaba tan seguro de tener sólo una hermana Rosa, me pregunta sorprendentemente: "¿quién?.... ¿Rosa, mi hermana?"... Yo le digo que sí, que su hermana mayor. Y entonces él me dice que sí, que ella trabaja. ¿Dónde?... "¡Ah, usted como que volvió a la preguntadera!"... "Habla, habla", le digo. "¡Qué le voy a decir de mi hermana!". Yo le digo que puede hablarme de ella, lo que hace, lo que gana, cómo los ayuda en la casa, lo que él quiera... El entonces arruga su cara de conejo y me pregunta a ver si tiene que decir todo, como si eso fuese un mundo. Y debe ser. Yo, entonces, le despejo el camino un poco, y le digo que me diga lo que él sepa; claro, sólo lo que sabe. "Pues Rosa -me dice- trabaja en la calle y no hace nada en la casa (lo que parece un reproche) porque

la que hace todo en la casa es Josefina (lo que es un elogio); Rosa lo que hace es levantarse muy tarde, ¡como a las doce! (lo que parece un crimen) y luego come, y en la tarde se acuesta otra vez; luego se viste, ¡se viste bien, ¿sabe?! (lo que indica que comparte ese gusto y esa vanidad con su hermana) y luego se va a trabajar; viene muy tarde en la noche, casi en la mañana; y a veces ni viene (lo que parece causarle alguna pena) y esos es todos los días... Eso es lo que hace Rosa". ¿No sabe él, Aquiles, dónde trabaja su hermana Rosa? No, no sabe. Bueno, y la segunda... "Josefina"... Esa, ¿qué hace?... Esta, Josefina, "está siempre en la casa; hace la comida; arregla la casa; ¡todo!... Parece, por el gesto de Aquiles, que este mundo de Josefina es el reverso del de Rosa. Y le pregunto a ver si Josefina no trabaja fuera. "¡No, Josefina nunca ha trabajado fuera!"... Y él, Aquiles, ¿qué hace? "¿Yo?"... Sí, él, Aquiles, ¿qué hace?... El dice que va a la escuela. ¿A qué escuela?... A una escuelita que hay en el bar rí. ¿A qué escuela, cómo se llama?... "¿Cómo se llama?", se sorprende él. Yo insisto: "Sí, ¿cómo se llama?"... "Se llama... 'Andrés Bello'". "No, hombre, le digo yo-ése es un liceo que está en la Plaza Carabobo; 'Andrés Bello' no puede ser". Y confiesa entonces que no, que el "Andrés Bello" no es; pero insiste en que es una de esas escuelas que se llaman "una cosa así". Yo me sincero entonces y le digo que él no va a la escuela. El insiste todavía un rato en que sí, que sí va. Yo le digo que no se lo creo hasta que me diga su nombre; ¡y yo me imagino que esta cabeza de conejo es capaz de saberse los nombres de todas las escuelas de memoria!... Entonces me confiesa que él, "seguido-seguido" no va a la escuela; que va de vez en cuando. "¿Cada cuánto tiempo?", le pregunto yo. Y él dice que no sabe, que él no sabe eso; así, de vez en cuando. Yo le digo que yo sé que él no va a la escuela. Y entonces me confiesa que es verdad, que él no va a la escuela. ¿Por qué?... No sabe, él no sabe por qué va. El empezó a ir a una escuela de "Fe y Alegría" que hay en el barrio; y

después, cuando se murió su mamá, se fue quedando en la casa, y, ¡además!- acaba de descubrir algo- ¡tenía que ayudar a su tío!... ¿Qué tío?... "¡Qué tío va a ser: Raúl; ¿no se lo dije antes?... Yo es que se le olvida!"... Yo le digo que sí, que a veces se me olvidan las cosas; por ejemplo este tío; y le pregunto entonces que qué hacía él para ayudar a su tío, y Aquiles me cuenta que su tío Raúl vende lotería, y que él tenía una niñita de dos años en la casa, Judit, y que él la cuidaba mientras su tío se iba con sus quinticos a venderlos a Caracas; ¿una niñita de dos años?; ¡qué de raro tiene eso!; no, eso no tiene nada de raro, ¿pero por qué se la cuidaba él a su tío Raúl?; guá. ¡porque no le podía dejar sola en la casa!; ¿y su mujer?; ¡qué mujer!; la mujer de Raúl, la mamá de la niñita; ¡yo no comprendía, es que su mujer, la mujer de Raúl, se había ido con otro, ¿comprendía yo eso!; sí; bueno, entonces su tío se había quedado con la niñita en la casa, y él iba a cuidársela, ¿comprendido?; yo le dije que sí, y le pregunté que qué hacía él todo el día con la pequeña en la casa; y él me explicó, como quien explica a un niño, que él le daba el tetero a la niña, y le cambiaba cuando se hacía sus cosas en la pantaletica; ¿y su tío le daba algo por eso?; ¡sí, le daba dos bolívares diarios!, ¡y la comida!, la comida también; y ¿a qué hora regresaba él, Aquiles, a la casa?; eso dependía, a veces se iba temprano, como a las siete, y otras veces se iba al cine y salía tarde, y regresaba a la casa como a las diez; ¿cuando no iba al cine?; cuando no había cine, ¡porque en el barrio daban muchas películas repetidas!, a veces se compraba un sandwich, y se iba un poco con los amigos; ¿a dónde?; a ¡muchos sitios, por ahí!; ¿dónde, por ejemplo?...; no sabía decirme, ¡había tantos sitios!...; y, ¿qué hacía la noche que lo agarró la policía?...; ¡él!?...; sí, Aquiles Rodríguez, ¿qué hacía aquella noche?...; nada, él estaba esperando que saliese su amigo; ¿de dónde?...; "de allá"; ¿de dónde, de un abastos?; sí, era de un abastos; ¿cómo se llama su amigo?...; José Armas; ¿y qué hacía José Armas allá

dentro del abastos?... robar; ¡ah, eso es lo que hacía su amigo José Armas dentro del abastos, y él, Aquiles Rodríguez, lo sabía, y lo estaba esperando, ¿no?...; sí, eso era así, él no decía que no, pero tenía que recordar yo, que era médico, que le había prometido no pegarle ni hacer nada, ¿no?...; yo le dije que sí, que iba a cumplir mi palabra, y que quería que él la respetase también mientras viviese allá, ¿no?; Aquiles dijo que sí; bueno, le dije yo, ¿por qué robaban?; él me dijo que eso era porque no tenían qué; que no tenían qué cosa, insistí yo; que no tenían qué comer; yo le pregunté entonces si no le había dado de comer su tío Raúl, y si no le había dado tampoco los dos bolívares que le regalaba todos los días; él se extrañó, y se le pararon las orejas, como a un conejo, y me dijo: "¡el tío Raúl!"...; yo le pregunté por qué se extrañaba de que yo le preguntase eso; y él me dijo ¡que hacía tiempo, ¡añísimos!, que su tío Raúl no le daba nada porque no le dejaba ir a su casa!; ¿y no me había dicho él que iba a cuidar a una niñita que tenía su tío en la casa, y que por ese trabajo le daba de comer y de cenar, y, además, le regalaba dos bolívares?... ; ¡ah, eso era antes!; ¿cuándo, antes?...; ¡antes de que se enojara con Rosa!; ¡ah, bueno!, perdí esta vez; y ahora si no iba a casa de su tío Raúl, ¿qué hacía durante todo el día, de vago, en la ciudad?...; nada, él no hacía nada, sino estarse con sus amigos; "¿José es tu amigo?"; ¡claro!; "¿y tienes más amigos"... ; ¿más?; Sí, si tienes más amigos?...; sí tiene; ¿cuántos?...; otros dos; ¡pero ellos no estaban en esto!; pero ellos sí habían estado en otras...; ¿en otras... qué?; en otros robos...; no; ¿nunca?; ¡nunca!; bueno, está bien, le digo, y le pido que me diga algo acerca de su hermanito; bueno, Robertico está siempre en la casa, con Josefina; ¿no va a la escuela?...; no, jamás; ¿por qué...; ¿y a qué va a ir a la escuela?...; hombre, a estudiar...; ¿a estudiar qué?; hombre, tiene que aprender algo, para poder trabajar después y ganarse la vida; ¡eso se puede hacer sin estudiar!; ¿sí?; ¡claro!; ¿quién

conoce él que trabaje así, sin haber estudiado antes?...; su tío; ¿su tío Raúl?...; ¡claro, ¿qué otro tío tiene él, ah?!; ¿el tío Raúl trabaja?...; ¡no me ha dicho antes, y más de una vez, que su tío Raúl vende lotería!; ¿y eso es trabajar?; ¡claro, ¿qué es, entonces, trabajar!?!; hombre, trabajar es ser mecánico, por ejemplo...; ¡entonces sólo ser mecánico es trabajar?!; no, sólo mecánico no...; ¿entonces, vender lotería no era trabajar?; "bueno- le digamos a dejarlo aquí, vete donde llegaste esta mañana, pórtate bien con el grupo; atiende a los maestros; atiende a los que te pidan que hagas algo, así estarás mejor, no te faltará de comer, y tendrás cama, y te respetarán todos, ¿entendido?" "Bueno", me dice él; y se levanta ahí mismo...; todavía lo estoy viendo, decidido, tieso, con cara de conejo, retaco, sólido y leve a la vez, como un tapón de garrafa, y desaparece detrás de esa puerta.

Ya hace rato que no está.

Estoy solo en el despacho. Está Bolívar, presente en algo más que el cromo, lo siento así. Este es el informe que va a abrir el expediente de Aquiles Rodríguez.

2

-?Y Aquiles?...

Josefina está sentada, está cosiendo un pantalón; ella, cuando oye a Rosa que pregunta, no se mueve, pero dice:

-?Aquiles?, no está.

Parece que no hubiese pasado nada, y que su hermano estuviese en casa de Ramón, que es vecino suyo, o se hubiese ido al cine con Robertico; parece que en aquella casa, que es un mamposte de latas, tablas y sacos de sisal, que en aquella casa, digo, no se hubiese movido nada desde la víspera. Y, sin embargo, Josefina, que es tan decidora y tan fácil de sonreír, no levanta la cabeza.

Rosa insiste:

-Se fue?...

-No- responde Josefina otra vez- no vino.

Otro silencio. Y Josefina quieta por fuera, con el sólo mover de los dedos que están cosiendo un roto en el pantalón de Aquiles.

-?En toda la noche?...

-En toda la noche... -Josefina entera, y luego es ella quien pregunta- ¡Y dónde has estado tú en toda la noche?

-!?Yo!?...

-Rosa, que está de pie, siente en su cara todo el coraje contenido de su hermana, la que tiene en sus manos ahora quietas el pantalón de su hermano; y le duele la mejilla y le escuece la cara; de aquel manotazo de las palabras; y le brota fuera, como un rebase, lo que no siente, ¡de veras!; pero algo después de aquel sopapo le tenía que salir, y le dice: -?a tí qué te importa?...

Josefina sabe muy bien que ha herido hondo en alguna parte de su hermana, y eso mismo la aquietta un poco; y dice, como si de veras su hermano Aquiles estuviese en ese momento jugando con Robertico en la placita del Manicomio, que es un cerco de ranchos:

-No, como preguntas por Aquiles...

Rosa sabe que aquel frío que le hieló la sangre a Josefina lleva un dolor dentro, y quiere saber qué pasa; pero no se atreve a reventarle nada, porque acaso el dolor es otro, y suelta, como los pescadores echan sus redes a veces al azar, para ver qué cojen:

-?Y qué tiene que ver una cosa con la otra?...

Josefina, que se la ve así, como de piedra, pero que está toda despierta y crispada por dentro, dice como quien no dice nada:

-Sí tiene que ver.

-?Por qué?...

-Porque sí, porque todo está embojotado en lo mismo.

-?Embojotado?

-!Claro!...

Y las rebeldes fuerzas de Josefina han comenzado a liberarse con el grito.

Rosa conoce ahora dónde es, y es donde ella más esperaba, y más temía; pero no se puede ella rendir de un golpe, y le dice:

-Entonces, porque yo no he venido en toda la noche no puedo preguntar qué es de Aquiles...-y la angustia de esperar se le ha disuelto, como una gota de sangre en agua; y espera que su hermana levante la cabeza de aquel pantalón azul raído de su hermano; pero no, y oye, casi ve, que le salen a Josefina las palabras contra la tela y rebotan en los pliegues:

-Puedes preguntar, ?cómo no?...

-?Entonces?

Pero Josefina no la mira; y habla como si estuviese diciendo algo para ella misma, rezándole a alguien:

-Pero la respuesta está en eso mismo...

Rosa sabe que el rezo es con ella, y le pregunta:

-?En qué?

En aquel pedacito de rancho donde son testigos una batea y un cajón de embalaje (con frascos y una lata que dice "Azúcar" y otra que dice "Café" y un paquete de galletas y un pedazo de pan) que es la despensa, y una mesa

que mira desde su ojo vacío de cajón, y dos sillas, y el banco donde está sentada Josefina, que es quien mantiene toda esta pobreza tan limpia; en esta cocina, digo, se comienza a oler un sabroso olor a caraotas que han comenzado a hervir; y Josefina se levanta, y dice:

-En eso, chica, en que tú no sabes porque no estás...

Rosa ve que la cosa le está llegando por donde ella sabe desde siempre que puede venir; y ve que su hermana prueba el caldo de las caraotas y que le pone una pinza de sal, y entonces le suben por el corazón, hasta la boca, las ganas de decirle a su hermana la respuesta que se calla desde siempre ante la pregunta muda, llena de silencios, que le tiene Josefina montada en sus ojos, esos ojos grandes y negros que parecen estar preguntando algo siempre; pero sólo le dice:

-!Y tú sí estás!

Josefina sabe ya lo que va a contestar:

-Claro, ¿no me ves?... Yo siempre estoy aquí,

Y Rosa sabe muy bien lo que está diciendo su hermana, pero pregunta:

-?Y qué quieres decir?

Josefina sabe que hay veces que decir más cosas no ayuda a nada, y suelta:

-Nada, chica, nada...

Rosa toma aire, y hace la misma vieja pregunta con un aire nuevo:

-?Qué ha pasado a Aquiles?

Y Josefina, aunque su hermana crea que aún está guardándole algo dentro, le contesta la verdad:

-!Y yo qué sé!

-El viene a la casa todas las noches, ¿no?

-Claro- y ya Josefina se sienta y se pone a coser el pantalón azul otra vez; y es cuando Rosa se arriesga a andar todo el camino:

-Anoche no vino...

-No.

-?Y por qué no vino?

Y ésta, que es una pregunta sencilla, sin intención, revienta las palabras recién contenidas de Josefina en su garganta:

-!Eso he estado pensando yo toda la noche sin dormir!... !?Me oíste?!...!

Ya la herida está abierta, y a Rosa, con sólo ver sollozar a su hermana, le falta el aire; pero se tiene que defender:

-!Y por qué me gritas así?!

-!Te grito, porque mientras yo estoy acomodando la casa, mientras estoy comprando la comida, mientras estoy lavando la ropa, mientras estoy cuidando de Robertico, mientras estoy esperando en la noche a Aquiles, a que llegue Aquiles a la casa, tú estás durmiendo en esa cama, o estás puteando por ahí!...

Ya la palabra mágica, la que ha estado escondida durante tanto tiempo entre las latas del techo, entre las tablas de embalaje de las paredes, en la cocinita de kerosén, en el cajón de las provisiones, entre los huecos del suelo de cemento y tierra, guindada del bombillo, pegada a la cortina verde con tiras amarillas; esa palabra prohibida que nadie se atrevía a pronunciar, se ha dicho.

-!Cállate!...

Pero ya no hay nadie que pueda recoger ese puñado de semillas y de polvos de colores y de hormigas y de plumas y de polvos de pimienta y clavo y de papelillo y de goma quemada y de gotas de permanganato y yodo y de colillas y de tierra y de ceniza y de migas de pan y de pájaros y de lagartijas y de incienso, que parecía que no cabía en una mano, !qué va!, pero que si caben,

y que al conjuro de la palabra se han esparcido, pegado, dispersado, desparado, derramado, diseminado y metido por todos los mil huecos de la casa, que es un rancho.

Ya es tarde ahora para recoger todo eso.

-No me callo -dice Josefina con saña- la que tiene razón no se calla; cállate tú, que no tienes nada que decirme... ¡Ah!...

Y Rosa lo venía esperando desde siempre:

-¡Ah, sí!... Y ?!quién te trae la plata todos los días para la comida, y quién paga el alquiler, y quién compra la ropa; dime?!

Josefina lo sabe bien, se lo ha pensado mil veces; ella sabe que ahí no puede pegar muy duro, porque nadie se golpea a sí mismo; pero dice, porque callada no se puede quedar, dice, porque ya no grita:

-Esa plata podría ser más limpia...

Y la que grita ahora es Rosa:

-¡Limpia!... ¡Limpia estaba yo, y estabas tú, antes de que me tirase por ahí!...

¡Limpia!... ¡Y tú- agrade Rosa ahora, y acaso por donde Josefina no se había atrevido a pensar que la iban a golpear- dime tú, pureza arrugada, ¿por qué no trabajas tú?!

Y Josefina que se siente fuerte:

-¡Y yo no trabajo!

-Sí- confiesa Rosa -!pero gana la plata fuera, trabaja más limpio que yo, y yo me quedo en la casa.

Josefina no lo había pensado nunca:

-?Te quedarías tú en la casa?

-Sí, y ¿por qué no?

Josefina siente que no, que no podría, y se lo dice:

-No, tú no te quedas en la casa ni amarrada; ese vicio tuyo lo llevas dentro desde hace mucho tiempo, desde que andabas con el tío Raúl... !No me cuentes tus historias ahora!

Y Rosa sabe que, otra vez, esas palabras no se pueden recoger, que esas semillas quedarán por siempre regadas por todo, como este olor a caraoatas que se está esparciendo por la pieza; y ya no sabe que más decir, y dice lo que le sale, que es las ganas de romperlo todo, de matar:

-!No me digas eso, que te reviento esta olla en la cabeza!

-Inténtalo... -Josefina sabe que no lo va a hacer, y se sabe fuerte- Tú sabes que yo te digo verdad, que yo no miento... -y se da cuenta entonces que su hermana está en el mismo borde, que no tiene ya, donde agarrarse- Y no creas que yo no te quiero, hermana, y no creas que yo no sé que tú no lo haces por maldad... Pero así todo nos va a salir mal, !todo va a salir mal!...

Y Rosa está a salvo:

-Anda, Josefina, no llores...

El puente entre las dos hermanas está tendido, y abierto:

-Y ?qué voy a hacer, si Aquiles no ha venido en toda la noche?...

-?No apareció entonces?

-No.

-?Y dónde puede estar?

-No sé; él viene un poco tarde, pero siempre viene.

-?Quieres que vaya a la policía?

-Vete, vete...

-?Y Roberto?

-Robertico está jugando ahí...

-?Qué hora es?

-Van a ser las doce.

-¿¡Las doce!?

-Sí; anda, apúrate, y mira dónde está Aquiles... ¡Ese muchacho!... Con tal de que no haya sido nada...

3

-¿Qué quieres tú?

-¿Yo?... Que estoy buscando a un hermano mío que no regresó en toda la noche...

-¿Cómo se llama?

-Se llama Aquiles.

-Aquiles, ¿qué?

-Aquiles Rodríguez.

-Rodríguez, Rodríguez... Sí, está aquí. ¿Tú eres su hermana?

-Sí.

-No está mal...

-¡No está mal, ¿qué?!

-No, nada, ¡señorita!... ¿Y qué quieres tú saber de tu hermano?

-Quiero saber ~~ppor~~ por qué está aquí, si está...

-¿Y qué más?

-A ver si me lo puedo llevar para la casa...

-¿Para la casa?

-Claro.

-Pues él, está aquí, está; pero para llevártelo tú a casa ahora, no está...

-¿Y por qué no me lo puedo llevar yo a la casa?

-Porque no.

-Ah, pues... ¿Qué hizo?... El nunca ha hecho nada...

-Será la primera vez.... Pero está encerrado por ladrón.

-¿¿Por ladrón?!

-Sí... Y eso es cosa seria.

-Ah, pues...

-Pero, mira...yo voy a ver lo que puedo hacer por tí, ¿oíste?...

No me oíste...Bueno, eso es cosa tuya....

-Cosa mía, ¿qué?

-Bueno, mujer, yo te digo que voy a ver lo que puedo hacer por tí, y tú no me oyes...

-Yo sí le oigo a usted.

-Entonces, mira, acércate...

-¿Yo no me acerco a usted para nada, falta de respeto!... ¡Usted es una basura, ¿me oyó!... ¡Una basura!...

-¿Qué pasa ahí?

-No, nada, jefe, que esta mujer...

-¡Esta mujer no tiene por qué aguantar una falta de respeto del primer policia que tropiece!...

-Medrano, hágala pasar a mi despacho.

-Sí, jefe...

-Quiere pasar por aquí, señorita...

-¡Más señorita será usted, güebón!

-Ah, pues.... Le salió la grosería, lo que era... ¡putica!

-¡Usted... no me llama eso a mí, que... eso... será... su madre!... ¡¿Oyó?!

-Pero, bueno, ¿qué pasa otra vez?...

-Esta mujer, jefe, que se la da de... ¡no jo!... ¡Y que me está cayendo a carterazos!

-Usted, Medrano, váyase... Pase, señorita, pase... Y siéntese. No se ponga así...

-¡Ese marico es un falta de respeto!

-Bueno, cálmese, cálmese; y siéntese; dígame, ¿qué le pasa a usted?

-Bueno, que yo vine a preguntar por mi hermano, que me dice ese hombre que está preso.

-¿Por qué está preso?

-Ese hombre dice que por ladrón.

-¿Por ladrón?

-Sí. Pero yo sé que no puede ser, porque Aquiles no ha estado nunca preso por eso, y él no es ladrón...

-¿Qué años tiene él?

-Quince.

-¿Quince?... Es un muchacho...

-Claro, señor policía; si es un muchachito.

-¿Y está preso desde cuando?

-No sé; él faltó anoche...

-¿Lo hicieron preso anoche?

-Pues eso es lo que quiero saber; y saber qué ha hecho, y saber si me

lo puedo llevar conmigo a la casa...

-Un momentico, un momentico... Usted es su hermana, y está bien; y yo quiero ayudarla, y está bien; y vamos a ver lo que ha hecho su hermano...

Pero antes vamos a ver lo que hay... Medrano...

-Dígame, jefe.

-Tráigame la relación de anoche.

-¿Detenciones?

-Sí.

-Primero vamos a ver lo que hay, ¿entiende?...

-Sí.

-¿Usted se molestó porque el agente le dijo que usted es bonita?

-No.

-¿No?... Ah, porque si usted se molesta por eso, se tiene que molestar conmigo también...

-No, no me molesté por eso...

-¿Y por qué, entonces?...

-Jefe, aquí está la relación.

-Gracias, Medrano... ¿Y por qué se molestó entonces, señorita?

-No, nada.. ¿Puede decirme si mi hermano está ahí?...

-Rodríguez, Rodríguez..., sí, Aquiles; aquí está. ¿Es hermano suyo?

-Sí, claro.

-¿Me quiere enseñar su cédula?

-Mi cédula?

-Sí.

-Pues, mire, se me quedó en la casa...

25

-Bueno, vamos a pasar por ahí; se da cuenta, señorita, que nosotros también sabemos ser tolerantes... ¿No?... Bueno, este es un menor, y lo estamos llevando al Consejo.

-¿Al Consejo?

-Sí, al Consejo Venezolano del Niño.

-¿Y lo están poniendo preso allá?

-No, preso no. El es un menor ¿sabe?... Y un menor no puede estar preso como cualquier... ladrón, ¿comprende?

-¡Ladrón!?

-Sí, no se alarme, no se enfade, que se va a poner usted muy fea. Su hermano fue detenido por complicidad en un robo.. menor. No se alarme demasiado, que no es nada.

-¿No es nada, y está detenido?

-Sí, claro. A él lo agarraron robando un abasto con un amigo...

-¿Quién es el amigo?

-El que estaba dentro del abasto se llama José Armas.

-¿Armas?

-Sí... ¿Lo conoce?

-No, no lo conozco...

-¿Usted ve?... A veces el hermano de uno anda con gente que uno ni conoce. Pero, bueno, no es nada. A su hermano lo tienen un tiempo en el Consejo, le dan de comer, le dan cama, y lo educan. Ve usted que eso no es tan malo.

-¡Lo educan a palos!

-No, no se ponga así, señorita; lo educan; allá hay siquiátras, sicólogos, profesores de manualidades, de todo; allá su hermano estará dos o tres meses, según, y luego regresa a su casa... ¿comprende?.

26
-Sí.

-¿Dónde vive usted?

-No...

-No, qué...

-No, que no necesita usted saber dónde vivo yo.

-¿Y por qué no?

-¡Porque no, porque no necesito nada de usted!

-¿Nada?... Bueno, ¿y por qué supone que yo quiero algo de usted?

-No sé...

-No, yo lo que quiero su dirección es para chequearla con la que ha dado su hermano...

-¿Y qué dirección dio él?

-No, eso me lo tiene que dar usted, no yo.

-¿Pero qué dijo mi hermano?

-Dígame usted primero, y yo se lo digo.

-Nosotros vivimos en el cerro arriba del Manicomio...

-El Manicomio...

-No, arriba...

-Bueno, arriba... ¿Tiene número?

-No, no tiene.

-Entonces arriba del Manicomio... Hay mucho rancho allá arriba...

-Sí.

-¿Y cómo sabemos cuál es la casa donde viven ustedes?

-Gua... Cualquiera le dice allá, en el barrio.

-Preguntamos por la familia Rodríguez.

-Sí.

-Está bien, señorita. Entonces, no se preocupe por su hermano, que está

22
bien...

-!No me sobe la mano así!

-No te enfades, que no te estoy haciendo daño... Entonces, puedes ir a visitar a tu hermano en el Retén de los Chorros, del Consejo Venezolano del Niño...

-?Cuándo?

-Bueno allá hay un horario; eso queda allá, en Los Chorros. ?Sabes dónde?

-No, pero yo busco.

-Bueno, y si en algo te puedo servir, tú sabes que estoy a tu completa disposición...

-Gracias.

-?Tú sabes mi nombre?

-No, no, y no me hace falta... Adiós.

-Adios, pan de azúcar... !Medrano, haga el favor de acompañar a la señorita!

-!Sí, jefe!

-Adiós, señorita Rodríguez.

4

-¿Cómo te fue la preguntadera?

Aquiles sabe que es con él, pero no contesta; mira aquel desfile quieto de camas dobles de hierro y sigue buscando a alguien con la vista, aunque tiene el oído despierto, porque sabe que aquella boca grande le va a hablar otra vez, lo siente, y es verdad que le dice:

-¿A quién buscas?

-A José Armas.

-¿El que llegó contigo esta mañana?

-Sí, ¿lo vistes?

-Está al fondo, haciendo su cama, porque aquí todo el mundo tiene que joderse y pasar por donde le digan a uno que pase; ¿ya te preguntaron, no?...

Aquiles se siente como aplastado, le agobia la carga de este hombre al lado; sin saber por qué; acaso porque es grande, porque sabe más, porque habla en ese tono confianzudo que es más que tocarle el cuerpo con las manos, ¡joder!, ¡por todo, sin siquiera saber quién es y sin siquiera saberle la

intención; ¡pero ya no se va, sino que no puede irse, que tiene aquel hombre grande delante que le habla como si le hablase un maestro de escuela y el tío Raúl y Rosa y el digepol que lo agarró, todo eso junto, tan hediondo, dicho con palabras que no sólo le entran por el oído, sino que le salpican y le babosean la cara, un asco que no se explica; y lo mira (porque ver ayuda siempre) y lo ve, ¡casi lo toca!, de tan cerca, con sus brazos largos y musculosos, un poco cargado de espaldas, como algunos boxeadores, y un ojo torcido, y el pelo corto, erizado, negro; viste una de esas franelas blancas con propaganda, y un pantalón ceñido y demasiado corto. Le da ganas de decirle que qué le importa esto a él, que apenas lo conoce de verlos llegar esta mañana a él y a José y de mirarles las nalgas como quien ve culo de mujer, ¡baboso!, ¡joder!, y de acercárseles cuando les entregaban la manta y las dos sábanas y la almohada, un momento antes de que los llamasen a él y a José a la dirección, cada uno por su lado, y decirles a los dos, a José y a él, que se llamaba Jesús Villanueva y que lo tenían allá a la orden para lo que se ofreciese; Aquiles no había tenido un tiempito para comentar con José este intrépito cuando ya lo tenía cargándole el hombro otra vez, sin tocarle, porque era que este hombre tocaba a uno el cuerpo con la palabra o con el solo lustre turbio de la mirada, ¡no joda!, y aquí lo tiene delante otra vez, ¡güevón del coño!, y se sorprende él mismo diciéndole:

-Nada, cosas de la familia...

-Ah, sí, ¡primero preguntan a uno por la familia!

-¿A ti también?- ¡porque a este coño había que devolverle así las palabras!

-Claro, a todos.

-Voy a ver si a José preguntaron lo mismo...

-Lo mismo, vale, lo mismo,.. ¡Aquí a todos preguntan lo mismo!...

Y era una ocasión de irse, porque las palabras no salieron para preguntarle nada, sino que fueron dichas para ser dejadas en el aire y las recogiese

cualquiera; ¡pero él, joder, ¡no se queda ^{hans} donde estaba, como si le hubiesen pegado las patas con jalea, y se oye él mismo decir con un acento que no se reconoce: "¿qué tiempo llevas tú aquí?"; lo que le hacía falta al otro para decir: "ya van para los dos meses", y lo suficiente para que Aquiles tuviese que decir: "¿y qué hicistes tú?"; y el otro, Jesús Villanueva, se sintiese aludido para decirse: "¿yo?"; pues, claro, quién iba a ser, porque en la sala, que era larga y alta, una caja algo estrecha, pero enorme, no había nadie más que ellos dos, y sólo ahora estaba viendo a José Armas montado sobre el segundo piso de la cama doble para extender una sábana, y tuvo que decir: "sí"; "yo he hecho de todo- dice entonces Villanueva cargando los acentos con una melcocha pegajosa y caliente- yo soy el hombre más peligroso de todos aquí", y se le queda mirando los ojos, y Aquiles quieto ("¡muévete, carajo!") y el otro, entonces, esperando respuesta, porque así eran las palabras de Villanueva, que envolvía, liaban, sin pedir nada, y Aquiles se ve forzado a preguntarle: "¿qué hicistes, asaltastes acaso un banco?"; no para darle ocasión de lucirse, desde luego, sino al contrario, para ponerle un peine, una vara de saltar muy alta, para que el coño tropezase en el palo y diese la cómica; y Villanueva que dice: "sí, sí"; "¿!!sí!!... y es Aquiles el que pierde el equilibrio y se siente decir dentro que podría ser, ¡que este loco es capaz de asaltar un banco!"; "claro que sí, aquí lo sabe todo el mundo, ¡y con armas!"; "¡armado, y te tienen aquí!"; "claro que sí, es que soy menor de edad"; "¿qué años tienes tú?", y ya Aquiles está encandilado, girando en torno a Jesús Villanueva; "¿yo?, diecisiete"; "¿y cuándo sale uno de eso?"; "¿de qué?"; "de ser menor"; "ah, aquí uno es un niño hasta que cumpla los dieciocho"; "¡entonces yo soy de tetero!", dice Aquiles sonriendo sólo por eso, por sentirse arropado con las palabras de Villanueva, como en el vientre de su mamá, y éste le pregunta: "¿qué años tienes tú?"; "Quince", y espera; y, efectivamente, Villanueva abre aquellos labios grandes y salivosos y dice:

"¿sólo quince?!", y luego se le queda viendo el cuerpo, pero no viendo de ver, sino de camelar, que eso a Aquiles le molesta mucho, y le dice: "pareces más viejo"; y Aquiles se envanece, porque a él no le gusta ser un niño, sino un hombre, y que le dejen entrar a ver cualquier película, y que no lo boten de los botiquines por muchachito, y que no le llamen las mujeres: "mi nené", y que nadie le ponga la mano en el hombro, como lo está haciendo Villanueva ahora, ¡carajo!, y, además, para decirle, encima, como le está diciendo: "pero Armas es más viejo que tú", que eso lo rebela, aunque sea verdad que José Armas parece mayor que él, no más de unos pocos meses, y Aquiles siente, de pronto, la necesidad de que Villanueva oiga esto por boca de José Armas, y lo llama a la otra punta de la sala:

-José, ¿qué años tienes tú?!

José Armas, que no ha oído la conversación, se les queda mirando, buscando un sentido a la pregunta, y dice:

-Dieciséis...

Villanueva vuelve a sorprenderse:

-¿Dieciséis sólo?!...

Y José Armas continúa haciendo su cama; el que contesta la exclamación de Villanueva es Aquiles, quien sigue preocupado por la opinión que puede tener Villanueva de su edad: "nos llevamos unos meses, muy pocos"...

-Dime, ¿qué te preguntaron?

Y es otra vez el interrogatorio, que a Aquiles molesta tanto que lo examinen (porque hay cosas que son de uno sólo) y más si el examen viene de este tipo que ni conoce y le cae gordo, por lo grande y por lo confianzudo y por la mirada, que es como si lo buscara a uno lo sucio dentro, oliéndole el sobaco tocándole el huevo para medirle el tamaño con los dedos y pesándole las bolas con la mano para sentirles el peso, ¡carajo!, ¡todo eso parece sentir cuando le habla Villanueva salpicándole la saliva!; además le sale

loco, le sale guapo, hasta asaltante de bancos!.. Y tiene que decirle algo, porque le sale decir eso:

-No, nada, cómo me llamo, y qué años tengo, y con quién vivo, y qué hacen mis hermanos... eso, ¿y a ti?...

-Lo mismo.

-¿La misma vaina?- y ahora Aquiles siente el deseo de saber qué preguntaron a Jesús Villanueva.

-Lo mismo, la misma güevonada de siempre a todo el mundo, que si la mamá de uno, que dónde vive; que si vive con el viejo, que no vive; y si tengo hermanos, que no tengo; y que si mis abuelos... tú sabes, bla-blá.

-Y ¿qué vamos a hacer aquí?

Ya Jesús Villanueva está sentado sobre una cama, pensando en otra cosa, sin mirar a Aquiles, pero hablando de lo mismo:

-Aquí se vive bien; en estos dos meses engordé como cinco kilos; eso sí, uno tiene que avisparse...

-¿Avisparse?...

-Claro, esas pregunticas que te han hecho a ti y que han hecho a Annas, eso no termina ahí.

-¿No?...

-No, vale... Después te llaman otra vez, y el que pregunta es otro; a veces una mujer, y todos son doctores, eso sí; entonces te hacen las mismas preguntas...

-¿Las mismas?...

-Sí, pero también te preguntan otras cosas.

-¿Qué cosas?

-Pues uno te pregunta que cómo te sientes, de salud, ¿no?, y si tienes algún hermano enfermo, de qué se murió tu papá...

-¿Mi papá?...

-Bueno, de quien sea, ¿comprendes?; te preguntan cosas de medicina; y otros te preguntan otras cosas.

-¿Qué cosas?- ya Aquiles está bebiéndose, ensalivadas y todo, las palabras de Villanueva.

-Bueno, si tienes odio a tu hermana, o si sigues queriendo a tu papá...

-Eso es de la siquiatria...

-Ah, cómo no...

-¿Tú crees que estás loco?- pregunta entonces Aquiles de sopetón.

-¿Yo?!...

-Sí...

-Yo no creo...- y Villanueva está pendiente de Aquiles.

-¡Y asaltastes un banco!

- ¡Ah, pues!- reacciona Villanueva,- ¡y porque asalto un banco estoy loco!?

-Asalto a mano armada, ¿no?

-Sí...

-¡Por eso te pueden fusilar, o llevarte a la cámara de gas!

Y Villanueva rompe a reír con todo su cuerpo, y hasta lagrimea, y se levanta, y mira a José Armas, que está en la otra punta de la sala, a ver qué dice, pero Armas, que está mirando en esa dirección, no ha oído, o hace que no oye, y es entonces (cuando Villanueva ve que Armas no pone atención a lo que está diciendo) cuando deja de reírse y dice a Aquiles, con su mano derecha sobre el hombro del chico, con la indulgencia con que puede hablar un padre a su hijo:

-Primero, que aquí no hay pena de muerte...

-Bueno, aquí no.

-¡Ah!- dice triunfalmente Villanueva- ¡y dónde fui a robar yo un banco, ¡ah!...

-¿Y fuistes a robar un banco de día?...

-Sí...

-¿Por qué de día?...

-Para robar un banco de noche, ¡eso es nada!: abres un hueco, escalas un muro, saltas, pam, y abres una caja, o la vuelas con algo, cualquier cosa, ¡eso es nada!; para lo que hace falta bolas es para robarse un banco en pleno día, ¡el banco lleno de gente, y apuntas con la metralleta, y todo el mundo cagándose... ¿no?!...

Aquiles tiene que decir que sí, pero no lo dice, porque lo que le sale es:

-¡No juegue!... ¡Lo que hace falta para eso es estar loco!...

A Villanueva le brilla el ojo que está viendo a Aquiles:

-¡¿Loco?!

-Claro...

-¿Por qué?... Pero no hables tan duro- y Villanueva cambia sorpresivamente de actitud- no hables tan duro, que aquí nos pueden oír...

-Pero si ellos lo saben todo...

-¿Todo?... ¡Yo te aviso!... -y baja más la voz, y se le acerca a Aquiles, que está con su espalda y un pie apoyados a la pared, y le dice: -Ellos saben lo que les dices tú...

-¿Y tú no les dices todo lo que sabes?

Villanueva contiene la voz, pero no puede menos que separarse de Aquiles y dar una vuelta sobre una pierna y mover los brazos y sentenciar con el dedo índice, disparándole un tiro a Aquiles: -¡No sea usted requetegüevón!...; ¡eso es con los pendejos...!- y mira en la dirección de Armas, pero de pronto regresa a Aquiles, y le dice, volviéndose de nuevo, sigilosamente, en la dirección en que está Armas sentado sobre su cama, viendo un papel; "que no nos oiga tu amigo Armas"...

-¿Por qué?- dice sorprendido Aquiles.

-Porque no me fío de él; porque no, porque uno siente esas cosas, las huele, ¿comprendes?...- y añade en este clima de confianza: -yo me robé

dos abastos antes del banco , y salí bien.

-¿Dos abastos?!

-No grites, carajo... Sí; ¿qué me dices?

-No sé, que no fue mucho, porque tuvistes que robar otra vez.

-No sea usted... buen mozo; eso fue por la política...- y otro aire confidencial más íntimo de Jesús Villanueva, esperando la reacción de Aquiles, y Aquiles no entiende, y dice:

-¿Qué política?

-No, que yo estuve con la FALN...

A Aquiles le sigue sorprendiendo más la revelación:

-¡Con la FALN!

-Sí.

-¿Y ellos saben eso?

-Sí, lo tuve que decir.

-¡Ah, entonces tú también lo dices todo!

-No, ellos supieron que lo último fue la FALN; lo de antes no; ellos no saben lo de los abastos.

-Y ese dinero de la FALN es para las guerrillas, no?

-Para las guerrillas.

-Y, ¿tú robas para las guerrillas?

-Sí.

-¿Tú eres político?

-No.

-¡Y no eres político, y robas para las guerrillas?!

-Es que fue robar por robar.

-¡Robar un banco de día para quedar limpio!- razona Aquiles.

-Te digo que no levantes la voz, carajo; pero te digo una cosa: que no estoy limpio, que aquí, donde tú lo ves, este coño tiene su platica

escondida; eso no se lo puedo decir a nadie, ¿comprendes?; lo sabe un amigo mío, que es mi hermano, y tú.

-Y yo, ¿por qué?...

-Por la confianza.

-Y esa confianza, ¿por qué?...

-No sé... Tengo que hablar con alguien, ¿no?

-Sí, claro; pero ¿por qué conmigo?

-No lo sé; son vainas que uno mismo no sabe; uno ve un tipo, y le cae bien, y ve otro...- y Villanueva queda mirando en la dirección de José Armas, y José Armas ya no está, y Aquiles se da cuenta y le dice:

-¿Dónde está José Armas?

-Armas salió hace un ratito; por la puerta de allá; déjalo...

-¿Por qué?... ése es amigo mío...

-Acaso por lo que te agarraron fue por él...

Y Aquiles da un brinco (!lo ha visto saltar Villanueva!), y dice:

-¿Por qué por él?...

-Puede- dice cautelosamente Villanueva- o se habrá chivado en la entrevista- y junta los labios salivosos como gustando un chocolate con su buche de ron ardiente dentro.

-¿Por qué?

-No sé, la cara... Ese carajo tiene cara de soplón...

-¿Soplón?!

-Sí...

-¿Por qué?

-No sé; tú sabes, pura... ¡yo huelo las cosas!...- y se toca su nariz.

-Pues hueles mal- y Aquiles va saliendo (!por fin se despegó de él!)- y José Armas es amigo mío, ¿oíste?...

-Sí, te oí- lo dice Villanueva mientras se sienta sobre una cama- pero también me oíste tú a mí, ¿no?...

-Yo sé lo que oigo, y de quién oigo...

Jesús Villanueva está ya solo cuando dice: "Así tiene que ser".

5

Esta es Josefina, la segunda; acaba de salir.

¿Y por qué no habrá venido la otra a buscar a su hermano?... Yo le pregunté por qué había venido, quién le había informado de que su hermano estaba aquí. "Preso", decía ella, que lo teníamos "preso"; y yo le dije que no, que aquí no teníamos preso a nadie. ¿Quién le dijo que teníamos, y preso, a su hermano Aquiles? Ella me dijo que fue la policía. ¿Y quién fue a preguntar eso a la policía? Pensé que podía haber sido su madre, alguien que no quiso confesar Aquiles; pero Josefina me confirmó que ellos son sólo cuatro, y que no hay nadie más en la casa. Yo pregunté a Josefina que qué quería. Que llevarse a su hermano. Claro, todo el mundo quiere llevarse a su gente; pero ¿a dónde?. A su casa (a eso llaman casa!) Dije a Josefina, que es una muchacha muy serena, que antes de eso había que hacer averiguaciones, que había que saber cómo estaba Aquiles de salud. Josefina me dijo que ella estaba segura de que la salud de su hermano era muy buena. Que sí, que el chico parecía estar sano, y fuerte;

pero que la salud no está sólo en el cuerpo, que hay enfermedades que no se ven, pero que hacen daño lo mismo, a veces más, y que para eso estaba la Casa de Observación para Menores, y que para eso, para dirigir esta Casa, estaba yo aquí. Ella ~~prec~~ió comprender todo. Muy bien. Entonces le pregunté si tenía otra hermana, y me dijo que sí; yo le pregunté si se llamaba Rosa; ella se sorprendió: ¡cómo sabía yo eso! Pues lo sabía, y sabía también que tenían un hermanito, Robertico, que estaba cumpliendo nueve años. Entonces, ¿quién había ido a reclamar al menor a la policía?; que fue Rosa, la mayor; entonces insistí yo acerca del punto de por qué no vino ella, que es la cabeza de familia, a preguntar por su hermano aquí. Entonces Josefina se me enfrentó un poco puerilmente, sin maldad alguna, y me dijo a ver por qué no podía venir ella a buscar a su hermano. Le tuve que decir que eso no me parecía mal, que ella era tan hermana de Aquiles como Rosa, pero que la cabeza de familia tiene siempre una mayor autoridad sobre los menores; que era por eso, y por ~~mas~~ nada, ~~mas~~ que yo le estaba preguntando con tanta insistencia por su hermana mayor. Yo le pregunté entonces a ver si es Rosa la que está al frente de la casa. Josefina me dijo que sí; pero que sólo en parte. Que quería que me explicase aquello. Ella me dijo entonces lo que yo ya sabía por Aquiles: que la que estaba en la casa y se ocupaba de los chicos y de cocinar y de lavar, era ella, Josefina, pero que la que ganaba en la casa era Rosa. ¿En qué trabajaba su hermana?; Josefina comenzó entonces a esconder algo; ya estaba advertido por Aquiles, pero era el momento de ahondar. Josefina me dijo que su hermana hacía lo que podía. ¿Y qué podía hacer Rosa? Bueno, lo que podía. Eso lo sabía yo también, ¿pero qué? Entonces comenzó dando vueltas a contarme un cuento, el cuento del turco. Que yo no digo que sea mentira; debe ser verdad. Porque a veces estos cuentos son verdad. Dice que Rosa trabajaba cosiendo con un turco que tenía, o que tiene aún, una tienda de ropa. Yo le pregunté que qué cosían en la casa del turco, qué clase de

ropa. Jose fina sabe que es ropa, no sabe qué clase de ropa. Rosa trabajó como dos años ahí. Yo le pregunté si ya no trabajaba más con él, con el turco. Ella me dijo que no, que eso era antes. Entonces, ¿qué hace ahora? Josefina se me quedaba en eso, en que ella había trabajado con el turco. Bueno, y ¿por qué salió de la tienda del turco? Por él, por el turco. ¿Y qué le hizo el turco? Un hijo... ¿Un hijo?! Josefina dice que sí; le da pena decirlo, pero confiesa que fue eso. ¿Y qué pasó con el hijo de Rosa y el turco? Nada. ¿Nada? No, el niño no llegó a nacer; sólo fue que se había preñado del turco. ¿Y se preñó del turco y no nació el niño? No, yo debía ir entendiendo todo, paso a paso: resulta que el turco hacía trabajar a Rosa horas extras en la noche; luego, cuando el turco supo que Rosa iba a tener un hijo, le dijo que tenía poco trabajo y que no podía seguir con ella, que no la necesitaba más; "y mi hermana le dijo entonces a ver qué hacía con... aquello, ¿sabe?, con el hijo que iba a nacer"; y el turco le dijo que eso no era cosa de él, que eso era cosa de ella, que quién sabe con quién más había andado ella en todo ese tiempo, que eso podía no ser cosa de él sólo. ¿Su hermana se quedó entonces sin trabajo? Josefina me dijo que sí, que ahí mismo lo dejó. ¿Qué pasó después? Luego se enteraron que el turco se había traído a su mujer, de allá, de su tierra, y entonces Rosa no halló qué hacer, y abortó, de seis meses. ¿Qué hizo Rosa luego? Bueno, los gastos los pagó el turco; por lo menos ahí se portó "correctamente", no se portó "demasiado mal"; pero Rosa se quedó sin trabajo, y también, esta es la verdad de Josefina, sin ganas de buscarse otro. Yo pregunté entonces a Josefina si era bonita su hermana; y me dijo que sí, que muy bonita, y que ésa era su perdición. Bueno, yo vi que la cosa era por ahí, por donde se vacían muchas de estas casas de pobre. Estaba bien, Yo le dije que estaba bien. ¿Qué iba yo a decir a esta muchacha que ya andaba cargada con aquel enorme paquete? Entonces le dije que su hermano estaba bien, que íbamos a tenerlo

△

aquí unos meses, que no sabía cuántos, pocos; que lo estábamos tratando, que le estábamos enseñando cosas, que tenía qué comer y dónde dormir, y que no se preocupase. ¿Por qué se va a preocupar más de lo que está una muchachita de dieciséis años?... Y entonces insistí en que quería ver a su hermana Rosa; que ella era la mayor, que era la cabeza de familia; que quería verla. Ella me preguntó entonces cuándo podía venir Rosa a verme. Le dije que cuando ella quisiese, que yo estaba todos los días aquí. "Bueno", me dijo Josefina, "yo le diré que venga mañana"; y me preguntó luego si podía ella venir en la mañana. Entonces pensé que sí, que será en la mañana cuando está más libre Rosa. Josefina me preguntó si a las once estaría bien. ¡Una hora de ministro! Ahí sí que no la pude complacer, porque yo mañana tengo una cita a esa hora. ¿No podía ella venir a las nueve? Ya vi, por el gesto involuntario de Josefina, que ésa es una hora muy temprana para Rosa; entonces le dije que a las diez. Y así quedamos, a las diez. Luego me dijo Josefina que le gustaría ver a Aquiles. ¿Podía? Claro que sí, le dije. Y la llevé al patio. Acabo de dejarla abrazada a su hermano.

6

-?Y Rosa no está?

-No.

-Y Aquiles tampoco...

-?No sabe, pues, que Aquiles no está?

-?Quién se llevó al muchacho?

-La policía, ¡quién va a ser!

-La policía, sí, ¿pero qué policía?

-No sé; lo que sé es que lo tienen en el Consejo...

-?Qué Consejo?

-El Consejo Venezolano del Niño; ahí lo fui a ver esta mañana.

-?Y lo viste?

-Sí.

-?Qué dice?

-¿Qué va a decir?!... Que él no fue, pero que fue un amigo suyo, un Armas, que se había metido en un abastos...

-¿De noche?

-Sí, de noche; y que había alguien dentro, y comenzó a gritar, y pusieron presos a los dos...

-¿Y ahora qué van a hacer?

-¿Qué va a hacer quién?

-Ustedes...

-Rosa, querrá decir...

-No, bueno, ustedes, la familia.

-La familia, usted sabe que cabeza de familia, como me dijeron esta mañana en el Consejo, es Rosa...

-Claro; ella es la mayor... Y familia también soy yo...

-Sí, ¡cómo no!

-¿Por qué me lo dices en ese tono?

-¡Cómo quiere que se lo diga!

-¿Qué hice yo de malo?

-No, malo no... ¡peor!

-¿Peor?

-Claro... Antes al menos nos ayudaba algo con Aquiles, y el chico estaba ocupado, y hasta de vez en cuando me traía un bolívar...

-Ah, pero tú sabes que ese fue un asunto con Rosa...

-Ah, sí, y porque sus cosas con Rosa no andan bien, deja de ayudar al chico... ¡Ese es el tío que es usted!

-Bueno, es que me dijeron que no querían saber nada más de mí...

-Y es verdad; y váyase por esa puerta, porque si regresa Rosa aquí hay escándalo grande, ¿oyó?...

-Bueno, Josefinita, no te pongas así; es que ella es muy mandona, muy jefa, para ser mujer, ¿sabes?, y desde que tuvo ese negocito con el turco...

[eso se ha vuelto una fiera]

-Fiera es usted, tío Raúl, usted, que no la deja en paz y la ceta y la quiere tener amarrada a esa cama para que... ¡no, hombre!

-No, la cosa no es así, Josefina; ven acá; mira que yo la quiero, o, mejor, la quería; pero es que es muy altanera, es muy déspota; y ella no tiene que ver con nadie, y hace lo que le da la gana... Tú no eres como ella, ¿ves?. Tú eres muy joven, pero ella, Rosa, a tu edad, no tenía el manejo de la casa que tienes tú, y no era tan responsable; tú sí eres una mujer de su casa, como debe ser, y que cuida de los pequeños, y que harás a un hombre feliz, porque...

-Bueno, tío, ¡no se me venga arrimando por ese lado, que ese lado lo tengo yo trancado desde siempre, ¿oyó?!

-No, si no es que te estoy atacando por ningún lado, hija; es que estamos hablando de Aquiles, y lo del chico trajo estas otras cosas, que si Rosa...

-Bueno; váyase, mejor, tío; y que no lo vea Rosa por aquí, que entonces arde este ranchito hasta las latas del techo...

-¡Ya va, ya va, mujer!...

-No, si eso es ¡ya mismo!

-Pero antes, mujer, dime lo de Aquiles, ¿dónde está?

-Allá, en Los Chorros... ¡váyase saliendo!... ¿Sabe dónde queda la parada de Los Chorros, arriba?... Bueno, pues coje esa vía y va bajando hacia lo

que son los chorros de agua, ¿sabe?... ahí mismo es... ¡Váyase saliendo, viejo!... ¡Y no me toque!... ¡Y váyase al coño de su madre, y no se aparezca más por aquí!...

-Adiós, Josefinita...

-Amén.

Z

Estaban en la cola para entrar al comedor; había flotando un olor a pescado sancochado, a plátano frito, a aceite de maní, a café; sabroso; era una cola larga y ruidosa de más de cuarenta muchachos conversando, jugando. Y estaban también, como los demás, los nuevos; nuevos de un día; había que comenzar a entrar por el aro, a ser parte de este circo donde todo el mundo hace lo que le dicen con sólo los ojos o una señal de la mano o un pito, sin siquiera una palabra... Eso pensaba Aquiles mientras avanzaba despacio detrás de José Armas, a la medida en que iban sirviendo el arroz, el pescado cocido, las papas y una naranja, y café, todo en el mismo perol reluciente y con unos huecos como platos para cada cosa; los conocía del mediodía... "¡Qué

47

marico!"... Este fue José Armas. "¿Quién?". "El echón ese"... "¿Villanueva?" "Sí"... Habían hablado de él; ¡y mal!, en la mañana, pero Aquiles no había hecho ningún comentario sobre este punto; porque le parecía que no debía, que aquel asco que sentía por las maneras que tenía de mirar y de hablar Jesús Villanueva era muy de él, muy de Aquiles, y hasta se sentía un poco cómplice de aquel asco; por eso no había dicho nada de esto a José Armas; pero ahora que lo mencionaba su amigo, estaba a punto de decirle que sí, que eso era de maricos mirar blando y hablar baboso... ¡carajo!; y dijo a José Armas, que estaba pendiente de la conversación de Villanueva (cuatro puestos adelante) con un flaco que tenía unos ojos de loco, metidos y oscuros: "¿por qué dices que es marico?"...; "¡Porque me tocó el culo esta mañana, coño!"...; "¿te tocó?"...; ¡como te digo, marica del coño!, y le dije: 'no me toques, coño de tu madre, porque te parto esa cabezota con un palo!'...; "¿y él qué dijo?"; "no, y que no fue queriendo, que si esto que si aquello"...; "¿y no se calentó?"; "¡qué caliente se va a poner esa marica si él sabe que ése es su gusto, coñón!"...; "¡y no me lo dijistes esta mañana!"...; "bueno, no me salió". Y estuvo tentado Aquiles de decirle lo que siente por él, de decirle que le parece que le está tocando el cuerpo con sólo las palabras, pero no lo hizo; no por miedo, ni por pena, ni por nada que se pueda explicar, pero no dijo nada, sino que siguió la corriente a José Armas, que fue haciendo comentarios: que a Jesús Villanueva le gustaban los nuevos, que ésa era su especialidad, y que ese flaco había llegado después que ellos, porque lo había visto entrar con el portero y un policía y lo habían subido a la Dirección... "ese marico es un echón del coño"... Y lo que Aquiles estaba pensando. mientras escuchaba a José Armas y mientras avanzaba en la cola lentamente, es en la razón que tuvo José Villanueva en acusar de soplón a José, y que ahora sabe que es por eso, por lo que pasó en la mañana entre los dos;

Aquiles podía contar a José Armas lo que dijo Villanueva de él, pero no, porque tampoco era cosa de ponerse a pelear el primer día, y, además, eso se le tiene que respetar a Jesús Villanueva, echón y todo, porque había tenido con él la confianza de hablarle de aquellos reales escondidos, aunque hasta puede que no sea verdad!... "José, agarra el perol"... , y ya estaba José recibiendo la comida de manos de Agustina, una negrita limpia, con mandil blanco y cofia azul, que servía sonriente a los muchachos, uno a uno, como consciente de estar saciando el hambre de tanto hijo, contenta de poder dar algo... "¡Agustina!", por aquí, "¡¿dónde están las cucharas, Agustina!?"... , Agustina por aquí, Agustina por allá. Y Agustina contenta, sin dientes, riendo con las encías. Y José dio las gracias, y ella le dijo con esa sonrisa dulce de abuela: "de nada, m'hijo", y siguió José hacia un puesto libre en la mesa larga y ruidosa de risas, de palabras, de sorbos, de cucharas contra metal, de perol contra perol, de masticaciones, y luego se le reunió Aquiles con el plato lleno; y ya los dos tuvieron suficiente con acuparse de la comida.

¡Kumbi Kunduz, leen malaxi gurte!

8

-Buenas tardes...

-Buenas tardes, señorita Rodríguez (~~bueno, de señorita te queda a ti lo que~~
~~a una gallina queda de poder en un corral de gallos, que lo que hacen por~~
~~mañana y todas las mañanas del año, es cogerse la gallina, uno a uno, todos~~
~~porque todos los hombres traemos al nacer, como los gallos, ese instinto al~~
~~bisual, ¡y santo!, de cubrir la hembra; ¡como si a una gallina le preocupara~~
~~su reputación!~~)... siéntese, siéntese... (~~¡no he levantado demasiado~~
~~dañante para ser yo un médico en su función profesional, y le he ofrecido la~~
~~silla de las visitas con mi mano, no por nada, sino porque no he sido capaz~~
~~de hacer otra cosa al ver plantado en la puerta a este hembrón, y lo mismo~~
~~hubiese hecho acaso con una vieja que viene a contarme sus cosas del nieto~~
~~que está en la Casa de Observación, pero el mecanismo de mi cuerpo ha sido~~
~~al oír lo que una máquina electrónica a un botón, los que estoy joven, que~~
~~ya al tocar, ¡y no sé si antes! por lo que uno intuye en el ritmo del paso~~)

~~en la fragancia tenue de la mujer, en algo que uno todavía no ha sabido decifrar, arranca en vértigo; los de natural así...)~~ → usted es la hermana de Aquiles...

-Sí, doctor, yo soy la mayor, Rosa →

~~(Ya sé cómo te llamas, te quería descubrir el secreto, y te estaba esperando, sabía que esos ojos negros tenían que ser algo así, brujos, y que ese cuerpo tenía que pesar sobre esta silla así, de esta manera, casi sin peso, y a la vez ser macizo; son pensamientos que uno no puede evitar; hay quien cree que el oficio médico, y aún más el psiquiátrico, inmuniza contra este casto constante y permanente de la sangre; ¡tonto!, porque es lo mismo que creer que un cura, o al menos un obispo, ya tiene un filtro santo en el ojo o una agnibendita que le refresca la sangre, y no es verdad, porque, con gracia y todo, no se puede dejar de ser hombre entero en la profesión que se elija, cualquiera que sea...)~~ →

→ ...usted quería verme, doctor...

-Sí, sí; yo dije a su hermana, Josefina, ~~(no!, le dije)~~ que me gustaría conversar con usted, ~~(¡qué no me gustaría hacer a mí con este pecado!)~~ → primero, porque usted es la cabeza de familia, usted es la mayor de la casa, y, segundo, porque usted estuvo ya en la policía, ¿no?...

-Sí, doctor, yo estuve allá antier (¡coños de su madre, ojalá este doctorcito, que tiene la mirada dulce, no se me resbale por ahí,...)

-Y sé que no la trataron muy correctamente... ~~(in con el instinto vivo y exigente, uno adquiere, con la profesión, cualquiera que sea, un compromiso íntimo de honestidad, de respeto a quien viene a nosotros desarmado, buscando nuestra protección; y por eso que un médico, y más un psiquiatra, y aún más un sacerdote, ¡cuanto más si es obispo!, tiene la obligación íntima y severa y profunda, de guardar sus instintos para dejarlos libres en otra ocasión, cuando se puedan canalizar sin daño a las personas, que es la manera de respetar a Dios)~~ →

-¿Correctamente?... ¡no!... (~~¡espero que no me vengas arriándote por ese lado!~~
que te doy un carterazo ahí mismo!...)

-Yo comprendo que tuviese reparo en venir hasta aquí, pero yo quiero decirle que no tema nada, ni por su hermano, que está bien- y usted lo va a ver- ni por nosotros, que somos médicos y sicólogos y trabajadoras sociales..., en fin, que estamos para eso, para ayudar a los jóvenes a descubrir esa parte de la vida que es tan importante, y que, sin embargo, ellos no han podido, digamos... destapar por su cuenta, o, si quiere, para hacerles olvidar aquellas partes de la vida que les pesa como una carga, ¿entendido?...

-Sí.

-Y para eso, Rosa, nosotros necesitamos saber del muchacho lo más posible; todo lo que rodea la vida del menor, que en este caso es su hermano...

-Aquiles...

-Sí, Aquiles Rodríguez, que para mí no sólo es un caso, sino una persona; ustedes son cuatro de familia.

-Sí.

-Y les vive su padre.

-¡Yo no tengo padre!

-Bueno, digamos que no cuenta; pero lo tienen... ¿Cómo era él? ¿Lo recuerda?...

-Sí.

-¿Cómo era?

-Malo

-¿Qué sabe de él?

-¡Y eso qué importa!... ¿!Qué tiene que ver esto con lo de Aquiles?!...

-Sí tiene que ver; nosotros tenemos que buscar en todo lo de Aquiles para poder ayudarlo?... ¿Comprende?

-Sí.

-Entonces, dígame lo que sepa de su padre.

-Yo de mi padre no sé; no lo vi nunca.

-¿No me acaba de decir usted que lo recuerda?

-Ese es el padre de Josefina y de los dos chicos...

-No son ustedes del mismo padre...

-No.

-Entonces, dígame del padre de Aquiles, el que usted conoció.

-Sí...

-¿Cómo era, cómo trataba a su mamá, cómo se portaba con ustedes?...

-El era un hombre malo... Nunca me quiso a mí...

-¿Por qué dice usted eso?

-Porque sí, porque me pegaba...

-¿La pegaba?

-Sí.

-¿Por qué?

-Por... cualquier cosa, me pegaba... Un día, yo tenía diez años, fui a un baile, porque eso era en la plaza, ¿sabe?, y nosotras, mis amigas y yo, fuimos a jugar, y anduvimos bailando entre nosotras, jugando, ¿sabe?, y él nos vio, y estaba borracho, y llegó a donde estaba yo bailando, y me agarró por detrás, y me dio un pescozón, y tuve que regresar a la casa con él, aunque no era tarde, ¿sabe?... Y regresé con él, y él me pegó dentro de la casa...

-¿Y su madre no le decía nada?

-No, le tenía mucho miedo; sobre todo cuando venía borracho; mi mamá era muy buena; pero ella no se atrevía a meterse en las cosas de él, ¡qué va!...

-¿Y qué edad tenía Aquiles cuando eso?

-¿Aquiles?... Pues Aquiles tenía cuando eso... yo tenía diez, y yo le llevo a Aquiles 6 años... él tendría en aquel entonces 4 años...

-Cuatro años... ¿Usted cree que se acordará de él?

-No, porque se fue enseguida de eso; como a los dos o tres meses; y Aquiles era muy chiquito todavía...

-¿De qué murió?

-No sé; una mañana se sintió mal, y que era una puntada, y lo llevaron al hospital; luego supimos a la semana más o menos, que había muerto, mi mamá estaba con él, y cuando regresó nos dijo que no era cosa de hablar de eso; yo creo que era algo del hígado; él tomaba mucho.

-¿Aquiles ha hablado alguna vez de él?

-No... Bueno, puede ser que en casa hayamos hablado alguna vez de él.

-¿Y de su madre?... ¿Qué me dice usted de su mamá?

-¡Ah, eso era diferente!... Eso era muy bueno, doctor... Ella era muy buena; siempre estaba pendiente de nosotros, siempre trabajando para nosotros; nunca nos hacía daño ni nos regañaba.

-Y Aquiles, ¿hablaba de ella?

-No mucho... Es que ella se murió ahí mismo, cuando yo tenía doce años.

-¿Doce?... Aquiles tenía entonces seis...

-Seis años; todavía estaba pequeño; él siempre ha sido pequeño, ¿sabe?; después, como a los doce o trece dio un estirón... Bueno, de mamá siempre hemos hablado mucho, eso sí; él tiene un recuerdo de su mamá; pero no sabe cómo era; eso lo sabemos Josefina y yo....

-¿Y cuando murió ella ustedes se quedaron los cuatro solos?

-Sí...

-Pero, vamos a ver, ahora que estoy viendo aquí, en el expediente de Aquiles, su hermano dice que su padre estaba en casa cuando murió su mamá... ¿cómo es eso?

-Bueno, se lo tengo que decir también, ¿no?... Pues había un hombre en la casa, ¿sabe?... sí había un hombre, pero que no/era nada de nadie, ¿sabe?... él era un hombre que tenía engañada a mi mamá, que vivía con ella, ¡de lo que ella trabajaba!.. ¿sabe?... eso era lo que era ese hombre...

-Usted dijo que era un ladrón...

-Sí, y lo era, era un ladrón de todo lo nuestro, ¡de todo!...

-¿Y él robaba fuera también?

-No sé, eso sí no sé; él traía a la casa a veces cauchos, a veces relojes; yo creo que era robado también.

-Y, ¿cómo se arreglaba Aquiles con él?

-¿Aquiles?... No sé; este hombre estuvo poco tiempo en la casa; cuando se murió mi mamá, ahí mismo se fue; y no lo he vuelto a ver más...

-¿Y Aquiles?

-¿Si lo volvió a ver Aquiles?... No sé. Nunca más hablamos de él...

-Usted no sabe si Aquiles se volvió a ver con él, o si durante este tiempo en que el hombre vivió con ustedes ese hombre llevó a Aquiles con él?

-Llevarlo, ¿a dónde?

-Donde fuese, ir con él, salir los dos juntos...

-No, no creo; porque a él no le interesaba nada de lo nuestro, más que mi mamá; para acostarse con ella y para quitarle lo que ganaba lavando ropa, ¿sabe?... ¡Eso era todo!

-Está bien. Sígame hablando de su familia... Josefina, ¿cómo era?

-¿Josefina?... ¿Qué tiene que ver Josefina en esto?

-Tiene que ver todo lo que hay en la familia, ¿comprende?...

-Bueno, pues Josefina es un año mayor que Aquiles; ella siempre ha sido bue-

na, trabaja en la casa, se ocupa de todo... es como si fuese nuestra mamá...

-Y es más joven que usted...

-Cinco años más joven; pero es como la mamá de todos nosotros, porque se ocupa de la comida, de la ropa, del aseo de la casa... todo, ¿comprende?, todo...

-¿Y usted?...

-Yo... Yo tengo que ganar para comer, tengo que hacerlo yo...

-¿Y qué hace?

-¿Usted se lo preguntó a Aquiles?

-Sí...

-¿Y a Josefina?

-También...

-¿Y qué dicen ellos, qué le dijeron?

-Pues...

-Y si se lo dijeron ellos, ¿por qué me lo vuelve a preguntar a mí?

-No se preocupe por eso; si no quiere, no me dice nada...

-¡Se lo voy a decir!... ¡Se lo voy a decir, doctor!... Yo voy a buscarme mi vida donde puedo, ¿sabe?... Yo empecé a trabajar. Primero, cuando murió mi mamá, que lo que tenía yo entonces eran doce años, no sabía que hacer, ¿sabe?, ¡no sabía qué hacer!... ¡Qué va a hacer usted con doce años, doctor, eh, y con una hermanita de siete, un hermano de seis, y otro hermanito que apenas tenía un año!... ¡Qué haría usted, doctor?!... ¿Dígame, dígame!...

-Por lo que me dijo Aquiles, ¿ustedes tenían también un tío, no?

-¡¿Tío!?... Sí, el tío Raúl... Ese comenzó a ayudarnos, eso sí, se lo tengo

que reconocer; él, que venía a menudo a la casa cuando estaba enferma mi mamá, comenzó a ayudarnos, y me daba para la comida... ¡poquito!, pero me daba algo; y para la leche del pequeño, y para nosotros comer algo, lo que se podía; y así, un día se mudó, y que su mujer se le había ido de la casa, y que no tenía casadonde ir, y que él era hermano de mi mamá, y que si esto y que si aquello.... Que no sé qué hermano de mamá era él si ni se parecían ni tenían siquiera el mismo apellido; pero él había sido tío nuestro desde cuando mi mamá estaba enferma, y él nos ayudó al principio, eso es verdad, y luego, pues. se mudó un día a la casa...

-¿Se trajo a alguien con él?

-No, se vino solo; los dos muchachos que tenía con su mujer se los llevó ella; y al tío Raúl no pareció importarle eso mucho...

-Pero él tenía una hija, ¿no?

-No... Ah, pero esa es otra historia... Eso fue después; y yo se la cuento luego... Pero ahora, íbamos en que el tío Raúl se vino para la casa, y él vendía lotería, y me daba todos los días mi diario, que era poco, ¡pero menos era nada!, y que teníamos que comer todos los días... Y luego, un día, nos dijo que se tenía que ir a vivir a otra casa, porque, ...y que la nuestra le quedaba un poco lejos de donde él se ponía a vender lotería, que si tenía que estar allá muy temprano para vender... En fin, que nos contó su historia, y se fue; y venía cada tres o cuatro días, y él nos seguía dando el diario, como antes, que eso sí que es verdad, él nos ayudaba bastante... Pero yo un día supe que no es que había ido a vivir más cerca del trabajo, sino que estaba viviendo con otra mujer en el mismo Manicomio, más abajo, ¡el sinvergüenza!...

-Y, ¿por qué no le gustó a usted eso?

-Porque... ¡no dijo la verdad!... ¡El podía haber dicho que tenía una mujer, y que estaba allá... ¿no?!

-Sí, claro...

-Pero no fue eso sólo, sino que después, y pasaron dos años, y él venía cada vez menos, y la plata que traía era muy poca, y entonces comencé a trabajar, ¿sabe?... a coser... Y ganaba algo; no mucho que digamos, pero algo. Y el tío Raúl se enteró, y vino una noche tarde, como a las doce, venía tomado, ¡bastante!, y despertó a todo el vecindario, y por fin le dejé entrar, y entonces quiso acostarse conmigo, y delante de los niños y todo; y ahí mismo se desnudó, y me rompió a mí mi camisón, y todos viendo aquello, Aquiles y Robertico también, y Josefina, por supuesto, y yo no podía con él, y la gente comenzó a reunirse cerca de la casa, y entonces me callé, porque no podía hacer nada, y apagué la luz y lo dejé acostarse conmigo, que no hizo nada, porque no estaba para hacer nada, ¿sabe?...

-¿Y qué pasó en la mañana?

-En la mañana mi tío se disculpó, y dijo que él no podía vivir sin nosotros, que yo hacía mal en trabajar, que donde hacía falta yo era en la casa, con mis hermanitos... Bueno, que montó su llorona, y se quedó a vivir con nosotros otra vez...

-Y ¿usted dejó de trabajar?

-No; él salía a vender su lotería, y no regresaba hasta la noche; y yo entonces me iba a trabajar y ganaba algo más y así vivíamos mejor... Y él se enteró. No por nada, sino porque veía que yo tenía ropa nueva, ¿sabe?...

-¿Y qué paso?

-Pasó que él me dijo que no trabajara; yo ya entonces tenía amores con el turco, el hombre que me daba el trabajo de coser, ¿sabe?

-Sí...

-Bueno, pues yo le dije que no, que estaba ganando bien, que él no tenía por qué prohibirme trabajar, ¿sabe?, que si no estaba conforme que se fuera...

-¿Y se fue?

-Se fue... Tuvimos algunas peleas, y por eso es que Josefina no lo quiere nada...

-¿Y Aquiles?

-Aquiles sí, porque después que se fue de la casa esta vez, y ahora viene lo de la hija que tenía el tío Raúl por fuera, cuando se fue esta vez él vino a pedirme una noche que dejase ir a Aquiles a cuidar de una hijita de dos años que tenía allá, más lejos que El Manicomio, y que él le daba dos bolívares; parece que la mujer con quien tuvo la niñita se había ido con otro y le dejó esa hembra a él, ¿comprende?...

-Sí, sí...

-Eso es lo del tío Raúl; ya ve que se lo he contado todo...

-Y lo suyo, ¿qué hace ahora?

-Ah, después de lo del tío yo tuve amores con el turco; pero cuando me preñó, el turco se trajo a su mujer, y yo tuve que abortar, de seis meses, ¿sabe?, pero tuve que hacerlo; ¿qué hago yo con un hijo encima, ah?... y tengo mis tres hermanos que tienen que comer todos los días, ¿no?...

-Claro...

-¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar, doctor?

-No sé... ¡de verdad que no sé!

-Pues yo me metí en esto que estoy ahora, en buscarme unos bolívares todos los días, como puedo...

-Y ¿qué le gustaría hacer?

-¿Qué?

-Sí, aparte de eso...

-¡Ya es demasiado tarde para eso, doctor!

-Nunca es tarde; siempre se puede volver a empezar...

-Sí, cómo no... a mí me gustaría casarme, y tener hijos y cuidar de una familia... ¿no?... Eso sí me gustaría.

-Y ¿por qué no trata?

-¡¿Tratar?!... ¡¿Dónde, cuándo, con quién?!... ¡¿No ve usted que ahora que están mis hermanos más grandes, resulta que Aquiles me sale ladrón?!...

-Bueno, tampoco es para tanto... El ha cometido una falta, pero está comenzando, y aún tiene mucho que aprender y él puede llegar a ser un hombre de bien... Tenemos que ayudarlo, eso sí; y usted es para él como si fuese su mamá...

-Sí...

-Usted lo puede ayudar...

-¿Lo puedo ver?

-Sí, vamos a ir ahora; y puede hablar con él, y dígame que coopere con nosotros, que estamos para ayudarlo, y yo haré lo posible para sacarlo adelante...

¿Está bien?

-Sí... Gracias, doctor.

-De nada; vámonos, acompáñeme... por aquí... El está jugando ahora; allá,

¿Ve usted aquellos que están jugando al beisbol?...

-¿Aquellos que están en short?

-Sí.

-¡Están libres!

-Si aquí todos andan libres; aquí no hay barrotes, ni celdas, nada... Tratamos de reorientar sus vidas, y contamos para eso con espacio, como ve aquí, y con médicos, y con maestros, con todo; este es un lugar donde los menores encuentran casa, amigos, maestros, ¿entiende?

-Sí; nunca pensé que habría algo así...

-Ya ve usted que sí hay... ¿Ve a Aquiles?...

-No...

-Aquel que está recogiendo la pelota ahora...

-¡Sí!...

-Llámelo...

-¡Aquiles!

-Ya viene...

-Sí... ¿me dejará usted sola con él, doctor?

-Claro que sí...

-¿Qué haces tu aquí?

-¿Yo?... Vine a ver al doctor, y a hablar contigo...

-Sí, yo los dejo; adiós, Rosa, y venga a ver a su hermano los días de visita, y venga a verme a mí cuando quiera...

-Adiós, doctor... ¿Cómo te sientes tú?

-¿Yo?... ¿No lo ves?...

-Sí... ¿cómo caíste preso?... ¿Nos sentamos en este banco?

-Bueno...

-Josefina estuvo aquí, contigo.

-Sí.

-No le pediste nada; te podía haber traído algo.

-No, no me falta nada...

-No sé, algo que tú quieras...

-Nada. No me hace falta nada.

-¿Te dan de comer?

-Sí.

-¿Bien?

-Sí, mejor que en casa.

-¿Mejor?

-Te digo que sí.

-Entonces, ¿estás contento aquí?

-No. ¿!No ves que estoy preso!?

-Sí, claro.

-¿Por qué no has traído a Robertico?

-¿!A Roberto?!?

-Sí.

-¿!Cómo voy a traerlo aquí, para que te vea preso!?

-!Y qué importa!... Me gustaría verlo...

-Está bien; la próxima vez te lo traigo yo, o Josefina... ¿Qué días hay visita?

-Todos los días, de 4½ a 5½...

-Josefina puede venir mañana...

-Y que se traiga a Robertico... Para eso me dicen que hay que pedir un permiso especial, pero lo puede pedir...

-Bueno... Entonces, te tratan bien...

-Sí, muy bien.

-Suerte que no has ido a la cárcel...

-Sí... Mira, éste que viene aquí es José Armas, mi amigo... Esta es mi hermana, Rosa... A José lo agarraron conmigo....

-Ah... ¿Estaban juntos?

-Sí. Tuvimos mala suerte...

-Y no hicieron ustedes bien...

-¿No hicimos bien?

-No, no lo hicimos bien porque nos agarraron, ja, ja...

-No, no es eso; digo que... ¿por qué tuvieron que meterse a robar un abastos?...

-No me digas eso, hermana, porque yo te voy a hacer otra pregunta...

-No, no me preguntes nada... ¿Quieres que te mande algo con Josefina mañana?... Toma estos veinte bolívares...

-No los quiero.

-¿No?...

-¡No!...

-Tómalos, Aquiles, chico, te los da tu hermana...

-¡No, y no quiero que hablemos más de eso!... ¿Te tienes que ir?... Pues vete... Dile a Josefina que se traiga a Robertico mañana, ¿oíste?... Adiós, y vamos a seguir jugando pelota, José... Hasta mañana, hermana...

-Bueno, adiós, ¿Rosa, dijo?...

-Sí...

-Adiós, Rosa; no se preocupe que su hermano está bien conmigo...

-Adiós...

-Buenas tardes, señorita Rodríguez...

-¿Usted quiés es?

-Yo soy Jesús Villanueva, soy amigo de Aquiles... ¿Usted es su hermana, verdad?

-Sí.

-A mí no me gusta jugar al beisbol, y me quedo por aquí...

-¿Usted también está... aquí?

-Sí, igual que Aquiles.

-¿Estaban en lo mismo?...

-No, no... Yo hice otra cosa; yo asalté un banco...

-¡Un banco!...

-Claro, y con una ametralladora de mano... Pero eso era por la política, ¿sabe?...

-¿Política?

-Sí; no lo hice por robar, sino por eso, para las guerrillas...

-Ah... Bueno, yo me voy, estoy saliendo...

-Sí, ya sé...

-¿La salida es por aquí?

-Sí; la salida está allá, en el portón... ¿Usted entró por ahí, no?...

-Sí, creo que sí...

-No, es que no hay otro sitio por donde entrar, ¿sabe?

-No, claro...

-Salir sí se puede salir por otro lado...

-¿Por dónde?

-Por encima del muro... ¡ja, ja!...

-Eso debe ser muy difícil... ¿Los agarran, no?

-Sí, a algunos sí; a otros no...

-Hay quien consigue escapar de aquí?

-¡Claro!... ¡Yo voy a escaparme, cualquier día!

-¿Usted?

-Claro... ¡yo me voy cuando quiero!... Bueno, mucho gusto; la veré otra vez cuando vuelva a visitar a Aquiles, ¿no?...

-Pues no sé... Bueno, adiós.

-Adiós.

9

Ahí viene el tío, el tío Raúl. Y Aquiles, que está esperando a Robertico, que debe venir esta tarde con Josefina, lo ve. Es un hombre oscuro, con la nariz pequeña, recién afeitado y reluciente, con un sombrero gris, grande, que le entra hasta las orejas, y un paltó también gris, pero muy sucio, que le cae grande por los hombros. Ha pasado por el portón y ha enfilado el camino mirando para todas partes. A la izquierda hay un edificio nuevo, y luego viene en la misma mano, y según avanza el camino, pero en un plano más alto, un campo deportivo espacioso, hasta con una pequeña tribuna sin cubrir; a la derecha del camino por donde avanza el tío Raúl con un paquetico de periódico en una mano, y en un plano más bajo, hay otra hermosa explanada con unas enormes matas de mango y unos bancos; el tío Raúl lo va viendo todo, y buscando a Aquiles, su sobrino, un sobrino que le salió por ahí cuando se murió Carmen Rodríguez, una amiga y medio pariente que vivía en Cujicito junto a la casa donde vivían los

padres de él. Esa Carmen Rodríguez era una mujer como diez años mayor que él, y le gustó siempre; con ser mucho mayor que él y todo le gustó siempre; y le llegó a la casa en Caracas, y la visitó muchas veces, pero para nada, por el solo gusto de verla; ella tenía un hombre en la casa, y tenía los cuatro muchachos, que eran, y la misma Carmen Rodríguez lo presentó así, sus sobrinos. Y así la estuvo viendo de vez en cuando, y llevaba caramelos a los chicos; una simple amistad de gente que ha nacido en el mismo pueblo; más, casi en la misma casa; pero que no era nada de él por la sangre. Y él lo está pensando todo ahora, que viene a ver a Aquiles, que es a quien más quiere de los cuatro, no porque lo quiera pensar, no porque lo busque, sino porque le viene solo. Y le viene a la cabeza Rosa. Su cara, sus ojos, sus labios, sus tetas, todo. ¡Esa mujer es un pecado! Y eso no es de ahora, sino desde que le empezaron a brotar los senos, que fue como a los diez años. Le recuerda el día que fue a verlos en la casa: Carmen Rodríguez estaba en la cocina, lavando, y ella, la Rosa, le estaba pasando unas ropas; estaba con una falda azul, ¡como si la estuviese viendo!, y tenía una franelita blanca, ceñida, con un escote grande; ¡carajo, pero si no tenía entonces los diez años!; y la pequeña, que ya estaba madurando, con más carnes de las que podía caber en aquella ropa, extendía el brazo, delante de él, que estaba hablando con Carmen, su mamá, y se le abría el escote, como una cortina, y se le veía un pecho ya crecido, que se movía entero, pesado, firme, desde casi el hombro. Y él se sentó, no para hablar mejor con su amiga Carmen, sino para verle mejor las piernas a la nena, que ya eran, ¡a sus diez años!, de carne meciza y redonda. Y esa noche, que durmió con Alicia Campos, su mujer, pensó a Rosa desnuda en sus brazos, y desde entonces la llevaba ¡condenada!, metida en la sangre. ¿Dónde andará Aquiles

por aquí?... Entre los que están jugando no y sentado en banco o paseando por entre los árboles tampoco; ¿acaso esté en la casa grande que se ve al fondo?; lo va a ver; y se acuerda de él, de Aquiles, cuando era chiquitico así; siempre ha sido pequeño, y con la cabeza lista para pensar las cosas; y Josefina, siempre tan seria; y el pequeño, Robertico, que ahora es cuando empieza a crecer un poco ese muchachito; y después se murió Carmen, ¡buena mujer, la Carmen!, ¡entera, trabajadora y seria!, con todo y gustarle tanto, nunca se atrevió con ella; ¡es que no provocaba faltarle a aquella mujer!; su hija, Rosa, en cambio, le salió con su cuerpo y sus ojos, ¡pero puta!; él se fue a la casa un día, como otros días, y le dijeron que Carmen había muerto; ¡cómo va a estar muerta esa mujer!; pues estaba muerta; al pequeño lo vio jugando en la puerta, y las muchachas estaban de negro, allá, en la cocina, y le dijeron que Aquiles estaba fuera, con algún amigo; y las vio a las dos, con los ojos todavía colorados y grandes de haber llorado la víspera, que es cuando llevaron al cementerio a Carmen; la Josefina menuda, trabajadora, pegada a la batea, y la Rosa, bonita, hermosa dentro de aquel vestido negro, ayudando a su hermana, que era mucho más joven que ella; la Josefina siempre ha tenido otra disposición, y ahora es cuando ha empezado a brotar, a salirsele la mujer para fuera, y se está poniendo apetitosa, como les gusta a los hombres; la Rosa nació así, y la Josefina, aunque no es bonita y hermosa como ella, se está haciendo mujer ahora; son dos cosas diferentes. Se va a sentar en un banco; ~~porque ni por la casa, a donde se cube, no por una escalera, por donde se sube siempre a la casa, sino por un plano inclinado de cemento, por donde podría subir un carr~~ ~~que no fuera muy grande, por la casa, tampoco se ve a Aquiles,~~ él puede preguntar, y pregunta a una mujer, y ella no conoce a Aquiles, y pregunta luego

a un muchacho, y le dice que sí lo conoce, y que está por allá, que él lo vio hace un ratico, y que espere, que él debe venir a jugar beisbol con ellos en un momento; y se sienta, se sienta en uno de aquellos bancos, bajo un mango enorme, donde cantan las chicharras; porque esta tarde hace calor; y le regresa Rosa a la cabeza, porque a él no se le va ese mujer nunca de ahí; y entonces, cuando murió Carmen, él se brindó a ayudar a los chicos, ¡que tenían necesidad, bastante!; primero venía todos los días a traer el diario, y hablaba con los chicos, con todos, y les llevaba lo que podía, y se acercó más a Rosa, por la edad, que ella podía comprender sus problemas, y también porque le gustaba estar con ella; y él le traía un día una falda, otro día un sostén, otro día unas medias, y se quedaba hasta que se acostaban todos en la noche, y le pedía a ella que los vistiese, que los quería ver puestos; y así se ganó a Rosa, que no era difícil; pero todavía no había nada, y pasaron así unos meses; hasta que se cansó de Alicia Campos, que es con la que vivía entonces, pero que era muy grosera y muy mandona y se le estaba quejando todo el tiempo porque él estaba ayudando a los Rodríguez, que eran como sus sobrinos; y entonces, cuando se cansó de Alicia y la dejó, él contó las cosas a Rosa, y ella, que ha sido siempre muy comprensiva, y Josefina estaba muy pequeña, entonces le dijo que se podía venir a la casa, cómo no, y que no podían negarle techo a un tío, sobre todo cuando ese tío les estaba ayudando tanto a ellos, ¿no?, y así, pues que se fuera a la casa aquel mismo día; y él se fue; cojió las pocas cosas que necesitaba, lo demás se lo dejó a la Alicia, que no hacía más que insultarlo, y se vino a casa de Rosa, que era de ella porque era la cabeza de familia. A él le pusieron la cama, una cama que sacó él

de la casa, con los chicos, en una pieza bastante grande; y en la otra pieza, que estaba antes de entrar a la de los chicos, viniendo por la cocina, que es por donde se entraba a las dos piezas, ahí, dormían Josefina y Rosa, las dos hembras, en dos camas pequeñas de hierro; y él a veces, cuando llegaba tarde en la noche, los encontraba acostados, a todos; entonces, cuando pasaba por el cuarto de las hembras, se acercaba a Rosa y veía si estaba dormida; a veces estaba, y no le decía nada, no se atrevía; pero otras estaba despierta, y él le daba algo que había traído para ella, una peineta, cualquier cosita; y conversaban los dos un rato, y él le acercaba una mano, y ella, a veces, no decía nada, y otras sí le miraba feo; uno, con las mujeres, no sabe cuando es sí y cuando es no. Así pasaron unos días, bastantes, como dos meses, y él sin atreverse a nada; no es que la faltasen las ganas, pero no se atrevía; y, después, la cosa era con Josefina, que a veces se despertaba cuando estaban conversando Rosa y él y se quedaba mirando a los dos, como una lechuza; por eso, que la cosa era difícil, pero no hay nada difícil para una mujer cuando está en celo, y una noche que él llegó tarde se encontró a Rosa en la cocina, haciendo algo; y le preguntó qué hacía, y ella dijo que no sé qué, pero él vio que estaba desnuda por dentro de aquella bata roja con flores que cargaba sobre los hombros y que él no se la había visto antes nunca, y él no le dijo nada, sino que la abrazó y ella se fue dejando, y ahí mismo en la cocina, la cojió sobre el suelo. Así fue al comienzo, y luego eso era todos los días, y ella encontró la manera de llevarse el colchón de su cama a la cocina, y así durante más de un mes, pero luego, ¡las mujeres sí inventan!, inventó que Josefina estaría mejor en un

pasillito que había entre la cocina y el cuarto de las hembras, porque le entraba mucho aire por un roto que había allá, en las tablas, y que ni se sabe si fue ella la que rompió aquella tabla, y así, sin el riesgo de Josefina al lado, comenzaron a dormir juntos; primero, pasando él, Raúl, temprano en la mañana a su colchón en el cuarto de los chicos, y luego, cuando todo estuvo en la costumbre, durmiendo tranquilamente con Rosa, su sobrina; nadie le dijo nunca nada a él; no sabe si Rosa tuvo problemas con su hermana y con Aquiles, que ya entonces estaba grande, pero a él nunca se le dijo una palabra más alta que otra en la casa. Hasta que un día Rosa descubrió que él tenía amores, luno es hombre, al fin!, con una mujer que vivía unos ranchos más abajo que los Rojas; y entonces tuvo que salir; después regresó, y le supo Rosa a todo nuevo, porque esa mujer no cansa a los hombres; pero él supo que, de día, mientras él estaba vendiendo lotería, que le iba dando para comer y para dar de comer a los muchachos de Carmen Rodríguez, supo que de día Rosa iba a trabajar con un turco; y él la celó, y pelearon, y tuvo que salir, mal. ¡Qué se podía hacer? Una mujer, si se da fácil a uno se puede dar fácil a otro. Eso es así... ¿Dónde estará Aquiles, que no aparece? Va a ir a ver a la oficina, y preguntar por él; ~~porque ese muchacho, salir no ha salido; y se levanta del banco donde está sentado, y va caminando hacia la casa que está al fondo, otra vez, y sube por la pendiente sin escaleras, que es por donde le han dicho que se sube a las oficinas, y va pensando que Josefina, la hembra menor de Carmen Rodríguez, es diferente; pero que es rara, y difícil... Y allá, en la oficina, le dicen que Aquiles debe estar allá, que le van a ayudar a conseguirlo; y le acompaña un muchacho~~

y, ~~lo lleva al cuarto de ellos, que es una habitación grande con las~~
~~camas dobles de hierro igualitas, y limpias; allá, en el dormitorio,~~
no está; pero al salir se encuentra con él, y que le dice: "¿Qué haces
tú aquí, tío Raúl?". Lo que no sabe el tío Raúl es que ya Aquiles lo
había visto, y trató de eludirlo. ¿Por qué? No sabe, porque su tío no
es su tío, lo sabe él, y, después, que él ha estado sacando provecho de
Rosa, su hermana, que sabe que tomó ese camino por él, por su tío, (que
no es tío), y ~~también porque él dejó de darle los dos belfvares sólo~~
~~porque se enfadó con Rosa, sólo por eso, sin pensar que ese dinero les~~
~~venía bien a ellos, para ayudarse; y después no apareció más por casa,~~
~~porque él, el tío Raúl, ya tenía otra mujer que cuidase de Judit; por~~
~~eso,~~ que no tenía ganas de verlo. ~~Por eso~~ y ~~porque~~ sabía que aquella
tarde iba a venir Josefina con el pequeño Robertico, que él quería como
a nadie. Y el tío Raúl pregunta a Aquiles cómo está, y Aquiles le dice
que está bien; y se miran un rato, y se dicen la misma cosa; y Aquiles
está mirando hacia el portón, que queda allá lejos, y abajo, y el tío
Raúl le dice que qué tiene allá, que le está interesando tanto, y enton-
ces Aquiles le dice que está esperando a Josefina y a Robertico, que no
ha visto desde que lo prendieron, y que tiene muchas ganas de verlos;
entonces, Raúl, el tío, dice que él tiene que irse pronto, porque tiene
que trabajar todavía en la tarde; pero que le tiene que dar algo, porque
él le trajo una cosa que le gusta mucho a Aquiles; chocolate, que es
verdad que le gusta, y dos cajas de cigarrillos. ¿Fuma Aquiles? Aquiles
le dice que no, que no tiene dinero para comprarse el tabaco y que tampoco
le hace mucha falta; Raúl le dice que guarde las dos cajetillas, de todas

maneras; si no las fuma él, las podrá vender; ¿a quién?; a cualquiera, a alguien que fume; sí, hay muchachos que fuman, eso sí, pero no tienen el dinero para comprarle las cajetillas; pero está bien, él le agradece mucho todo; y el tío Raúl le ofrece entonces si necesita alguna ropa; ¡no, Aquiles no necesita nada!; ¿nada?; ¡nada!; ¿no le va a hacer falta un pantalón, una camisa?; Aquiles dice que no, que allá le dan la ropa que les hace falta; Aquiles piensa que sí, que le vendría bien un pantalón, y una camisa, para cualquier cosa, pero no quiere deberle este favor al tío Raúl; ¡nada!, él es un poco como Josefina, que no se deja comprar; y ¡no es como Rosa, que se vende sola, sin siquiera pedirselo!; Josefina no viene, y claro, el chico, Robertico, tampoco; ~~pero tienen que venir porque se lo prometió Josefina; y si su hermana promete algo, lo cumple; y como no llegan, Aquiles habla con su tío, que lo ha llevado hasta un banco cerca de la casa donde están las oficinas, y le pregunta si ha visto a Rosa últimamente, y el tío Raúl se quita su sombrero gris, que le está muy grande y está muy grasiento, muy sobado, por dentro, y contesta que no, que hace tiempo que no la ve; entonces, por decir algo, porque hay que decir algo, Aquiles le pregunta si ha visto a Josefina; tampoco, dice el tío Raúl, mintiendo, tampoco, tampoco ha visto a Josefina hace tiempo, ni a Robertico, a nadie ha visto hace tiempo; a él, a Aquiles es a quien ve primero, después de tiempo~~ entonces Aquiles le pregunta a ver quién le ha dicho que él está aquí, en la Casa de Observación, y el tío Raúl cuenta que ha sido un amigo de él, que se encontró casualmente con Josefina, y le preguntó por la familia, y le dijo esto, que Aquiles estaba en Los Chorros, en el Consejo. Bueno, y ahora tenía que irse, porque tenía que comenzar a trabajar, que la mañana había sido muy floja.

~~Aquiles le dice que ya que está aquí puede esperar a Josefina, y así ve a~~
~~Robertico también, ¿no?; el tío Raúl dice que no, que Josefina puede tardar~~
~~mucho y que se le va a hacer tarde;~~ es cuando Aquiles ve que está entrando
 Josefina, y el pequeño, por el portón, y que seguramente su tío Raúl lo
 había visto antes, y por eso la prisa; y Aquiles arranca a correr, y corre,
 y llega a donde está Josefina, y antes que a ella abraza al chico, que se
 le ha adelantado unos metros; y se besan y se hablan, y Aquiles se da cuenta
 entonces que el tío Raúl está allá, y lo busca, pero no, no lo encuentra; y
 agarra de las manos a Robertico, y lo busca por los bancos; pero no, no está;
 se ha tenido que ir; ¿por qué?; se lo pregunta a Josefina; y Josefina no
 sabe por qué se ha ido el tío Raúl sin decir nada, sin siquiera verlos; pero
 no tienen mucho tiempo para pensar en él, porque ya Robertico está haciendo
 las preguntas: ¿y por qué le han traído a él, a Aquiles, allá?, y ¿por qué
 aquella casa es tan grande, y por qué tiene un campo tan grandísimo para
 jugar beisbol, y por qué aquella piscina que está a un lado de la casa grande,
 y por qué aquel sitio tan grande, con árboles tan grandes, con bancos para
 sentarse?; todo eso pregunta Robertico; y Aquiles lo besa, y lo levanta en
 brazos, que es tan grande que no se puede, y lo agarra de la mano, y lo quiere
 llevar de un lado para otro, para que conozca la casa donde vive él ahora;
 pero Josefina ya está cansada de la caminata, y entonces Aquiles llama a José
 Armas, y José viene, y se queda con Josefina, y Aquiles se va con Robertico;
 entonces, se quedan Josefina y José Armas solos, y se sientan, que a Josefina
 le viene muy bien; y no saben qué decirse, por que no tienen qué, y hablan un
 poco de Aquiles, que es quien los une, ^{los} entonces ^{cuando} llega Jesús Villanueva, y
 él pregunta a Josefina si es hermana de Aquiles, y ella dice que sí, y entonces

Jesús Villanueva le dice que él conoció a su hermana, a Rosa; ¡ah!, ¡no será él el que asaltó un banco con una ametralladora!, y José Armas lo mira, y él, Villanueva, le dice, todo crecido, que sí, que fue él; a ver por qué, y Josefina le dijo que Rosa le había contado eso, de uno que había asaltado un banco, y en pleno día, ¿es verdad?; y Jesús Villanueva dice que sí, que cómo no, que él no dice sino la verdad siempre, y que ellos, los amigos que están con él allá, lo saben, y pone de testigo a José, y José no tiene más remedio que decir que sí, que es verdad que asaltó un banco de día con una ametralladora; ¡?y no tiene miedo?!; Villanueva dice a Josefina que no, que él nunca ha tenido miedo a nada; luego le pregunta Josefina otra vez a ver si es verdad también que él dijo a Rosa que se iba a escapar; Villanueva sigue diciendo a todo que sí, que es verdad; y Josefina le dice entonces que ella tendría miedo de escaparse de algún sitio que está guardado, y pregunta a José Armas si él no le tendría miedo a escapar; José dice que eso es difícil, y que no vale la pena, porque este sitio es solamente para estar unos pocos meses, y que después uno sale; además, con un oficio; que eso es lo que piensa él; Josefina lo aprueba, le dice que tiene razón, y entonces Villanueva le pregunta a ver si ella es mayor que Aquiles, y ella le dice que sí, que le lleva un año; y luego es ella, por seguir la conversación, la que le pregunta qué edad tiene él, porque lo tienen en aquella Casa, como a un menor; y él dice que sí, que sólo tiene diecisiete años; Josefina le dice que parece más viejo, que parece más hombre; y él dice que sí, que eso ha sido siempre así, que él nació grande; y entonces, él, Villanueva, pregunta a Josefina que qué edad tiene Rosa; Josefina le dice que veintiuno, que es la mayor de todos; entonces, él, Villanueva, dice, más que pregunta, que ellos, los Rodríguez, viven cerca

de El Silencio, ¿no?; Josefina le dice que no, que ellos viven más arriba que el Manicomio; ¿más arriba?; sí, más arriba; ¿eso no tiene un nombre?; no, un nombre propiamente no tiene; entonces no le pueden llegar allá arriba las cartas; Josefina dice que sí, que si alguien llega arriba del Manicomio, a la placita donde termina el macádam, y luego sube más arriba unos metros y pregunta alguien por la familia Rodríguez, que no hay otra; Villanueva insiste en que seguramente no llegará allá una carta; Josefina confiesa que no sabe, porque ella nunca ha recibido una carta; ¿nunca?; nunca. Y allá está quieto, silencioso, José Armas; sin decir una palabra; entonces pregunta a Josefina, por sólo salir de Villanueva, a ver si quiere dar un paseo para ver toda la casa, la piscina, todo; y ella se da cuenta de aquel silencio, y le dice que sí; entonces Villanueva le dice que él tiene que hacer, y que él se va; y se despiden. Josefina dice entonces a José Armas, por decir algo, y también por saber algo, que ese muchacho Villanueva es simpático; José Armas no se atreve a más, pero dice que simpático no es, y que es un hombre peligroso; ¡peligroso!; ¡mucho!. Y así llega Aquiles, con Robertico, y entonces José Armas aprovecha para preguntar a Aquiles si le parece simpático Villanueva; Aquiles pone una cara, y hace un gesto, y entonces Josefina pregunta si lo del asalto será mentira; Aquiles explica entonces que no, que mentira no debe ser, pero, por eso mismo, que ese tipo es peligroso, y que cuanto menos hable con él, cuando llega Josefina de visita, mejor; y Aquiles dice que no hay por qué malgastar el tiempo hablando de Villanueva, cuando ellos tienen tanto de qué hablar; Josefina dice que sí, que es verdad, y José Armas aprovecha aquello para decir discretamente que él tiene que jugar al beisbol con Robertico, ¿quiere?; ¡claro que quiere Robertico!; Aquiles trata de retenerlo,

20

porque entre ellos no hay ningún secreto, porque son como familia; pero José Armas dice que sí se va con el pequeño, pero que regresa para despedirse más tarde; y se va; Aquiles dice a su hermana que ése sí es como su hermano; y Josefina asiente, y le dice que le parece un muchacho muy bueno. Josefina pregunta entonces a Aquiles a ver cómo se siente, cómo lo tratan; Aquiles dice que lo tratan muy bien, que todo aquello es muy serio, y que comen bien, duermen limpio, se mudan de ropa a menudo, se bañan en la piscina, juegan pelota, ¡todo!, y, además, están aprendiendo cosas; de todo, leer, escribir, matemáticas, y un oficio; Josefina le pregunta qué va a estudiar él; Aquiles le dice que mecánico, porque le gusta eso; ¿y su amigo, José Armas?; él está aprendiendo carpintería, porque le gusta. Y escapar, ¿Aquiles no piensa en escapar?; no, no se va a escapar, ¡para qué!; ¿por qué le pregunta eso, por lo que dice Villanueva?; sí; pues no vale la pena, y ése está loco, por eso se quiere escapar; pero lo van a matar; si no es aquí lo agarran en otra parte, pero la gente así no puede terminar bien, ¿no le parece?; a Josefina sí que le parece eso verdad; entonces Aquiles insiste ante su hermana en que no vuelva a hablar con Villanueva; Josefina dice que está bien. Entonces Aquiles pregunta que cómo andan las cosas en la casa; Josefina dice que bien; ¿bien?; bien; y Rosa, ¿qué hace Rosa?; Rosa... lo de siempre, ¿qué va a hacer?, ella siempre le pasa el diario; ¿le alcanza a Josefina el diario que le pasa Rosa?; sí, ella dice que sí; y entonces se acuerda Josefina que trajo veinte bolívars para su hermano; Aquiles no quiere, no los coje; ¿por qué?; porque no; pero ¿por qué no?; porque no, porque ya... ¡el dinero de Rosa le da asco!; ¡pero no, este dinero se lo ganó ella lavando una ropa!; Aquiles toma el billete, y lo guarda en

el bolsillo del pantalón, y dice a su hermana que ella, Josefina, es diferente, que ella siempre ha sido una madre para él, y que cuando él salga de allá va a empezar a trabajar; ¿dónde?, le pregunta Josefina; Aquiles no sabe dónde, ¿quién sabe eso?, pero en algún sitio habrá trabajo para él, que ya tendrá un oficio, ¿no?; Josefina le sonríe, le pasa la mano por el pelo y le dice que sí, que cómo no va a conseguir un trabajo si tiene un oficio; y pregunta Aquiles a su hermana si le gustaría que él pudiese sostener la casa con su trabajo; y Josefina le dice que sí, que ése es un viejo sueño que nunca se ha querido acercar a ellos; Aquiles le dice que ese sueño sí se va a venir con ellos, que va a resultar, que él ha aprendido muchas cosas en aquella casa, que todo depende de uno mismo, que hay gente buena dispuesta a ayudarlos, que él, que era tan receloso del director y del personal que maneja la Casa, ha aprendido a creer en ellos y que a veces las cosas que parecen muy difíciles no lo son, sólo que hay que estar situado en un punto diferente para verlos distintos; ¿comprende eso su hermana?; no, no mucho; Josefina no comprende mucho de eso, pero si lo dice Aquiles, debe ser ¿no?; así es; Aquiles sabe que es así; y a Rosa, ¿le gustaría?, ¿qué le parece a ella, a Josefina?; Josefina no sabe qué decir; le parece que sí, que le iría bien, pero al mismo tiempo piensa que no, que la cosa no serviría con ella; ¿qué hacer?; Aquiles no sabe qué hacer con Rosa tampoco, pero no quiere pensarlo mucho, porque entonces no podrá hacer nada; eso hay que dejarlo al tiempo; ¿quién sabe?, ¿no?; así es, quién sabe si a Rosa, cuando se le pone un camino decente delante, lo toma y anda, sin parar, como los demás, ¿no?; ¡claro que sí!

A Aquiles nunca le ha gustado lo de Rosa; ¿no?; no, a Josefina tampoco; ¿pero qué hacen?; no, nada; pero Josefina descubre al mismo tiempo que Rosa ha sido siempre la que ha estado pendiente de la casa, ¡de lo que cuesta vivir!, ¿no?; es verdad, y Aquiles lo reconoce, y sabe que Rosa tiene muchas cosas buenas, y la quiere por eso ¡solo que es así... que salió torcido!; así es. A Aquiles no le gusta eso, que sus amigos sepan que su hermana es una puta, y que hablen bajito cuando pasa ella, y que a veces le escondan cosas a él, porque están hablando de su hermana, ¿no?, ¿qué le parece eso a Josefina?; ¡no, si está de acuerdo con él!; ¡claro! Aquiles cuenta a Josefina, ¡por primera vez!, que él vio una vez a Rosa; ¿dónde?, pregunta Josefina; en San Juan; ¿en San Juan?; sí; ¿dónde en San Juan?; bajando por la plaza San Juan, detrás de la iglesia, ¿no sabe ella que hay una hilera de casas en frente de una agencia?, sí que sabe; pues aquella hilera de casas son de eso; ¿sí?; sí; ¿y cómo la vio él?; pues Aquiles bajaba un día con José Armas, su amigo, por allá, y vio que Rosa estaba en la puerta; ¿lo vio ella?; no; ¿qué hizo?; pues torció el camino, arrastró a José Armas hacia otro lado, y se fue; ¿cómo estaba ella?; con un hombre; ¿qué hombre?; ¿qué sabe Aquiles quién era aquel hombre?; ¿cómo era?; un hombre pequeño, con un sombrero; ¿y qué hacían?; nada, conversaban, pero él se reía y la estaba tocando; ¡bueno, Josefina no quiere seguir escuchando eso!; bueno, pero eso era así; no, si ella sabía que sería verdad; y él, Aquiles, volvió a pasar por allá al día siguiente; solo, ¿no?; claro; pues fue solo y sabía en qué portal era y entró, y ¿sabe Josefina qué vio?; no; pues justo su hermana Rosa que estaba saliendo de un cuarto, al patio, con un hombre gordo, en camisa; ¿qué hizo Aquiles?; ¿qué hizo?; sí;

nada, regresarse rapidamente, para que no lo viese Rosa; ?y no lo vio?; no; ¡que vergüenza!; ¡claro!; ?no ha vuelto más para allá?; no, Aquiles dice que no, ?para qué?; es verdad; por eso... Bueno, ?no quiere Aquiles que le traiga alguna cosa en la próxima visita?; no, él tiene ropa, tiene todo allá; ?ropa tiene?; sí tiene; ?le trae un pantalón y una camisa, por tenerlo allá?; bueno, le parece bien; se lo traerá; Aquiles le da las gracias, y Josefina no las quiere recibir: ¡cómo!. Y Aquiles llama entonces a Robertico, y a José, que están jugando pelota, y llegan los dos, y salen todos hacia el portón; y llegan al portón; y Robertico da un beso a Aquiles, y otro a José Armas; y pide a Aquiles que bese a Josefina, ?no?; y es Josefina la que besa a su hermano; ?y José Armas?; no, a José Armas no se atreve Josefina; y Robertico insiste, en que sí; pero Josefina no se atreve; y José Armas, ?se atrevería?; no, no se atrevería, y no se atreve; y se ríen; Josefina y Robertico se van. Y Aquiles y José Armas regresan solos desde el portón.

Su mamá: no yo!
¡Que si yo soy la mamá de José Arnas!... ¡Y quién va a ser!... No va a ser su mamá la putica a la que iba a buscar Luis Eduardo los sábados, después de cobrar, ¡cuando cobraba!, ni la Lilitana aquella que llegó un día a la casa de Luis Eduardo en San Juan, y yo todavía no estaba preñada de José Arnas, y me dice: ¿dónde está mi hombre?; ¡¿qué hombre?! le dije, y me le paré derecha, para que me viera entera, y no como ella, que era una mujercita torcida, ¡paro fondillo, la jodida!, y con un ojo caído, y me le revolqué antes de que me diera ella, ¡la puta!, con una cabilla que llevaba guardada debajo de la pollera, sucia y hedionda esa falda, porque me pegó el hedor en toda la nariz cuando sacó el hierro de aquel hueco, como de una vaina, y yo no la dejé hacer sino que me le adelanté con un codazo que

le dio en un ojo, el bueno, el de ver, porque el otro era bizco y enrojecido, como de darle a la caña; ésa no puede ser la madre de mi hijo porque a esa mujer, que no es ni eso, no le da el hueco para nacer un hijo del tamaño de José, sino unos gusanos que comen tierra y echan un moco azuloso, que yo la vi un día cargando a uno de esos animalitos, pidieddo para la lãchecita en el abastos del italiano; no puede ser ésa la madre de nadie que valga; y tampoco puede ser la Luisa, aquella que vino a San Juan conmigo por las fiestas, que es cuando conocí yo a Luis Eduardo, y me lo enganché yo, y no ella, que no tenía gracia ni para eso, aunque ella se las daba de ciudad, que lo más que había hecho antes era acostarse con un pintor que llegó de Caracas a pintar un cuadro de la iglesia; eso era toda la ciudad que cogió ella, y cuando llegamos a San Juan, ¡no jo!..., ¡y a ella que le da por hablar fino y por comer con tenedor, ella que ni a dedo había comido antes nunca!; esa no puede ser la mamá de mi hijo; que yo soy mujer seria y no voy a inventarme un hijo de antes ahora, que estoy casada, sólo porque está grande y me puede ayudar, porque yo he tenido siete y a todos los reconozco; ¡estoy casada, sí señor!, y se lo dije al doctorcito ése, que le podía enseñar la cédula para ver si dice "casada", y se la enseñé, tan casada que hasta sacamos fotografía y la tengo en la casa, y no la cargo porque no es cosa de llevarme-la donde voy; y él, el doctor, vio la cédula, y quedó con la boca abierta; el muchacho nació de Luis Eduardo, y si después no me casé con él fue porque no quise, y porque quise más a Santiago, mi marido, porque Luis Eduardo me pagó los gastos, es verdad, porque yo me fui de casa de mi mamá a San Juan y le dije: "mira, Luis Eduardo, que estoy así por ti, y este hijo, que es el primero, necesita de alguien que le ayude a llegar, y eso me lo tienes que pagar tú"; y así fue, pagó todo, no sé de dónde sacó la plata, pero pagó todito; luego regresé a la casa de mi mamá, y mamá todavía brava, obstinada de lo mío, pero también contenta del carricito que le traje a cuenta de la barriga, que ella no quería ni ver; y así, con el muchachito

en los brazos, me llegó Luis Eduardo desde San Juan, en autobús, y que quería casarse conmigo; lo trajo a mí el muchacho, porque José Armas, de niño, era bellísimo; pero ya no podía casarme con él, porque tenía amores con Santiago, que hoy es mi marido; así pasó. Para que me diga el doctor si ese hijo es mío, legítimo, mío y reconocido por Luis Eduardo Armas, si eso es de una desde antes de haberlo parido, porque del padre no se sabe nunca bastante, porque a veces ni una misma sabe bien quién es el papá, cuantimenos un hombre, porque ellos, los varones, no paren, sino que ese es un trabajo de una, y una sí recuerda esos ratos, y hay testigos, porque viene gente a ayudar, si comadrona, comadrona, si vecina, vecina, y si no, la que sea, porque mujer es mujer y todas saben algo de eso, por lo suyo o porque lo vio con su mamá o por lo que tocó a su hermana, o a una prima, o a una vecina; como la Angeles, que ella vino y se me quedó en la casa hasta que me nació el muchachito, José, y que Dios me lo conserve, aunque me diga el doctor que yo no quiero a mi hijo; y a ver por qué, y porque no lo veo desde hace casi un año; ¡y quién tiene la culpa de eso, sino él mismo, José Armas, que es el que se va de la casa, huído, como un venadito!; ¿por qué?; ¿quién sabe por qué?; ¡si supiera yo mismo, que lo he parido!; y ese muchachito es un mentiroso, y se lo dije al doctor, porque quién sabe las cosas que ha dicho; y que cómo nació; ¿cómo va a nacer?; y el doctor empeñado en que le cuente cómo nació José Armas; se lo dije, que anduve bastante maluca y vomité sangre varias veces, y luego me tuvieron que hacer cesárea; ¿sí?, y el médico con cara de no creer, y yo, ¿por qué voy a mentirle estas cosas?; y después, que cómo lo crié; ¿cómo se cría un hijo?, a pecho no pude, es verdad, porque no todas tienen leche para dar a su hijo, y a mí se me seca el pecho enseguida, y le dije al doctor si quería que se lo enseñase, que aún no hacía un año que nació el último, Santiago, como su papá, y ya lo tengo seco, y se lo estaba diciendo y me estaba yo sacando el pecho de la blusa, para que lo viese, y él como asustado, pero ¿por qué no voy a enseñar un pecho seco a un médico

y para que me crea lo de José Armas, que no fue por otra cosa que no le di de mamar de mi propia leche?; entonces me dijo si le di leche de pote; ¿qué voy a dar si no a un hijo si me falta el pecho?; luego, y que a ver si el muchacho fue normal; ¿normal de qué?; que normal, como todos; pues sí, pero ¡mentiroso, eso sí, mentiroso como él sólo!, y tuve que pegarle duro, hasta tenía que atarle la pata a la mesa de la cocina para que no se me fuera, ¡y así y todo se me iba!...; y a ver si era verdad que a veces lo desnudaba y le daba una paliza y lo ponía de rodillas encima de un poco de arroz; yo que sí, porque hasta eso tuve que hacerle y tampoco sirvió de tremendo que era José Armas; ¿cuántas veces se me fue de la casa?; ni sé, porque no iba unos días y regresaba, y otras veces lo encontraba un vecino y me lo traía; que cuándo fue la última vez; pues ahora hace un año; y a ver por qué no lo busqué, que dónde estuve yo ese tiempo; ¡y qué hace una si él se va y una no sabe por dónde anda...; no hace un mes que me dijo una vecina que lo había visto en Caracas, porque ella estuve tres meses de servicio con un profesor y no le pagó y ella tuvo que regresarse, y que ella lo vio seguido varios días y siempre en el mismo sitio, y yo tomé un carro expreso, con mi vecina, y veníamos a Caracas, con tan mala suerte que el carro chocó, y volcó, y no pude llegar a verlo; mi amiga se partió una pierna, y yo me rompí la cadera... eso no me creyó el doctor, yo se lo vi en la cara; y ahora, cuando me avisaron del Consejo, vine y le dije que quería llevarme a José Armas a la casa; ¡el doctor que me dice que no!; ¿!por qué no?!; porque no, y que ellos le ayudan y le enseñan un oficio; ¿!y una madre no cuenta?!; no sé si podrán sujetarlo, ojalá y aprenda un oficio y pueda trabajar y ayudarme un poco, le dije, porque no hay uno que me eche su manito, todos piden, todos lloran, y es que todos, los ocho, están pequeños; y le dije al doctor, que lo enseñen a no mentir, porque ese hijo me salió, y desde siempre, muy mentiroso, porque es embustero todo lo que es; en eso se parece a Luis Eduardo, que yo, al llegar con mi amiga a San Juan por

fiestas, y que no se celebraron porque se había ahogado un hombre en el río y todo el pueblo estaba de luto, y nosotras nos quedamos en casa de Luis Eduardo Armas, que era, y es, primo de mi amiga, y que por eso fuimos, el papá de José Armas, decía él, que trabajaba en la carga y descarga del mercado, y no, no era verdad, y luego que él tenía un ganadito al otro lado del río a medias con un primo-hermano de él, y no, no era verdad, y así, en esos cuatro meses que viví allá (en su casa, en casa de sus padre, con él, y antes de regresar donde mi mamá, porque ya ni a Maturín podía ir, donde Eulogio, con aquella barriga) y me dijo que me quedase, que no quería que me fuera, pero yo veía que en aquella casa no se comía y se peleaba mucho, porque la hermana de Luis Eduardo, la Emely, que no tenía más de catorce años, ya tenía una barriga de ocho meses y sin saber de quién, y él, Luis Eduardo, peleó un día con Gaspar, el del abastos, que dicen y que fue el que le puso el muchachito a la Emely, aunque ella no decía nada, y él no daba más de fiado y había que ir al abastos del portugués, cerca de la iglesia, y éste no daba ni un bollo de pan sin la plata; total, y los dos varones, que eran menores que Luis Eduardo, no hacían sino gandulear y no aparecían sino a comer y a dormir, que allá, en aquella casita, no cabíamos; y así pasó que un día se me acercó en la madrugada, que yo hasta estaba todavía dormida, el ^{de los hermanos,} segundo, que era Antonio, y que ya andaba por los dieciséis, y que siento que me pasa una mano por debajo de la cobija y me tienta el muslo, y yo primero pensando que no podía ser, que podía ser la mano de Luis Eduardo, que estaba dormida, pero por sólo no creer en lo que veía, pero no, que era del muchachito, ¡el singergüenza!, y yo que le agarro la mano y se la meto de nuevo en su cobija, que él dormía con su hermano pegado a nosotros, en el mismo suelo, y él, ¡confianzudo!, se mete la mano otra vez y me agarra un pecho, ¡y yo con el susto de que se despertase Luis Eduardo!, y forcejeando, y él obstinado, y ya con una pierna dentro de nuestra cobija y la otra mano

buscándome a mí por donde era, por lo que es, y yo sin poder dar un grito, sin poder moverme mucho, por el susto de que se diera cuenta Luis Eduardo, y así, forcejeando, con sólo el silencio y los pujos, pero no sé si él, Antonio, pensó que yo hacía poca fuerza para decir qué sí, que no me saoltaba al pecho ni sacaba la pierna de entre las mías, ¡porfiado!, hasta que no tuve más remedio que dejarle que se llevase mi mano y me la pusiese en su cosa, grande, dura, hasta que la sentí mojada-tibia de la leche del carrizo, que yo me le limpié la porquería en sus nalgas y en su cobija, y sólo entonces regresó él su mano y su pierna a la suya, ya calmado de la calentura; pero yo vi que eso no iba a tener fin y que iba a poner a pelear a los dos hermanos, y con eso, y con las peleas que tenía yo con sus mujeres, que venían a reclamar plata, y con el hambre y con las mentiras de Luis Eduardo, que nunca me trajo un alfiler, aunque todos los días me ofrecía algo, una ropa hoy, un peine mañana, una sortija el otro día, ¡pero puro embuste, mentira!, ya no me daría más, salí una mañana y conseguí que me trajese un camionero hasta la casa, por sólo un rato, y llegué así donde mi mamá; así, José Armas es de natural embustero; como su papá; más luego Luis Eduardo se quiso casar conmigo; ¡y que porque me pagó los gastos del parto!; y se llegó hasta la casa de mi mamá, y me ofreció mil cosas; pero no, y es que ya no le tenía fe, ¡como a este hijo!; y ya para entonces tenía amores con Santiago, que es el que quiso cargar conmigo, como era yo (con hijo y todo) y no tan mala como para que ¡mi propio hijo!, ¡ahora mismo!, me haya dicho lo que me ha dicho, y que ya no volverá por casa y que no quiere saber más de mí ni de sus hermanos, ¡que son hermanos suyos aunque sólo lo sean de madre!, ¡el sinvergüenza!, ¡y que ahora que me puede ayudar no me ayuda!... ¡yo no vuelvo más por esta casa y cojo ahora mismo el autobús en el Nuevo Circo y me voy para Maturín; no regreso a ver al doctor, aunque me lo ha pedido, porque todos no hacen más que pedir...

11

¡José, José!..., despierta; ¿qué pasa?; Villanueva se acaba de desengomar; ¿se fugó?; no grites, se acaba de ir; ¿se fue por dónde?; por el mango; ¿no dicen que ese sitio es el peor?; sí, con ser el más fácil, es el más peligroso, porque le pueden agarrar a uno; ¿y él se fue cuándo?; se acaba de ir...; ¿ahora mismo?; sí; ¿cómo lo supistes; me lo dijo él ayer; ¿él?... y te tenía confianza para eso?; ya ves que sí; ¿y tú no me dijistes nada?; no, no podía; ¿por qué?; él me estuvo hablando, ¿cuando tardé tanto en acostarme anoche?...; sí; primero me dijo que se iba a escapar en la noche, pero luego me dijo que no, que estaba vigilado, y que se iba a ir en pleno día, cuando menos esperaban que se fuese...; ¿lo esperase quién?; la doctora; ¿qué doctora?; no sé cuál, porque ayer le hicieron una entrevista, y Villanueva la amenazó con irse; ¡ese es un echón!...; claro, por eso ha querido cumplir...; y tú no me dijistes nada...; no podía, porque me hizo prometer que no se lo diría a nadie;

!¿ni a mí?!...; tampoco, porque le prometí que a nadie; tú estás pensando que yo soy un soplón...; ¡no, no digas tonterías, te lo juro, olvídalos!; ...escaparse por ahí es peligroso; lo sabía él, porque uno se puede escapar por detrás, por donde el muro está más bajo, y por el mango, pero lo tenía todo calculado, y me decía que por detrás el salto es fácil, sí, pero que va a dar del lado de las quintas y que puede latirle un perro o de día puede verlo cualquier vieja desde su ventana y avisar por teléfono a la dirección o al mismo portón, porque de noche eso está todo conectado...; sí, pero por delante, por el mango, eso da a la carretera y también lo pueden ver; ¿quién lo puede ver si va por el mango, ¡ah?!...; de aquí mismo, del patio; bueno, él se fue precisamente cuando se estaba haciendo de día y cuando nadie piensa aquí que se puede ir nadie, ¿estás viendo?; sí, él siempre dice que coge por donde menos espera la gente...; ¡exacto, es como un arma secreta, ¿no?!...; pero, ¿y por fuera?; por fuera pasan carros y ese es el peligro, que si en el momento de saltar pasa un carro lo pueden ver, y si lo ven tiene todavía una oportunidad, que el que viene manejando no sepa que este muro pertenece a la Casa de Corrección para Menores, ¿no?, y si no sabe eso todavía no ha pasado nada, porque puede estar bajando de una mata de mango cualquiera, sencillamente...; ¿y si lo sabe?; bueno, si el chofer sabe eso, que esto es un correccional, puede todavía pensar que no pasa nada, que es... un empleado; ¡¿empleado?!... ¡yo te aviso!; bueno, te estoy diciendo lo que está pensando Villanueva, los cálculos que ha hecho, y puede también que ese chofer que viene pasando cuando Villanueva está bajando de la mata piense que es un muchacho que está huyendo, eso es verdad, pero hay muchos que se hacen los locos antes de enfrentarse a un bicho como Villanueva!... ¿ah?; eso también es cierto...; bueno, y ponte en lo peor, y que ese chofer que lo ha visto descolgarse de la mata se detenga y comience a perseguirlo, o que lo reporte inmediatamente al portón, ¿no?...; que es lo más seguro...; que es lo más seguro, okey, y eso es lo que digo yo también, y es lo que piensa Villanueva también, y en ese caso no coge por la Avenida El

Rosario, calle abajo, que ahí vive mucha gente y alguien que es chivato le puede ayudar a agarrarlo, sino que coge cerro arriba para el Avila, ¿estás viendo?...; sí; y ahí se esconde hasta la noche, o lo que sea, ¿quién lo agarrará subido en ese monte?!, y luego se baja y se busca una casa...; ¿qué casa?; él me decía que tiene un tío por ahí, por San Juan; ¿quién va a tener ése en San Juan, vale?!...; ése lo que es es un embustero; puede ser, pero ese tipo ya está fuera, libre de ir a tomar un fresco al botiquín, de llegarse casa de Inés y cogérsela por donde le da la gana... ¿no te das cuenta, la libertad?...; ¿qué libertad del coño?!... ¡y para andar huido por ahí!, ¡que eso también tiene su mortificación, ¿no?!... ¿por qué no te fuistes tú con él?...? ¡ah?!...; no, primero que yo sin ti no me voy, porque ya estamos juntos en todo, ¿tu ves?, y luego que... yo ya estoy cansado de esto y quiero ayudar a Josefina y a Robertico; claro, por eso te digo, que andar huido como Villanueva tiene su mortificación, ¡bastante!... ¡no joda!... que si te ve un policía o no te ve, porque te pueden pedir los papeles y no los cargas porque no tienes, que te denuncia un coño, que de todo hay, a veces un amigo, ¡no!..., y ¡cuantínas sin dinero!, ¿tú sabes lo que es andar huido y sin plata?!...; no, tú sí; ¿yo?!... ¡si ando así desde que tengo nueve años!... Y José Armas se ve viejo, de golpe, y es que este muchachito ha andado ya mucho mundo, y se está terminando de vestir, porque Aquiles lo despertó tan de madrugada, ¡carajo!, y para decirle que ese marico de Villanueva se acaba de ir... ¡buena vaina!, ¡que se vaya al coño!... ¡y Aquiles no le dice nada hasta que se termina de ir... ¡no jo...!, siendo él amigo de Aquiles y no le dice lo que pasa con el loco ese hasta que ha pasado todo... le da ganas de dar ahora mismo una voz: "¡Villanueva se está fugando, se está yendo!", o llegar donde el maestro Quílez, que está de turno, y decirle: "maestro, en estos mismos momentos se está escapando el coño de Villanueva, agárrenlo!"; o puede salir al patio él mismo ahora, y acaso lo ve todavía subido a la mata de mango, tratando de saltar los alambres de pinchos y los cascotes de botella sobre los muros, y entonces gritarle: "¡Villanueva,

te jodiste, te jodiste!", y entonces el que está en el portón, que el que está ahora de guardia en la puerta es Quintero, ése, que es un jodido, abre y corre por fuera hasta donde está la mata de mango y espera abajo a que se descuelgue Villanueva para agarrarlo suavemente, ¡zuás!, en el mismo saltar del marico sobre la carretera... ¡carajo! ¡y qué suerte agarrarlo ahí mismo!... Pero Aquiles, que también es amigo de él (¡y ya no sabe cuánto!) no le dice nada anoche, sabiendo lo que va a pasar, aunque es verdad que él, Aquiles, es entero, y sabe que Villanueva no lo puede ver... y acaso Aquiles ha hecho bien en no decirle nada, porque le quitaron de encima la tentación de joder a alguien; aunque ese alguien, ¡que no es nada!, sea el marico de Villanueva; así es mejor; y se lo agradece a Aquiles, que, por otra parte, se ha portado como un hombre, porque para tener encima algo que le pesa a uno y no soltarlo, sólo por la palabra, hay que ser una dama, ¡carajo!, y eso dice bien de Aquiles, porque eso es mucho hombre... Aquiles, vámonos, vámonos, que ya están formando para el desayuno; ¿te lavastes? ¡¿si me lavé?!; sí...; ¿cómo voy a lavar, vale, si estoy más pulido que una señorita, ¿no ves?; sí; vámonos; entonces, ¿no te importa que no te haya dicho antes lo de Villanueva?; no; es que te sentó mal eso, ¿no?; sí, pero ya no me importa; ¿por qué?; porque no... tú me preguntabas antes, cuando nos estábamos vistiendo, que cómo se sentía uno sin dinero y sin casa; sí; bueno, es que uno aprende a salir de donde se mete, ¿tú ves?, porque uno ve el problema desde fuera y le entra el susto, pero cuando uno está dentro ya no tiene tiempo de pensar en lo mal que está, sino en salir del hueco, y entonces uno se preocupa de buscar la puerta y la consigue, uno aprende a acercarse a la gente y a dejarse caer, así; y uno aprende a saber dónde está cayendo bien y dónde mal, y si estás cayendo mal en algún sitio, pues lárgate, compañero, rápido, ni lo pienses, y si ves que estás cayendo bien, que no estás cayendo mal, que eso es lo que es caer bien, ¿tú ves?, entonces te arrimas y te arrimas, con cuidado, y te haces el pobrecito, el pelado, ¿tú ves?, porque a la gente le gusta sentirse por encima de uno, y luego, cuando ellos creen que

están haciendo mucho por tí, demasiado, pues hay que aguantar, hay que aguantar mucho, ¡bastante!, porque ellos, la gente, ayuda para cobrarse el favor, tiene que cobrarse eso de algún modo, todo el mundo se cobra sus cosas, o por las buenas o por las malas, pero se cobran, ¿tu ves? ^{También del lado de las mujeres...} ~~no?; bueno, pues, un día~~ fui a ver un circo que había llegado ahí, cerca de la Avenida Bolívar, y quise ~~colearme, y me agarraron; entonces, para que no llamasen a la policía, tuve que pagar el boleto [con la plata de los periódicos]; ese circo me gustó, ¡ba-~~ ~~stante!, y después que terminó la función me di cuenta que no podía regresar~~ ~~donde la señora Eulalia sin los reales, y me les fui arrimando a los hombres~~ ~~que estaban limpiando el piso del circo y los asientos y a la mujer que cosía~~ ~~la carpa, y a ésta le dije que andaba buscando un trabajo, a ver si me podía~~ ~~emplear, que lo que yo quería sólo era la comida y un sitio donde dormir;~~ ~~el rajón era de alguien que lo había abierto con una hojilla para meterse de~~ ~~golilla, y ella nada, y comencé a ayudar, tú ves, a recoger unos papeles y~~ ~~traerle a uno el perol de la basura más cerca, y el hombre que barría tampoco~~ ~~me hacía caso, y entonces me le regresé a la mujer, que una mujer siempre es~~ ~~más blanda, y me le acerqué y le recogí un carrete del suelo, un carrete grande~~ ~~de hilo que estaba tirado a sus pies, y se lo ofrecí, y ella me dijo: "déjalo~~ ~~ahí", pero yo seguí con la canilla en la mano, y entonces ella comenzó a verme~~ ~~y a preguntarme, mientras cosía el roto, que qué hacía, ¿tú ves?, que a ver si~~ ~~me había gastado la función, a ver con quién vivía... porque eso de estar si-~~ ~~ca, eso se huele, y yo le fui diciendo lo que me convenía, mitad mentira, mi-~~ ~~dad verdad, tú sabes como se tiene que defender uno cuando está solo y cuando~~ ~~no tiene nadie detrás que le vaya a coñar una mano, y entonces me dijo ella que~~ ~~acaso podría ayudarme yo en el circo durante el tiempo que iban a estar en la~~ ~~ciudad, ella, como que era colombiana...; ¡buena gente!...; sí, que acaso podría~~ ~~darle una ayudadita en la limpieza y en los mandados...; ¿me estás oyendo,~~ ~~Aguiles?...; sí, vale; es que te veo mirando lejos...; es que ya terminé de es~~

~~mer; ¿quieres más cereal?; no, tengo bastante; comelo, que yo, de tanto ha-~~
~~blar esta mañana, estoy como lleno de aire por dentro, y no he tenido tiempo~~
~~de comer, toma esto...; Basta...; bueno, come esto también, y... ¿en qué iba?...;~~
~~en que la gorda te dijo que podías trabajar con ellos en el circo...- y ya~~
~~el comedor se estaba vaciando, y el ruido de voces y risas por fuera iba cre-~~
~~ciendo sí, y que yo sería bueno para vigilar las carpas por por fuera, para~~
~~que no la cortaran otra vez, y para hacer los mandados...; ¿aeno, no?...; sí,~~
~~todo eso, y yo ya sabía que no podía regresar más donde la señora Eulalia,~~
~~te dije, y tenía que buscarme un sitio donde dormir y donde llegar a comer~~
~~también, a juro...; ¿qué años tenías tú entonces?; doce, y ya estaba grande,~~
~~no creas... y entonces ella habló con el dueño, que era un señor don Julio,~~
~~con bigotito, luna marica, no juegues, y él dijo que sí, que se ocupase ella~~
~~de mí, y... ¡sí que me cuidó, no jodas!, porque me puso un colchón al lado~~
~~del de ella, en la misma carpa, detrás de las jaulas, y antes de acostarme~~
~~me tenía que meter en su colchón un rato, ¡la gran puta!; ¡te acostabas con~~
~~ella!...; claro, no te digo, pues, que había que aguantar de todo!...; ¡que~~
~~todo el mundo se cobra lo suyo, que yo entonces no podía, porque no le llegaba~~
~~entre aquel chichero a la cuca, con aquel huevito, porque todavía no me alea-~~
~~zaba más que para la paja, pero ella me puso de cabeza a mamar, ¡la~~
~~puta vieja!...; ¿mamar, que?...; ¡la cuca, carajo!...; ¿con la lengua?!...;~~
~~¡¡claro!!...; ¿eso es verdad?!...; ¡¡verdad?... no jod!... y que esa cuca~~
~~olía a pis y a... ¡no jod!... y ella me empujaba la cabeza con la mano y se~~
~~decía: "más adentro, más adentro", y yo ya con aquel saladito en la lengua~~
~~metiéndosela hasta dentro, que es cuando se le escapaban aquellos suspiros...;~~
~~¡no jod!... y ¡tú le hacías eso!; se lo hacía, y le gustaba, y eso es bueno~~
~~para que te quieran las mujeres, porque lo he hecho después, ¿no me lo crees?;~~
~~¡no qué sé!...; y luego, escuchame, me la montaba todos los días, que yo tenía~~
~~el huevito como una piedra de dura, y a veces me iba por fuera...; ¿que~~

~~años tenía ella?; la vieja gorda tendría por lo menos cuarenta años, ¿tú ves?~~
~~¿estaba sola?; ella lo que era es una mujer de la limpioza, y que había estado~~
~~casada con uno que trabajaba en el circo, pero que se había ido con otra, una~~
~~que andaba en el trapecio; ¿y estaba buena?; ¡qué va a estar buena aquella gorda!~~
~~... ¿y qué hago?, y con esas viejas es como aprende uno, ¿tú ves?; yo nunca~~
~~me he tirado una gorda así...; ¿tú sabes cómo era?; no, pero me doy cuenta,~~
~~piensa en Alicia; ¿qué Alicia?; la Alicia de la casa aquella de la esquina Santa~~
~~Barbara, que eran dos hermanas, viejotas...; ¡la gorda!...; la gorda, ¿tú~~
~~acuerdas?; ¿cómo no: una cara de pintura, una máscara...; pues como ésa, más~~
~~o menos; ¡vale, y ¿cómo te pudiste acostar con un elefante así!; pudiendo, como~~
~~padre, ¿no te digo que no tenía más nadie a qué arrimarme?; eso tiene que dar~~
~~mucho calor, coño!; sí, y por eso es que a mí las gordas no me caen bien, ¿se~~
~~me viene la hediñez y aquel ahogo entre las carnes!...; ¿qué te gusta a tí?~~
~~¿en mujer?; sí; bueno, a mí me gusta, primero, que sea mujer...; ¡vale!...; ¡no,~~
~~porque hay mujeres que parecen machos varones!; ¡machos!...; bueno... ¿ya ter-~~
~~minastes de comer?; hace añisimos; pues vámonos, que están llamando a formar...~~
~~y te decía que hay mujeres que son casi hombres, con sus mariqueras de mujer,~~
~~porque hay mujeres maricones también!...; ¿cómo va a haber mujeres que son~~
~~maricas!...; sí señor, hasta con bigotes he conocido yo...; ¿pero cómo puede~~
~~haber mujeres con bigote!...; ¿qué no?... yo una vez...; ¡bueno, pero qué mujeres~~
~~te gustan a tí?; ¿a mí?; sí; a mí me gustan las mujeres delgadas, no demasiado,~~
~~pero delgadas, y que tengan unos ojos grandes y negros, tú sabes... como tu~~
~~hermana, por ejemplo...; ¿mi hermana!...; sí, la que vino el otro día; ¿Rosa?...;~~
~~¿quién es Rosa?; la que vino primero; no, esa es muy linda, ¡un bombón!..., perdona,~~
~~eh, compañero, porque tú hermana está muy buena, ¿cómo se llama?...; Rosa; sí,~~
~~pero no, no es eso lo que me gusta, me gusta la otra...; Josefina...; ésa, bueno,~~
~~me gusta una mujer así, que tenga la mirada quieta, sosegada, y que sea una~~
~~mujer que no te vea desde arriba, sino que vea a los hombres un poco desde abajo...;~~
~~¿te parece que Josefina ve desde abajo?; bueno, es un decir, ¿tú ves?, lo que~~

quiero decirte es que me gusta que la mujer no sea... ¡grandel, echona, pues, no que sea fácil de conseguir, sino que sea de un solo hombre, así, mansa, aunque sea templada, que sepa echarle pichón a todo...; ¿eso te parece Josefina?; sí, ¿no es verdad?; sí, es verdad, y ahora que me lo dices sí, me parece verdad, y creo que tú la has conocido muy pronto, ¡eres más vivo de lo que creía!...; ¡¿cómo va a ser?!...; sí, te digo esto de verdad; bueno, así vas aprendiendo quién soy...; bueno, ¿y qué estábamos hablando de Villanueva?...; sí, de la casa, que él no tiene casa a donde ir...; ah, sí, él me estaba diciendo que no es problema para él, y te lo tengo que decir...por la confianza... que tiene un dinero escondido también...; y aún así, aunque tenga una platica guardada, ¿qué?... ¿tú te irías de aquí así, huido?; no, creo que no, ¿y tú?; no, y creo que lo que hemos hecho es poco y nos dejarán salir pronto, que así nos devuelven la cédula y no hay problema de policía, y si entretanto aprendemos un oficio, mejor, ¿no te parece?; mira, que nos están llamando para la clase... ¡y aún no han descubierto que Villanueva se ha ido!...; no, y olvídate de eso...

12

Cuando se supo de la fuga, la mañana del Director estaba todavía sin una nube.

Y fue como si hubiese empujado, de pronto, la puerta un viento de tempestad, y se le plantó delante el Maestro Quílez. Con su sombrero marrón en la mano, retaco, calvo, ¡asustado! Y se lo dijo un poco servilmente, sin tiempo de tomar aliento. ¡¿Cómo se ha podido ir, por dónde, por qué?!... El Maestro Quílez, que no era sino un maestro de plomería y estaba de turno, no lo sabía; sólo sabía que faltaba, que había pasado lista para el desayuno y que faltaba Jesús Villanueva. ¿Se han dado cuenta los muchachos? ¡No, él no había dicho nada!... ¡¿no estaría en el baño?!... No, en el baño no estaba; era lo primero que había mirado mientras se desayunaban los muchachos. Y los asustados ojos del hombre brillaban como si estuviesen prendidos; y había algo más...; ¡qué más había!; había que los muchachos estaban escondiendo algo, que estaban

conversando bajo... ¡Escondiendo qué, dónde!... Pero el hombre dijo que no, que no era nada de verse, sino la fuga de Villanueva. ¡?Y eso no era nada?! Sí era, claro, y las manos del hombre se agarraron más del sombrero. Que fueron inmediatamente a llamar a la señora Aguado... "Sí, doctor!... Y quedó el director solo, turbado, y comenzó a encender su pipa, y la prendió, y olió el café antes de que se lo trajeran, y sólo luego se oyó un golpecito en la puerta, y dijo que adelante, y se le metió la mujer con su bandeja y le dejó calladamente el cafecito sobre el escritorio, porque ella también sabía que hoy no había día bueno que dar en aquella casa, y salió como entró, sin hacer ruido. No se ocupó del café hasta que entró la señora Aguado; él creyó que sin llamar, y no le importó tampoco, pero ella se excusó de todas maneras diciendo que había tocado dos veces, y que sabía todo lo de Villanueva y que le traía el expediente. El director no dijo nada. Entonces, la señora Aguado buscó nerviosamente dentro en la carpeta, y allí estaba la última entrevista que le había hecho la doctora Rivero, que fue... ¡ayer mismo!; pero no se quedó ahí, que era lo último, sino que fue resbalando las páginas como si estuviese pelando una cebolla con los dedos, buscando la semilla de Villanueva (y el director callado, sorbiendo su café) y descubrir que había nacido en Lara, de una niña de quince años que había casado con un tío segundo por parte de padre, que no era viejo, sino que tenía 22 años, y que primero se quedaron a vivir en la casa de los padres de él, que eran casi los abuelos de ella, y eso duró poco, porque a los meses de nacer el muchachito, que fue un niño grande, "muy hermoso", y antes de que llegase a cumplir un año, tuvieron que mudarse a Caracas, porque él peleó con los viejos, y aquí se alojaron en el cuarto de una pensión, y que recuerda ella, la mamá de 16 años entonces, que el papá de Villanueva la hacía desnudarse delante del niño despierto, que éste los miraba y los miraba, y que su marido le hacía de todo sin siquiera correr la cortina de la ventana o apagar la luz, y eso era "a cada rato", y el niño se ponía a llorar y ella no podía atenderlo porque él la tenía ocupada y no la dejaba; y ella no sentía

ni ganas de nada, pero que no podía dejar de obedecerlo y ponerse a atender al pequeño, porque él era así de porfiado y la pegaba; luego, más acá en el expediente, había un test mental, y decía que tenía en el Wise un total de 111... "¡Tanto!"..., dijo el director, dejando de sorber su café. Sí, tenía eso, era muy inteligente, y decía allá que tenía una gran capacidad "para planificar y anticipar reacciones", y el diagnóstico registraba "una neurosis de carácter, con rasgos psiconeuróticos y antisociales, de muy mal pronóstico"; y se señalaba también que la proximidad de la madre lo perturbaba... "¿Dónde está su madre?" Su madre vivía ahora en Margarita, casada, con cuatro hijos, y hacía años que no veía al muchacho hasta que llegó a visitarlo hacía un mes con su mamá, que es la abuela que había criado a Jesús; el muchacho estuvo muy cariñoso con su abuela, pero ni siquiera quiso saludar a su mamá... El director seguía sentado, casi echado, con las manos en la nuca y con los pies apoyados en un cajón semi-abierto del escritorio, y fumando su pipa; ¿no había algo que les indicara su posible querencia, alguna dirección?. Sí, había: una en Puente Chapellín, en la quebrada, con la familia Ramírez, y otra en Egruta: calle Páez, 14. "¿Los está anotando?"... "Sí, doctor"... Y tenía que llamar inmediatamente al Tribunal, a la Policía Judicial y a la Ayuda Juvenil; el joven no tenía papeles y tampoco tenía dinero, y podía buscar a su abuela, ¿había anotado también la dirección de su abuela en Barquisimeto?. La de su madre no, era tonto pensar que Villanueva pudiese ir a abuscar a esa mujer; ¿qué se sabía de su padre?. del padre de Villanueva no se sabía nada, porque se le había convocado y, no se sabe por qué, no había aparecido por allá. ¿Villanueva tenía amigos íntimos en la casa? No, no se le conocía a nadie en especial, porque se reunía y conversaba con todos, y con nadie en particular. ¿Y nadie había... dicho nada?... El Maestro Quílez le había dicho que se oía algo, pero que nadie había propiciado nada... ¡Y preguntar no se podía!... ¡No, criar soplo- nes, no!...

13

Aquiles está sentado sobre la cama, sin hacer nada, como esperando algo, o a alguien.

Y llega José Armas, pálido y tieso.

José Armas llega así hasta su cama, que está pegada a la de Aquiles, y se sienta, y no dice nada. Le mira Aquiles aquellos ojos quietos, pasmados, para preguntarle, y todavía José Armas no dice nada; entonces pasa a jurugnarlo suavemente:

-Hablastes con tu mamá?

José Armas no contesta; pero eso, en su situación, quiere decir que sí, que sí habló con ella. Pero Aquiles quiere oírsele decir, para romperle a su amigo aquel nudo, y le pregunta afirmando:

-¿Sí?

-Sí...

-¿Qué te dijo?...

José Armas se levanta, y camina un poco hacia la puerta, y se detiene, como esperando que Aquiles le diga que regrese y que le venga a decir las cosas. Pero Aquiles callado; espera que le salga la palabra a él, que la está haciendo con dolor. Y José Armas regresa, solo, se sienta otra vez y dice a su amigo:

-Nada, no me dijo nada. ¡A ella qué le importo yo!

-¿No le importa su hijo?!

-No. Si le importase algo no hubiese hecho conmigo lo que hizo...

-¿Qué te hizo?

Aquiles sabe lo que hizo su madre a José Armas, pero quiere hacerle hablar, para que se desahogue; y José se sienta de nuevo en su catre, mira a la ventana, y dice:

-El hombre que vivía con ella me tenía jodido todo el día; me pateaba, y un día me sacó la navaja y me siguió por toda la casa; así me escapé la primera vez de la casa de mi mamá. Y si me agarraban por ahí, o regresaba yo mismo, porque tenía hambre o porque no hallaba dónde dormir, ella me ponía en pelota y me daba una cueriza y me ataba a la pata de la mesa y me ponía de rodillas sobre granos de arroz; a veces me cargaba una olla de agua sobre la cabeza, y me la tenía que aguantar así, tiempo, una hora, hasta que no podía más...

-¿Desnudo?- pregunta Aquiles; no para saber más de eso, sino para no interrumpirle aquel hilo de voz, que viene desahogándose lentamente, como se vacía poco a poco, por un solo hueco, un pipote de agua.

-Desnudo- dice José Armas- y así, en cueros, me escapé una vez; me tuve que robar un pantalón del alambre de un vecino, y corrí por esa carretera hasta que conseguí montarme en un camión.

-Te fuiste, ¿adónde?...

Y Armas callado.

-¿A Caracas?...- y Aquiles ayudándole a vaciarse.

-Sí, y me conseguí una vieja; la vi saliendo de un abastos y le pedí un medio;

ella me preguntó cosas, y yo le tuve que contar; ella, entonces, me llevó a su casa, un segundo piso, donde vivía ella sola con dos gatos, para ayudarme en la casa y hacerle los mandados; me tuvo dos meses...

-¿Te bótó luego?...

-No del todo, pero me di cuenta que se había cansado de mí; me ponía mala cara, comenzó a regañarme; ¡tenía que cobrármelo, ¿tu ves?!; y me fui...

-¿Adónde?

-A la calle.

-¿Qué años tenías entonces?

-Diez, once...

-Yo, al menos, tenía hermanas.

-Tú tuviste suerte, vale.

-Y, ¿qué hicistes luego?

-Tú sabes que cuando uno anda apurado, consigue...-José Armas se pone de pie, y luego pone su cabeza sobre el colchón del catre y se para de cabeza, y así, cabeza abajo, siguió hablando: -Me metí a vocear periódicos, y conseguí, por un muchacho, una casa cerca del Panteón, "Mi casa", que mantenía el Padre Alfonso, un cura muy bueno; allá estuve como dos años...

-¿Y qué pasó?

José Armas se está esforzando por mantenerse parado de cabeza, pero, al fin, se va a caer, y se cae, y tumbado en su cama pasa dos manos debajo de la cabeza y ~~dice~~ queda callado, solo se le oye respirar... →

~~Eso funcionó bien hasta que un día fui al Circo, ¿te acuerdas que te conté, y la señora Eulalia reportó al cura que me había quedado con unos reales, y yo no quise regresar más...~~

~~¿Te conseguiste otro trabajo?~~

→ Luego me metí otra vez a vender periódicos, y esta vez con un señor que tenía doce muchachos, ¿tu ves?... Y con él, con el señor Raimundo, estuve como dos años.

-¿Tanto?...

-Sí, estuve casi dos años.

-¿Y luego?

Ya José Armas dice que le dio por regresar a la casa, y se fue, y otra vez tuvo que huir; ¡ya ya le molesta hablar de su madre!...

-Luego me metí a trabajar en un taller, ayudando a un mecánico; yo limpiaba las piezas con gasolina, y aprendí a manejar una moto, y con la moto traía tubos de escape de un almacén en Quinta Crespo, engrasaba, hacía de todo. Hasta que un día me dijeron que me había quedado con unos reales...

-Y no fue verdad...

-No, y José Armas se levanta, se mete las manos en los bolsillos de su pantalón y comienza a caminar frente a la hilera de camas, como pasándoles revista, fanfarrón:

-No, no era verdad, ¿tú ves?... Eso debía ser cosa de José, el mecánico, que andaba siempre alcanzado; pero me lo cargaron a mí, y me tuve que ir; y ni me pagaron los tres días que me debían de la semana; ¿te das cuenta?...

-Sí...

-Y pasé por todo eso, y todavía no sé a dónde voy a parar, ¡carajo!... ¿Supieron algo de Villanueva?...- y José Armas quiere cambiar la conversación.

-No; ése ya anda suelto por ahí...-y ahora es Aquiles el que, sorpresivamente, regresa a José Armas al tormento: -¿Qué dijistes tú a tu mamá después de todo, ah?...

José deja de pasearse por el dormitorio, y se le planta a Aquiles delante, con las manos en los bolsillos del pantalón, y le dice con rabia:

-¡Y qué, ¿qué quieres que le diga yo a mi mamá?!... ¡Que se vaya al carajo!...

Ya soy lo bastante grande ahora para que me amarre a la pata de una mesa!... Y si el viejo del carajo me pone una mano encima, ya tengo fuerza en el brazo para echarle su buena vaina.... Yo a ella no le he importado nunca nada...

-Yo, mi mamá- le dice Aquiles- era lo único bueno que tenía.

-¿Cómo era tu mamá?

Aquiles se esfuerza en ver a su madre, como la ha soñado muchas veces, y la consigue sonriente:

-Era buena, ¿sabes?; se parecía a Josefina bastante, ¡bastante!... Y tenía el pelo negro, y los ojos muy bonitos, y se reía mucho, ¿estás viendo?, ella se reía siempre, por cualquier cosa...

-¡Qué chiva!

-Sí, pero me la quitaron ahí mismo; ¡y se quedó mi hermana!...

-Tu hermana, ¿y qué le pasa a tu hermana?

-Que es una puta...

-¿La que vino el otro día?

-No, vale, esa es Josefina, que es muy buena, y a esa la quiero mucho; no, la puta es la otra...

-¿La que estuvo hablando con Villanueva?

Aquiles se encara con José Armas y le dice:

-¡Estuvo hablando con él!

-Sí, yo la vi conversando con él cuando ella iba saliendo, cerca del portón...

-¡¡El coño de su madre!!

14

-¡Josefina!... ¡Vente!... Aquí hay un hombre.

-¿Quién?... ¿Usted?!... ¿Qué hace usted aquí?... ¿Lo mandó Aquiles?... ¿Lo dejaron salir?... ¿Pasa algo?!...

-No, no... No se asuste, que no pasa nada... ¿Puedo pasar?

-Pase... Siéntese... Mira, Robertico, vete donde Omarcito a jugar, vete...

Entonces, ¿cómo es que está fuera?...

-Me escapé.

-¿Se escapó!... ¿Y si lo agarran?!... ¿No lo vio nadie?!

-Nadie; yo sé cómo hacer las cosas. Antes de salir hablé con su hermano; es el único que sabía que iba a huir.

¿Y le dijo que viniese aquí?!

-No, no... El no me dijo nada; yo tampoco le dije que iba a venir para acá...; pero vine.

-Ya veo...

-¿Dónde está su hermana?

-¿Rosa?

-Sí.

-Ella salió ya... y no regresa.

-¿No regresa?

-No.

-Pero viene a dormir, ¿no?

-Tarde.

-¿Y puede decirme dónde la puede ver?

-No sé...

-¿No sabe?

-No sé.

-Veo que no le he caído bien.

-No, no me cae usted nada bien, si eso es lo que quiere, la sinceridad...

-Sí, eso me gusta.

-Pues ya la tiene.

-Está bien; pero vendré mañana, por la mañana; ¿en la mañana si está?...

-No sé...

-¿Tampoco sabe?

-No.

-Bueno, pero vendré, por si acaso...

-?Cómo supo usted que vivíamos aquí?

-Me lo dijo usted misma.

-!¿Yo?!

-Sí, el día que estuvo de visita, ¿se acuerda?

-Sí me acuerdo; pero ¿yo le dije que vivíamos aquí?

-Usted me dijo que vivían en el cerro más arriba de El Manicomio;
¿eso es aquí, no?

-Pero el cerro es grande, y hay muchos ranchos por aquí...

-!Pero a Rosa Rodríguez la conoce mucha gente!

-...

-?No es verdad?

-...Sí.

-Bueno, no quiero molestar más; me voy...

-Espere. ¿Usted comió algo?

-No.

-?Cuándo salió huyendo?

-Esta mañana.

-Y ya es noche, ¿y aún no ha comido nada?

-No.

-?Quiere comer?

-Sí; tengo mucha hambre.

-?Por eso quería ver a Rosa?

-Sí.

-Y ¿por qué no me pidió comida a mí?

-No sé, no le tengo tanta confianza...

-Pues si es comida, yo se lo voy a dar; podría haber sido mi hermano Aquiles, ¿sabe?...Yo no le puedo negar a usted un bocado...

-Gracias.

-Pero también le voy a decir que esto no le sirva para meterse dentro de la casa, ¿oyó?

-Nó, claro...

-Eso está bien claro; yo le doy de comer ahora, yo tengo un arroz blanco, y le frío dos huevos y un plátano, y tengo pan; eso es todo lo que tengo, pero lo tengo; y eso se lo doy a usted ahora, pero usted se va de aquí y no vuelva, ¿está bien?

-Bueno, sí, ¿cómo no?

-Pues esa es la condición que le pongo... No me venga mañana por la mañana a buscar a Rosa a la casa porque entonces sí me va a tener usted en frente, ¿me oyó?...

-No se preocupe, y siga calentándome ese arroz, y fríame esos huevos, que usted no me vuelve a ver más... Y se lo agradezco, ¿sabe?... Es que ha sido un día largo hoy...

-Sí, debe ser largo un día huyendo... Y ¿por qué huyó?

-Y ¿qué iba a hacer allá, en aquella jaula?

-¿Qué?... Bueno, ¡y por qué lo agarraron!... ¿no lo agarraron a usted asaltando un banco con las armas en la mano?!

-Sí...

-¿!Y qué quiere usted que le hagan, que lo dejen en su casa, para que asalte usted otro banco?!

-Eso no fue por robar...

-!No fue por robar!... ?Y por qué fue?

-Por la política...

-Ah, sí, por la política!... Eso es lo que están diciendo los ladrones ahora... ?Se comerá usted tres huevos?...

-Sí, si gusta...

-Pues le voy a poner tres, que de verdad el día ha ^{brú} sido muy largo para usted, y !para ese cuerpo!... Usted no parece que tenga diecisiete años.

-No, nadie me lo cree.

-Sí, se lo creo; pero parece un hombre de veinte.

-Uno nace grande y se cría grande, y no sabe por qué.

-Sí, nadie sabe por qué es un grande o pequeño, o bueno o malo; eso es un misterio.

-Eso es la naturaleza...

-Claro... Anda, cómase esto ahora; ya le traigo un vaso de agua...

?Cómo estaba Aquiles cuando usted lo vio, esta mañana?

-Estaba bien; es un gran muchacho, ?sabe?

-Ya lo sé.

-Y, ya ve, él cayó también.

-Sí, también él cayó. Pero no todos los que caen mal, como él, son así, buenos, como él.

-Todos tenemos nuestras razones.

-Sí; pero unos las tienen buenas, y otras las tienen malas.

-?Cuáles cree usted que son las que tengo yo?

-No sé.

-?No sabe?... Pues yo sí sé...

-Claro, cada uno sabe lo suyo, ¿no?

-Sí, yo sé lo mío como como si me hubiese visto crecer por dentro, ¿entiende?

-Claro, ¿es usted mismo, ¿no?!

-Sí... Este arroz está muy sabroso, ¿sabe?

-Gracias. Lo que yo le pido es que no diga a nadie que estuvo aquí, y comiendo, que yo le protegi, ¿oyó?

-Claro...

-Y, por favor, no venga a buscar aquí a mi hermana, porque eso nos puede traer más cosas de las que ya tenemos en esta casa...

-No se preocupe, Josefina...

-¿Quiere más agua?

-Sí, por favor...

-Yo comprendo que también usted debe tener sus razones, y sus problemas, y, además se encuentra solo.

-Sí, yo también llevo por dentro lo mío, ¿sabe?

-Claro...

-Primero, que mi madre no me puede ver...

-¿No le puede ver su propia madre?

-No.

-¿Y es su madre?

-Sí, ella, la que me parió.

-¿Y por qué?

-No sé; nunca me quiso; la que me quería era mi abuela...

-Ya murió...

-No.

-Acaso lo quiere todavía.

-Puede ser...

-?No va a ir a verla?

-!No!

-?Y por qué?

-Es el primer sitio que van a vigilar, la casa de mi abuela, ¿comprende?

-Sí, claro... ¿Está aquí, en Caracas?

-No, en Lara... No, allá no puedo ir.

-Y ¿a dónde va a ir, entonces?

-No sé...

-Siento mucho no poder ayudarle en eso; pero usted sabe que podríamos comprometer a Aquiles.

-!No, si ya entiendo!...

-Eso no podría ser.

-Claro.

-?Y su padre?

-No lo conozco.

-Y su mamá, ¿está casada ahora?

-Sí; pero ya esa no es mi gente.

-Sigue siendo su madre...

-!No, qué va!... Ella me tuvo a mí a los quince años; después tiene hijos, no sé, cuatro o cinco, y vive su vida; !no, eso terminó ya!... →

→!Si yo nunca he querido volver donde ella!

-?Pero ella lo tuvo a usted hasta cuándo?

-Ella me soltó antes de casarse; y venía a verme de vez en cuando; usted sabe, a Lara, al pueblo; yo me crié con los abuelos; ya el abuelito murió; la abuela me quiere mucho, y ^{ah} venido a verme; una vez vino con mi madre también; ella apenas me dijo nada; me dio veinte bolívares...

-?Y la abuela?

-La abuelita sí que me quiere, y me trajo ropa y todo; ella está todavía joven, pero está muy acabada; por los disgustos, sabe; por eso, que no puedo ir a molestarla otra vez, y !que allá me cojen preso otra vez!

-Hasta cuándo estuvo usted con su abuela?

-Yo estuve allá hasta los doce; después me fui de la casa, y yo he andado por todo, ?sabe?, !por todo!...

-Bueno, está mejor ahora...

-Mucho mejor; si me trae un poco más de agua, me la tomo y me voy.

-Sí, ?cómo no?... Aquí la tiene. De veras que siento no poder ayudarlo más, pero de verdad que no puedo, ?comprende?... ?No tiene dinero?...

-No.

-Tome estos cinco bolívares... Tómelos, tómelos; le harán falta para esta noche; después se tendrá que ir buscando otra cosa...

-Cómo no, yo me arreglo; muchísimas gracias, Josefina, no lo olvidaré nunca; dígame a Rosa que estuve aquí...

-No se preocupe, que yo se lo digo; que tenga suerte...

-Adiós.

15

Ya están formados... Todos. Son ciento noventa y tres. No están aquí todos los que debieran. En la calle, ¡en la calle pelada!, hay miles y miles de estos muchachos enfermos que debieran estar aquí. Son muchachos que están enfermos de un mal que no se ve. Que a uno le falta una pierna, y a ése cualquiera lo llama cojo, y se compadece de él, y lo ayuda, porque se le ve la pata de palo, o porque le cuelga el tubo vacío del pantalón; que a uno le falta la madre, y con todo y faltarle algo más que un remo no se le ve eso en la calle; ni se le nota; no se le ve que le falta a uno la madre y su cariño y su apoyo. Y como digo que no tiene madre, puedo decir que sí tiene madre pero que le salió mala; como entre muchas manzanas buenas sale una mala; sí, le salió, porque él, el muchacho, no ha podido elegir a su mamá; y esto, el que le salga a uno la madre mala, es acaso peor que no tener madre; duele menos;

es acaso peor que no tener madre; porque la madre que no ve a su hijo, que no le importa su hijo, ¿qué clase de madre va a ser?; y eso, en la calle, cuando ven a alguien que se ha robado una cartera, nadie ve lo que le falta a ese ladronzuelo por dentro. Y lo juzgan como ladrón. ¡Qué ladrón va a ser alguien a quien le han robado antes su madre!... Y de estos enfermos que no se ven hay miles en la ciudad, ¡miles!... y aquí tengo solamente ciento noventa y tres; y a toditos les veo que tienen algo roto por dentro. Si cualquiera que tiene ojos se fijase en ciento noventa y tres relojes, por ejemplo, los mira por fuera y se da cuenta si andan o no, y hasta pueden ver si andan bien o no; con estos muchachos que están midiendo un tiempo en la vida es diferente, porque hay que adiestrarse para verlos bien por dentro, como yo, y auscultarlos por dentro, como yo, y hasta quererlos, no por la apariencia, que engaña mucho, sino por lo que da cada uno de estos muchachos por dentro. Ahora son ciento noventa y tres. Ayer había ciento noventa y cuatro. ¡Me falta uno desde ayer!... ¡y no sabe lo que hace!... De estos enfermos que no saben que lo son, porque comen y duermen bien y no sienten dolores que los avisen, hay en esta ciudad miles y miles; desde ayer uno más, que es el que me falta hoy aquí...

~~Ese muchacho enfermo, ¿dónde estará ahora, qué hará?~~

~~Villanueva, un muchacho madurado en hombre con ese apuro que a veces apresura, y deforma, es un enfermo grave que anda suelto, a lo loco, perdido entre la sociedad; y se conseguirá otros que son como él, y juntos pueden asaltar, y robar, y hasta matar, porque un enfermo como Villanueva puede matar fácilmente.~~

~~Abí están los ciento noventa y tres muchachos; parecen enteros, fuertes, sólidos; y parecen también sanos, vivos, hasta inteligentes. ¡Y a veces son todo eso, hasta listos! Pero están incompletos, están a falta de algo, que una vez es juicio, otras veces es serenidad, otras veces equilibrio, otras in-~~

~~ginación; y otras veces el mal está en que les sobra algo, porque les sobra coraje, por ejemplo, porque les brota en la forma de una agresividad que no saben controlar, o les sobra miedo, porque les nace dentro como un susto permanente que no saben discernir y rechazar.~~ Ahí están los chicos. ¡Cualquier militar creería tener con ellos un batallón! Y esos muchachos juntos, tal como están, no son una fuerza, sino una debilidad; es como tener casi doscientos físicos juntos en formación.

Tengo que hablarles, y decirles lo que pienso de ellos, lo que espero de ellos, lo que me gustaría hacer de ellos, lo mucho que me gustaría aliviarles de su mal. ¿Me podrán entender? ¿Qué pensarán estos muchachos de mí dentro de sus propias cabezas?. Por fuera me respetan, me escuchan, hasta parece que me aprecian. Y por dentro, en la celda cerrada de cada una de esas cabezas, ¿cómo me verán a mí?...

~~Les voy a hablar, y les diré la verdad, lo que siento de ellos, lo que quiero de ellos, que descubran su capacidad de bien, de amor, de construir! lo que puedo hacer por ellos; ¡claro, si ellos, a su vez me ayudan a mí!...~~

Ya me están viendo; a medida que me voy acercando se van fijando en mí; unos con cara de susto; otros no, otros me miran como si yo fuese su padre, y ellos no saben que es verdad, que yo los veo así; ¿cómo se siente uno padre de unos tarados, de unos locos?, pues como se sentía Unamuno con la idiotez mongoloide de su hijo, como me siento yo, con ganas de ayudarlos, doliéndome de las cosas que hieren a estos muchachos, compadeciéndome de sus herencias, alegrándome de las mejorías que van experimentando con los tratamientos; así, como debe sentirse un padre con sus hijos. ¡No es exactamente igual, claro! Yo tengo

hijos de mi propia carne, y de mi herencia espiritual y los quiero de otra manera; porque hay muchas maneras de querer a la gente; pero a éstos que me están viendo ahora desde esos ojos, de esos trescientos ochenta y pico ojos que me ven llegar y disponerme a hablar, los quiero yo de verdad, porque yo no podría ocuparme de ellos sin el acicate y el sostén de un cariño, porque nunca me hubiese dedicado yo a esto sin una vocación capaz de llenarme todo... Ya tengo a este cuerpo doliente delante. Aquí va:

"Los he reunido aquí para decirles que se ha fugado un compañero de ustedes... (Hay ojos, lo veo, que acaban de enterarse de que se ha ido alguien; otros, en cambio, que posiblemente vieron escaparse a Villanueva ayer en la madrugada)... Muchos de ustedes, casi todos ya lo saben; ya lo sé. Y no quiero confidencias, ¡no quiero soplones!; no quiero criar soplones en esta casa, ni quiero escuchar ahora a nadie que me quiera contar lo que pasó; aquí les estamos enseñando a ser hombres, a descubrir su capacidad de bien, de amar, de construir; les enseñamos a ser hombres, no a ser mujeres... (no es que tenga nada de malo ser mujer, pero para la mayoría de estos muchos la mujer, y la madre, que no han conocido nunca, son un signo de debilidad)... aquí les estamos enseñando a ser ustedes mismos, lo que son por dentro, lo que deben ser por dentro; por eso que yo no quiero que nadie me diga cómo se fugó Jesús Villanueva... ¡No me importa cómo se fugó!... Todos ustedes saben muy bien cómo se pueden escapar uno de esta casa; escaparse es fácil; todos ustedes se pueden escapar cuando les dé la gana. Uno puede saltarse un muro, uno puede conseguir un permiso de salida y no regresar, ¿comprenden?; así, sencillamente.

"Yo no los quiero tener presos; yo no soy un carcelero; aquí no estamos poniendo a los muchachos en celdas; y ustedes lo saben muy bien. Ustedes saben

muy bien que para lo único que sirven ahora las puertas de hierro es para ponerlas de adorno en la Plaza de la Reja, donde las ven ustedes todos los días para que se den bien cuenta de que eso se acabó, de que eso lo acabamos, ustedes y yo, para siempre.

"Tomamos algunas precauciones, claro está... (Algunos se están riendo por dentro, y otros se quedan serios y están viendo los alambres de púas que brotan sobre los muros)... Sí, hay un muro a todo lo largo y lo ancho de esta casa, es verdad, y también hay unos alambres de púa encima, y hasta unos cascotes de botella; eso, cualquiera lo puede ver; pero este cerco, un cerco que se puede saltar a pesar de esos obstáculos cuando se quiere escapar uno de verdad, como lo hizo ayer un compañero de ustedes, no es por nosotros, no es para que ustedes nos dejen tranquilos con sus ganas de irse, no es para que ustedes nos dejen tranquilos con sus tentaciones o sus amenazas de huir, sino para que ustedes estén protegidos... (Algunos sinvergüenzas se están escondiendo detrás de las cabezas de los que están delante para reírse; los veo a todos; otros, sobre todo los que están primero, los que están en primera fila, no se atreven a sonreír siquiera, pero estoy seguro que se están reventando de risa por dentro)...

"¡Algunos no me lo creen!... Y algunos hasta se ríen. Y yo, como ven ustedes, no me río de eso, ni me enfado porque se ríen ustedes. La mayoría de ustedes, los que llevan ya varios meses aquí, en la Casa, me conocen bien; y, unos más, otros menos, ustedes

me conocen todos, porque han hablado conmigo personalmente o porque les han hablado de mí. Y saben que yo nunca hago uso de la fuerza, que nunca los castigo con la violencia, que trato de ser justo con ustedes. ¿Por qué? Porque son un poco mis propios hijos... Eso, mis propios hijos...

(¡Estos carajos se ríen, y me van a sacar de quicio)... "Otro que ríe... Ríase... No me importa...")

"Acabo de recibir una carta, ayer. Les voy a decir lo que dice esta carta. Se la voy a leer. No voy a hacer comentarios, porque la carta se explica sola.

"Dice así la carta: 'Casualmente me he enterado que una de las sicólogas que trabaja en el Instituto que usted tan dignamente dirige fue trasladada, o está trabajando aquí, en la Casa de Reeducción; y he aprovechado esta ocasión para enviarle la presente, deseando se encuentre perfectamente bien de salud. Me he decidido a escribirle porque he observado en Gómez"... este es un muchacho que estuvo aquí y que muchos de ustedes conocen, 'una gran necesidad de hablar con usted, y digo esto porque hablando con él me demostró los deseos que tenía de disculparse con usted por el gran error que cometió antes de ser trasladado... (ya comienzan a interesarse, se les ve esa luz en los ojos)... El muchacho, que se ha convertido en compañero íntimo mío, tiene grandes deseos de superación; él está en un pabellón que no es el mismo donde yo estoy, pero diariamente nos encontramos dos veces al día, ya que estamos estudiando en la mañana tercer curso, y en la tarde, de dos a tres, nos encontramos en el curso de Inglés que una interna está dictando; y así es como entablamos conversación,

y donde él me ha expuesto unos grandes planes para el futuro, y en una de esas conversaciones me dijo: cuando salga de aquí, el mismo día, me llevo a Los Chorros para hablar con el director. Yo me he dado cuenta que cada vez que nos encontramos el tema de conversación es hablar de Los Chorros, y quizá sea porque le tenemos gran aprecio a nuestro instituto, ese gran aprecio es motivado que fue en Los Chorros donde encontramos personas a quien depositar gran confianza, la cual no había depositado ni a mi madre nunca jamás. Yo estoy seguro que este mismo, o algo parecido, le sucede a nuestro amigo Gómez, ya que nosotros tenemos algo en común, y es que él es algo tímido al igual que yo. Aquí él está interesado en sus estudios para sacar su sexto grado. Yo desearía que cuando usted tuviese algún tiempo lo viniera a ver a él, que viniera como si fuese una visita cualquiera, y que lo tratara, no como amigo solamente sino que de un modo indiscreto (dice indiscreto, aunque debería decir discreto, y eso es lo de menos) lo tratara de siquiatra a paciente. Agradecería me saludara a los maestros del Grupo Rafael Urdaneta, a los alumnos, y en especial a los encargados de la Biblioteca y Cartelera, también a la maestra Rosa, a los maestros del curso del INCE, a los supervisores de la sección B, a la supervisora de escolaridad, al padre, el siquiatra del grupo; en fin, a todos, aunque para que se evite esto va a tener que valerse de un aviso saludando a todo el personal de parte de nosotros, los antiguos alumnos de aquel instituto, en ese instituto donde hemos sido alumnos, de nosotros que dimos ahí el primer paso hacia la realidad y hacia el verdadero camino del progreso. (Y para terminar dice): Atentamente, Julio Moya".

Esta es la carta. Ya están interesados). ~~lo dejó así. Ya he leído como viene escrita. Muchos de ustedes co~~

Basta de sermón para hoy.

16

"Ahí está tu hermana"... El que la ha visto ha sido José Armas. Y es verdad, allá viene, con un paquete en la mano, con la frente alta, seria; como una mujer. Es Josefina. Y viene sola. "Sí... ¡y no trae a Robertico!"... Y a Aquiles le duele que su hermana no traiga al pequeño; ¡con las ganas que tenía de verlo, de jugar con él!... "No te molestes con ella, acaso no pudo"... ¡Este José Armas lo quiere arreglar todo, no se rebela contra nada, carajo!... Y sale al encuentro de su hermana, solo, dejando a José Armas donde está, y piensa que acaso es verdad que no pudo; pero acaso también es verdad que no lo trajo por nada, por mariqueras, porque a Josefina no le gusta que Robertico lo vea preso en la Casa... "¡Josefina!"... "Cómo estás"... "Bien, ¿cómo no lo trajistes?"... Josefina dice que no, que no pudo, que tiene que hablarle de otra cosa. Y ella, ¿no pudo traerse a Robertico por eso?... No, no pudo, Josefina lo pre-

fiere así. "¿Qué pasa?"... "¿Aquel es tu amigo, no?", pregunta Josefina, sin contestar. Y Aquiles le dice que sí, que es José Armas; ¿no lo conoció el otro día?; Josefina dice que sí, que se acuerda, pero que se lo está preguntando porque los está mirando. "Déjalo ahora- le dice Aquiles- y dime, ¿qué pasa?". Aquiles ve a su hermana, y la siente asustada; pero ella es valiente, y le mira a él, y le dice: "Bueno, tú sabes que huyó el valentón ese de los asaltos a los bancos, ¿no?"... Claro que Aquiles sabe eso, ahora es él el que pregunta, a ver cómo sabe ella que Villanueva se ha fugado de la Casa de Observación!; y Josefina le dice que eso es lo que quiere contarle, y que por eso no quiso traerse al pequeño, que ella no quiere que el chico sienta nada de lo que está pasando en su derredor, porque después le va a quedar eso por dentro, ¿no?; Aquiles está conforme, y dice a su hermana que sí, que también a él le está preocupando Robertico; pero que le cuente lo que hay, rápido... pero no aquí, porque la gente los está viendo, y hasta las pueden oír, sino que vayan a sentarse al banco, un banco que está un poco alejado de los demás, debajo de una trinitaria, en un rincón del jardín; y llegan a ese banco y se sientan, y entonces Josefina pregunta a su hermano a ver si es verdad que el Villanueva, ese es amigo suyo; Aquiles dice que.... bueno, que amigo, así, no es, que amigo suyo como debe ser es José Armas, que era eso, que conversaban y que Villanueva lo había respetado siempre y que le había hecho la confidencia de que se iba a fugar, cosa que no había hecho con nadie más, que eso era algo; pero que así, amigo de verdad, que no lo era; pero que se cuidase mucho su hermana de decir nada de esto a nadie, ¡a nadie!, ya Villanueva le había contado eso porque confiaba en él, y que él no quiere fallarle

en la confianza a nadie, ¿oyó su hermana eso?...; Sí, Josefina oyó eso, y comprendió también eso; y ella está contenta de que su hermano sea así, un hombre de palabra... Pero, bueno, y Aquiles se impacienta, ¿cómo supo Josefina de Villanueva?... ¡Josefina le cuenta que el hombre le llegó a la casa...! "¡a la casa!", Aquiles se sorprende de que Villanueva le haya llegado a su hermana a la casa sin él haberle dicho nunca dónde vivían ellos y pregunta a su hermana que ¿cómo ha podido llegarle Villanueva a la casa, que quién ha podido decir eso a ese tipo!...;

y Josefina dice que ella; ¿ella?... ¡Sí, debió decirle eso sin darse cuenta, cuando él la acompañó un día hasta el portón...!; ¿y él, Villanueva, le preguntó eso a ella?; debió ser así, aunque Josefina no lo recuerda muy bien ella debió decirle solamente que ellos vivían arriba del Manicomio, así, en la conversación; ¿ese coño de su madre le había llegado a ella, su hermana, en la casa, después de haberse escapado de la Casa de Observación, ¿no?...; ¿sí, así había sido; ¿y qué le dijo cuando llegó, qué mentira le contó?; Josefina le va contando ahora, ya más tranquila, que Villanueva le llegó en la noche, que ella estaba sola con Robertico, que Rosa justo se acababa de ir...; "¿y qué te dijo?"... se impacienta Aquiles; nada, entró y dijo a Josefina que quería hablar con Rosa, pero ella le vio la cara de hambre que tenía y le preguntó que si lo que buscaba era algo de comer, ella se lo podía dar..., lo que quería ella, Josefina, es que ese hombre no viese a Rosa, que comiese lo que fuese y que se fuera de la casa cuanto antes, ¿no?...; ¡claro!; ella pensó que podía haber sido Aquiles que llegaba así, hambriento, perdido, asustado, ¿comprende eso Aquiles?...; Aquiles dice a su hermana que sí, que él comprende bien lo que le está diciendo; pero ¿qué más?; Josefina le cuenta entonces que durante el tiempo que estuvo comien-

do Villanueva en la casa conversaron un poco, y que le dijo ella que después de eso que se fuera, y que no regresara, por favor que no regresara, que eso les podía perjudicar mucho a ellos, sobre todo a Aquiles, ¿no?; ¡claro...!; pues eso es lo que le dijo, y, nada, después de eso se fue...; ¿lo había visto alguien?...; Aquiles está preocupado por si lo vio alguien en la casa; no, nadie; eso fue anteayer, ¿no?...; ¡Sí! pero... ayer se le presentó el hombre otra vez...; ¡Villanueva!; sí...; ¡ese año había vuelto a la casa otra vez ayer!; sí, y ¿sabe con quién se presentó Villanueva?...; no, Aquiles no sabe con quién; con Rosa...; ¿con Rosa?...; sí, con Rosa; se da cuenta ahora por qué no ha traído a Robertico con ella?...; ¿con Rosa?; Aquiles no puede, o no quiere, creerlo; "sí, señor, con ella se me presentó en la noche, acabadita de salir..., el debió estar celándola cuando ella bajaba"...; ¿y qué pasó?; ¿qué pasó?... nada, que Rosa le dijo a ella, a Josefina, que ese muchacho tenía necesidad de ellos, que andaba perdido, y que no tenía a nadie.. ya sabía Aquiles cómo se decían esas cosas...; ¡y Rosa había metido a Villanueva dentro de la casa!; sí...; y ella, Josefina, ¿qué hizo entonces, ¿qué hizo entonces?...; "no grites, Aquiles- le dice su hermana- no grites, que nos van a oír... ¿qué hice yo?... ¿qué quería que hiciese!... ¡llamé a un lado a Rosa y le dije lo que pensaba, que todo esto era un compromiso para tí, y para todos nosotros, y que pensase en Robertico también"...; "¿qué va a pensar esa puta en Robertico!"; y Josefina sigue contando a Aquiles que ella le dijo entonces que ¿cómo se iban a hacerse cargo ellas de aquel hombrón, que se podía comer en un día todo lo que ella, Rosa, podía ganar en una semana?...; ¿le dijo eso a Rosa?; sí, se lo dijo; ¿y qué más?; pues ella, Rosa, le contestó que no, que eso era sólo cosa de un día o dos, y que no podían dejar a ese hombre fuera, que por la comida no

se preocupase, que ella le daría algo más...; "¿y qué va a hacer ella para eso, eh, joder más!?"...; que Aquiles no hablara así tampoco, le dijo Josefina, que eso no podía arreglar ya nada, que el hombre estaba dentro de la casa...; "¡coño de su madre!"; bueno, Josefina se esfuerza en calmar a su hermano, que no se ponga así tampoco, que acaso Villanueva se va en un día o dos, ¡hasta puede que cuando ella regrese a la casa Villanueva se haya ido y no vuelve más!... ¿no?...; no, Aquiles no cree eso, porque ese hombre es un sinvergüenza, ¡un sinvergüenza!..., ¿qué hacía Villanueva cuando salió Josefina de la casa para venirse a verlo?; pues se fue después del almuerzo, y hasta puede que no regrese más!...; bueno, y dónde durmió ese bandido, en qué cama; en la suya, en la de Aquiles, ¿dónde más ha podido dormir?...; ¿y Rosa?; ella, Rosa, si eso es lo que le preocupa, no ha visto al Villanueva ese en toda la noche, porque ella, Josefina, estuvo sin poder dormir, y aún estaba despierta cuando llegó su hermana a casa en la madrugada... ¡cómo podía pegar un ojo con aquel hombre dentro de la casa!... bueno, Josefina llegó y se acostó en su cama, Villanueva, cuando se despertó, comió su desayuno y se fue, sin decir nada, y regresó al mediodía y habló con Rosa un rato, después almorzó sin hablar mucho y se fue... ¿sabe su hermano que Villanueva es bastante confianzudo?...; ¡no va a saber él lo que es Villanueva!...; bueno, pero tampoco ayuda nada que Aquiles se haga mala sangre ahora, ¿entendido?, que no se ponga así, porque la gente los puede estar viendo y los ven a ellos así, descompuestos, su amigo, José Armas, no viene, pero los está viendo; sí, ése es un buen amigo, pero, bueno, y ¿cuando salió ella ahora de la casa, cómo la dejó?; bueno, ella dejó a Rosa acostada, como siempre, y a Robertico jugando con Omarcito, su vecino, y ya le dijo a Aquiles que Villanueva, había salido después de almorzar,

?no?...; sí; bueno, dónde ha ido Villanueva, ella no sabe, pero comer, sí comió ese bruto como cuatro!; ?Villanueva sabía que Josefina venía a la Casa de Observación en la tarde?; sí, se lo dijo ella misma; ?y qué le dijo él?; le dijo que, por favor, no dijese nada a nadie sino a Aquiles, que a él sí le tenía que decir, porque él era muy amigo suyo...; !cómo de su madre!; ... y que en el único que podía confiar era en Aquiles..., bueno, eso, bla, bla, bla...; sí, Aquiles sabe bien que Villanueva sabe mucho de eso...!que lo va a matar!; que no, que no se pudiese así Aquiles, porque ese hombre no se merecía esa preocupación, y que, además, todo se iba a arreglar, ya vería él que para la próxima visita todo estaba arreglado, porque ella le iba a poner a su hermana Rosa las cosas muy claras, y que le iba a decir lo que Aquiles pensaba de Villanueva, y que eso podía cambiar las ideas que tenía Rosa del hombre, ?no?...; !qué va!; bueno, todavía no lo saben, porque acaso no regresa ya esta noche, o se va mañana...; ?y si no?; si no... !en esa casa arde todo!...; "sí, Josefina, no los dejes"...; no, ella no los va a dejar quietos, !qué va!, que él esté tranquilo por eso, ?oyó?, que Aquiles está tranquilo de que nada malo va a pasar, y que tome aquellas ropas que le trajo, porque le trae una camisa nueva también, y también le trae una comida, algo, y le va a dar veinte bolívares, que los tome, y que Aquiles no los quiere tomar, pero que ella insiste y le advierte que los tome ya que ahí viene su amigo...; "hola, cómo está"; ya está José Armas allá, y dice a la hermana de Aquiles que él está bien, y ella, ?cómo está?; Josefina le dice que también están bien todos en la casa y que ha venido a verlos...; sí, y Aquiles estaba un poco bravo porque no había traído a Robertico, su hermano; sí, Josefina sabía eso, y había esta-

do discutiéndolo, pero ella no pudo traerlo hoy, sería otro día; José Armas le dice galantemente que basta que vino ella, que ella sola también es bastante; claro; Aquiles está bravo por lo del hermanito, ¿no?; sí, es que quiere mucho a Robertico; Aquiles está callado, encogido; entonces José Armas pregunta a Josefina si Aquiles la quiere a ella también tanto como al chico; Josefina no sabe qué decir, y mira a su hermano, y dice sonriendo que sí, que cree que sí; Aquiles dice que sí, claro, y se levanta, porque se va a llevar el paquete al dormitorio, y que ya viene; entonces Josefina dice a José Armas a ver por qué no se sienta él también en el banco, porque hay sitio, ¡bastante!; José Armas se ríe, porque es verdad que hay muchísimos lugar en aquel banco; y Josefina le dice entonces que su hermano le habla mucho de él; ¿de veras?; de verdad, así es; bueno, le parece bien, porque él es muy amigo de Aquiles, y es también el único amigo que tiene; ¿de veras?; sí; ¿y por qué no tiene más amigos, entre tantos como hay allá?; no sabe José Armas por qué, pero es así, y se habla con muchos, pero se es amigos de pocos, y él es sólo amigo de Aquiles, ¿le extraña eso?; no, no le extraña; ¿qué suerte tiene él, José Armas, ¿no?, tener un amigo tan bueno como su hermano?; sí, ella cree que es una suerte de verdad; y él está contento por eso, porque allá, en la casa de observación, están muy solos; ¿pero había mucha gente allá, no?...; sí, pero lo que le decía antes; que había muchos, cómo no, y uno se sentía, sin embargo, solo; Josefina quería saber si cuando hay más gente al lado de uno uno se siente más solo; José Armas dijo que él no sabía mucho de esas cosas, eso lo podía, por ejemplo, explicar bien el Director, que hablaba bien y sabía echarles discursos, pero le podía

decir lo que sentía, y era verdad que con tanta gente en el dormitorio, por ejemplo, se sentía más solo que nunca; ¿a José Armas no le venía a visitar nadie?; nadie; ¿nadie, nadie?; no; ¿no tiene a nadie?; no; ¿de verdad?; claro; ¿y su madre?...; ¿ha muerto?...; no, no ha muerto; ¿y no viene su madre a verlo?; no; ¿no vino nunca?; sí, vino una vez; ¿y por qué no viene más?; no, prefiere no hablar de eso; Josefina quiere saber entonces si tampoco tiene hermanos; José Armas le dice que sí, que le han nacido hermanos, pero que no los ve; ¿desde cuándo?; desde hace años; ¿años, ¡cómo puede ser!; así es; ¿por qué?; porque hace muchos años que él falta de la casa y no ve a nadie; ¿están en el interior?; sí; bueno... entonces, cuando ella venga a ver a Aquiles viene a verlo a él también, ¿conforme?; sí, José Armas está conforme, ¡más que conforme!, no hay más que verle los ojos contentos, a él le gustaría mucho eso; bueno, ¿cómo no?, lo va a hacer, y si ella puede traerle algo desde fuera, algo que quiera tener él, que se lo diga, porque a ella no le costará nada traerle lo que le pida, ¡siempre que no pida demasiado, ¿no?!; ¡no, José Armas nunca le pediría demasiado a ella!, le bastaría que viniese ella... eso le bastaría; ¿con eso sólo se conforma?; sí, él sí; bueno, él debe saber que cualquier cosa que tiene Aquiles es de él también, y que cualquier cosa nueva que traiga ella a su hermano también le pertenece, porque ellos son muy amigos. ¿entendido?; sí, José Armas ha entendido perfectamente, y le dice que ellos se reparten todo lo que tienen, quiere decir que todo lo que tiene Aquiles!; bueno, ahora lo tiene Aquiles, y mañana puede que lo tenga José Armas; sí puede, ¿cómo no?, y se ríe; Josefina le dice que por qué se ríe, que

por qué cree él que no puede tener nada nunca; él le dice que no sabe, que él no sabe de esas cosas, pero que hay así, gentes que han nacido para perder como él, ¿no?; ¡no señor, no tiene por qué pensar que él ha nacido para perder, ni Aquiles, su hermano, ni ella, Josefina Rodríguez, porque uno puede hacer mucho para ayudarse también! José Armas le confiesa que puede ser, y que es muy bello pensar así, y que le gusta que ella le diga estas cosas, porque a veces uno piensa que uno mismo no puede nada; sí, pero no hay que estar pensando en eso, porque entonces las cosas, todas las cosas, le van a salir mal; sí, es verdad; porque, que uno no haya tenido escuela, mala suerte, y que uno no haya tenido quien le eduque en la casa, mala suerte, y que... uno no haya tenido suerte al nacer, que no le haya tocado una buena madre, pues mala suerte, pero que por eso, por no haber tenido suerte al principio, uno no puede dejarse llevar por el río, sino que tiene que aprender uno a nadar, ¿no le parece?...; y José Armas, que está encandilado escuchándola, dice que sí, que siga, que siga; y Josefina ya está hablando como una maestra, y le dice que eso, que por esos inconvenientes que tiene uno de pequeño no se va a dejar llevar por lo que salga, sino que uno tiene que luchar y que haciendo eso se puede mejorar, que se puede ser hombre; o mujer, ¡que es igual, ¿no?...; claro; pues eso, que vale la pena pelear, y que el que pelea puede ganar, y que el que gana, ¡bueno!, el que gana puede...; ¿qué gana el que puede?; no, que estaba diciendo a tu amigo que uno debe pelear en la vida para ser algo, ¿no?...; sí, pero tampoco es verdad que todo el que pelea gana; no, dice Josefina, pero sin pelear se gana menos, no se gana nada, y para tener un hijo también hay que

sufrir; claro; "no, es que estaba diciendo a José Armas que él también llegará a tener lo suyo, porque ahora no le viene nadie a visitar, y tampoco tiene nada para ofrecer a un amigo, que es lo único que tiene, pero yo le digo que no se deje caer, que todavía puede conseguir mucho en la vida, ¿no te parece, hermano?"; claro que sí; "además ustedes ahora están aprendiendo un oficio, ¿no?"; sí, los dos; ¿qué oficio está aprendiendo?; José Armas le dice que él está aprendiendo el oficio de carpintero; ¿carpintero?; sí, ¿le gusta a ella?; claro que le gusta, eso es la madera y eso, ¿no?, que es muy bonito; a José Armas le gusta, por eso es que ha elegido la carpintería, porque él conoció en el barrio a un viejito que era carpintero, y que se llamaba Gregorio, que estaba siempre de buen humor y que hacía unas mesas bellísimas, y unos escaparates lindos, y que cuando trabajaba con una cuchilla metida en una madera sacaba unas virutas redondas y grandes, con olor a pan, y él lo miraba trabajar desde una ventana de rejas que tenía el taller del viejo y a veces le daba algo de comer, porque el viejo se comía su comida allá mismo, con aserrín y todo, y todo olía muy bien, y por eso que le quedó un buen recuerdo del viejo y le parecía que ser carpintero era buen oficio, ¿no?; los dos hermanos estaban muy conformes con eso, y les gustaba que él, que no hablaba nunca, les dijese esas cosas, porque eso era bonito; y Aquiles, ¿qué estaba aprendiendo?; Aquiles dice a su hermana que ya le había dicho ya antes que estaba aprendiendo mecánica, ¿no se acordaba?; sí, se acordaba, pero quería oírle hablar otra vez de eso, ¿por qué le gustaba ser mecánico?; bueno, ser mecánico era como ser chofer, y saber reparar el carro, ¿no?; Josefina

y José Armas están conformes con eso; bueno, y él al principio, pensó que iba a vender lotería como el tío Raúl...; ¡estás loco!, le dice Josefina; y Aquiles le dice que eso era ~~era~~ antes, pero que después pensó que mejor se hace mecánico, porque se gana más...; ¡y uno no tiene que andar pidiendo por ahí!, le dice Josefina; y Aquiles le dice que sí, que es verdad, y que por eso también pensó que sería mejor estudiar la mecánica; claro, y Josefina le dice que eso es mucho mejor, pero le pregunta que por qué mecánico y no carpintero como José Armas, por ejemplo; bueno... Aquiles no sabe exactamente, pero ahora que lo ha puesto Josefina a pensar, piensa que acaso sea porque al lado de donde vivía su tío Raúl y donde él cuidaba a la pequeña Judit, pues allá había un viejo Matute que manejaba un carro de alquiler y que siempre lucía aseado y coloradote y grande, y siempre salía en la mañana temprano, al él llegar a la casa del tío Raúl, que salía muy temprano a vender lotería, ¡y que regresaba en la noche, antes que él, Aquiles, salir de la casa del tío Raúl otra vez, y que le parecía un oficio bueno, y el carro estaba siempre limpio, ¿comprenden por qué le gustó eso de manejar?; sí, le dice Josefina, pero eso no era todavía lo de la mecánica; no, no era, pero los sábados el viejo Matute se ponía a verle al carro el motor y todas las piezas por dentro, y él, Aquiles, se le ponía al lado para verle mover todas aquellas cosas complicadas de hierro allá dentro, y después, cuando parecía que con todas aquellas piezas dentro y fuera, y fuera y dentro, no iba a andar el motor, el viejo se ponía frente al volante y le daba para prender y el motor prendía sua-ve-ci-to... como una máquina nueva, ¿comprenden?; sí, aquello estaba mejor, ahora sabía Josefina por qué gustaba a Aquiles, compren-

día ahora, ¡raro, eh!, comprendía ahora por qué le gustaba, porque nunca antes se había puesto a pensar en eso, ¡¿qué raro, no?!; sí, era raro, pero así había muchas cosas, eso es lo que pensaba José Armas; así debía ser; Josefina quiso saber si en aquella escuela que tenían en la casa aprendían mucho; ¡muchísimo!; ¿de veras?; ¡claro!, aprendían matemáticas y gramática y eso, todo, y además tenían maestros para enseñarles la carpintería y la mecánica, todo; pues ahora opina Josefina que están mejor aquí que en la casa, donde no iban a la escuela nunca; no, opina José Armas, afuera se está mejor, y José Armas dice también que no hay duda de que fuera se está mejor, porque afuera uno es libre, ¿no?; sí, eso es verdad también; sí, y fuera uno va al cine y todo; sí, pero no aprenden un oficio, y si tantas ganas tienen de estar fuera, ¿por qué no se escapan, ah?; Aquiles y José Armas no dicen nada, porque saben que Josefina les está preguntando eso para que ellos digan que no, para estar ella segura de que ellos no piensan en irse; entonces José Armas salta con la pregunta de si ella sabe que hay uno que se acaba de escapar; Josefina dice, que sí, que se lo ha dicho Aquiles; ¿qué le parece?, le pregunta José Armas; Josefina le contesta que no sabe, que ella no puede juzgar a nadie, que acaso esté mal... que a ella le parece mal, que a ver si, de verdad, le gustaría escaparse a él; José Armas le dice que no, que él prefiriere aprender un oficio ahora y salir con algo entre las manos, ¿no le parece eso a Josefina?; ¡claro que sí!; Aquiles es también del mismo parecer; entonces Josefina pregunta a su hermano a ver cuándo piensa salir de la Casa de Observación; y Aquiles le dice que no sabe, que dicen que lo más que se puede estar allá son cuatro meses, pero que hay algunos que están seis y otros llevan casi un año, y así, ¿quién va a sa-

ber cuánto tiempo le va a tocar a uno ; claro, nadie sabe nada de eso, y ¿por qué unos salen antes que otros?; bueno, depende de la falta que han cometido y también de la conducta en la Casa; bueno, Josefina deduce que la falta de ellos dos no es grande, porque eso de no haberse robado nada no es grave, y que, después, si se están portando bien en todo, ¿no?; sí, los dos chicos están conformes en eso; bueno, y Josefina se tiene que ir, y les dice que estén tranquilos, que todo se irá arreglando, que todo saldrá bien y se hacen las cosas bien, ¿comprenden ellos eso?; sí, lo comprenden; bueno, ella se va y regresará el jueves; Aquiles le dice que no se olvide de Robertico; claro; "y así le dice José Armas-mientras Aquiles juega con el pequeño, nosotros hablamos un poco también"; Josefina le dice que sí, que claro, que también hablarán ellos dos, y pregunta a su vez si no le van a acompañar hasta el portón; ¡cómo no la van a acompañar!, y Aquiles les dice que ella sabe ya que "con aquello otro" hay que estar firme, que no ceda; "sí, hermano -le dice ella- no te preocupes por eso, ¿viste?"; sí, Aquiles lo ha oído, y está seguro de que ella va a cumplir; y Josefina insiste en que no se preocupe por eso; Aquiles dice que no, que él ya está tranquilo; José, está callado; Josefina se da cuenta que el chico ha quedado por un momento fuera del grupo, y dice: "bueno, ¿y qué pasaría ahora si ustedes tratan de salir conmigo, ah?"; ¿tú no tienes un pase, pues?, le preguntan a Josefina; ella dice que sí, que es verdad, pero ¿qué pasaría si ellos se hiciesen unos pasqs igualitos?; José Armas dice que es difícil hacer eso bien, y que, además, para qué sirve salir así, de ladrón, si luego lo cazan a uno y uno nunca está tranquilo en la calle ni en la casa; claro, les dice Josefina, no vale la pe-

na, "y terminan sus oficios aquí y luego viviremos tranquilos; sí, y Aquiles se despide de su hermana: "adiós, Josefina"; y José Armas también: "adiós, Josefina"; Josefina les dice adiós con la mano y se va; y los dos chicos regresan hacia el dormitorio, que está como a doscientos metros, o más, acaso trescientos metros, y José Armas, por decir algo, o por decir más que algo, eso es difícil de decir ahora, porque él mismo no lo sabe, entonces, dice: "tu hermana es bonita, ¿sabes?"; Aquiles cree que no, que bonita no es, pero que es buena, capaz y seria, que es la muchacha más seria que conoce; José Armas insiste en que a él le parece bonita también; "¡bueno -le dice Aquiles- no te vayas a enamorar ahora de mi hermana, ¿no?!"; ¿y por qué no?; Aquiles no sabe por qué, pero... le parece raro; ¿raro?; sí, porque él la quiere a ella, y él, José Armas, es el mejor amigo que tiene, y si se quisiesen los dos, le parece que perdería a Josefina y a José Armas, ¿no le parece?; no, a José Armas no le parece que eso sea así; bueno, es tonto eso, pero así es como piensa; sí, sí, a veces se piensan loqueras así... Apúrate, que ya están formando para ir a comer!...

17

-Rosa, ¿estás ahí?...

-Sí...

-Ya es tarde, está oscureciendo... !!Y usted qué hace aquí!!

-Y yo, ¿por qué no puedo estar aquí, conversando?

-?!Conversando?!... !Y usted acostumbra conversar con las mujeres desnudito en pelota, no!... !Usted es un sinvergüenza!...

-No grites, Josefina...

-!Y tú otra sinvergüenza igual!... Ya me lo olía yo por la forma en que este...puto ha salido después de comer; ya me lo estaba oliendo yo...

!Sálgase de aquí, cochino!... Váyase de esta casa, ¡cuanto antes!, váyase... !Pero por qué será que nunca podemos salir de abajo, de la porquería!.. !Por qué será que le escupen a la cara o que le botan a uno la mierda desde cualquier lado, desde todas partes, por qué!...

-Josefina.... Josefina...

-No me hables; tú eres una cochina igual que él; no tienes vergüenza, no tienes nada... ¿oíste, hermana?... No tienes nada. ¡Nada! Y me das asco y me das pena y me das todo, ¿sabes?. Y no sé qué hacer...

!Si se entera Aquiles de esto!...

-¿Qué le has dicho?

-Nada, no le he dicho nada. Y no me hables...

-No llores, Josefina, mujer...

-No, no me hables. Vístete y sal. ¡Y ese hombre no duerme esta noche aquí!...

-Bueno, está bien; yo le consigo otra cosa; pero ahora cállate, ¿quieres?, y no digas nada de esto a Aquiles...

-No me hables, te digo; y vete cuanto antes; déjame llorar sola.

-Que Robertico no te vea llorar.

-!Ah, no quieres que Robertico me vea llorar!... !¿Qué quieres que vea Robertico en la casa, eh?!... !¿Quieres que Robertico te vea a tí?!...

-Bueno Rosa, yo me voy...

-!Que lo lleve el diablo!... !Y no aparezca más por aquí, que lo denuncio!...

!¿Me oyó?!... !Yo lo denuncio!...

-Cállate, que ya se fue...

-Sí, y vete tú también...

-¿Qué pasa, Josefinita?

-Nada, hijo que me he hecho daño aquí, en la mano...

-¿Y estás brava por eso?

-Bueno, me he puesto brava, sin razón...

-¿A ver la mano?

-Ahí no se ve nada...

-No, es que ha sido un golpe, ¿sabes?...

-¿Aquiles no te ha dicho nada para mí?

-Sí, Robertico; me ha dicho que no deje de llevarte el jueves, ¿sabes?, que quiere jugar contigo.

-Yo quiero ir también.

-Ya vendrás conmigo.

-¿Puedo ir a jugar otra vez?

-Sí; pero dentro de diez minutos te vienes, que tenemos que comer; ¿oíste?

-Sí...

-¿No vas a esperar que yo ponga algo de comer?

-No, voy a salir; yo como algo por ahí; pero no llores, hermana, no llores...

-Vete, vete... que quiero quedarme sola...

18

¡Por fin, consiguió meterse en el autobús!... El apuro estaba en la mucha gente que hay a esta hora, con las visitas, a pesar de que ella ha salido hoy más temprano; pero sobre todo es la carrera, que la gente no quiere dar tiempo al tiempo, porque todos quieren montar, y por el mismo hueco, a la vez, y a así ese tiempo se pierde, se bota por nada, y se lastiman unos a otros sin necesidad, y así también gozan los cerdos, ¡porque son de ver esos ojos de estar vaciándose en pleno autobús!; le duele sobre todo por el pequeño, que parece que no ve, que no se da cuenta, y registra ¡todito!, de pasar días y recordarle a ella el muchachito un gesto de alguien, una mirada, cualquier cosa que le dijo un hombre al pasar, ¡todo!, como lo de hoy con el desvergonzado del portón, que hay algunos que son decentes, y hasta finos, ¡porque el señor Ramírez es gente!, pero este Arias que llaman El Chino, que tenía, y tiene, unos ojos pequeños, como dos metricas, y con una luz que le resbala

como moco, que a veces parece tieso como una vara de medir y lo que es es un piojo, una garrapata que se le pega a una con el sólo mirar y le entra en ganas de rascarse; visto de lejos, desde la cola, parece una estatua de piedra amarillosa, de hombre serio como debe ser el de una estatua... ¡Y este tipo que le está arrimando la rodilla no sabe que se puede voltear y pegarle una carterada en la nariz!, y que ahora se está haciendo el loco, que no la ve; se está sintiendo mucha calor, y sobre todo para Robertico, que no puede despegar la cabeza de entre ese fondillo de la vieja y el asiento, que es una esquina de metal puyúa que le puede lastimar la cara: "señora, haga el favor y no me le reviente la cabeza al muchachito...", "¡ah, pues, doña, y yo qué hago, si se me viene encima ese mundo...!, ¿no ve?..."; y es verdad; y hiede este bus a pescado, a pescado malo, que será que alguien lo lleva en un paquete o la peste es de alguien que es vieja y le hieden así las piernas... Y hoy ~~se~~ *menzó cuando* ella temprano, para salir antes, ¡y le tocó premio con ese Arias!, lo tuvo delante casi una hora, y lo vino a conocer completo cuando contestaba a las mujeres que le preguntaban la hora, por la comida que podían pasar y otras cosas que preguntan las madres y las hermanas al que tiene la llave de donde están guardados sus hijos y sus hermanos, que esto, la importancia, es lo que lo hace crecer al Chino, chinito por los ojos y por el pellejo, que lo tiene amarilloso y tieso, como de cuero viejo, y abre su boca, dentón, para escupir las palabras con la baba; no siempre fue así, que cuando llegó aquel carro con un señor catire dentro, Arias se le adelantó nervioso y le saludó con la mano subida al sombrero y bajando la cabeza, "perdió el culo abriéndole la puerta y sonriéndole con esos dientes verdosos!... "Robertico, mira que si se baja esa señora en la parada te sientas tú, ¡oíste!"... es que ella vio moverse a la mujer como para despegar del asiento, "¡ves que se está levantando!, apúrate..."; ¡no, y es que se le iba a adelantar este grandulón!... ¡y que no saben frenar en este bus!, ¡la acaban de montar sobre casi el cogote

de la viejita: "usted perdone, señora", "¡pero si yo sé que no es usted, m'hija, sino ese chofer que maneja este aparato como si fuese una gandola!"... la vieja que baja, y el muchachito que se sienta, por fin, y dice a Josefina que se sienta ella en el asiento, porque él se le puede sentar en las rodillas, que el muchacho es vivo, y también es verdad, y así se hace; ya se puede fijar ella ahora en las caras y verle al viejo que está sentado al lado este aparato de sordo en la oreja que a ella le parecía antes un ~~zarcillo~~; la peste sigue ahí... [Arias sabe abrir la boca como quien abre un grifo y salpía diciendo: "¿usted es casada?", y explica luego que era por el muchachito, ¡quién va a creer que Robertico es hijo suyo!; a ver si el que estaba adentro era algo suyo, que si estaba ella trabajando, que si podía ayudarla él en algo, ¡el intrépito!, y con esos labios salivosos y con esas aletas de la nariz moviéndose como si se fuesen a despegar... le recordaba al tío Raúl cuando llegó una vez en la noche y se le acercó a Rosa, dormida a su lado, y la tocó despacio, para despertarla, y luego le enseñó lo que le había traído, un sostén negro, y se lo probó allá mismo, subiéndose ella, Rosa, el camisón con su mano y dejándole que le agarrase él, ¡pringoso!, los pechos y los metiese uno después del otro en los huecos, y ella, Josefina, haciéndose la dormida, pero viéndole al tío Raúl aquellos ojos de moco y sangre y los labios mojados de la baba, que luego se los puso a ella en la boca, aunque Rosa le dijo que no, que podía despertar a su hermana... Y ella esperando en esa cola, y con aquel calorón, porque no se podía mover, porque podía perder su puesto, y pasaba la gente y quedaba viéndoles con la curiosidad, y la malicia, que era una gente que venía a pasar la tarde bañándose en el pozo que está un poco más abajo que los chorros mismos, y no sabe ella de dónde sale tanta gente que no hace nada, y había otros también que se iban sumando con su paquetico de periódico en la mano a la ya larga cola de gente pegada al muro encendido de sol, con su cresta de vidrios rotos prendido y azuloso, como de estarse fundiendo, y su corona de alambre de púa, tres hilos con sus nudos blancos de la luz; y el Chino Arias siempre

delante con esa su engañosa compostura de estatua mirándole desde sus metras, no en los ojos, porque ahí los hubiese podido aguantar mejor, sino a la altura de los pechos y como bajándole luego por la falda, que a ella le provocaban ascos, como de estarle bajando un agua sucia por las piernas; Robertico, cansado, se le iba a sentar a veces en la entrada misma de la portería, y Arias le sonreía con el aire de estar haciéndole a ella un favor, o se iba el muchachito a revisar la cola y contar las mujeres, porque apenas llegan hombres a las visitas, o se le pegaba a las faldas, que son, era verdad, de las que no llegan a la rodilla, y no porque ella no quiso, sino que era un vestido de Rosa, blanco, arreglado con las propias manos de Josefina; ceñido, porque así le llegó de su hermana, aunque sin el escote, que Josefina lo tapó con una pechera azul marino; a veces se sentía incómoda dentro de este vestido, como esta tarde, y acaso no era el de visitar a un hermano en la Casa de Observación, pero hoy había sentido la necesidad de ponerlo, por algo, por ser mujer, y ya iba siendo la hora, porque Arias se estaba preparando a abrir la puerta, que fue cuando a ella le hizo aquella seña pingosa de que pasase, y Josefina saltó como un resorte cuando le agarró él del brazo y para que no tropezase en el bajero del portillo de hierro, y llamó, asustada, a Robertico, que ya él corría entre los mangos buscando a su hermano...; Josefina se sintió más segura dentro, y miró por Aquiles, que debía estar esperándolos... Le hacen daño los ojos por la candela de los reflejos, que son como fuegos que le disparan desde los vidrios, desde los metales candentes de los carros, desde las puntas de las antenas, y más cuando los nervios están como de vidrio partido como hoy, por la espera frente al Chino-susio, y por lo que tuvo que esconder a Aquiles esta tarde, ^{y ahora} por los alaridos de los frenos debajo mismo de donde tiene ella los pies, que es como si alguien le estuviese viendo las piernas con la voz de gritar, y una vibración de estarle arañando las plantas de los pies, y los brincos, que estos resortes del asiento ya no ceden, ¡se clavan!, y con el peso de Robertico, más... Parece mentira, pero Josefina se

siente bien dentro de aquella Casa; por la tranquilidad, por el silencio; será por eso, y no sabe por qué más, acaso porque siente a su hermano protegido allá dentro; ella libre de unos pesos que la mortifican; besó a Aquiles, quien no acertaba nunca a devolverle la señal de quererlo, y avanzaron entre los mangos y la Plaza de la Reja, y le empezó a decir ella, sonriendo, que hoy tenía que irse un poco más temprano; ¿por qué?, y es que Aquiles tiene una forma brusca de decir cuando cree él que lo han tocado, que es como si diese una vuelta de carnero entera en el aire; ¿por qué?; porque sí, tenía que hacer ella una diligencia; él se calló, y pasó la mano por la ya revuelta cabellera de Robertico, y allá venía José Armas, ¡y con flores!; Robertico se soltó de la mano de su hermano y corrió; Josefina vio venir a José Armas y no dijo nada; fue Aquiles el que le dijo: "son para tí"; "¿para ella?!"...; Aquiles le dijo que José Armas le había estado hablando de ella; Josefina le dijo que a ver por qué...; y ya estaba llegando José Armas, y no parecía muy soleane, lo estaba viendo todavía, sino que le ofreció las flores como quien entrega un paquete, y ella no supo en ese momento qué hacer, si reírse de José Armas o hacer el papel mojado de una reina de barrio, y se decidió por sonreír con la mayor naturalidad, que es lo más forzado que ella pudo hacer por dentro, aunque la verdad es que estaba tan nerviosa en ese momento como si le estuviesen dando un gran premio; era de verdad que todos habían sentido que había pasado algo, ella tuvo esa sensación, porque no se rieron, y hasta Robertico le agarró a Josefina la mano y la miró en los ojos; un milagro; ¡y ella con aquel ahogo por dentro!; "dile que te gustan", le dijo Aquiles; "claro que me gustan, gracias, José"; y él, José mismo, es el que parecía estar más en su sitio: "es que siempre se regresa usted sin nada", le dijo; Josefina miró las rosas y dijo que eran muy bonitas, y a ver si no le iban a regañar por eso, por cortarlas, porque eran cortadas allá misma, ¿no?; Aquiles dijo que sí, y que no se preocupase, porque José Armas se las había pedido al maestro por la mañana; a Josefina le gustó que José Armas pensase

en eso desde por la mañana, y ¡ya todo el mundo se estaba cansando de estar viendo las flores!; fue Robertico el que dijo que quería ir a jugar pelota con Aquiles.

Y se fueron.

José Armas avanzó hacia el banco que está debajo de la trinitaria morada del rincón, sin decir nada, como dueño de aquel momento, y ella dijo que eran las primeras flores que le habían regalado en la vida y que era la primera vez que habría flores en la casa; ¿nunca se había llevado flores a la casa antes?; nunca; ¿por qué?; y ahora que lo piensa en el autobús, Josefina se dice que cómo podía ver José Armas flores en la casa de nadie con aquella naturalidad si nunca tuvo siquiera una casa de él; pero así son las cosas, y preguntó: ¿por qué?; José Armas esperó a que ella se sentase en el banco, y luego se sentó él, sin que pareciese que estaban juntos, y esperó un rato para saber por qué no se había llevado unas flores a su casa, ¿no le gustaban?; sí, le gustaban, y no sabe ella por qué le parece que es demasiado tener flores en la casa; "y éstas sí irán a la casa?"; ¡claro!... Josefina se está dando cuenta de que el bus está entrando a Sabana Grande... Le había salido aquella exclamación frente a José Armas casi sin querer, y él le dijo que le daba mucho gusto oírle decir eso; entonces Josefina se puso a hablar, acaso demasiado, pero es que estaba así, como mareada; que era porque él le había recogido las flores para eso, ¿no?; él dijo que era verdad, pero que "en esta vida", así dijo él, "en esta vida no se consigue todo lo que se quiere"; ella le dijo que ya sabe que él, José Armas, ha tenido poco, pero por poquito más que haya vivido ella que él, tiene que decirle que las cosas no llegan solas o llegan así muy pocas veces, que siempre hay que comenzar con las ganas, queriéndolas de veras, y que luego hay que trabajar, y muy duro, y que algunas veces se consiguen...; "puede ser", dijo él; ella le preguntó que qué había sabido de su mamá; y Josefina sintió a José Armas trancado por dentro; ella insistió con cuidado y él fue soltando como uno nudos: que no había sabido nada más, que ella ya no era nada de él, que nunca se había ocupado de sus cosas; ¿pero era su mamá, no?; sí, había

nacido de ella, pero eso, al parecer, no era bastante; ¿y no le llegaba nadie, ni tía, ni...?; ¡no, no!; Josefina lo vio mirando el suelo (que era una tierra roja con una piedrita menuda y muy espaciada) y lejos de ella, y entonces se le acercó ella un poco en el banco y le dijo que no sólo él tiene problemas y porque está solo, sino que también se tienen problemas cuando se tiene alguien cerca, y Josefina pensó que decir un secreto a José Armas ahora le iba a ayudar, y, efectivamente, José Armas se le acercó, sin siquiera moverse, con sólo la mirada, y Josefina le fue explicando que hoy debería decirle algo duro a Aquiles, pero que no se atrevía; José Armas le preguntó que qué pasaba; ella tenía que salir hoy más temprano que otras veces, y quería que él, José Armas, supiese por qué, ¡no fuera a creer él que el día que le regala unas flores se va antes que otras veces!; y José Armas todavía esperando; ella le preguntó si le podía guardar un secreto; ¡claro que sí!, se apresuró a decir él; se trataba de Villanueva, y ella se fijó en la cara que puso José Armas: "¡Villanueva!"...; sí, y su hermana Rosa; ¡y qué hacía Villanueva ahí!; Josefina vio que Aquiles no había dicho nada a su amigo, y le contó que cuando regresó de la visita el otro día los encontró juntos; ¡José Armas se puso en pie, sin siquiera moverse, de sólo el estirón de la sorpresa; Josefina tuvo que contarle la historia, y se quedó viendo a José Armas, para verse en aquella sorpresa: ¡ese tipo es peligroso!"; ella sabe eso, y ¿qué hace?, llega a la casa y lo consigue desnudo...; "¡desnudo!"...; sí, y "¡que no lo sepa Aquiles, por Dios!", le dijo ella; José Armas le aseguró que no, y preguntó a Josefina que qué hizo ella entonces; Josefina le contó en voz apagada por la pena, ya casi llorando, porque no pudo contenerse, que todo aquello era una vergüenza, ¡se da cuenta él ahora por qué no se le había ocurrido llevar flores para la casa?; José Armas, que no habrá visto más flores en la casa que en alguna película, aunque seguramente él ha vivido cientos de veces en esas películas, dice que sí, pero que no debe verle llorar Aquiles, porque es capaz de irse de la casa, y Josefina le oyó decir bajito: "no llores, Josefina, ¿no me oyes?"; ella sí le había oído; él

dijo luego, mientras se secaba ella los ojos, que así tenían ya algo para ellos dos sólo, y preguntó a Josefina que qué iba a hacer ella entonces; ella supone que ya Villanueva y Rosa andan juntos por fuera, porque ella hasta se había llevado una ropa de la casa y había dicho que Jesús (no "Villanueva", ni "Jesús Villanueva", sino "Jesús") no regresaría más a la casa; "¿Rosa viene a la casa a dormir?"; Rosa ha venido siempre muy tarde en la madrugada, y estos días seguía viniendo igual, pero eso es para taparse de eso, ella la conoce bien, y Josefina se ha dado cuenta de que José Armas no se atreve a decir más, y ella sí dijo: que está decidida a que Rosa se fuese de la casa de una vez; José Armas mudo todavía; ella le dijo entonces, como alumbrada por un rayo, que, ¡por favor, no le fuese a denunciar!; José dice que por qué no; por su hermana, por Rosa, ¡que es su hermana!, y, sobre todo, por Aquiles, ¿comprendía?; sí; pero José Armas se trancó entonces; Josefina le pidió que le prometiese que no iba a denunciarlo a menos que ella se lo pidiese; José Armas dijo que estaba bien; ella se quedó así más tranquila; bueno; Josefina le dijo que hubiese conseguido una ocupación como muchacha de servicio, pero ¿qué hacía con Robertico?; claro; ella tenía que conseguirse algo que le permitiese tener a su hermanito en la casa, y eso estaba difícil... ¡y ya tenía que irse, porque tenía que llegar antes de que cerrasen la Agencia!, y recogió las flores, que las había dejaso sobre el banco, y se levantó; José Armas no dijo nada sino que se levantó también y se le adelantó un poco a buscar a Aquiles; miró atrás, todavía lo está viendo, y le preguntó si regresaría ella el jueves; Josefina se le sonrió y le dijo que sí, y se quedó esperando a que sus dos hermanos bajasen con José Armas desde el campo deportivo... ¡Y qué hará este bus estacionado aquí y el chofer conversando con esa mujer, y todos los pasajeros calientes del sol y de la arrechera de verle reír al loco del chofer las gracias de la mujercita como si estuviese aparcado en un estacionamiento, sin los paquetes que carga en este perol, que son ellos montados en este bus caliente y hediondo a pescado... Y así llegó primero Robertico, corriendo, y luego preguntó Aquil-

les que por qué el apuro; ella le dijo que ya le había advertido al llegar, que tenía una diligencia que hacer, y que otro día estaría más tiempo, y a ver qué quería él que le trajese; Aquiles le dijo, un poco molesto, que no les hace falta nada//.; "vente tú y tráete a Robertico, es bastante", dijo todavía José Armas; ¡lo que faltó para que Aquiles saltara: "¡ah, pues, ¿ustedes como que se tutean?!"...; Josefina no supo qué decir y miró a José Armas, sólo para verle la cara, y José Armas dijo como si nada: "¿y por qué no?"; y entonces Aquiles se rió y dijo: "no, no, por nada"... ¡Por fin arrancó este perol!, y no le falta más que dos pa_radas... Y ya a todo esto seguía/avanzando los cuatro, y estaban cerca del portón, y Josefina, ella, se adelantó para dar un beso a Aquiles, y le dijo: "bueno, nos vamos, y aprendan ustedes dos mucho en la escuela, como Robertico"; y ella dio su mano a José Armas, y él se la estrechó muy duro, tanto que aún le está doliendo el dedo pequeño y salieron; al pasar por el portón Josefina vio que el Chino Arias la miraba apuradamente, porque estaba escribiendo algo sobre la mesa, y ella apretó el paso, arrastrando a Robertico... ¡Ya es hora de que lleguemos a alguna parte!...

Rosa está en la cama; desnuda; y llega Villanueva, bebiéndose un vaso de agua mientras camina, desnudo también; se sienta al borde de la cama, y dice a Rosa; "yo tenía un dinero, Rosa, ¿sabes?"...; ¡dinero!... ¡cómo va a tener dinero Jesús, de dónde!; Jesús Villanueva le dice que sí, y se bebe el resto del agua, y deja el vaso en el suelo, debajo de la cama, que es una cama de hierro, pintada de negro, con grandes dibujos muy recargados, que es todo lo que hay en la habitación aparte de un baúl marrón con herrajes de lata amarilla y una silla donde están desmoronados los pantalones y la camisa de Villanueva; y, entonces, Villanueva, que se ha bebido el agua, se acerca a Rosa y le enfrenta sus ojos a los de ella, y le dice: "sí, dinero; ¿no te dijo tu hermano que yo tenía dinero escondido?"; Rosa le dice, que no, que ella no sabe de eso, porque su hermano no le ha dicho nada tampoco; ¿seguro que no le ha dicho nada Aquiles del dinero que tenía escondido fuera?; no, no le ha dicho nada de eso, y, de veras, ¿por qué le dijo él nada a Aquiles sabiendo que se lo

podía quitar?; Villanueva dice tener sus razones, y se ríe maliciosamente; ¿por qué?, y Rosa se impacienta; porque sí, porque su hermano Aquiles y él se arreglaban bien, porque se... veían y se hablaban a solas, ¿sabe eso Rosa?... pues sí, y si no, ¿cómo le pudo decir nada de la huida, si no tenía esa confianza con Aquiles y no le apreciaba de verdad, ah?...; pero Rosa, que no sabe cómo interpretar las insinuaciones de Villanueva insiste todavía a ver por qué tenía que decirle nada del dinero a su hermano, que ahora Aquiles se va a complicar con eso también; Villanueva se ríe y le pasa una mano por el muslo, debajo de la sábana, con indiferencia, como quien acaricia a un animal, y le dice que no, que Aquiles no tiene nada que ver en lo de la plata, porque no le dijo ni dónde la había puesto, sino que era pura curiosidad, curiosidad por saber si ella, Rosa, le estaba dando el cuerpo a él por la plata; a Rosa le brincan dos luces sobre los ojos, y se deja rodar debajo de la sábana para escaparse de las manos grandes de Villanueva, y llega hasta el borde, y se queda allá, con los dientes apretados; Villanueva se desliza lentamente sobre la cama y le dice que no, que se lo ha dicho sólo por juego, que él sabe que ella y Aquiles no se cuentan las cosas, que eso, quien puede saber es Josefina, pero Josefina, ¿no le ha dicho nada tampoco?; no, no le ha dicho nada Josefina, ni ella sabe nada de lo que le está diciendo del dinero, y si ella se fue con él; ¿fue por compasión!, no por dinero ni por gusto, ¡sino por lástima!; Villanueva, está ya cerca de Rosa y le quita la sábana que la cubre, y él trata de besarla en la boca, y ella no quiere, y así forcejean un rato; "no te pongas así, mi animalito"- le dice Villanueva mientras le sujeta a Rosa

los brazos- "era por probarte, nada más, y quiero decirte algo que no te había dicho antes, pero que necesito que sepas, y es que tengo escondido un dinero"; ella no lo mira; él insiste en besarla en la boca, y ella, al ver los labios cerca le escupe; ¡ah!... ¡también ella es brava, así, como él!... le gusta, le gusta a Villanueva que su novia, su mujer, sea así también, y le va soltando los brazos, y se levanta, y vuelve a cubrir a Rosa con la sábana, mientras ella se tapa la cara con los brazos; y él, Villanueva, entonces se sienta en el borde de la cama y le habla cariñosamente, en un tono que nadie, al verlo, podría imaginarse que pudiera salir de aquel bruto; que él estaba seguro de que ella era así, brava y valiente y entera con él, que la quería por eso, que ahora, al conocerla mejor, la quería más; ella no se movió, ni dijo nada, pero ya no rechazó la manaza de Villanueva, sino que la dejó correr por sus brazos y por su cuello, y luego, cuando él la forzó a levantar la cabeza, ya sus ojos estaban más apagados y sus labios más separados y la frente menos dura, y siguió hablándole tiernamente para explicarle que estaba preocupado porque él había hablado de ese dinero a un amigo y que el dinero no estaba ahora allá; ¿a qué amigo le dijo eso?; no, Villanueva tranquiliza a Rosa, su hermano no sabe siquiera dónde estaba el dinero; ¿y por qué, ¡tonto de él!, dijo a nadie dónde estaba escondido el dinero?; ya Rosa ha volteado la cabeza hacia donde está la de Villanueva, que se ha echado en la cama, mirando al techo de asbesto, y lo ve preocupado; es ella la que se acerca ahora y le pone la mano en el pecho, que es amplio y velludo, y, mientras juega ensortijándose un vello en un dedo, le dice que es muy zoquete, que es grande pero zoquete...; ¿por qué?; porque sí, porque a nadie,

ni al más amigo, se le dice dónde tiene uno escondido el dinero, ¿no sabe eso?; él sí sabe eso, pero tuvo que arriesgarse, porque estaba metido en aquella Casa de Observación, sin un centavo, y le llegó un amigo, ¡un hermano!, a visitarlo, un hombre a quien le hubiese confiado cualquier cosa que quisiese él mucho...; a ella, ¿le dejaría él, Jesús, a ella en manos de ese gran amigo durante una noche, por la confianza, ¡ah!?! Jesús Villanueva dice que no, que a ella no la dejaría con nadie, porque la quiere demasiado, y le pone su mano grande sobre la suya, y le cruza los dedos; entonces, le dice Rosa otra vez que ¿por qué se puso él a poner tanto dinero en manos de alguien, por bien que piense de esa persona?; Villanueva le dice que tuvo que confiar en alguien y que confió en Aureliano, y le dijo que le trajese de aquellos cinco mil que tenía escondidos sólo quinientos, y que él, Aureliano, se cogiese otros quinientos, y que dejase escondidos en cualquier parte segura los cuatro mil restantes; ¿y le trajo la plata?; no, no le había traído nada ¡por eso se había escapado!, y eso lo sabía Aquiles también; ¿qué iba a hacer ahora?, y Rosa estaba ahora casi sentada junto a Villanueva, ¿por qué, en lugar de eso, no había pedido prestado un dinero a ese buenísimo amigo que tenía él?; no, prestado no podía darle nada Aureliano, que era como su hermano, pero no tenía un centavo; entonces, y salta la lógica femenina, ¡cómo va a poner un bocado así al alcance de un hambriento, ah!; Villanueva se da cuenta ahora de que fue una estupidez, pero entonces, cuando la cometió, parecía una buena solución, como hay tantas cosas que parecen buenas y se tuercen, ¿no?; Rosa se da cuenta que sí, que a cualquiera le sale mal una cosa, y dice a su hombre que no se apure, que a él no le está faltando nada... ¿o sí?... y un pecho de Rosa está sobre los labios

grandes y golosos de Villanueva; pero Villanueva tiene la vista guindada de una vigueta del techo, y dice entre dientes que ¡a ese coño lo va a matar!...; ¿Villanueva había ido a buscar a ese hombre?; sí, había ido, vivía encima de la cota novecientos cinco, arriba, y le había salido su mamá, y le dijo que su hijo estaba en un viaje a Ciudad Bolívar, que hacía como un mes que no entraba a la casa; ¿preguntó Villanueva a la señora si sabía dónde estaba en Ciudad Bolívar?; no; ¿no?... ¿no estaría la señora comprometida con su hijo en todo esto?... ¿no estaría su hijo en Caracas, comiéndose los reales que había robado a Villanueva?; esa insinuación de Rosa la tenía viva él antes de que se lo dijese ella, porque era posible que Aureliano anduviese por aquí, y no de viaje, como dice su vieja, pero él creía que ella, la mamá de Aureliano, no sabía nada; ¿nada?; no, ¿por qué iba a conocer ella todas las vagabunderías de su hijo?; "entonces- le dice Rosa, mitad enfadada mitad festiva- cuando no tuvistes qué comer y dónde dormir te acercastes de mí, ¿fue eso, no?"; Villanueva sabía que era el contra-ataque, y ahora tenía que hacerse el ofendido él, porque sabía cómo manejar a las mujeres como Rosa, y se hizo el indignado y se levantó y comenzó a vertirse los pantalones, diciendo que si eso era lo que creía ella, él se iba para siempre y no le iba a estorbar; Rosa saltó de la cama y se abrazó a él, de forma que no podía subir los pantalones, y forcejeó un rato ella, porque a él le bastaba estar quieto, y Rosa protestó por todo, porque ella se lo había dicho sólo para reírse de él un poco, para romperle aquel cejo que cuando lo ponía le daba a ella miedo, ella sabía que él la quería de verdad y que ella lo aceptaba así, como era, con todas... sus cosas, porque él sabía que ella

Inferno?

era igual que él, que los dos eran lo mismo, y que ¿por qué iban a que-
 jarse de nada si tenían dos cuerpos hermosos para quererse y estar juntos
 en una cama y eso era lo único barato que podían permitir los pobres, y
 que tampoco les faltaba de comer y no habían tenido nunca que ir a un mé-
 dico por un catarro, ¿qué más podían ellos pedir a nadie, ah?!; Villanueva
 ya se estaba riendo, y dejó caer sus pantalones al suelo y se sacó de ellos,
 uno detrás de otros los dos pies, y levantó a Rosa en brazos y la dejó so-
 bre la cama, ^{después} se sentó él a su lado y ^{estiró su cabeza grande entre sus manos,} puso ~~las dos manos~~ ~~detrás del cogote~~
~~de Rosa y le dijo que a ella no la había olvidado él desde que la vio en~~
~~la Casa de Observación, cuando fue a declarar sobre su hermano, y que ella~~
~~podía estar segura de que eso era verdad y que la quería para siempre, ¿no~~
~~sabía ella eso, no estaba segura?; Rosa le dice que sí, que no fuese tonto,~~
~~que ella no tenía nada malo que decir de él ni queja alguna de él tampoco;~~
~~y él la soltó un rato y se afanó en extender la sábana sobre el cuerpo de~~
~~Rosa y en meter el borde que daba a los pies debajo del colchón, y enton-~~
~~ces se metió él dentro, y se taparon las cabezas, y se quisieron otra vez,~~
~~lentamente; luego, cuando terminaron ella quiso levantarse, porque tenía~~
~~que salir: ¿a qué?; y ¿qué iban a comer, y cómo iban a pagar el alquiler,~~
~~ah?!; era verdad, y Villanueva la dejó salir de debajo de la sábana y~~
~~vió a Rosa meterse en el baño, donde tenía la costumbre de desnudarse y de~~
~~vestirse ella, nunca en la habitación delante de nadie, sino en el baño,~~
~~¡ola, ¡era un capricho!; y entonces se acordó de algo, que no era nuevo,~~
~~pero que le regresaba de vez en cuando, y llamó a Rosa. "Rosa!", y le dijo~~
~~a gritos que él no quería que ella siguiese en aquella vida, que le daban cola~~
~~los hombres que se acostaban con ella todos los días, aunque sea por un rato,~~
~~preguntó si había alguno que venía seguido con ella, insistiendo en buscarla~~

~~todos los días; ella le gritó que no, que no fuese tonto, que lo que pa-~~
~~saba por allá era gente nueva con ganas de salirse de eso, de quitarse~~
~~del cuerpo cuanto antes las ganas de estar con una mujer y de irse luego a be-~~
~~ber; ¿cómo qué eran esos hombres, cómo eran?; eran... ¿él no había ido nun-~~
~~ca a casa de la zuliana, no?; no; pues ahí lo que iban eran camioneros de~~
~~Quinta Crespo y algunos muchachos...; ¿muchachos?; sí, llegaban muchachos~~
~~que no sabían ni cómo tienen que hacer, ja, ja; y ¿no le gustaba ninguno?;~~
~~a ella no le gustaban los muchachos que no saben qué hacer con ella, a ella~~
~~le gusta sólo un hombre, Jesús, ¿no se ha dado cuenta de eso?; Villanueva se~~
~~queda/callado; ¿qué, no habla Villanueva, se quedó mudo el pobrecito?, y~~
~~Rosa se le acerca a la cama mientras se está peinando en combinación, y~~
~~le dice que está bien, que los celos a ella le gustan, los celos del hom-~~
~~bre que ella quiere le gustan mucho, pero ellos necesitan comer mañana,~~
~~¿no?, y... ¿todavía, si hubiese podido recuperar el dinero que había es-~~
~~condido, hubiesen podido pensar en otra cosa durante un tiempo!, pero no!,~~
~~y, además, tiene que dar de comer a Josefina y a Robertico, ¿no?; sí, y~~
~~Josefina sí habrá ido a ver a Aquiles; sí, claro, y Josefina está segura de~~
~~que ella basta para atender a su hermano, porque ella va siempre; Villa-~~
~~nueva se inquieta, y pregunta a Rosa a ver si Josefina habrá dicho a Aquiles que~~
~~ya están viviendo ellos dos solos...; Rosa lo tranquiliza, porque ella está,~~
~~segura de que no; ¿por qué está ella tan segura?; segura-segura no está Ro-~~
~~sa, pero ella conoce a su hermana, y ella sabe que Josefina se está tragando to-~~
~~do ella sola; Villanueva le dice entonces que Josefina parece muy seria...; sí,~~
~~y no se parecía a ella, ¿no?; Villanueva le dice que no, ¿que Josefina era~~
~~más fea!...; Rosa siente las manos de Villanueva que está tumbado en la~~
~~cama, subiéndose por sus muslos, y se aparta bruscamente y le dice que no;~~

que ella tiene que salir, y pregunta a Villanueva qué va a hacer él
 ahora; ^{De pronto Villanueva se levanta y} Villanueva le dice que va a cercarse por la casa de su amigo, a
 ver si lo ve; "¡no hagas ninguna locura!", le advierte con susto Rosa, y
 le dice que debiera hacerse la idea de que ese dinero se perdió, porque
 si no se iba a meter en líos y lo iban a agarrar, y ella no quisiera que
 lo agarrasen; ¡de verdad que no lo querría!, ¿entiende eso él?; si en-
 tiende, pero podía quedarse tranquila ella porque nadie sabía la relación
 que había entre Aureliano y él, ¿no comprendía eso?; si comprendía eso,
 en parte, pero ella iba más lejos que él, porque ¿no fue él, Villanueva,
 a casa de la mamá de Aureliano y le preguntó por su hijo?; sí; y si la
 vieja sabía que Villanueva estaba fuera y lo andaba buscando, ¿no podía
 avisar a la policía, ¿él es zocote?!; bueno... sí, y es verdad que él
 no había pensado en toda esa complicación, pero él no creía que Aureliano
 podría llegar a eso, a denunciarlo para que lo agarrasen; ¿no?; no; ¿y
 cómo le había robado el dinero, pues, ¡ah!, y entonces tampoco pensó Vi-
 llanueva en eso, no?... ¿y si le había quitado los reales, y hasta por
 eso mismo, ¿no le iría a ayudar a ponerlo preso?... ¿no entendía eso?;
 Villanueva se quedó pensando, y dijo a Rosa que ella, una mujer, podía te-
 ner esta vez razón; ella le dice que estaba segura de tenerla, y que an-
 duviese con mucho cuidado, porque era un gafo; ¿gafo él?!; sí, porque
 confiaba demasiado en la gente; no, si ya lo tenía pensado él todo, no
 lo fuese a creer; ¡tampoco era la cosa así!, pero a ese hombre lo tenía
 que buscar, de cualquier manera, con cuidado, pero de cualquier manera
 como se fuese a plantear la cosa, y le devolvía la plata o ¡le reventaba
 la cabeza contra un muro!...; "¡y te consigues más problemas, Jesús!" le

dice Rosa; ¿qué más daba un problema más!; sí importaba, porque ahora no era él sólo sino estaba también ella.... y ¿quién sabe si hasta podía estar un hijo!; ¡¡un hijo!!?; no, ella no lo sabía, pero eso era decir por decir, porque podía haber un hijo también, ¿no?; ¿un hijo de.. quién?!; ¿de quién?, de él; ¿y... cómo sabía ella que era de él, si lo tenía?; ella lo sabía porque ella conocía sus trucos y lo podía hacer, a voluntad, ¿no sabía él eso?; no, él no sabía eso, y le preocupaba ahora, que podía venirle un hijo, ¿¡seguro?!; podría ser, y ¿le gustaría a Jesús, le gustaría?...; no sabe, también le daba miedo que un hijo se le viniese a atravesar ahora en todo eso, y que después viniese a ser lo que es él, ¿no le tenía Rosa miedo a eso?; no, porque Rosa sabía cómo hacer las cosas, y un hijo de él y de ella tendría lo que necesitase, ¿no le parece a él que eso podría resultar?; Villanueva no sabe, ¿qué va a saber?, no sabe qué podrían hacer los dos con un hijo pequeño....; pero Rosa se está riendo y le dice que eso no es más que una suposición, que ella tiene que irse ^{también} ya y qué le pide que no haga tonterías, que sea juicioso, y que no se acerque a ninguna otra mujer, ¿okey?; okey; ella tratará de venir temprano en la mañana; cuanto antes mejor, ~~okey~~

20

Estaba haciendo una entrevista cuando lo llamaron por teléfono. Era de la policía judicial, y sobre Villanueva. Pero no era Villanueva sólo, sino que había matado a un hombre, y que la víctima no era un hombre cualquiera sino un amigo. Lo temía; él temía que Villanueva le saliese de esto con un muerto encima; y ojalá que fuese el único, porque ese muchacho andaba todavía suelto, como un tigre cebado... Entonces se dio cuenta que no estaba solo, solo con Villanueva en la cabeza, sino que estaba Luisito delante; Luisito Yanes, flaco, nervioso, quien con sólo doce años sabía de la vida más que un viejo; y Luisito lo estaba mirando, celando más bien, temeroso de que aquellas arrugas de la frente y aquel peso que había caído de pronto sobre los ojos del director fuesen culpa suya; él, que no había hecho sino estarse sentado, quieto, sin respirar apenas, delante del escritorio, respondiendo a sus preguntas; y ahora preguntando él con los ojos, sin decir palabra, pero el director le estaba diciendo que ya era bastante por este día, que todo es-

taba muy bien, que lo volvería a llamar al día siguiente, que se fuese tranquilo; y Luisito le dio las buenas tardes y se fue. Y sin embargo el director sabía que no, que el muchacho no estaba bien; ¡cómo iba a estarlo!; pero tenía que dar al muchacho esa esperanza; al menos era algo de lo que podía agarrarse en sus sueños, o en sus pesadillas; eso era mejor que ver a su padre forzando a su hermanita de diez años y oírse gritando, y ver que luego llegaba su mamá y que golpeaba y golpeaba a su papá con una sartén, hasta que su padre se levantó y comenzó a golpear a su madre y luego se fue de la casa, y mejor que oír contar después a su mamá, mientras lloraba y acariciaba a su hermanita, que ese hombre, que era su propio padre, era un bandido, y que no le había bastado hacer uso de Lucía y de Margot, que eran sus dos hermanas mayores, sino que ahora tenía que hacerlo también con la más pequeña; era mejor que ver eso en sueños, y verse después huído de su casa, pasándose los días perdido por la ciudad hasta que la policía lo consiguió robando con otros dos muchachos, una zapatería que queda debajo de los arcos de El Silencio. Ese era el Luisito al que acababa de darle un poco ^{de} aire para respirar, porque encontrar un poco de aire en ese túnel en que vivía Luisito era muy difícil; y a pesar de todo eso había que tener fe, y creer en el Dios que había hecho todo esto, y humillarse, y esforzarse en comprender que este mundo era el camino, no el albergue, y que cada uno de los hombres no era sino un eslabón brevísimo hacia algo, hacia un descanso que no sabía el hombre comprender todavía, una predestinación que alguien más lleno de Dios, como Teilhard de Chardin había logrado intuir, que era una forma divina de ver, y de lo que nadie que fuese sólo de este mundo podía estar seguro,

y que nadie, la verdad, estaba seguro de nada, pero que uno no tenía más remedio que creer en las luces, en los destellos, o en los simples vislumbres, cuando vivía en la oscuridad, y era posible que este dolor del hombre, visto desde más arriba de la muerte, fuese parte del proceso ahora incomprensible de la vida con un objeto superior; como había sido absurdo pensar en la transmisión de imágenes por televisión hasta hace poco, cuando se hizo la luz sobre las leyes físicas que lo permiten, siendo que esas leyes ya estaban presentes desde siempre en el medio físico en que vivía el hombre; y era eso, que uno estaba hablando de lo que no sabía; y que mientras no se supiese más de la vida, había que seguir aceptándola como un todo maravilloso, sin dejarnos encandilar por los descubrimientos de hoy; no para abandonar el esfuerzo de investigación científica, al contrario, para seguir buscando con las herramientas de la razón, pero sin desesperar de la posibilidad, de la probabilidad más bien, de un fin digno y coherente; de la misma manera como los niños saben creer en los pesados cohetes que pueden llevar al hombre a la luna, y al mismo tiempo siguen haciendo preguntas y siguen aprendiendo más, lo suficiente para hacer nuevas, y más inteligentes, preguntas, intuyendo que hay oculta una nueva verdad más distante y más completa...

Pero ahora se trataba de Villanueva, que ya ni había tiempo de separar a un muchacho de otro, porque le vivían varios juntos al mismo tiempo, y a veces no sabía quién era quién, y ponía el padre de uno en lugar del de otro, y le atribuía una mamá a quien no tenía (como desgraciadamente no resultaba tan absurdo en la realidad, sino la simple verdad en la vida real) y ponía a robar a quien no había hecho más que dejarse llevar por un viejo a la habitación de un hotel, porque esa, la de seguir

comiendo, era una necesidad bastante estimulante; era eso, que uno estaba trastornado o el mundo estaba girando a lo loco, o si de veras estaba organizado, era una broma para dejar algunos arriba, flotando en aguas claras, y pescando para comer, y hasta paseándose tranquilamente en veleros, y para dejar caer a otros abajo, el fondo oscuro donde no llegaba la luz ni podía nadar los peces y donde sólo alcanzaban a llegar, hundidas, las basuras, las botellas de ron y de whisky rotas, los condones, y, por algún descuido, algún hijo que nadie quería; y ahora Villanueva estaba en apuros, y gordos; ya el amigo que mató no era de este mundo, y no podía alcanzarlo él, ni era esa la misión de un psiquiatra, y, en cambio, Villanueva no sólo estaba aquí, sino que le tocaba a él, le pesaba a él, como si fuese un hijo; porque en este mundo todos traemos de origen el instinto de hacer, de construir, mientras dure nuestro paso, una parte de ese todo del que formamos parte y que es la Vida, y que nos empuja y nos atropella hacia arriba, hacia la luz; tenía que llamar a la señora Aguado; y pisó un botón y habló solo, como si no hubiese nadie escuchando; pero alguien le oyó en lo desconocido, porque le contestó una voz de mujer con sello metálico, como en un milagro, y la voz le dijo que venía, que ya llegaba; eso era lo que estaba pensando el médico, el psiquiatra, cuando estaba operándose el fenómeno ya rutinario de la comunicación electrónica, y eso era lo que no hubiera podido comprender su abuelo, si hubiese estado presente en cuerpo (aunque es verdad que le vivía en la memoria, que era como tenerlo vivo cerca de él) en lugar de estar pudriéndose en la carne y en los huesos. } Estos eran los misterios, ~~el hombre seguiría, con impaciencias,~~
~~con descubrimientos que parecían definitivos y que todavía no eran sino~~

Luzesik

~~el comienzo de un nuevo camino del laberinto, buscando aquello que es~~
~~real, que es definitivo, y que estaba en la vida misma, que estaba pre~~
~~sente en el hombre, que lo vivía inconscientemente, y que tenía que te~~
~~ner un destino, porque todo tenía un punto de partida y otro de llegada,~~
~~no acaso como lo concebíamos hoy, sino como tiene que ser en el cosmos,~~
~~en la vida espiritual, porque éste que estábamos percibiendo era un pla~~
~~no de realidad a la medida del hombre a comienzos de su desarrollo, que~~
~~tenía que ir abriéndose hacia otro, manadero y a la vez terminal marino de~~
~~todas las cosas soñadas por el hombre.~~ Pero aquí estaba la señora Agua-
do, sonriente, tranquila, sabiéndose viva y completa en sí misma, con sus
dos hijos estudiando carreras en la Universidad, y con su esposo, aún jo-
ven, trabajando a sueldo desde siempre, desde que era un muchacho, sa-
biendo que no había nada más para él, ni nada más para su mujer, y que
los que iban a tener más eran sus hijos, que ése era el premio, y ya sus
hijos estaban teniendo aquello por lo que estaban pagando los dos desde
que se hicieron uno, Amelia Aguado y él; y este mundo había que tomarlo
así, como un balance constante y fresco, sin hipotecas inútiles del pasa-
do y sin futuros demasiado lejanos y azarosos, ~~como si la vida fuese un~~
~~mapa en que sólo existiese aquello que uno mismo va dibujando al hacer,~~
~~lo demás debería ser de Dios;~~ No es que la señora Aguado fuese insensí-
ble al mundo de horror que se denunciaba en las carpetas de aquellos ca-
sos, y que afloraban vivos de los muchachos mismos en las entrevistas,
porque ella era una trabajadora social muy responsable; pero esos eran mun-
dos que ella veía como a través de un cristal protector, y seguramente nun-
ca le estorbaron el sueño tranquilo que se transparentaba a través de aque-
llos ojos limpios y aquella su piel saludable propios de los que no viven

el desazonante fenómeno de pasar y repasar a voluntad, y muchas veces a pesar de ella, del ámbito de un mundo profesional y distante a otro más comprometido, más personal; pero ya hacía demasiado tiempo que la señora Aguado estaba delante, sin siquiera haberle devuelto el saludo, y eso, además de no ser cortés, podía confundir a la trabajadora social, y él estaba seguro de tener la cabeza bien puesta para este trabajo.

En cuanto supo lo de Villanueva, la señora Aguado se horrorizó, y se contuvo, porque no era cosa de hacer una escena delante del director; pero sí dijo que cómo podía aquel muchacho con el que ella había hablado tantas veces, un muchacho que le había jurado estar tan arrepentido, hacer una cosa parecida. Así era. ¡Así era, pero ella no lo podía creer! Bueno, lo que era cierto es que Villanueva había matado a un amigo suyo en uno de esos ranchitos de la Cota Novecientos Cinco.... ¡Ese lugar era un horror!... ¿lo agarraron? No, no lo habían apresado aún. ¿Y cómo supieron que era él? Lo acababa de declarar la mamá del muerto, porque parece que había venido varias veces a buscarlo a la casa... ¿Villanueva?, Villanueva; y ella, por instrucciones de su hijo, le había dicho siempre que no estaba, que estaba viajando al interior; pero decía la policía que Villanueva lo había estado celando, cerca de la casa, y este mediodía entró al ranchito junto con él, y dentro, delante de la mamá del muchacho, le clavó la navaja en la barriga.... ¡Horrible!... Así era. ¿Y por qué lo mataría? La mamá del joven muerto decía que Villanueva venía reclamando a su hijo un dinero; parece ser que Villanueva guardaba cinco mil bolívars de un robo, y que mientras estuvo en la Ca-

sa, ese amigo, un tal Aureliano Ramírez, lo visitó, y Villanueva, que necesitaba de unos reales para sus cosas, le dijo dónde tenía escondida la plata, y había pedido a su amigo que se la trajese. Entonces era amigo de mucha confianza... Sí, y dicen que eran como hermanos, andaban juntos en todo, y hasta se suponía que habían estado en el asalto al Banco juntos. ¿Lo había dicho la mamá del muerto?. No, ella no había dicho nada, porque seguramente no sabía nada tampoco; pero la policía estaba haciendo averiguaciones..., y eso era todo lo que quería comunicarle, para que agregase al expediente, y para que estuviese también al tanto de la suerte de Villanueva, al que ella apreciaba tanto. "¡Sí, es que lo traté como hijo mío!"... Y el director insistió en que eso era todo, porque quería quedarse solo otra vez. Y la señora Aguado salió, horrorizada; y el director volvió a quedarse, no sólo, sino con Villanueva.

Era claro que Villanueva sufría de una afectividad inmadura, infantil, y se dejaba llevar por los impulsos de sus necesidades inmediatas de gratificación, y se hallaba en una situación conflictiva permanente, agónica, porque tenía que decidir a cada instante qué hacer con esa gran carga impulsiva que le agobiaba; y cuando llegaba a proyectarse desembocaba en actitudes que resultaban antisociales; era impresionante ver tanto de este enfermo y sentirse a la vez tan desvalido para ayudarlo; esta era la lucha lenta, dolorosa, y a la vez esperanzadora, en que estaba inmerso el hombre, porque era verdad que hoy se estaba haciendo más que ayer, pero a la vez era evidente que se estaba haciendo menos de lo que había la conciencia que se podría hacer al día siguiente, y

esta falta de medios de hoy para hacer la obra previsi-
ble para mañana era una limitación trágica del científico,
~~sobre todo del médico, que veía y sentía sufrir~~
~~al hombre de hoy; y, sin embargo, ese progreso había que mantenerlo~~
~~vivo en la esperanza; era seguramente~~
~~más fácil desesperarse y abandonarlo todo a la~~
~~suerte y dejarse morir; de eso eran capaces los enfermos,~~
~~pero el hombre sano de espíritu sentía siempre viva la posibili-~~
~~dad esperanzadora de ir resolviendo los pro-~~
~~blemas, de ir arrancándole secretos a la vida, de ir~~
~~alumbrándole rincones escondidos,~~
~~a la muerte hasta descostrarla y descubrirla con una~~
~~transmutación tranquila, sin final)~~
~~porque la vida del hombre no termina con el~~
~~último latido de su corazón, y~~
~~acaso empieza de veras entonces; nadie lo~~
~~sabe; como no podría imaginarse su abuelo que alguien~~
~~sería capaz algún día de oír a alguien hablando)~~
~~desde el otro lado del mundo; no saben)~~
~~todavía por qué se producen las lluvias)~~
~~nada de eso saben, y, sin embargo, están tranquilos)~~
~~de su fortaleza, no porque su~~

LIFE!!

~~sientan de veras fuertes, sino porque no conocen su debilidad; así vi-~~
~~van sin vivir muchos incrédulos; como la ardilla dentro de la jaula;~~
Pero
~~a la policía no le interesa ahora más que eso, apresar a un criminal,~~
porque para ella no es otra cosa; no es, por ejemplo, un enfermo que no
tiene culpa; y así como piensa la policía, tiene que ser, y así es en
verdad, porque la verdad es varia, la verdad es la suma de muchas otras
verdades y están una sobre la otra como están super puestas, imbricadas,
las escamas de un pez; es que en cuanto la policía comenzase a compadecer
a Villanueva ya el todo se convertiría en parte, y el todo sería un mundo
inaccesible a la policía sola, un mundo en forma de serpiente mordiéndose
la cola, incapaz de otra cosa que girar sobre sí misma e irse comiendo
hasta el momento en que tendría que morderse su propia cabeza, que ya se
supone que es cosa imposible, porque no se puede ver uno mismo morderse
su propio ojo; y por eso, por lo absurdo de las consecuencias, no podía
negar la necesidad de la justicia, ~~aunque fuese en cierta forma injusta,~~
~~como la de Dios parece a veces infundada e incomprensible; y lo sería~~
~~para la policía; al menos, tenía él que hacer que creía en esa justicia,~~
~~porque en este plano de la vida del hombre no había sustituto; ayer,~~
~~sin ir más lejos, estaba él leyendo en la prensa que por primera vez ha-~~
~~bía aceptado un tribunal la tesis del "criminal nato", y, por tanto,~~
~~los jueces habían decidido fallar que había lugar a una conclusión de~~
~~"irresponsabilidad"; ¿podía existir realmente un caso probado de "irres-~~
~~ponsabilidad"?; habían fallado así en una corte de París, porque lo~~

médicos, un forense y un genético, habían llegado a la conclusión de que el acusado poseía un cromosoma sexual más de lo normal, lo que venía a confirmar la tesis expuesta anteriormente y con muchísimo escándalo por unos médicos escoceses; según estos médicos, los sujetos que sufren de estos trastornos eran "criminales a pesar de sí mismos"; ¿dónde estaba entonces la responsabilidad del hombre?; si a su abuelo le hubiesen dicho que un hombre no es siempre responsable de lo que hace, hubiese respondido con una enorme convicción que quién es, entonces, responsable de sus vagabundancias; y él que sabía más que el padre de su padre, se preguntaba lo mismo, pero con menos convicción que su abuelo de estar en la verdad; en tiempos de su abuelo no se hablaba del sexo, porque era tabú; aún más: pecado; entonces la verdad tenía un techo más bajo; pero hoy, cuando se ha abierto esa misteriosa puerta que ha estado cerrada por siglos se descubre que aunque las células humanas contienen normalmente cuarenta y seis cromosomas, de las cuales hay dos que determinan el sexo, puede haber alguna que tiene una más, y no se sabe todavía cuántas veces se repite esto en los seres humanos; en la mujer, los dos cromosomas que determinan su sexo tienen forma de X, y en el hombre un cromosoma tiene forma de X y otro tiene forma de Y; los médicos escoceses habían decidido realizar un análisis cromosómico simultáneo en todos los enfermos hospitalizados, trescientos quince, en una de sus cárceles, y descubrieron entonces, con enorme sorpresa, que nueve de los detenidos tenían, en lugar de cuarenta y seis, cuarenta y siete cromosomas, y el suplementario tenía forma de Y; esos individuos eran de algún modo supermasculinos; así se había venido a descubrir un nuevo camino de la vida, de la que creemos saber tanto y de la que apenas hemos empezado a saber nada; así, partiendo de los caracteres

~~comunes de los nueve detenidos, los médicos establecieron el siguiente retrato: los trastornos de la conducta son precoces, se producen hacia los trece años, y no hacia los 18, como en los demás delincuentes; Villanueva podría estar entre los que padecen de esta característica)~~
~~quién sabe; y, ¿qué culpa tiene él de haber nacido así, ni la tiene su padre, ni su madre, de haberlo producido como nació, ni siquiera de ser ellos mismos lo que son; así es de compleja y difícil la vida; desde luego que no era como la veía su abuelo, que ya no era de este mundo, ni siquiera como la veía un amigo suyo, economista, de hoy, que decía que a los criminales había que descolgarlos piadosamente desde un barranco; y este economista no era menos hombre que él, ni era menos inteligente, algo más; y más, era más creyente que él, y oía misa y comulgaba todos los días del año; ¿por dónde andaba ese Dios engañando a este hombre de buena fe que creía firmemente, religiosamente, en la eutanasia?; esta era una pregunta más; y volviendo al enfermo de estas características, que bien podía ser Villanueva, los médicos decían que se sentía empujado al robo más a menudo que al crimen; pero que podía matar también; total, que habían llegado a la conclusión de que esos nueve hombres (que habían cometido un total de 81 robos y 8 agresiones) eran "irresponsables", pues su conducta estaba vinculada a la existencia de un cromosoma suplementario; ¡qué regalo!; podía haberle tocado en suerte a Villanueva, no se sabe; este fue el primer estudio que se hizo en Escocia; ahora, en el caso más reciente del juicio y la decisión de "irresponsabilidad" en París, se trataba de un muchacho que trabajaba en una cuadra de caballos, como peón, y había estrangulado una prostituta en el cuarto de un hotel; según la misma noticia, cuatro meses después de este crimen el asesino se)~~

~~había presentado a la policía por su cuenta y lo había contado todo,~~
~~le interesó mucho el caso al leerlo en los periódicos, claro; se trataba~~
~~de alguien que había nacido en un medio modesto, tenía un pie torcido,~~
~~y sufrió de muchacho porque le llamaban "pata de palo"; sufrió también~~
~~de grave traumatismo hace veinte años con un homosexual, y desde entonces~~
~~se mantenía en una especie de misantropía, huyendo de todo contacto con~~
~~la sociedad; éste no era el caso de Villanueva, porque Villanueva más bien~~
~~se hacía notar y buscaba que lo vieran y lo halagaran, pero él recordaba~~
~~muy bien el desparpajo con que les había contado sus aventuras sexuales~~
~~en las entrevistas; regresando al caso de París, el sujeto había tratado~~
~~de suicidarse en la celda de su prisión, y, al fin, el tribunal había ap-~~
~~utado por la decisión de "irresponsabilidad psicológica".~~

Ahora se estaba dando cuenta que su pipa estaba apagada, y se le-
 vantó de su asiento para buscar los fósforos; pero pensó que ya era hora
 de irse a su casa, y él nunca fumaba manejando... ~~este paso de la justi-~~
~~cia francesa ponía en guardia a todos, y los resultados de la investiga-~~
~~ción médica significaba también que en el futuro se podrían prevenir ac-~~
~~tos criminales por análisis cromosómico; bueno (y ya estaba saliendo de~~
~~su oficina) suponiendo que existiese lo que podría llamar "irresponsabilidad~~
~~biológica", ¿qué haría nuestra justicia?; tendría que castigar el crimen~~
~~igual; pero quizás se hiciese de otra manera; un tratamiento adecuado~~
~~un enfermo así constituiría por sí mismo una pena; y habría los casos sin~~
~~remedio, claro, aquellos que se sabía que no tenían cura; pero aún así~~
~~la eutanasia seguía siendo un crimen contra el hombre; porque lo que era in-~~
~~curable hoy podría ser curable el año siguiente, o sólo al mes siguiente,~~
~~y seguiría siendo un crimen sobre todo para él, que era un médico cató-~~

~~lico, porque habia otros aspectos, como el de la Gracia, que un crey
yente debia tener en cuenta, por cuyo medio podria ocurrir lo impre
visto, lo que se llama un milagro...}~~

21

"Ahora que se fue Aquiles con Robertico, ¿cómo sigue todo... en tu casa?"; Josefina está sentada en el banco, debajo de la trinitaria, y no hay nadie más que ellos dos, y Josefina quiere estar segura y pregunta a José Armas a ver si se refiere a lo de Villanueva y Rosa; José le dice que sí, que eso era lo que le estaba preguntando; Josefina dice que mal, que todo iba mal; ¿por qué?; porque no iba bien... ¡qué más!; pero podía decirle qué pasaba, cómo se estaban torciendo las cosas; pues Rosa se había ido de la casa, ¿sabía eso?, ¡se había ido de la casa!; ¿cuándo?; el martes, y ahora apenas venía por la casa un ratico en la tarde, a traerle el diario; ¿dónde vivían ellos ahora?; ¿por qué quería saber José Armas eso?, y Josefina no lo dice, pero piensa para ella sola que este hombre, José Armas, podría hacer la denuncia

de Villanueva al director, aunque no fuese más que para ayudarle a ella y también a Aquiles, pero que ella no podía traicionar a su hermano, que se lo había pedido (¡y no sabía por qué tampoco!) que no denunciase a Villanueva por nada... y también podía hacer eso daño a Rosa, por eso le estaba diciendo a José Armas por qué quería saber él dónde esta Jesús Villanueva con su hermana, pero tampoco le parecía bien desconfiar de José Armas, que era tan amigo de su hermano, y le dijo, sin decir, que donde habían conseguido una habitación era en casa de una amiga de Rosa que vivía con su mamá...; ¿dónde?; dónde exactamente no podía decir Josefina porque allá mismo no había estado nunca, ¿comprende José Armas eso?; claro que comprende..., ¡no, si no era por nada!, y menos mal, le dice José Armas, que todavía su hermana le sigue ayudando; Josefina le dice que sí, que mientras consiga algo ella tiene que seguir dependiendo de Rosa, aunque eso le dé mucha vergüenza; José Armas comprende bien sus escrúpulos, ¿cómo no va a comprender?, pero debe tener un poco de paciencia; sí, paciencia la tiene Josefina mucha, no ha hecho toda la vida más que eso, reunir paciencia y gastarla, eso ha sido toda la vida de ella, desde chiquitica, pero necesita conseguir algo pronto, y algo que salve a Robertico; claro, Robertico es el problema ahora; sí, porque conseguir trabajo como sirvienta, eso se consigue muy fácil, pero ella necesita una casa donde tengan a su hermanito permanente; claro; si consiguiese ella trabajo en una fábrica la cosa sería diferente, porque regresaría a la casa al mediodía y en la noche y podría seguir cuidando a Robertico como hasta ahora; José Armas comprendía muy bien eso; ella, Josefina, necesitaba una casa para Robertico, y no se atrevía a dejarla en el barrio, donde cualquier vecina, porque se le iba a ir el niño por donde se iban

todos los demás en la calle, por donde se había ido Aquiles y por donde se había ido Villanueva...; y él también, José Armas, ¿por qué no lo decía?; pues no se lo decía porque no había necesidad de herir a la gente así tampoco, pero era verdad, como le pasó a José Armas, que por no tener quien cuidase de él de niño tuvo que salir... por donde podía; claro; ella lo sabía bien, lo había estudiado bien, porque en la casa no hacía más que pensar en eso, pero no sabía todavía dónde dejar a Robertico; sí, José Armas comprendía todo el problema muy bien: Josefina quería zafarse de la protección denigrante de Rosa, quería trabajar y valerse por sí misma, y tenía, también, que salvar a Robertico, [eso estaba claro], y él podría ayudarlo si estuviese fuera también, pero también lo tenían aquí, preso, como a Aquiles; él, José Armas, ¿la ayudaría también si estuviese en condiciones de hacerlo, [de verdad que lo haría]?; sí; sí, ella estaba segura de que la ayudaría; y espera poder hacerlo, pero por ahora no puede; no puede; es que las cosas torcidas siguen torcidas...; sí, pero él, José Armas, quiere decirle ahora algo que ha estado pensando toda la semana...; ¿qué?; que él quiere, que a él le gustaría... ser su novio; ¿cómo le dice eso a Josefina?; pues sí se lo dice, y... ella, ¿no quiere?; sí, sí... eso ha sido como una sorpresa, pero sí lo quiere; ¿de veras?; sí, de verdad le dice que sí le gusta ser novia de él; y él, José Armas, no se mueve de su sitio, pero corre su mano a lo largo del banco de madera y llega hasta donde está la mano morena y fina de Josefina, la que no se atreve siquiera a respirar, y entonces José Armas no pone su mano encima de la mano de Josefina, sino que se contenta con dejarla ^{en contacto} ~~tocándose~~ con la de ella, y dice a Josefina, sin mirarle, que luego le tiene que cortar unas flores, que no es que él se haya olvidado de eso, sino que no le ha dado tiempo esta tarde, porque ha venido un poquito más temprano; Josefina le dice que es verdad; ¿por qué?; porque sí, porque tenía

ella también ganas de verlos... a los dos; ¿a él también?; sí, también a él, ¿no se da cuenta de eso?, y es la mano de Josefina la que sube sobre la de José Armas, y él las une rápidamente, palma contra palma, y se cruzan, casi sin querer, los dedos, y es Josefina la que siente que le sube algo por todo el cuerpo, y es también José Armas el que se siente dueño de algo nuevo y que le arde en la sangre y le aprieta la garganta y le llena, como un blando mareo, la cabeza; y es José Armas el que habla primero ahora y dice a Josefina que es ya su novia, que a él se le hacen los días largos, pensando en ella; "y yo...", quiere hablar Josefina; pero él está hablando algo que no puede dejar de salir así, por dos palabras que se le cruzan en el camino, y le dice que está pensando en ella, y en que ella podía tener ya un novio y en el dolor que sentiría él si así fuese, que se sentía tan desamparado allá, encerrado, sintiendo que ella andaba expuesta a que miles y miles de hombres la viesan todos los días y hasta estuviesen cerca de ella y le dijiesen algo y que ella se sintiese también necesitada de alguien cerca, y más si tuviese algún medio de ayudarla, algún oficio, cualquier cosa, y que por eso sufría mucho, pero que ahora ya se sentía más seguro porque tenía la mano de Josefina dentro de la suya y que la sentía respirar en la mano, ¡eso era lo que quería decirle, ¿ve?!; sí, ella ve todo eso, se da cuenta de todo eso, porque ella también está pensando siempre en él; ¡¿cuánto?!; siempre, cuando está en la casa, cuando está lavando la ropa, cuando está lavando a su hermanito, a Robertico, cuando está en la cama, sin poder dormir...; ¡¿también?!; claro que sí; y ~~las manos se abrazan.~~ → a José Armas le dan ganas de voltearle la cabeza a Josefina, que está mirando hacia los robustos y sinuosos troncos de la trinitaria, que está muy grande, y besarle a ella los ojos, que son negros y grandes, con grandes pestañas negras, y besarle los labios, que son largos

y gordos y tienen una carne suave y roja... pero José Armas no se atreve a eso, y también puede venir alguien por allá y verlos, no por él, pero podía hacer daño a la seriedad de Josefina, ¿no?, y están sin decirse nada, mirándose a ratos, contentos de sentirse así, cerca y abrazados en sus manos, y viendo, para evitarse cualquier susto, el pedazo de campo que se ve desde aquel rincón, y donde hay grandes matas de mango y bancos y gente que se visita y se habla, y que es por donde en cualquier momento se pueden aparecer Aquiles y Robertico, que están jugando pelota; entonces Josefina dice a José Armas, como una confidencia, que no quiere que diga nada a Aquiles todavía; que ¿por qué?; Josefina le dice con las manos que no sabe por qué, pero que le da pena que Aquiles sepa todavía de esto, acaso se lo puede decir después de la otra semana, ¿okey?; a José Armas le parece bien, pero ¿no sería que ella estaba dudando de eso?; no, y Josefina se ríe, no se trataba de eso, que ella estaba segura, sino... de que le daba pena que su hermano se enterase por su mejor amigo de aquella... confidencia, ¿entendía él eso?; sí, José Armas lo entendía bien, y no tenía por qué pensarlo más; ahora, decía Josefina, lo único que le preocupaba de veras era la solución de su trabajo y la situación de Robertico; y José Armas piensa entonces en una solución, y cuenta a Josefina que él está oyendo a Aquiles hablar siempre de una familia que él quiere mucho y la que, al parecer, quiere mucho a Aquiles, ¿sabe ella qué familia es la familia Campos?; Josefina no, no sabe; no importa, porque él va a averiguar la dirección de la familia Campos sin despertar las sospechas de Aquiles, así, sonsacándolo, y entonces podrá darle esa dirección a Josefina cuando venga el próximo día, ¿no?...; a Josefina le parece bien, y pregunta a ver qué hace esa familia Campos, quiénes son; José

Armas sabe quiénes son, porque Aquiles le ha hablado muchas veces de uno de los chicos, que vendía periódicos con él durante un tiempo, que es cuando él, José Armas, primero conoció a Aquiles en la puerta del periódico, ¿no?, y que cree él que puede muy bien confiar Josefina en esa gente, porque Aquiles le habla maravillas de la mamá de Campos, que es trabajadora y muy seria y que está sacando a la familia adelante con todo y estar sola, ¿no? porque tiene hijas casadas con muchos hijos; y a Josefina le parece bien la solución; ella iría a la casa de esa señora y le diría lo que pasaba y quién sabe si todo se podría arreglar.... ¡la cosa había comenzado a enderezarse, ¿no le parecía eso a José Armas como una señal?!; podría ser, podría ser... él no creía mucho en señales, pero quién sabe si a veces pasan esas cosas, ¿no?; sí, ella sí cree en cosas, cree en Dios y cree en eso, ¿él no cree en eso?; no, José Armas no cree en esas cosas que no sabe cómo son, ¿no?, porque ¿cómo va a creer en cosas que no sabe qué son... ¿no le parece?; sí, eso era verdad, pero uno siempre cree en cosas aunque no sepa exactamente cómo son; también eso es verdad; como ahora, por ejemplo, no sabían qué familia era esa, la de Campos, y ya estaban pensando en dejarle Robertico, que es lo que ella más quería... además de Aquiles y él, José Armas, ...y ¿cómo se llamaba el amigo de Aquiles?; Hugo, Hugo Campos; ¡ella, Josefina, conocía a un Hugo, amigo de Aquiles, que vivía cerca de la Plaza Candelaria!... ¿no sería él?; José Armas cree que sí, que le habló Aquiles una vez de que esa gente vivía por esos lados, más abajo, hacia El Conde... ¿entonces estaba resuelto?; ¡sí!, de todas formas ella iría hasta allá, donde una vez le mandó Aquiles a buscar una silla que le había conseguido en esa casa para ellos, porque no estaba muy nueva y se la habían regalado, y hasta vió allá a la señora, que era una señora muy buena... ¡y hasta puede que la recordase

la vieja!; podía probarlo, ¿no?; claro, lo iba a probar, ¡esta misma noche!;
!¿sí, tan pronto?!; claro, ¿a qué iba a esperar?; sí, mejor, así no tenía
nada que ver con ese marico de Villanueva... tenían que callarse porque
ya venía Aquiles; y las dos manos se soltaron *acanicándose*...

22

Josefina creyó sentir alguien en la puerta. Ya era noche cerrada, y el ranchito parecía replegado y dormido en la penumbra. Sólo tenía encendido el bombillo de la cocina, donde estaba en ese momento achicando un pantalón viejo de Aquiles para Robertico, que ya, el pobre, estaba desnudo. La puerta estaba cerrada; sin llave aún, pero empujada, con el automático. Y podía ser un perro, o un gato, cualquier cosa. Y ella no le tenía miedo a los ladrones, porque ¿qué le iban a robar? Y ellos, los muchachos del barrio, podían hacer fechorías fuera, pero no allá en aquel rancharío del Manicomio, porque era como hacerse daño ellos mismos. ~~Y recordó al hombre del otro día, que subió por aquel camino siguiendo a un muchacho que había desaparecido y no sabía dónde, y nadie le decía nada tampoco, aunque todos estaban en sus puertas, todos habían visto escaparse al ladrón. Ella la había visto también,~~

Ken de Juan Juan?

~~sin saber que estaba robándose algo, era la verdad; y sólo cuando se
presentó el señor sin aliento y rojo de la rabia se dio cuenta que Na-
món, el hijo de la cumanesa, se había llevado algo que no era suyo. El
hombre se detuvo delante mismo de su puerta, en la mitad de un charco
de orines y agua-jabón sucio, y miró en derredor, y vio a toda aquella
gente que lo miraba desde las bocas de los ranchos, y preguntó si habían
visto correr a un muchacho; pero nadie dijo nada; ni ella tampoco; porque
sabía que robar está mal, y que quitar a uno lo que es suyo está mal, y
está peor si lo que tiene ese hombre al que han robado es poco, como pa-
recía que era poco lo que podía tener aquel hombre sin afeitar y con
la camisa azul descolorida, pero que tenía al menos un carro y además
tenía una radio de pilas; Josefina tenía que vivir allá con la gente del
cerro, que tiene menos, y ya a aquel hombre que le estaba preguntando
por el ladrón no lo iba a ver más nunca en la vida; y hasta podía ser un
loco escapado del manicomio, y que decía tener un carro, porque hasta
eso podía ser; por eso que tampoco ella le dijo nada; aunque estuvo el
hombre explicando que él no había hecho sino subirse hasta la placita,
buscando una dirección, y que tenía esa pequeña radio sobre el asiento
del carro, porque estaba oyendo un partido de beisbol, y que él mismo
se detuvo en la placita y llamó a un joven para saber de un compadre que
se había mudado para allá, y que el muchacho se le acercó y le estaba di-
ciendo la dirección y que por la otra ventana se le metió un brazo y sa-
lió corriendo por este mismo camino entre ranchos, y que el muchacho debí-
a estar por aquí; y se cansó de explicar las cosas, y hasta comenzó, al fin,
a jurar y a maldecir a la raza de ladrones que se escondía en todo este bo-~~

~~rato; y a todo esto la gente lo miraba sin decir nada, porque no podía
 decir nada a aquel hombre; ella porque no podía, de verdad que no podía,
 y otros porque eran ladrones también, porque no hay otra manera de vivir
 que buscando donde hay; y el señor vio que todo era inútil, y hasta se
 dio cuenta seguramente que podía perder allí algo más que la radio, por-
 que le podían robar el carro mismo, que no era la primera vez, o podían
 sacarlo a piedras, que tampoco eso era nuevo allí arriba del Manicomio;
 y el hombre se fué sin daño, menos mal, porque a ella le dolía verlo tan
 indignado...>~~

-¡Ay!... !¿Qué hace usted aquí?!... ?!Por dónde entró?!...

Era Villanueva. Grande, poderoso, seguro de sí mismo. Estaba pegado a la puerta ya cerrada otra vez; con su camisa blanca abierta hasta el ombligo, con el pantalón, y con una sonrisa de veras amistosa:

-Hola, Josefina...

Josefina dejó el pantaloncito sobre la mesa, y allí se recostó, pálida, de ese color de harina mojada a que cambia el ^{color} ~~resaca~~ de la piel cuando se le escapa la sangre asustada a otra parte. Y lo miraba y lo miraba, y no sabía qué decir, porque aquello era una aparición, igualito a un fantasma.

-¿Por dónde entró usted?...

Villanueva sacó las manos de los bolsillos, y sonrió, de la manera más natural, y se adelantó un poco, donde le daba más la luz del bombillo.

-No se asuste, Josefina -le dijo- yo no hice sino empujar la puerta, que estaba abierta; porque estaba abierta la puerta, ¿no?.

-No sé; pero si estaba abierta la puerta no era para usted.

-¿Para quién entonces, ah?... Ya son las diez de la noche.

-Para una vecina que está por llegar...- y Josefina comenzó a reaccionar - ¡y usted sálgase ahoritica de aquí!... antes de que llegue mi amiga...

-Un momentico, un momentico...- y Villanueva no era de los que se puede engañar tan fácilmente, y tampoco era de los que cometían errores sin necesidad, y no hizo sino moverse calmadamente y sentarse sobre un cajón que hacía de banco, no lejos de la mesa, donde todavía estaba recostada Josefina, tensa como un tigre- un momentico, y no se me ponga así, tan brava y tan fea, que le vengo a traer un recado.

-¿Un recado de quién?... ¿de Rosa?- y Josefina pensó que acaso se estaba asustando sin razón, aunque fuese Villanueva y a esta hora, porque podía haber pasado algo a su hermana, de verdad, o podía Rosa necesitar de ella, ¿quién sabe?...

-Exactamente, de Rosa, ¿le interesa?

-Sí; pero dígame lo que sea y váyase.

-Bueno, Josefina, pero no se me ponga así tampoco; usted sabe que somos casi cuñados...

-¡Usted no es cuñado mío!, y Josefina que no se mueve, a pesar de sentirlo cerca, porque Villanueva puede creer que lo teme.

-Casi, he dicho casi...

-Le repito que me diga lo que sea y se vaya, que ya mi vecina está al llegar...

-Y el pequeño, ¿dónde está?

Josefina descubre ahora que tiene a su hermano dormido en la pieza, y que siempre es alguien a quien puede llamar, y eso la tranquiliza un poco, y deja la mesa y llega hasta cerca de ^{fuera de} la cocina, donde hay, en una balda, una botella vacía, y todo esto con la mayor serenidad, porque la presencia de su hermano le está aquietando el susto, que no la dejaba moverse siquiera, y no agarra inmediatamente la botella, sino que le da confianza tenerla a mano, y se cruza de brazos delante de Villanueva y le dice:

-Ahora dígame lo que tiene que decirme...

-¿El qué?

-El recado; y váyase...

-No sea niña, Josefina, y usted sabe a qué he venido yo a visitarla a esta hora; ¿o no?...

Josefina estaba ya preparada para esto, porque nunca esperó nada bueno ni nada decente de este hombre, y llama a su hermano, grita, y agarra la botella.

-No meta al muchachito en esto...

Villanueva se ha puesto ^{de pie} y la está mirando con unos ojos que le han saltado de pronto, nuevos, llenos de susto y de odio, y no se mueve.

-No se me acerque, que le rompo esta botella en la cabeza- y no es verdad que Villanueva se haya movido, porque no, no hace más que mirarla desde donde está sentado, sobre el cajón. Y no ve, no puede ver, a Robertico, que acaba de llegar sin decir nada, sin poder todavía abrir los ojos; y Josefina sí, y por eso le sale amenazar a Villanueva con la botella.

Y Robertico acierta, por fin, a hablar, y dice:

-¿Qué pasa, Josefina?

-Hola, Robertico, ven, hijo...- y Villanueva se voltea sin reparar en que Josefina le puede dar con la botella- ven aquí, dile a tu hermana que no me pegue, dile ¿ah?, que ya me voy... -pero no se mueve, y extiende el brazo al muchachito, que no se le acerca sino que está dando lentamente un rodeo para llegarle a Josefina, que sigue teniendo la botella en el aire- ya me voy, ya me voy, mujer- y ahora sí se levanta, -pero volveré, ¿oíste? y no me recibas así, porque te ves muy fea; y tú eres muy bonita, ¿sabes?- y todavía insiste con el chico: -vete tú a la cama, Robertico, vete,- y hace ademán de tocarlo en el hombro, para empujarlo amistosamente; pero ya Robertico está pegado a la falda de su hermana;-vete que yo me voy ya de la casa, vete a tu cama...mira, Josefina, yo no vengo contra tí, ¿oíste?--; y Josefina sí que oye todo atentamente, y tiene aún la botella en el aire y con la otra tiene agarrado del hombro a Robertico, al que ya le duelen las uñas de su hermana dentro de la carne- ...lo que pasa es que Rosa se va, ella sale en la noche y me quedo solo, y necesito tener alguien con quien conversar, ¿entiendes?; pero eso no es para ponerte así tampoco; ¿no ves que no es para nada malo?; bueno, te dejo,-y ahora se voltea, y avanza hasta la puerta, momento en que Josefina hubiese podido reventarle la botella en la cabeza; pero Villanueva es muy valiente, o sabe hasta dónde puede llegar una mujer con una botella en la mano justo cuando él se dispone a salir de la habitación, y dice, al abrir la puerta: -bueno, te dejo; duerme bien; te veré otro día, acaso mañana, ¿de acuerdo?...

-!Sálgase de una vez, y no vuelva por aquí, o le rompo la cabeza!...

-Está bien, está bien...

Y Villanueva sale y cierra la puerta, ahora bien cerrada, despacio, y se sienten los pasos que se alejan en la noche, cerro abajo, por el camino de quebrada que baja hasta la placita de ranchos donde llegan algunos carros. Y sólo entonces baja Josefina la botella, y le duele el brazo y todo el cuerpo que está duro, como si fuese de madera y no de ella misma, de su sangre, y va a cerrar la puerta con la llave además, y luego abraza a Robertico, que no parece asustado, y lo lleva empujándolo suavemente hasta la pieza donde duermen los dos, y lo acuesta, y le dice que se duerma, Y se queda con él hasta que lo siente dormido, pensando; pensando en Rosa, y en Villanueva; ¡pobre hermana!; y ella tiene que cuidarse mucho en adelante, y tiene que buscar una solución a todo lo que amenaza detrás de aquella visita; y se va quedando dormida, y sueña que está caminando en un desierto, y que no hay una sola mata, ni un rancho, ni un poco de agua, descubre que no hay ni sol, ni siquiera luz, aunque ella ve en la oscuridad como si fuese de día, y sigue caminando y caminando, porque no puede hacer otra cosa, porque quedarse donde está no puede, porque sabe que no puede comer ni sentarse ni dormir, porque es una vigilia dolorosa que no puede alejar de sus ojos, y de pronto aparece, como un brote, una matica como una hierba, que a medida que avanza ella va creciendo y creciendo, y, de pronto, antes de que puede estar ella en situación de alcanzar a ver si tiene algún fruto que comer, ¡zas!, da un salto y se le planta delante, y se ríe y mueve los brazos, porque no es una mata, sino que es Villanueva que no se mueve porque sigue siendo una mata pegada al suelo pero que le habla mientras ella corre en el desierto y el viento le trae la voz del hombre con unos susurros suaves acariciantes y hasta agradables que se le meten por el oído aunque ella no quiere escuchar y siente la caricia en su cuerpo, y le ve los ojos de nuevo y se

asusta... así en esa angustia se despierta. Está sudando contra el cuerpo de su hermanito. Se levanta de la cama, casi corre hasta la puerta, y comprueba que está cerrada con la doble vuelta de llave; se asegura que no hay nadie en los pocos rincones del rancho, y se desviste en un rincón, de miedo de que alguien pueda estar mirando desde las muchas rendijas de las paredes de lata y madera; sólo entonces, cuando se ha metido su camisón por la cabeza, se atreve a dar una vuelta al bombillo de la cocina, ^{para apagarlo} y se acuesta junto a su hermano para tratar de dormir hasta el día siguiente.

23

A Josefina le costó muy poco conseguir la casa donde vivían los Campos. Se acordaba ella de un garage donde había un hombre tirado debajo de un carro casi sobre la acera y que al pasar ella con Aquiles, que es el que llevaba la silla montada sobre su cabeza, el hombre le gritó una grosería desde debajo de su falda, y luego sacó medio cuerpo, porque ella lo vio al voltearse sin querer, y le fue diciendo cosas; ella estaba tiesa del susto de que Aquiles, que ya le había mentado al hombre su mamá y sus hermanas, se le fuese a devolver! No pasó nada, porque tenían que coger el autobús más hacia la Plaza de la Candelaria y no se detuvieron hasta la parada, pero eso que fue tan maluco le había servido para recordar que la casa de los Campos está a dos casas del garage, en una puerta roja con letreros de los muchachos, que algunos son para no leer una mujer, y un cartel escrito a mano que dice: "se lava y se plancha ropa"; era ahí mismo, y recordó también que en una ventana que está muy pegada había esa reja de hierro con otra reja de madera dentro, y tenía

encima de la puerta un bombillo amarillo, que Aquiles le dijo entonces que lo del color era contra la plaga. Y cuando Josefina llegó, tocó en una hoja de la puerta, que estaba abierta; no le iba ella a entrar sin tocarla antes; en la espera miró dos casas más allá, donde estaba el garage, y no había nadie en la puerta, ni carro, y se dijo que las cosas son siempre diferentes; es cuando apareció la señora Campos; Josefina la reconoció; la señora Campos no, porque ya hacía meses de cuando la vio, y Josefina seguramente había cambiado en ese tiempo, y seguro que la viejita no, y así fue que después de este mirarse callado que duró un segundo habló Josefina y le dijo sonriendo que ella era la hermana de Aquiles Rodríguez, ¿no recordaba la señora Campos que vino ella con él hace un tiempo a buscar una silla que les había regalado Hugo?; sí, y Hugo no estaba, y la señora Campos pareció recordar eso, y sólo con esa introducción le dijo que pasase, "adelante", y con una sonrisa, un abrir de labios bueno y unos ojos contentos, reilones, "adelante", y que cómo estaba Aquiles. Josefina comenzó a explicarle y ya estaban las dos mujeres dentro, la señora Campos la mandó sentarse en un sillón de senucir ^{su} narro_A cuarteado que había en la entrada y ella se sentó en una silla a su lado y le preguntó angustiada si el muchacho estaba preso; no, y Josefina le aclaró que no es que estuviese preso, sino que no lo dejaban salir porque le estaban enseñando un oficio; ¡ah!, le había asustado Josefina con ese nombre de la Casa!, porque a veces ponen presa a la gente por nada, y Aquiles es de lo más respetuoso y responsable y Hugo lo aprecia mucho, ¿lo sabe ella?...; claro, y por eso es que había venido Josefina a verla, y comenzó a decirle lo suyo con aquel reparo en la voz, y la señora animándola, que no se preocupase, que le dijese si había algo que iba mal, que ella también había pasado por cosas; eso, esas palabras, con una sonrisa abierta, sin dientes, y con una lengua pequeña y traviesa que le asoma a ella cuando tiene que decir una s, y con dos hoyuelos minúsculos como dos punticos, y sonriéndole a Josefina desde los

ojos, ~~que~~ son negros, no muy grandes y rodeados de unas pestañas cortas y pocas, por que esos ojos están cansados de no dormir, se les ve la carga de sueño, pero a pesar de eso sonriendo como si estuviesen contemplando la cumbre, así eran, y son todavía, de conformes y de contentos por dentro esos ojitos, y Josefina poco a poco más serena y más en su casa al decirle que venía, precisamente, a hablarle a la señora Campos de eso, del problema, y Josefina mira al aire en el camino de conversar y ve una fotografía que tiene en frente y es la señora de Campos la que desvía su atención de lo que está diciendo Josefina para decir que eso era su esposo, que se parecía mucho Hugo a él, y que Hugo le había salido de responsable y de trabajador como su papá, porque ese muchacho no paraba!... y que siguiese Josefina en lo que iba, que ella la comprendía muy bien, entonces lo que ella necesitaba era una casa donde dejar al pequeño!... ¿qué años tenía su hermanito?; nueve; que estaba bien, ¿dónde vivían ellos?; Josefina le dijo que vivían en El Manicomio, más arriba; ¡lejos eso!, y la señora Campos le dijo que ni conocía eso tan arriba; que era nuevo, y le preguntó entonces dónde iba a trabajar ella, Josefina; ¡eso es lo que no sabía todavía, porque había buscado y buscado un trabajo en una fábrica, en un taller, algo que le permitiese conservar con ella a Robertico, pero no pudo conseguir un empleo, por mucho que ella buscó por talleres y fábricas y agencias de empleo; la señora Campos dijo que estaba todo muy difícil, y lo dijo sin la sonrisa, y con un párpado, el izquierdo, más bajo que el otro, que eso lo vino a notar Josefina en ese momento cuando la señora Campos se acababa de desinflar un poco con el peso que afligía a Josefina, y le cayó la pestaña como de un brinquito, y cuando eso casi le da la risa, pero no le salió, ¡se hubiese muerto de la pena de verse reír frente a una señora Campos entristecida por las cosas de ella misma, de Josefina!, y entonces es cuando iba ella en aquello de que había pensado conseguirse una casa para su hermanito y buscarse entonces Josefina un trabajo como muchacha de servicio, porque eso era más fácil...; ¿sabe cocinar?; sí, le dijo Josefina, cocinar sí sabía...; ¡estaba hecha, mujer, estaba hecha!

y Josefina le vio subírsele el párpado para el pigo de arriba; y los ojos de la señora Campos se reían, ¡se reían!, que así no tenía problemas, ¡que es como si a Josefina le hubiese brotado un pozo de petróleo en el piso de tierra de su cocina!; Josefina se contagió de ese gozo; "claro que no hay problema- dijo la señora Campos asomándole la lengua entre los labios arrugados y tiernos- porque la muchacha que sea limpia y tenga dos brazos y dos manos, ¡y un poco de cabeza también, porque eso, la cabeza, nunca sobra!, pero teniendo eso, que eso lo tiene cualquiera que esté entera, ¿no?, ¡y además sabe cocinar!... ¡muchacha, eso se emplea ahí mismo!"; ¡sí?; ¡seguro, seguro!; pero todavía Josefina no estaba segura de si la señora había entendido que ella necesitaba de su casa para Robertico, e insistió que... eso era lo que quería pedirle, que a ver si al mismo emplearse ella podía dejar a Robertico en su casa... y Josefina vio la señal del párpado, que quedó arriba, donde estaba, y que decía que sí, que claro que podía dejarlo; ¡no había ya duda de que el problema estaba resuelto!; Josefina respiró hondo, sin proponérselo, como si la viejita le hubiese aligerado de golpe de una carga pesada, ¡bueno la señora Campos!, y ¡ah!, que ella, Josefina, le pagaría lo que hiciese falta, claro; la señora Campos le dijo que sí, y que ella se lo iba a aceptar, porque en esa casa no sobraba nada, porque todo estaba muy difícil, y ¿cuándo iba a traerle el muchachito a la casa?... ¿cómo se llamaba?; Roberto, aunque ellos siempre, y por lo pequeño, lo llaman Robertico...; ¡si ella tiene un hijo que ya está casado y todavía ellos siempre lo llaman Robertico también!...; Josefina le dijo que se lo traería en cuando consiguiese empleo; ¡ah, y era verdad que todavía Josefina no tenía trabajo!, pues entonces ella le diría dónde tenía que ir a buscarlo, porque ella le lava y le plancha a una señora que tiene una Agencia de empleos; Josefina preguntó que dónde; la señora Campos le explicó y le dijo que ya sabe dónde queda la Plaza de la Candelaria, que es aquí mismo, al voltear, eso, y atraviesa toda la Plaza hacia arriba, hacia la Plaza Bolívar, ¿no?...; sí, Josefina le estaba siguiendo; bueno, entonces sigue hacia arriba, una, dos, tres

cuadras, y en la tercera cuadra, se fija bien que le dice en la tercera, a mitad de cuadra, ahí mismo, a mano derecha, vería un letrero que dice: "Agencia", ella tenía dos ojos muy hermosos, lo tenía que ver al pasar, no tenía más remedio, ¿había comprendido bien Josefina esa explicación?; Josefina le dijo que sí, que era fácil, y se repitió la instrucción al revés, de Josefina a la señora Campos, con los ojitos de la señora Campos brillantes entre las pestañas pis-tojas y enrojecidas, muy pendientes de la explicación, con la punta de su lengua entre las encías, detrás de los labios arrugados y dulces de la madre de Hugo Campos, y ¡muy bien!, así es esa dirección, y que se fuese Josefina entonces mismo, ¡al mismo salir de allá!, porque esas cosas cuanto antes mejor, y en cuanto al muchachito, y ya Josefina se estaba levantando y la señora Campos también, ya saliendo las dos por la puerta roja, y Josefina tenía los ojos en el letrero escrito a mano pegado a la puerta cuando le oyó decir a la señora Campos que iba a ponerle un colchón cerca de la cama de Hugo, que dormía solo en un cuarto no muy pequeño, que allá cabían muy bien los dos, ¿estaba conforme?; ¡claro!, Josefina estaba no sólo conforme sino contenta; la señora Campos, que ya estaba montada sobre el bajero de la puerta, que es una defensa contra las crecidas de la quebrada, estaba muy contenta de ayudar a los hermanos Rodríguez, ¿oyó bien eso Josefina?; sí, y ya estaba viendo hacia el garage, que seguía solo...; ¡ah!, y la señora de la Agencia se llama Eugenia, la señora Eugenia!, y, por discreción, la señora Campos descendió de un salto al piso de la calle y corrió donde estaba ya Josefina, que eran cinco pasos, y agachó ese tono de voz cantarín que tiene la viejita y que es una discreción que ya no guarda la gente joven, que la señora Eugenia era una buena mujer, no de esas que manejan agencias que... hacen de todo; ¿de todo?, preguntó Josefina interesada; de todo, insistió la señora Campos con circunspección, que no le gustaba dar escándalo a nadie, y menos a una muchacha joven, ¿había entendido ella eso?; sí; pues no había más que irse inmediatamente a la agencia de empleos, porque eso era lo mejor; sí, Josefina confiaba en la señora Campos y en

lo que recomendase ella; ¡y ojalá llegase y tuviese suerte con la casa; porque esa es otra, que no siempre era cosa de la Agencia, sino de la suerte de una, que a veces le acompaña y otras le huye, porque para trabajar a gusto una tenía que conseguirse una casa decente, ¿oyó?, decente, y si la primera no le salía buena, pues la tenía que dejar, y a otra, hasta que consiguiese la que le convenía, que lo que sobraban eran casas donde servir, y que hubiese qué comer, donde entrase plata fija, porque siempre le pagarían mejor, ¡y le pagarían!, y los ojos sentenciosos de la señora Campos estaban subidos como dos puntos, que no se metiese ella a trabajar en cualquier basura de casa donde no alcanza ni para la comida y ¡quieran servicio del fino, ¿no?!, ¿entendió bien Josefina lo que le estaba diciendo?; clarito, ¿cómo no, y ya se quería ir, y parecía que la señora Campos no iba a terminar nunca de recomendarle prudencia bastante, ¡y con qué bondad!, que eso la tiene a ella enternecida y hasta sorprendida de que haya gente buena así cerca, que una no sabe que existe gente así a su lado y sin embargo es verdad, que eso es como un milagro, y en ese mismo instante y sin otro aviso la señora Campos se fue y montó de un brinquito sobre el bajero de la puerta y se volteó y le dijo que si le alcanzaba el tiempo se regresase para decirle qué había conseguido en la Agencia, ¿conforme?, y dijo todavía, al entrar definitivamente en la casa, y Josefina ya caminando para irse: "adiós, niñija"... Josefina caminó con la preocupación de no tropezarse ahora con el mecánico, que seguramente ni le reconocería vista ahora al nivel de los ojos, y de ninguna otra manera seguramente, porque de eso hace ya casi un año... ¡¡Ahí estaba el tío Raúl en la otra acera!! con su lotería en la mano, y hablándole en ese momento a una puerta, o a quien estuviese dentro, porque no se veía, ¡que no la viese!, por nada, por no tener que verle la cara de cerca, que para eso lo mejor era, y es, no mirar, y no miró... ¡Josefina!... ¡la había visto!... corre-corre-Josefina... ¡Josefina, escucha!... y ella camina@camina ligerito, y un autobús de la Plaza Carabobo que pasaba y otros carros y ya Josefina no le oía la voz, ni lo sentía caminar detrás; y miró, porque no estaba tranquila, y no había nadie más que una señora con un niñito de la mano que ella acababa de pasar en la carrera.

23-a

!Está bonita esa mujer! se le han llenado las piernas; !las caderas le están saliendo a su mamá!; aún sin ser linda como Rosa, Carmen, su mamá, era un mujeron; y no se sabía por qué; no era la cara, que sin ser fea tenía su nariz un poco grande y sus dientes salidos; los pechos llenos, como ya los tiene esta chiquita, Josefina; !el mismo molde!; esta manera de caminar de la pequeña, llena, colmada, es también de su mamá; no está hecha como la de Rosa, que tiene, parece, las partes sueltas y bailando cada una por su lado como si fuese a caer algo en cualquier parte, de movidas y gozonas que son esas tetas y esas nalgas, !la jodida!, sino que lo de Josefina, como lo de su madre, es un enterizo que se mueve lo justo; la medida; porque la cadera de esta mujer que acaba de pasar es como la de Carmen, que era varios años mayor cuando él todavía era un muchacho en Cujicito y ella tenía amores con Roberto José, que era un pájaro; ya entonces la Carmen había tenido a Rosa, y de Servando, el

de la panadería, y que es verdad que se le parece Rosa, porque Servando Muro era, desde antes de caerle del cielo ese negocio, un padrote igual que su padre, un Llamozas que llegó por fiestas a Barquisimeto a ver una tierra y sembró este carajito, y no regresó a verlo, aunque le regalase luego esa panadería y dos camiones que trabajaban en Barquisimeto y una punta de ganado en unas tierras de Carora, todo eso por habersele montado un par de veces o tres a Luisiana Muro; ella se murió de parto en aquellas carnes, pero todavía vive en los sueños del pueblo, aún se habla de lo buena que estaba; desde allá, desde tan viejo, desde la abuela, le viene a Rosa ese cuerpo de tirar, ¡la jodida!; y eso es lo que pasó, que a Servando Muro le cayó todo eso de golpe cuando se estaba muriendo el Llamozas en Caracas y cuando Servando no tenía todavía los veinte años y estaba trabajando de peón en el Concejo Municipal, haciendo nada, sino vagamunderías, por alguna recomendación; Servando no cambió a mejor por eso, sino que se multiplicó con esa rueda de plata: malo multiplicado por mucho, mucho malo, y, además, se volvió más fino para conseguirse las muchachas de quince y dieciséis y hacerles a cada quien su hijo, ¡una bendición!, que eso como que es herencia, porque hijos de su papá y de ese bandido habrá a cientos regados por todos esos peladeros hasta Barquisimeto y hasta Carora, por donde coja uno a pie o en burro o en camión, que ese canalla ha andado todas esas tierras por años buscando qué cubrir, como un padrote; una de ellas, de las primeras de Servando, es Rosa; si la muchacha vale algo todavía, si vale, será por su mamá, por la Carmen, que a ésa la conoció Raúl siendo muchachito él y ella crecida, vecinos los dos, puerta con puerta, y ella con tetas de hacerle soñar el cielo despierto; ¡nada más verla le entraba aquella comezón en la sangre!, y una vez que la vio en sostén tuvo que ir al corral y cogerse la chiva blanca, la Elisa, tres veces en un rato; ~~siendo no muy linda, como dice, sino eso, el cuerpo derecho y lleno, lo bastante, no demasiado, ni muy movido como Rosa. ¡que esa puta es un pecado aparte!, sino~~

~~entero, bueno para llegarle con la mano despacio a todas partes, y la lengua, y calentarla bien primero, suavemente, bien caliente ese horno, porque sin eso una mujer vale lo que el hueco de una chiva, ni más ni menos, y hacerla rabiar luego un poco, hacerla que lo pida y lo pida, hasta que se ponga como loca, y entonces, no antes, y para eso tiene que aguantarse uno como un palo, o dejarse ir a ratos y medido para regresar y llegarle a ella, a ese fuego, entero, con esas fuerzas que hacen falta todavía para terminar de cogerla como se merece ese cuerpo!~~ Ino joda!... y él ^{ahora} aquí, y en plena Plaza Candelaria, llena de gallegas gordas cargando muchachos, sentado en este banco con dos viejitos que están tomando el sol aquí pero soñando en sus tierras, se les ve la cara, y él, Raúl, eso, con el bicho duro como un cuerno grande, sin tener qué coger, ni siquiera el recuerdo refrescante de haberse cogido alguna vez a Carmen, ¡que nunca!, y que tiene que confesar que no le daba el guáramo para eso, porque esa mujer, después de casada con Roberto José, que fue el papá de Josefina y de los varones, se trancó en lo suyo y daba respeto y no se le acercaba un hombre sin verla con miramiento, porque eran esos ojos negros y grandes de mirar entero, sin ser duro, que es el mismo mirar de Josefina, y nadie más que ese hombre, ese loco, le llegó en Cujicito a la cama, ~~ni luego después, cuando se vinieron a Caracas, y él, Roberto José, se murió de algo; este Roberto José, que era también del pueblo, de los Blanco, no era nada, ni se merecía b. Carmen; era un echón a toda vela, embustero, y hasta, dicen, pegaba a su mujer; era un bebedor de aguardiente que decía que era mecánico, cuando no era más que un peón, un toero; pero ella, la Carmen, se quedó con él, lo siguió a Caracas; no sabe ni cómo ni por qué le aguantó Carmen a ese hombre todo eso, ¡con lo que era esa mujer!; ¡tenría su gracia!; él siguió viviendo de eso, y con esa gracia, de Carmen, de estar se lavando y planchando esa mujer la ropa de un batallón, y su hombre en lo mismo de siempre, inventando aquí, trepaleando allá, un flojo; y él, Raúl, se llegó muchas veces~~

Después de muerto él, cuando ella estaba en la casa sola y ya ^{la} a visitar a Carmen cuando todavía vivía Roberto José (y nunca lo consiguió dentro de la casa!) y después de muerto él, cuando ella estaba en la casa sola, y ya muy gastada, que aunque tenía casi diez años más que él no era para tanto, y él le llegaba con alguna cosa, con un regalito, por ese gancho que tenía ella, por lo que le decían a él todavía esos ojos, aunque ella estaba ya muy consumida de la cara y sin la sombra de aquel pecho que Raúl había visto de muchacho, y con esas piernas grandes de las várices, y con esas caderas todavía en su sitio, eso sí; nunca le alcanzaron las fuerzas para decirle nada; le cerraban el paso aquellos grandes ojos quietos y dulces, y la paz de aquella mujer; así, buscando en la madre, fue cuando salió verle un pecho desnudo a Rosa, ¡que no tenía ella doce años cuando eso, ¡la jodida!!, y ya era la misma vaina, y más, y ahí sí consiguió llevarle Raúl más tarde, ¡la puta!, y se la perdió por ansioso, porque uno siempre quiere más, y vagamunderías de ella también con el turco, y que ahora le decía Rosendo ayer que estaba encuerada con un marica que llegó a vivir al Manicomio, ¡qué vaina! a esa, y después de lo que pasó entre ellos, le llegó un día a la casa de la zuliana y la consiguió sola, sentada en el patio, esperando; él se le acercó sin decir y ella le volteó la cara al nada más verlo; entonces Raúl le dijo: "Rosa", que quería estar con ella un rato, que era un cliente; y ella se le paró y se le fue dentro de su habitación, y se le trancó la putica dentro; él le tocó la puerta, despacio, y nada, y más fuerte, y nada; hasta que llegó la zuliana y le dijo lo que pasaba; ella la llamó, y entró, y estuvieron los dos unos minutos dentro; cuando salió la puta de la ama, que era una gorda bajita y sucia que ni era zuliana, sino colombiana, le dijo que ella tenía que respetar a su gente, que él se podía ir con cualquiera de las muchachas que quisiese ir con él, pero que ella no podía obligarlas a joder con uno, ¡la bicha!; él le dijo que esas putas y ella iban a perder un cliente; no se le quiso parar delante y darle un coñazo porque es mujer, con todo y tener ese cuerpo de mono grande, es una mujer, y también porque, dicen, les confidante de la

policial, ¡zapet, mí, que lo van a agarrar y envainar ahora, de viejo, como a un pendejito de dieciocho años; y todo eso por una putica de a veinte bolí- vares como Rosa que él había cogido hasta cansarse cuando la cosa estaba bastante mejor... ¡no joda!; pero esta Josefina, que es orgullosa como su mamá que en paz descanse, y con esos ojos que tiene y con esas piernas enteras y esas nalgas fuertes y en su sitio, no la pudo llegar nunca; ni la buscó, es la verdad, porque ésa lo que era antes, hace menos de un año, es una niña, y no bonita, ni siquiera con un cuerpo de mirar; pero ahora, cuando la había visto hacía unos días, cuando lo de Aquiles, y ahora, hace un rato, ya es otra cosa, casi no la reconoce al pasar, de buena que esté le arajol, y la forma en que mira hacia adelante al caminar, y con esos zapatos de tacón que la ponen a moverse como su madre, entera, sin los movimientos de Rosa, pero maciza, firme; y no quiso escuchzrle la voz cuando ella se fue con ese paso prieto y entero que tenía también Carmen cuando iba con el cubo a la pila del depósito de agua; entonces, ¡y él un carajito!, y ahora ve pasar la misma vaina, ¡y él un viejol; pero le va a llegar un día a la casa, para ver, porque el que no earina, dicen, no lleva a ninguna parte...▼

24

Josefina hizo lo que le recomendaron, y buscó la agencia, por el letrero que decía la señora Campos; había varios, y ella preguntó, y le dijeron que la agencia era aquella que estaba en el segundo piso; había una escalera oscura y luego una puerta, una sola puerta; estaba cerrada, y dentro no se sentía a nadie, ella puso el oído y nadie; pero era la única puerta, ¿no?; no había otra; y la tocó, suavemente; alguien le dijo que entrara, y Josefina dio vuelta a la manilla y entró.

Era como una sala; a la derecha Josefina vio una mesa pequeña, muy pequeña, llena de papeles, y luego vio que había un pequeño estante, con papeles también... ¡seguro que ésta era la agencia!... y una señora sentada en un sofá grande y viejo, haciendo punto: "yo quería ver a la señora Eugenia"...; "soy yo, ¿qué quiere?"; trabajo, un trabajo de servicio; ¿servicio?... ¿qué sabía hacer

ella?; Josefina le dijo lo que sabía hacer; ¿es verdad que ella sabía hacer todo eso?; claro que sí, ¿por qué le iba a mentir?; "¡ay, m'hija!, si no hacen más que mentir, todo el mundo miente"; ella no, porque, además, ¿qué valía mentir si enseguida iban a saber lo que sabía hacer, en cuanto le ordenasen la primera comida?... ¿!no!?!; eso era verdad, pero doña Eugenia sabía de muchas y muchas que le habían vuelto al día siguiente de conseguirles el empleo, diciéndole que las habían botado, y, ¿para quién era el daño?, para ellas no, porque después las mandaban para otra parte, ya con lo que sabían, y no pasaba nada, pero ¿a ella?, ¿!qué le pasaba a ella, que llevaba casi diez años y tenía un prestigio que defender, qué iban a decir de ella!?...; por eso es que ella quería la verdad, ningún cuento, ¡mentiras nada!, sólo lo que sabía hacer, ¿no?...; a ver, otra vez, ¿qué sabía hacer Josefina?...; y Josefina que repite lo mismo que le ha dicho antes; "está bien, siéntate m'hija, siéntate... aquí tienes sitio", ¡entonces ella, Josefina, era una joya!; ¿por qué?; ¿!por qué! si ella sabía cocinar y lavar y atender a los muchachos y hacer las camas y... todo... ¡bueno, pues... ella le podía conseguir un buen empleo!...; ah, pues a ella, a Josefina le gustaría mucho; muy bien, ya se iba a ocupar de ella, primero tenía que terminar unas vueltas de punto para una manga de sweter que estaba haciendo a su marido, que llevaba cuatro años sin trabajar, por un reuma malo que le tenía las piernas baldadas; Josefina lo sentía mucho; sí, gracias, y ella lo sentía más, porque tenía que trabajar muy duro para sostener la casa, no porque le doliera trabajar para su marido que no podía hacerlo, porque el hombre era un santo, sino porque lo veía a él cansado de estarse sin hacer nada; ¿qué hacía su esposo?; él era albañil, ¡pero albañil!... no uno de esos toeros que están en eso, en trabajos de ayudante, porque no tienen un oficio, sino que su "negro" era un albañil de

siempre, desde antes que comenzaron a llegar los inmigrantes, ¿sabe?, ¡antes!... ¡antísimo!, ¡de siempre, pues!... pero ahora ya no servía, no servía el pobre... bueno, pero para qué iban a hablar de ella, de doña Eugenia... ¿le había mandado la señora Campos?; sí; buena y trabajadora y fina esa señora, ¿sabe?...; Josefina dice que sí; ella, la señora Campos, sabe bien los empleos que ella ha conseguido a la gente, ¡y buenos!, y, sobre todo, ¡honrados!, porque ¿sabe ella, Josefina, dónde ha venido a caer?; pues...; no, no sabe, porque ella nunca ha ido antes a una agencia a pedir trabajo de adentro, pero ella, doña Eugenia, es una de las pocas, ¡de las poquísimas!, que trabajo honrado en ^{el} este negocio, porque ¡dígame si Josefina cae en uno... de esos negocitos...; ¡y que de empleos!, ¿no sabe Josefina lo que le quiere decir?; no, no sabe; ¡ah, no!; no, no, no sabe lo que le quiere decir; pues ella se lo va a contar ¡porque conviene que ella, Josefina, sepa las cosas que pasan, para que, al menos, no le pase nada a ella, que parece tan fina y trabajadora y seria, ¿no?; bueno...; primero, que ella, doña Eugenia, quiere decirle que ha caído en su agencia en una hora ¡malísima!... cuando no hay nadie, porque esa habitación la tiene llena todas las mañanas, ¡todas las mañanas!, ¿oye bien Josefina?; Josefina le dice que sí, y que eso mismo le ha dicho la señora Campos; ¡sí, ella es una de las que sabe la honradez que tiene esta agencia y la gente que viene...; sí, cómo no...; bueno, éso es la agencia de ella; seriedad, buen trato, y, además, económico, porque ella apenas cobra cincuenta bolívares por conseguir un buen empleo, ¿no?; Josefina dice que está bien, pero que ella en ese momento no tiene los cincuenta; doña Eugenia le dice que no se preocupe, que eso es lo de menos, que a ella primero le interesa dar el servicio, y después, si ella, Josefina, está contenta, pues le viene a pagar al cobrar la primera quincena, ¿sabe?, porque eso lo hace ella a menudo, si le ve a la gente

lo que ella le está viendo a Josefina ahora, seriedad, y, además, cuando vienen recomendada como ella, ¡nada menos que por la señora Campos!, que le está viniendo a la casa por años, ¿comprende?, ¡por años!; sí, sí....; bueno, pues le va a cumplir lo ofrecido, doña Eugenia le va a contar ~~las cosas que ocurren con el servicio, que ella, ¡gracias a Dios!, no ha tenido que ver en nada de eso...~~ ^{lo que} pero le cuentan ~~le dicen las cosas, generalmente~~ las mismas muchachas que han pasado por ese... ¡infierno!...; ¿tanto?; ¡tanto!!...

"¿usted no sabe de qué se ha salvado!!... ¡no sabe!!", bueno, ella debía saber que hay muchas muchachas que no han salido nunca del monte, de los pueblos, ¿no?, y entonces hay gente bien vestida y de carro grande que llega, digamos a Chachopo, por decir un pueblo de Mérida de donde era una que le llegó llorando en estos días, y entonces esos señores... ¡porque se presentan como unos "señores"!... corren la voz de que necesitan muchaha en la casa y que pagan bien, y ven una y ven otra, y hablan con los padres de la muchacha y les convencen que les la mejor suerte que ha podido caer a su hija, ¿no?!, que le va a pagar muy bien, va a estar en una casa de familia, le ofrecen enviar todos los meses una cantidad, ¡bueno, una fortuna!... ¡y se lleva a la muchacha!, porque ¡cómo va a rechazar esa pobre gente perdida en el monte una suerte así!. ¿no?, pues se llevan a la mujercita, y llega a Caracas, ¡al cielo, pues!, y parece verdad que es el cielo porque primero que todo la llevan a comprarse algún vestido y a comprarle algunas cositas para ella, para que la muchacha se dé cuenta del cambio, y luego, cuando la festejan un poco, la llevan donde alguna "tía" o alguien que habla a las muchachas de las maravillas que va a tener allá, porque ese sueldo ^{de} dos o trescientos bolívares que quieren ganar ellas ¡es nada!, porque cualquier muchacha que sea viva puede ganar muchísimo más que eso en la capital, y la "tía" la lleva a algún sitio donde se baila y se toma, y la

sienta en una mesa con ella, y la muchacha se siente de lo más bien, lo no se siente, que es igual!, porque ¿para dónde va a coger una muchacha así en una capital grande, donde vive asustada de todo desde que llegó, ¡ah!, pues de esa mesa y esa bebida y esa música... ¡ya está la muchachita en camino del vicio!... ¿entiendes, Josefina, eso?; sí, entiende, ¡es terrible!; pues a veces tienen suerte porque se acostumbran pronto, pero hay otras que no, que las hay como esta muchacha de Táchira de la que le contaban en estos días, que le dijeron que tenía catorce años, y que era muy linda, y la metieron primero en una fuente de soda, porque parece que eso es lo que le ofrecieron a ella para traerla, y, efectivamente, la dejaron unos días trabajando en la fuente de soda, ¿no?, y la recoge y la atiende siempre el mismo hombre que la trajo del monte, y ella, la muchacha, depende de él, en todo, porque ¿qué más va a hacer una muchachita así que no conoce a nadie en la capital y que ni se atreve a hablar, ¿no?, y el bandido la va haciendo suya, ¡la engaña, pues!, y la lleva al cine, le compra algunas cositas, y después de unos días le dice a ver por qué va a estar ella ganando tan poco cuando puede ganar mucho más y ser una señorita de lujo, y, ¡bueno!, esa gente sabe manejar sus cosas bien, porque se dedican a eso, y ya el hombre, ¡el bandido!, la puso en eso la primera noche, de caminadora, y él vigilándola en todo, y parece que no tuvo suerte, porque también en esto está la suerte, ¿no?, y también la habilidad que se aprende, porque es un oficio como otro cualquiera, y la muchacha no tuvo suerte, pues, y le ganó muy poco a la noche, entonces él la amenazó, porque le dijo que podía ganar mucho más, y que sería que ella se había guardado los reales, ¿no?, y la chica protestando, que no, que ella no ha podido cobrar más que eso, que uno hasta se le fue sin pagarle nada, ¿no?... ¡cosas de las primerizas, como en todo!..., y llegó la siguiente noche, y ya él estaba más avisado y la vigiló de más cerca, y la chica fue haciendo algo más, y vinieron

otras noches y la cosa iba mejor pero también comenzó a hacer amistades y se hizo amiga de otra muchacha que trabajaba como ella y ésta le dijo que era una tonta, porque podía escaparse de ese hombre y guardarse lo que se ganaba, todo, ¿no?, y una noche, en lugar de ir a la casa del hombre, se refugia donde su amiga, y se esconde allí dos días, pero el hombre es muy vivo, ¡porque eso es de lo más bandido y más todo, no!, y la consigue una noche y la pega y la lleva a su casa...; ¡¿y ella no gritó, no dijo nada, no llamó a nadie?!...; ¡hija inocente, ¿a quién va a llamar, si ese hombre hasta era policía...?!; ¿policia?!; sí, señorita, hasta policía era ese hombre, con papeles y todo, pero que era un sinvergüenza..., y un día la pegó tan duro que tuvo que llevarla al puesto de socorro y allí le hizo decir que había sido golpeado por un ladrón, y ella dijo todo eso, como se lo decía el hombre, por puro miedo, ¿no?...; claro...; y así anduvo la muchacha un tiempo más hasta que fue aprendiendo más de Caracas y un día contó de esto a alguien que sí le ayudó de verdad y denunció al tipo, que era verdad que tenía carnet de policía...; ¿cómo pueden ocurrir estas cosas; "pues ocurren, m'hija"; y ¿qué hizo la muchacha después?; doña Eugenia dice que ella tuvo que ocuparse de encontrarle un trabajo, porque ella, en el fondo, era buena chica, y le consiguió un trabajo en una casa de familia...; ¿y resultó?; sí resultó, porque había visto dos o tres veces a la señora que la tenía en la casa, ¡y que nunca supo de los problemas de la muchacha, porque ella, doña Eugenia, era muy discreta en eso!, y le dijo que estaba muy contenta con la chica, que se llama Rosa; ¿Rosa?; sí, y ella le contó cuando llegó el primer día que ese hombre que la explotó así era tan bruto que cuando tenía la menstruación le aplicaba la piedra de alumbre para detenerle el flujo y así no había día de parada, ¿comprende?; sí, era horrible; ¡horrible!, sí señorita, ¡y suerte que tuvo ella de caer en su agencia, que nunca, ¡jamás!, se ha aprovechado de una cliente, en lugar de

~~caer en manos de estas gentes que andan ofreciendo empleos...; era verdad; y esa es una clase de gente, porque hay otros que se la dan de agencia, también, y que reúnen a las muchachas en apartamentos, con los mismos trucos, y donde los clientes vienen a verlas por fotografía o por un nombre y un número de teléfono que las agencias saben cómo hacer llegar a los clientes, telero, esa gente gana dinero,~~ pero a ella no le interesa el dinero que ganen ellos, porque ella duerme tranquila todas las noches, ¿comprende Josefina cómo andaba aquel negocio?; sí...; así era, y ella le va a esperar un ratito más, porque si deja esa manga a medio terminar se le pueden saltar los puntos o se puede equivocar, porque ahora está menguando los puntos para hacerle la parte de las hombreras, ¿no?; sí, sí, y ella, Josefina, tampoco tiene mucha prisa, porque ella lo que quiere es conseguir un empleo que sea serio y para que pueda ayudar en la casa; claro que sí, y ella ya está pensando para dónde irá bien ella, porque no crea que mientras está hablándole aquello y mientras ella está haciendo punto tiene su cabeza descansando, no, porque a ella le está trabajando al mismo tiempo la agencia en la cabeza y ya sabe para dónde mandarla, que va a ser para una familia muy buena, muy buena familia, donde el hombre es abogado y trabaja de gerente en una empresa importante, y ya tienen dos servicios más que envió ella el año pasado y tienen un chofer también, ¡gente buena, gente con plata, y no muertos de hambre que quieren tener servicio y no tienen cómo darle de comer y cómo pagarlo, ¿no?!, porque eso ocurre también... ~~y ¿sabe ella, Josefina, qué gente va a visitar a esas... muchachitas de catorce y quince años, ¡unas niñitas!, que tienen en los apartamentos para que se las cojan los hombres?...; no, ella, Josefina, qué ha de saber, pues son los~~

~~"gordos"....; ¿los gordos?....; sí, gente que tiene plata, hombres ricos)~~
~~y los políticos y los diputados y los senadores y toda esa gente que gana~~
~~dinero, los que tienen fábricas, esos, ¡esos!, y ella, doña Eugenia, sabe)~~
~~de... un hombre rico, que tiene muchas fábricas y que suena mucho, ¡y que~~
~~luego aparecen haciendo caridad por todas partes, con mucho ruido, como)~~
~~gente que está preocupada por los problemas de la gente pobre!, y se la pasa)~~
~~en fiestas que organizan para él y para otros que son como él, con mujeres,~~
~~así, los "balleros rosados", ¿ha oído hablar de eso, no?, y a veces hasta)~~
~~con niñas...., y ¿por qué cree ella, Josefina, que todas estas cosas ocurren,~~
~~y todo el mundo sabe que pasan, y siguen pasando, ¿por qué!?... ¿no sabe)~~
~~Josefina?; no, ella no lo sabe; pues ocurre porque el grande, el poderoso,~~
~~tiene la llave para abrir y cerrar puertas, para salir de donde quiere,~~
~~para encerrar a la gente donde quiere, para hacer lo que le da la gana, y)~~
~~¿sabe Josefina qué llave es esa?, ¿no lo sabe?... ¡el dinero!... ¡el dinero!)~~
~~¿ella, Josefina tiene dinero?, no, ¿No es verdad?, claro que no tiene, porque~~
~~si no no hubiese tenido necesidad de llegar hasta donde ella a buscar un trabajo)~~
~~pero si en lugar de llegar donde ella con aquella recomendación que le había~~
~~dado la señora Campos hubiese caído en manos de agencias como esas de las)~~
~~que la ha estado contando, ¿dónde hubiese podido caer?, acaso a otra buena)~~
~~agencia, porque ella no quiere decir que la suya es la única agencia honrada)~~
~~que hay en Caracas, ¡de ninguna manera!, pero también hubiese podido caer en...)~~
~~¡por ejemplo los carros de alquiler!..., ¿no sabe cómo trabajan algunas agen)~~
~~cias que trabajan con los carros de alquiler?..., ¿tampoco?!... bueno, pues~~
~~un taxista de cualquier línea de carritos por puestos que viajan al interior)~~
~~ofrecen sueldos buenos a muchachas que a ellos les parece que pueden ganar,~~
~~¿entiende Josefina?, que pueden ganar bien, entonces las traen y las dejan en)~~
~~manos de los distribuidores de muchachas así, ¿comprende?, y había uno de eso)~~

~~que distribuyen las muchachas así en Caracas que pusieron preso, y que
llamaban "El ratón", porque esto se lo contó un chofer que es bueno y que
a veces le trae alguna muchacha de Oriente, ¿no?, pues había ese hombre que
lo pusieron preso porque vendía muchachitas como quien vende perritos de
veinte bolívares y le llevaron al tribunal y le preguntaron que desde cuándo
se estaba dedicando él a la trata de blancas, que ese es el nombre que le
dan en la policía al negocio de usar mujeres para la vida, ¿no?, y que "El
ratón" les dijo que a ver qué le estaban preguntando a él de blancas, que él, el
único que se traía eran negritas de Guirial... ¿qué le parece a usted eso, Jose-
fina...)~~ ya, ya voy a terminar esto, me faltan diez puntos más, y estoy con usted,
¿qué le parece todo esto; y Josefina observa a la mujer, charlatana y activa,
que está terminando su manga, y piensa que, en verdad, hubiera sido horrible
que le hubiese tocado alguna de aquellas cosas que le estaba contando la
señora Eugenia, y ella veía, con alivio, que no era ella sola, ni era sólo Rosa,
que era su hermana, ni era tampoco sólo Aquiles, que estaba preso, y José Armas,
que también estaba preso, sino que había más gente en esto, en la misma difi-
cultad de hacerse la vida más limpia; "bueno, dime tú cómo te llamas y qué
sabes hacer, que voy a apuntarlo todo aquí, y después te vienes mañana"...;
¿a qué hora?; "bueno, pues hacia las diez, porque me tienes que dar tiempo a
llamar por teléfono y hacer mis cosas, ¿entiendes?"; sí claro...; "bueno,
vamos a ver"...

25

Estaban en la plaza de la Reja, de pie, mirando a los hierros que el director había emancipado definitivamente de la oscuridad de los calabozos, viendo los roñosos cuerpos de las puertas de hierro cerrando definitivamente el paso, con sólo exponerlos a la vista ostentosa de todos, a la brutalidad congénita del hombre. No es que los que le precedieron al actual director fuesen positivamente feroces, pero no había sabido rebelarse contra los sistemas de enderezar hombres que venían rigiéndose todavía por la nalgada, el vergazo, la disciplina, el azote y el encierro desde siempre, ~~desde que el hombre comenzó a pararse sobre sus dos patas traseras y comenzó a regirse por el equilibrio primero físico, de la cabeza, hasta configurar, con esfuerzo y con dolor, y con la ayuda misteriosa de Dios, un cerebro más grande y poco a poco más lleno de sesos y de juicio.~~ Así era de viejo el espíritu de la cárcel. Y había llegado ahora un joven psiquiatra y había mandado sacar aquellas puertas de sus goznes herrumbrosos y cubiertos de verdín, los liberó de aquel hedor a bodega de esclavos y los plantó, los sembró

casi, a la luz y al aire y a la vista de todos, de todos los internos de la Casa, para que fuesen ellos, los presos mismos, testigos de su libertad. Todos los muchachos conocían la historia; aunque muy pocos se daban cuenta de lo que significaba, y nadie, seguramente, había alcanzado a desnudar completamente toda la verdad que decían aquellas puertas de hierro con sólo estarse quietas, ~~de pie~~, al aire libre; como la jaula para pájaros libres que construyó el vasco Mendiburu una vez, como el carnecedor para peinar el viento que el venezolano Otero montó en El Conde; ésta era como una lendrera de miedos que había levantado el Concejo Venezolano del Niño para estimular la capacidad de erección del espíritu de los muchachos y como una lección permanente para el hombre. Ahí estaban Aquiles y Josefina, camino del rincón de la trinitaria, pero quietos, mirando a las rejas y viéndose ellos el uno al otro, sin saber siquiera que se estaban auscultando, pero sabiendo que había cosas que decir y sin saber cómo comenzar a enredar las palabras en ese huso de aire que nace de la nada y en la que se va enredando la hebra de palabras con sólo dejarlas llegar, cazándolas a como caigan suavemente como sobre unos colchones de aire, o duramente como contra unas piedras, o como ferozmente ensartadas en ganchos de carnicero, casi por suerte de peso, o como aprehendidas vivamente por garfios, a traición, o simplemente enredadas como palabras que flotan suspendidas en el aire / como las que coronan las cabezas de los santos, así, según y a como salgan, que ya no es sólo cuestión de peso sólo, o que se siembren chiquiticas las palabras, como semillas, en la tierra, y prendan, o que caigan en la basura y se pierdan sin tierra buena donde afin-car sus raíces, o que se hundan en el agua y engendren renacuajos, o que se enfrían y se enfrían y se clavan como chuzos sobre la carne tibia de

los niños que ya empiezan a ser hombres; así son las palabras por su naturaleza y por su suerte; y así están los dos hermanos frente a las frejas sin verles el hueso, y es Aquiles el que dice que ella no había venido el jueves; Josefina, que está vestida de falda, una falda azul-oscuro hasta un poco más abajo de la rodilla, y una blusa blanca sin mangas y sin escote, como una colegiala, le dice que no podía; ¿no pudo? y Aquiles ya está con aquellos ojos perforantes viéndole la nuca, o al menos eso parecía a Josefina cada vez que su hermano le clavaba así aquellos ojos de alfiler; y ella le repite que no, que no pudo; ¿y por qué?; porque había comenzado a trabajar; Aquiles no dice nada, y deja de mirar a su hermana, y da un paso hacia el rincón de la trinitaria, que está cerca, pero no para andar sus pasos hacia el banco, sino para expresar lo que no acierta a decir con palabras, para construir aquel signo de preguntar en el aire sin que su hermana, que es un testigo, le vea sus ojos; "Aquiles", y Aquiles la mira, y ella les ve de nuevo las agujas de clavar a aquellos ojos, y no importa, porque ya se han hecho necesarias, indispensables, las palabras, y le dice a prisa, en una sola carrera, que ha comenzado a trabajar como servicio en casa de un doctor que es abogado y es gerente de una Compañía grande y que está ganando trescientos bolívares...; ¡ah, sí!... ¿y Robertico?; ha sido un frenazo brusco; Robertico está viviendo en casa de un amigo suyo; ¿un amigo de él!?...; sí, en casa de Hugo; ¿de Hugo Campos!?...; sí...; ¿y por qué no le había dicho nada su hermana?!, y Aquiles está esperando, como un hueco, impasible, que le llenen su vacío; Josefina tiene con qué colmarlo, pero no sabe por dónde comenzar a dar forma a aquel barro, porque puede que no quepa dentro del huelgo, y rebose, o puede que no acierte la forma, todo esto piensa la hermana de Aquiles en ese proceso rapidísimo de las decisiones en el aire, que se parecen un

poco a la aventura de esas balas muertas que se saben sin tino, y al fin tienen que caer en algún lado, porque no hay nada que se aguarde en el puro aire, y Josefina lo sabe, porque ya se está sintiendo caer en el vacío a que abre aquella puerta que hay que empujar, aunque sea la oscuridad, porque ya no tiene más remedio, porque ya su hermano lo está sospechando y hasta anteviendo hace ya tiempo desde el fondo de sus ojos, desde algo que ella siente que le están mirando unas como agujas negras, y fulminantes, y Josefina comienza a soltar, como nudos de cuerda, las palabras, una detrás de la otra, enganchadas de a como van saliendo, y lo que viene a decir es, sin embargo, tan simple que no hubiese servido ni para dar consejo a un niño, tan simple que no hacía falta ni pensarlo con la cabeza, porque con sólo patearlo con los pies tenía, y es que ella ya había conversado de esto con José, porque no se había atrevido a darle este disgusto a su hermano...; y Aquiles nada, quieto, y tenso, y mirando desde aquel fondo inquietante de sus ojos, sin siquiera mover una aguja; ...y que él, José, le había recordado que Hugo era amigo de él, de Aquiles...; "sí, !pero nunca me vino a visitar!"; era mejor así, era mejor oírle la voz a aquello que estaba detenido entre los alfileres, y Josefina respira, y le dice con el gesto y las palabras que no, que ella no tenía idea de por qué no había venido, y se apresurara luego a decirle que Hugo lo recuerda mucho, que ya le había dicho que tenía pensado venir a verlo...; !y qué más, y qué había de Rosa, !porque todo esto era cosa de Rosa, ?no?!; Josefina sabe que es ahora, y no antes, cuando le está llegando el ahogo, pero ya no hay más remedio, porque aquí es donde tenía que conducirlo aquel camino, ella ya estaba en esto desde el principio de las palabras...;

"!¿qué te hizo?!... ¡esa puta no viene a verme!, ¡y mejor que no venga!,
¿qué te hizo Rosa?!"; y es mejor eso que dejarse caer sin hacer el es-
fuerzo, y resulta, en verdad, como un alivio, porque ya todo va a terminar,
y le dice que... Rosa-se-había-traído-a-Villanueva-a-la-casa; eso es más
de lo que estaba viendo venir, más de lo que estaba acechando, Aquiles,
quien no dice sino: "¡Villanueva!!"... y no con la voz, que apenas le
ha salido la palabra y además eso sería nada, sino con todo su cuerpo y
con toda su alma, y Josefina aprovecha aquel vuelco en el aire de su her-
mano para explicar que hacía días que se lo quería contar, pero que no le
salía... que no se atrevía, porque ella sabía que eso le iba a disgustar,
pero que no era para tanto tampoco, porque así Robertico ya estaba libre
de las cosas de Rosa, y no iba a ver más a Villanueva tampoco, y que ella
estaba ganando bien, y que con eso pagaba a la señora Campos y le sobraba
todavía doscientos bolívares... ¿comprende eso Aquiles?; y Aquiles nada;
eso, y así ella podía ayudar algo a su hermano y también a José, y que las
cosas se irían componiendo poquito a poco, ¿no le parece?; ¡no, no le parece!!
..., ha sido como una explosión, y Aquiles va y viene, y Josefina lo deja
hacer, y lo ve retroceder por dentro, con dolor, que es su hermano y ella
lo conoce bien, y luego llega un momento en que lo ve como una piedra que
empieza a rodar, y no con el peso de la roca, sino con la sorpresiva li-
viandad de un algodón lleno de aire por dentro, y es cuando él comienza
a hablar como si estuviese solo, y dice que no, que esa solución no le pa-
rece buena, y no es que Aquiles esté enfrentando las rejas de la plaza,
pero seguro que las está viendo con sólo pronunciar sus palabras, que le
van saliendo livianas, como soplos, pero hechas de un aire ponzoñoso que
puede terminar con la vida de alguien sin verle el color de la sangre, sin
vaciarle de esa agua roja de que están llenos los odres con culo y con

cabeza como Villanueva, y ese coño se está cogiendo ahora a su hermana, la puta, y qué más va a hacer con su familia ese loco, un loco-lindo que le estaba doliendo a él también en su sangre caliente y torcida, que era celo y también era odio, y que no se podía acabar nunca ese sucio, porque ya no había con qué lavar este mundo...; y Josefina está asustada, "Aquiles, Aquiles"; "¡yo me salgo de aquí y mato a ese coño!"...; "¡no!", y es un grito, aunque no lo hayan oído más que ellos, los dos hermanos, "no lo hagas, no lo hagas"...; Aquiles sabe que Josefina tiene razón, que es mejor que no les importe ya Rosa, porque aún siendo hermana de ellos ya no tiene remedio, y lo que no sirve para nada hay que botarlo; eso, le dice Josefina con voz muy baja, que ella no la va a buscar más, y que si Rosa viene por su cuenta, bien, porque es su hermana, pero que ella ya no la busca más, y que él tiene que hacer lo mismo...; "¿le dijiste a dónde ibas?"; no, Josefina no le había dicho nada, porque era como decirselo a Villanueva...; claro...; y "nosotros tenemos que comenzar a vivir de otra manera", ¿comprende eso su hermano?, y que, además, la porquería no es Villanueva sólo, aunque él solo ya es mucho, sino que es también Rosa, la hermana de ellos dos, porque lo ha sido siempre; "¡son igualitos!"; por eso, ellos se entienden, hay que dejarlos solos; y Aquiles ya se siente más sosegado, y hasta liviano, y es posible que su hermana tenga razón, y "ya no tengo más que a tí y a Robertico"; eso es, que hay que hacerse a esa idea, y ya ella está acostumbrada a pensar que sólo le quedan Aquiles, y Robertico; "y José"...; bueno, también José, ¿le dijo algo?; no, ese hombre no dice nada, porque es más trancado que él; ¿sí?; sí; y Josefina se queda callada, porque le gustaría saber más de boca de su hermano, cómo ve él a José, pero Aquiles no dice nada más; "¿te dijo que éramos novios?"; no, ni eso le ha dicho, pero ¡eso se ve!...; ¿se ve!?,

y Josefina se ríe con todos sus dientes, por primera vez este día; sí, claro, porque hace tiempo que le viene hablando de ella, de Josefina, y no hay más que verlo peinarse y acomodarse el pantalón y la camisa los días de visita; ¿de verdad?; claro, y pidiendo permiso de cortar las flores al Maestro...; ¡eso sí!; eso, y contando los días hasta el jueves; ¡no puede ser!; así es, y hasta escribiendo poesía; "¡no te lo creo!"... y Josefina pregunta y pregunta para ir tirando de esta cuerda hasta donde se deje halar su hermano; "bueno, ¿quieres que te lo traiga?", y es que Aquiles se ha dado cuenta del juego de distraerle de Villanueva, y no le gusta que le saquen cosas de adentro, que por eso se resiste también con la señora Aguado en las entrevistas, y con el mismo doctor, que siempre quiere saber más cosas de uno; Josefina se resigna a su vez a quedarse en eso, en la pura superficie, y le dice que sí, que se vaya a jugar con Robertico, y lo ve irse, grande, porque ya está muy grande su hermano, aunque todavía es tan joven, y lleva un pantalón caqui y una camisa gris de mangas cortas y está sin peinarse, como siempre, y le trae el recuerdo de su mamá, que se ponía a veces a domar los cabellos lisos, tiesos, rebeldes, indios, de Aquiles con el peine, y nunca podía, y siempre lo decía como si estuviese refiriéndose a las cosas que tenía su hijo por dentro, tiesas y rebeldes también, aunque Aquiles siempre la respetaba en las decisiones: "véngase a las ocho", y venía, "¡no quiero que usted se me atravesara así!", y callaba, aunque era pequeño todavía cuando murió su mamá... y allá venía José, peinado, como lo dijo Aquiles, y arreglándose su camisa dentro del pantalón, y pulida la cara con la afeitada, aunque no tenía mucho que afeitarse José todavía, y ella se rió, sin querer reír, porque sabía que esa risa iba a chocar a su... novio; "hola, Josefina, ¿por qué te ríes?"...; no sabe Josefina por qué ➔

se ríe, o al menos eso dice a José; José no le cree las palabras, porque la gente se ríe siempre por algo; bueno, sí, y no le queda más remedio que decir lo que es, porque tampoco eso es grave, ¿no?...; no, y José se ríe de las cosas de Aquiles, que por otra parte son verdad; "¿ves?"; sí, y ¿qué tiene eso de malo?; no, no, y es Josefina la que le agarra de la mano y lo lleva desde la Plaza de las Rejas hacia el banco que está debajo de la trinitaria, como si fuese un muchacho, ^y se detiene un momento y se enfrenta con severidad fingida a José y le dice: "¡hoy no me trajistes las flores!"; no, no se las trajo porque estaba con el pequeño, pero se las va a traer antes de que se vaya; ¿todavía hay?; hay algunas muy hermosas, las estuvo viendo esta mañana; ¿de veras?; claro... "¿hablaste con tu hermano?"; Josefina quiere saber por qué José cambia así de conversación, y por qué supone que ella ha hablado algo especial con Aquiles; no es por nada, sino una manera de preguntar...; "se lo dije"; ¿todo?; no, todo no; y ¿cómo lo había tomado?; pues había reventado; "¿reventó?"; casi, porque se le hincharon las venas del cuello y se le pusieron los ojos malucos...; ¿por qué se lo dijo?; "hay que decir las cosas, ¿no?"; bueno...; es que hay que decir las porque luego se van enredando más y más y no se puede andar escondiendo todo, ¿no?; sí...; y luego se había calmado, había quedado tranquilo, y ella se siente ahora más tranquila; (V) Villanueva?; ¿Villanueva qué...?; si ha vuelto ella, Josefina, a ver a Villanueva otra vez; no, y no quiere que ese hombre sepa dónde trabaja ella ni dónde está Robertico ahora; ¿y Rosa?; ni Rosa tampoco, porque eso es la misma cosa; pero ella querrá ver a su hermanito...; sí, Josefina sabe eso, pero también piensa ella que Rosa está por ahora muy ocupada con Villanueva para andar buscando a Robertico por todo Caracas, ¿no le parece?; ¿cómo se portó... Villanueva... con ella?; ¿por qué?; no, por saber...; pues como es él, como si fuese el amo del mundo?; y ¿qué le dijo?; ¿otra

vez?!...; bueno, es que estuvo dándole vueltas a eso estos días, y le preocupaba todo, así es...; ¿le preocupa Villanueva... y ella?; bueno...; ¿sí?...; sí, por qué iba a decir otra cosa ahora...; Josefina hace sentar a José en el banco, porque ya están allá desde hace un rato, y luego se sienta Josefina, y le agarra una mano, y mira a José en los ojos y le dice que eso no debe preocuparle nunca, y que le gustaría a ella también saber por qué preocupa eso a José; él no sabe explicarse aquel celo, pero tiene que decir algo, porque Josefina está esperando, y dice que ese hombre tiene algo... no sabe qué, pero como un encantamiento para ganarse la gente, y así fue con Aquiles y así ha sido con otros, es raro, pero así es...; pues no debe preocuparse por ella, porque Josefina Rodríguez no es de las que se deja hechizar dos veces; ¿de verdad?; "claro, tonto", y él, José Armas, ¿no se dejó atrapar por el ensalmo de Villanueva; ¡no!...; ¿por qué ha saltado así?; porque se acuerda todavía del día en que los trajeron a la Casa, y Villanueva, sin siquiera haberlo visto nunca, le había tocado con la mano; ¿lo había tocado?... ¿y eso qué tiene que ver?... ¿sería que lo empujó?; no, no lo había empujado, y ¿cómo le van las cosas con la señora Campos?; ¡otra vez salta de una cosa a otra!... ¿no quiere decirle cómo le va en casa de Hugo?; bien, muy bien, ya Robertico va a una escuela del gobierno que queda allá cerca, lo había inscrito la señora Campos misma, sin siquiera preguntarle nada a ella, ¿no le parece eso bueno?; muy bueno, así iba aprendiendo algo el muchachito, y ¿cuánto está ganando ella ahora?; trescientos, y la comida, y alguna ropa que le había prometido la señora, ¿qué le parece?; muy bueno; sobre todo que es empezando, ¿no?; así es, ¿y contó sus problemas a la señora?; ¡ah, sí, ella quiso saberlo todo!...; claro, quieren saber a quién meten en la casa, "¿qué le dijistes?"; no, que tenía un hermanito en casa de unos amigos; ¿uno solo?; sí, le había

hablado de Robertico, porque más adelante lo podía saber, por cualquier cosa, ¿no?; "claro, y no le dijistes nada de Aquiles, ni de Rosa?"...; "no, ni de ti tampoco"; ¿cómo se portan con ella?; bien, la señora es buena, y hay otros dos de servicio, y el trabajo no es mucho; "¿qué haces tú?"; ella había empezado con la limpieza y la plancha, pero después la señora había querido probar si Josefina sabía cocinar, "¡y lo hice, ¿sabes?!"...; ¿bien?; tan bien que la felicitaron; ¿y va a cocinar para él después que se casen?; ¡claro, no faltaba más!, y la mano pequeña y morena de Josefina presiona a la de José sobre el banco de madera; ¿piensa ella a menudo en él; claro...; ¿cuánto?; no sabe, pero al menos mil...; ¿mil veces, al día?...; al día, ¿es mucho?; no, es bastante; ¿nada más?; suficiente, y José quiere darle un beso en la mano, pero Josefina se resiste, porque tiene miedo de que los vean y eso perjudique a José, ¿no?; "¿es sólo por eso?"...; "¿y por qué más, pues?"... y Josefina mira los ojos marrones de José Armas preguntando cosas; José no dice nada, y le preocupa un poco lo que puede ver Josefina dentro; ¿está celoso?; un poco...; ¿de quién?; no sabe...; "¿no seas tonto!", y Josefina antes de que José haya tenido tiempo de darse cuenta, lo besa en la boca, y ya está otra vez como estaba, mirándole en los ojos; José le aprieta más la mano y le pregunta por el dueño de la casa; ¿el doctor?; sí, el chofer cuenta cosas terribles de él; ¿el chofer?; sí, ¿por qué?; ¿hay chofer?; sí, un español que se llama Antonio; ¿y habla con ella?; sí, pero nada más, ¡ni lo piense!, ¡¿qué está pensando?!, y Josefina se está riendo por dentro; no...; no debe pensar nada, porque no puede ocurrir nada, ¿comprende él bien eso?; sí; por eso...; ¿y el doctor, qué decía de él?...; ¿no va a pensar él, José Armas, que el doctor se va a meter con una negrita como ella?...; José no dice nada, y sonríe; Josefina dice entonces que

no ha tenido aún tiempo de oír muchas cosas de él, pero que Antonio, el chofer, estaba diciendo ayer que tiene otras mujeres, y que la señora lo sabe, porque en Caracas se sabe todo, y que ellos discuten muy a menudo, y que él como que tiene un hijo por fuera, de una mujer que se murió en un accidente, hace mucho tiempo, y que el chico, porque es un hijo, ya tiene sus trece años y lo tienen interno en algún sitio, porque y que había golpeado a una anciana para quitarle algo, cree que dinero, así, ¡una cosa terrible!" "¿no cree Josefina que sería en la Casa, porque lo que viene aquí es hijo de pobre, ¿no?; "no, y de los otros, no creas"; pues eso pasa con el doctor, y era eso, que no eran ellos solos, los pobres, los que tenían problemas, sino que también se metían en los ricos; claro...; y que el señor, ha estado hasta más de un mes sin llegar hasta la casa, y que una vez había venido una señora a reclamar el dinero que le pasaba todos los meses para un muchachito que había tenido con él...; ¿otro?; otro; ¿y ella?; de ella, de la señora, no le habían dicho nada, y es buena con ellas; menos mal; sí, y ya puede ver José que la gente con plata, como la señora, tampoco vive tranquila, y será por eso que dicen que viene a veces un obispo a comer, porque ella como que toma parte en obras de caridad y juegan a la canasta...; ¿qué es eso?; eso es un juego que dicen que es bueno para recoger dinero para los pobres, y que juegan con cartas, y a veces hasta comen todas en la casa, eso es lo que le decía la cocinera; "ahí se comerá bien"; de todo, se come de todo porque en esa nevera hay de todo también; ¿y cómo están comiendo ellos en la Casa?; bien...; ¿qué, por ejemplo?; pues hoy han comido al mediodía unos espaguetis, que estaban buenos, y luego unas bolas de carne en salsa...; albóndigas...; eso, y les han dado plátano frito, y de postres una manzana, ¿qué le parece eso a Josefina?; bien; no será como en la casa del doctor, pero no estaba

mal tampoco...; lo que quiere saber Josefina, entonces, es por qué se queja de estar allá, y se ríe; "de estar encerrado aquí"...; ¿sólo por eso?; es por eso, y también por no poder verla todos los días?; "antes estabas sin verme ni una vez a la semana, y sin siquiera conocerme"...; "sí, y no tenía por qué acordarme de tí"; ¡?te fijas?"; así, pero ahora que te tengo, me haces falta"...; Josefina está contenta por dentro, pero no se lo quiere enseñar, no sabe ella por qué, porque es mujer y las mujeres son así, y dice a José Armas que a ver qué ha sido de sus dos hermanos, que ya es la hora de salir, que ya son las cinco y media...; "?tienes ganas de irte?"; Josefina le aprieta la mano, que hace más de media hora que está acurrucada dentro de la de José Armas, y se levanta con él, y le dice que no, pero que no hay más remedio; y ya están camino de la plaza de las rejas, y ya aquí cualquiera puede verles las manos juntas, y es José mismo el que suelta la de Josefina, después de un último apretón que le ha dolido a Josefina en los dedos, aunque ella se le sonríe y le dice: "anda, vete a llamarlos, ¿quieres?"...

"Aquí estoy de nuevo con el muchacho"...; !Hola, ¿tú eres Josefina?!...; sí, ella le dice que sí es Josefina, y a ver quién es él, a ver si es Hugo; y él dice que sí, y se ríe, ¿no lo recuerda?; Josefina le dice que sí, pero que no lo hubiese conocido, porque ha cambiado mucho...; pues Hugo le dice que él estuvo en su casa una vez y que recuerda haberla visto a ella y a otra hermana mayor...; a Rosa; sí, a Rosa, que era mayor que ella, ¿no?; Josefina le dice que sí, y le parece que Hugo es muy simpático y que de veras quiere a Aquiles; y Hugo pregunta por él, por Aquiles, ¿cómo está?; Josefina le dice que está en la Casa de Observación; Hugo le dice que sí, que se lo dijo la vieja, y que él piensa ir un día a verlo, pero que a ver cómo está...; Josefina le dice que bien; ¿bien?; sí lo bien que se puede estar en un sitio así, ¿no?; claro; pues dentro de eso está bien, y está

aprendiendo para mecánico; pero, ¿querría salir, no?; querer salir, claro que quisiera salir; bueno, pues él va a hacer alguna diligencia para sacarlo; ¿sí?; sí, tiene un abogado amigo... bueno, uno a quien le lleva el periódico todos los días, y que es un buen tipo, y que le ha ofrecido ayudarle en cualquier cosa que necesite, ¿no?, por eso que él va a hablarle de Aquiles...; "¡sería maravilloso!"...; pues él va a hablar al abogado de eso, cómo no...; ella le da las gracias, y se lo va a decir a Aquiles; ¿qué días se le puede ir a ver?; pues todos los días, pero ella va algunos jueves y los domingos; ¿cuándo va a ir ella otra vez?; el domingo; bueno, él tratará de estar libre para acompañarle el domingo, ¿key?; cómo no...; sí, porque Aquiles es muy buen amigo de él, aunque hacía ya meses que Aquiles andaba perdido, ¿no?...; pues ella no sabe, porque él salía a la calle

y nunca se sabía adónde iba; claro; y era muy bueno, porque ella no tenía ninguna queja de Aquiles, pero él tenía su manera de hacer la vida, que era lo que había aprendido; claro; ¡seguramente que había en la Casa de Observación otros mucho peores que Aquiles, porque Aquiles no era un ladrón ni era nada de eso, ¿no?; claro que no, porque Hugo conocía a Aquiles muy bien, y él sabía de otros que estaban en la Casa de Observación que eran mucho peores, ¿no?... había, por ejemplo, uno que se fugó ahora, ¿sabía ella de uno que se había fugado en estos días?...; ¿alguien que se había fugado de la Casa de Observación de Los Chorros?, y Josefina pregunta con la mayor candidez posible; sí, y es un loco, ¡un loco!, que él sabe quién es, y que ya tiene muchas cosas encima, ¡ése sí debe estar metido allá, en la Casa esa, y no Aquiles, que nunca ha podido cometer nada malo, ¿no?; Josefina le dice que sí con la cabeza, porque no sabe qué más

decir, y pregunta a Hugo si es verdad que ese muchacho que dice él es tan malo como dice y ha hecho tantas cosas como está diciendo; Hugo le dice que sí; y entonces Josefina le pregunta por qué la policía no se ocupa de recogerlo; Hugo se ríe, y dice que cómo lo va a cazar la policía si anda donde menos lo pueden buscar; ¡ah, sí!; sí, ¿y sabe dónde?; no, ella cómo va a imaginarse por dónde anda un tipo así; pues, para que se asombre, ¡en el Tamanaco!; ¡?en el Tamanaco?!; le parece mentira, ¿no?; claro; pues allá se la pasa, en el Hotel Tamanaco; ¿y qué hace?...; ¿quiere Josefina que él le diga lo que hace ese loco allá?; sí...; le da pena decir eso a una mujer...; ¿sí?... ¿qué será?, y Josefina está enferma de la curiosidad, y la angustia; pues le dijo un amigo que lleva los periódicos al Tamanaco que lo había visto estos días allá esperando a un viejo marico americano que suele pasar temporadas en el Hotel; ¿para qué?; ¡ah, pues Josefina es una ingenua!... ¿qué va a hacer Villanueva con un viejo marico que le paga sus cien bolívares por un rato?!...; ¿puede ser eso así?; no es que puede, sino que es, porque esas son cosas que él mismo cuenta, y Villanueva ya es una ficha vieja, y luego tiene otros amigos a los que él paga las cervezas y la comida con los cien bolívares, o los va a gastar con mujeres, porque ése se come el pan por los dos lados; ¡no!...; sí, y ¿por qué dice ella que no?, ¿le sorprende que ocurran cosas así?...; pues sí...; pues ya irá aprendiendo, porque eso es parte de la vida también; Josefina dice que sí, que debe ser así, pero ese hombre es peligroso...; ¿!peligroso!;, si hasta me dijeron esta mañana que mató a un hombre en uno de esos ranchitos que están encima de la Cota novecientos cinco...; ¿!mató a alguien?!; Hugo dice que sí, que eso le dijo ese amigo con el que estuvo hablando esta mañana, y que lo

había visto en el Hotel después de eso, y que estaba como si tal cosa; ¿habló con él?; ¿quién, su amigo?; sí...; sí, habló con él, y le dijo que estaba esperando al viejo, que ya es conocido porque viene mucho al Hotel, y no le dijo lo del muerto, porque eso no lo puede contar él, pero ya mi amigo había sabido de eso por un amigo de Villanueva que vive en la Novecientos Cinco y que ya sabían que había sido él; "¡qué horror!... ¿y cómo no lo agarra la policía?"...; la policía andaba buscándolo por ahí, por esos ranchos, ¿y dónde estaba el loco Villanueva?... ¡en el Tamanaco!... ¿qué le parece a Josefina eso?; Josefina no sabe, es que, además, está aturdida, ¡y asustada!; y Hugo sigue explicando que esa es la táctica de él, que siempre habla de las cosas que hace, ¡que hasta ha asaltado bancos con una ametralladora!, que él hace siempre las cosas que nadie piensa que va a hacer...; y ¿por qué no lo denuncian?; ¿quién lo va a denunciar?; él, por ejemplo; ¡qué, Hugo se va a prestar de soplón de la policía!...; eso no es ser soplón, eso es colaborar con la policía, ¿no?; sí, si lo ve así, así es, y la policía, ¿cuándo colabora con ellos, ¡ah!?...; no, Josefina no sabe nada de eso...; pero él, Hugo Campos, sí, y ¿cómo agarraron a Aquiles, que seguramente no había hecho nada, ah?...; bueno, pero alguien tiene que cuidar de las cosas, ¿no?...; sí, y ¿qué hace la policía, ah?... agarra a ellos, que no tienen quien los defienda, y ¿quién agarra a los pesados, a los que roban gordo, a los que matan a la gente de hambre... a esa gente, quién agarra, ah?... aquí, lo que había, era una desigualdad, que mandaban unos y obedecían otros, y que robaban unos y no les decían nada y robaban otros y los metían presos, y que unos gozaban de todo y no les pasaba nada y otros gozaban... nada, ¡que era nada lo que ellos podían gozar!, y ellos eran la porquería del mundo, ¿no?... ¿qué le parecía eso a Josefina?; no, ella no sa-

bía nada de eso, y seguramente era así, como lo decía Hugo, pero, también, alguien tiene que poner un poco de orden en este mundo y alguien tenía que mandar y alguien tenía que obedecer, ¿no?, y si toda la porquería que hace la gente no tuviese alguien que se ocupase de castigar, pues que a dónde íbamos a parar todos, ¿no?; no, si Hugo estaba conforme en eso, pero la ley tenía que ser igual para todos, y la libertad tenía que ser igual para todos, y que el que tenía dinero no tenía por qué abusar de uno, porque no tiene, porque todos los hombres son... hombres, ¿no?; claro, a Josefina le parece que Hugo tiene razón en eso; y si todos son iguales, dice Hugo, por qué uno que tiene dinero, porque robó su papá o lo está robando él, tiene que estar por encima de otro que no tuvo un papá que robó el dinero o porque él no quiere robar, o ¡porque no puede!, ¡por qué la diferencia tiene que ser siempre el dinero, ¿no?!, y que el que tiene ahora dinero siempre tiene más dinero y que el que no tiene dinero no tiene nunca dinero, porque el dinero trae el dinero, y la pobreza trae la pobreza, ¿no?, y entonces resulta que ni los hijos de uno ni los nietos de uno ni nadie de los Campos que van a venir tendrán qué comer, y los Campos tendrán siempre que estar pisados, ¿no?...! ¡por qué eso!; Josefina no sabe, la pobre, ¡si pudiese saber ella por qué ocurre todo eso en este mundo!; bueno, pero si no sabe tiene que escuchar a los que saben, y eso va a cambiar, ¿no?, porque eso ¡tiene que cambiar!; ¿cuándo?; no sabe, Hugo no sabe, pero ya está la gente alerta y ya está la gente organizándose, y hay gente en el monte, los guerrilleros, ¿no?...; sí, ya ha oído hablar de ellos...; bueno, y Villanueva, ése, también anduvo un poco con esos, aunque no es fijo de ellos, pero ya anduvo con ellos, ¿no?; y, por qué lo va a denunciar a la policía?; bueno, pero no tiene que denunciarlo a la policía por guerrillero sino por matar a un hombre, ¿no?; sí, pero todo en este mundo está mezclado, y si agarran al que mató agarran también al que

hizo algo para la guerrilla, ¿no se da cuenta Josefina que las cosas de este mundo están todas enredadas?; sí, Josefina lo ve, pero ella no sabe cómo se puede arreglar eso, ¡ella es demasiado joven y demasiado ignorante para pensar en eso, ¿no?!; sí, y demasiado pobre también, porque si tuviese dinero haría otras cosas y la gente le haría caso, pero así, sin un centavo, nadie la mira siquiera, ¿no?; sí, así era, y ¡qué se le iba a hacer!... paciencia; ¡qué paciencia! dice Hugo... pero, bueno, bastante ha hablado hoy él, porque hablar es peligroso en estos tiempos, ¿no?; claro, siempre...; no, pero ahora más, y es mejor que ella no hable de Villanueva ni de guerrillas ni de nadie, ni siquiera a Aquiles, ¿comprende Josefina?; sí, comprende, y ella no va a hablar a nadie de esto, y ya se tiene que ir, ¿no?, y va a dejar a Robertico allá con ellos...; ¡claro!; sí, y ella vendrá a recogerlo el domingo, y si quiere puede venir con ellos Hugo, si quiere, ¿no?; "claro que quiero, vamos a ver", porque uno está siempre ocupado en cosas; "bueno, si puedes, porque a Aquiles le va a gustar verlo, no?"; claro, y a él también le gustará verlo; bueno, ella se iba ya; sí, adiós; adiós, y que tuviesen cuidado de Robertico; que no se preocupase, que la esperaban el domingo que viene...

27

- ¡Josefina!

- Sí, dime, Amelia...

- Llegastes un poco tarde, ¿no?

- Sí, media hora; ¿la señora dijo algo?

- No, no. La señora no está para vigilarte la hora...

- ¿No?... ¿Por qué?

- ¡Te has perdido una película!

- ¿Una película?

- Sí, chica; la pobre señora estaba en casa y ha venido una señorita; muy bonita ella, una rubia, alta; yo le abrí la puerta; y que quería hablar con la señora. Yo le dije que de parte de quién, y ella me dijo que era Emely no se qué..., ah, Méndez, Emely Méndez; y yo fui a decir a la señora eso. Y ¿sabes lo que dijo la señora cuando le dije el nombre?

- No...

"¡Ah, usted es la que fue ^{la}Secretaria de Carlos!"...

-¿Quién, el doctor?

-Claro...

-¿Y qué pasó?

-Bueno, pues, pasó que la señora se fue para el salón, y al rato, como a los diez minutos, oímos los gritos, desde la cocina, donde estaba yo, y desde su cuarto, donde estaba Agustina, ¿oíste?... Mira, se dijeron de todo; la señora estaba fúrica, y le decía que eso debía haberlo pensado ella antes; que si tiene un hijo de su marido, eso es cosa de ella, por haberse dejado, como una puta...

-¿Putá dijo?

-Así mismo... ¡Ay, si los oyes!... Bueno, que ella no tenía nada que ver en ese negocio, que eso era con él, y que si él no le contestaba al teléfono y si él no iba a verla y si él no le estaba pasando lo suyo, que eso era con él; que si lo que ella quería era ponerla a mal con su marido, que eso ya estaba conseguido, porque le iba a cantar bien clarito todo esta noche, en cuanto llegase...

-Y ella, la señorita, o lo que sea, ¿qué hacía?

-Nada, ella hablaba bajito y le contestaba, pero por fin se fue; abrió la puerta ella misma y se fue...

-Entonces, habrá lío esta noche...

-¡Tiene que haber, ¡figúrate!!... ¡Un zaperoco, y del gordo!

-Pobre señora...

-Y pobre él... ¡esta noche lo comen vivo!

-Prefiero no oír eso.

-Ah, pues, yo sí que voy a hacer lo posible para escuchar la pelea com-

pletica. Yo no me pierdo eso... si puedo; si se van a pelear a la habitación no oigo nada; sería una lástima que el show se fuera para el cuarto de ellos...

-¿Dónde lo prefieres tú?

-Aquí, en el comedor, o en el salón; se oye todo desde la cocina; ¿no has hecho la prueba?

-No.

-¡Ay!..., eres una gafa, m'hija!...

28

-¿Eres tú, Rosa?

-Sí.

-¿Estás brava?

-Sí; tú sabes que sí.

-¿Por mí?

-Por tí y por todo...

-Ven, ¿qué hice yo?

-¡¿Tú?!....

-Sí, dímelo...

-¡Tú ya me has hecho de todo!

-Por eso te gusto, ¿no?

-No, porque me haces muchas cosas que no me gustan...

-Ven, ven... siéntate en la cama, primero; dime qué te he hecho yo de malo...

-No te hagas el inocente; son las cuatro de la mañana, tengo sueño y quiero dormir...

-Pues entra en la cama; yo te duermo...

-¡No, quiero que me dejes dormir!... ¡Estoy muy cansada!

-¿Cuántos de tiraste esta noche, ¡ah?

-¡Y todavía me lo preguntas!

-Sin preguntar no se puede saber...

-¡Tú eres un sinvergüenza!... Debí haber hecho caso a Josefina; eso es todo...

-¡Ah, con que eso es lo que te falta, tu hermana!... Ya sé, y tu hermanito... ¿No lo conseguiste, ah?...

-No.

-¡Perdiste el tiempo en eso!

-Estoy perdiendo el tiempo contigo...

-¿Estás perdiendo el tiempo conmigo?

-Sí... Tú me prometiste trabajar, y una vida decente para mí, y que podría tener a mis hermanos en casa.... ¡eso me prometiste!

-Ellos son los que se fueron, ¿no?

-Sí, te cambié a ti por ellos; ¿y qué?... ¡me consigo a un marico!...

-¿Marico yo?!

-¡Tú!... ¡¿quién va a ser?!... ¡¿Qué es lo que hacías la otra noche aquí, en mi propia casa, con Luis?!

-¿Qué te dijo?!

-¡Ese me dice todo!... Lo conozco desde que era un niñito como mi hermano Robertito; y ya desde entonces andaba con falditas y con peinados; fue vecino mío durante años... ¡¿ves que lo conozco?!

-Bueno, y ¿qué importancia tiene eso?

-¡Eso?!... ¡Que yo creía haberme casado con un hombre!

-¡Y soy hombre; no te equivoques!

-¡Eres un marico, Villanueva, un marico!

-¡Eso son las maricas que se dejan cojer!

-¡Y tú, que las cojes!... ¿No te basta conmigo?!

-¡Y a tí, so puta, ¿te basta conmigo?!

-Yo quisiera quedarme, pero ¿qué comemos, ¡ah?!... Dime, ¿qué comemos?!

-Es que si empiezo a buscar trabajo me van a poner preso...

-Sí, esa es la excusa; la conozco bien; podríamos ir a Barquisimeto, o a otra parte, donde no te conozcan a tí...

-No, mi ficha está en todas partes; ¿qué hago?; ven, métete...

-Siempre me engañas con eso; y dices que me quieres; y después veo que no, que no es verdad, que me mandas por ahí mientras tú te diviertes con Luis...

-¿Y tú te diviertes también, no?

-¡No!

-No te pongas brava; ven...

-¡Te digo que no me divierte acostarme con otros hombres!

-¿Eso es por mí?

-Sí.

-¿Y antes de llegar yo?

-Tampoco me divertía nada.

-¿Y por qué lo hacías?

-Por Josefina, y por Robertico.

-Es por ellos que estás brava ?no?

-Sí...

-?Los buscaste?

-Sí.

-Y no conseguistes nada...

-No.

-?Por qué te preocupas tanto por ellos? Josefina se ocupa de tu hermanito, ¿no?... Pues está bien. Tú estás conmigo...

-?Pero mi hermanito es mi hermano!

-Ya sé, ya sé...

-Yo podría conseguirlos de otra manera, tú lo sabes...

-Por Aquiles...

-Sí...

-!No te se ocurra acercarte por allá!

-Ya ves que no he ido.

-!Y no irás!

-Si no hay otro remedio...

-Tú sabes que si llegas allá se enreda todo.

-?Por qué?

-Porque me van a buscar por tí.

-Pero si ellos saben ya que estás conmigo, y que estamos viviendo en la casa...

-Josefina sí; pero no dirá nada.

-?Por qué?

-¿Porque a ella no le conviene

-¿Por qué no le conviene?

-Tú misma me dijistes que Josefina no iba a decir nada por miedo a enfadar a Aquiles, y de comprometerte a ti; y que él prometió no decir nada a su hermano, ¿no?

-Sí, pero Josefina se ha podido cansar de estar callada...

-Y, entonces, ¿cómo estamos aquí?

-Yo sé cómo estás tú; yo sé que no estás tranquilo...

-¿No?

-No.

-¿Por qué?... ¿Crees que tengo miedo?

-Sí.

-Y, ¿qué es lo que hago yo?

-Cierras siempre la puerta con llave?

-¿Y tú no?

-Antes no.

-¿Y qué más hago?

-De día te vas, y no hablas con los vecinos; apenas te ven entrar alguna vez; y hay noches que no vienes a dormir aquí...

-Tengo que cuidarme, ¿no?

-Sí, yo sé; tú no le tienes confianza a Josefina...

-¡No!

-Pero yo sé que ella no te va a denunciar...

-¿No?

-No.

-¿Y Aquiles?

-Aquiles tampoco...

-¿Tampoco?

-No, si no lo provocho, no.

-Y si vas a verlo se va a molestar, ¿no?

-Sí.

-Bueno, ahí está; por eso te prohíbo que vayas a buscar a tu hermanito por ahí, ¿está claro?

-¡No, si claro, está!

„

-Entonces, ¿por qué vuelves ahora a eso?...

-¿A qué?

-A hablar de ir a la Casa de Observación...

-No, es que estoy cansada; creía que iba a conseguir a Josefina, y no la encuentro...

-¿Tú no tienes un tío?

-Sí...

-El irá a visitar a Aquiles, ¿no?

-Sí; debe ir a verlo.

-Lo puedes ir a ver, a tu tío...

-¡No!

-¿Por qué?

-¡No hablo con él!... ¡Olvídate!

-Entonces, ven...

-No, si yo te quiero, Villanueva...

-¿Por qué?... ¿Por qué me quieres, ah?....

-Porque eres igual que yo... Somos iguales...

-Anda, no llores, que te voy a dar una sorpresa; y te puedo ayudar; pero me vas a guardar el secreto, !ah!

-Claro.

-Voy a entrar a la policía...

-!A la policía!

-!No a la policía de casco, no a la municipal, eh!

-!¿A qué policía?!

-A la policía secreta.

-¿La que se viste de civil?

-Sí, detective.

-?!Tú!?

-Yo mismo, Jesús Villanueva... ¿Qué te parece?

-!Cómo vas a ser policía tú!

-Pues hoy me dan la identificación...

-?!Cómo va a ser?!

-Y me van a pagar; y ahora quiero que te quedes tú en la casa, y que me prepares la comida en la noche...

-!Es que no te lo puedo creer!

-Por eso, porque no me tienes fe...

-Y ¿cómo lo conseguistes?

-Tú conoces a Antonio...

-¿Qué Antonio?

-El que vino aquella tarde con nosotros, el que nos llevó en carro...

-Sí; el político...

-!Ese!

-!¿Ese era detective?!...

-No, entonces no; pero hace una semana que lo nombraron, y el otro día me encontré con él...

-Pero él es del gobierno, ¿no?

-Sí.

-Y él sabe que tú eras de los otros, en el asalto, ¿no?

-Pues claro...

-¿Y cómo puede meterte a tí de policía?!

-No entiendes, ¿verdad?

-No.

-!Y has muchas otras cosas que no entiendes!... !Y no trates de entender, no te hace falta!

-¿Y si te agarran!?

-!No, hombre!... !Ahí es donde menos me van a agarrar!

-!De veras!

-Claro, mujer; ¿cómo van a pensar que yo voy a meterme ahí?... !No entiendes?!

-Pues no, no entiendo...

-El jefe de la policía es un compadre de Antonio, ¿no?...

-Sí...

-Y lo tiene en la policía, en la policía del gobierno !claro!...

-Sí...

-Pero él no es del gobierno; él estuvo en lo del banco, ¿comprendes?

-Ah... El se hace pasar por uno del gobierno...

-!Claro, mujer!...

-Es que yo recuerdo que él decía que este gobierno estaba haciendo mucho...

-Pues claro; él tiene que hablar así...

-?Contigo también?

-?Y por qué no?... Además estabas tú.

-Pero yo soy como si fueses tú...

-El no se fía de nadie; tiene alma de policía, ¿comprendes?

-Detective...

-Bueno, detective, que es policía también, ¿no?

-Sí...

-Pues mañana me dan los papeles; tengo que estar en la Prefectura a las nueve...

-?Hoy?

-Claro, ¡hoy mismo!

-Y no me dijistes nada...

-?Cómo te iban a decir?... Primero, que no estaba seguro, hasta ayer en la noche que me dijo Antonio que estaba todo listo, ¿entiendes?

-Sí, mi policía...

-?Estabas muy cansada, no?

-Sí, pero ahora no, se me pasó...

-Te tengo que decir algo más, Rosa...

-?Qué?

-Que nos vamos a mudar...

-¿Cuándo?

-Cuanto antes.

-No le tienes fe a Josefina...

-Sí, porque no había más remedio y no teníamos donde ir; pero estoy cansado de vivir esperando a la policía... ¿sabes?

-!Pero si ahora la policía eres tú!...

-Por eso, me tengo que cuidar más, ¿comprendes?

-Sí...

-Antonio me dijo que él me consigue una casa del Banco Obrero...

-¿De verdad?

-Claro, nena; ¿no ves que estamos con el gobierno?

-¿Y cuándo será eso?

-No sé; en cuanto pueda. Y entonces, cuando nos mudemos, podrás buscar a tu hermanito, ¿comprendes?

-¿Y qué haremos con esta casa?

-¿El ranchito?

-Sí; ¿es una casa, no?

-Sí, claro... Pero esta casa no es tuya,

-!No!... !No sabes que estoy pagando alquiler!

-Sí; por eso, la dejas donde está, ¿no?

-!Sí, claro!... Yo decía por los corotos...

-Los llevamos al apartamento; es todo lo que tenemos, ¿no?

-Sí, claro... A mí me gustaría comprar una cama, que ésta está toda rota... !no, no la rompas más!... Y me gustaría comprar también una

mesa, que ésta muy fea...

-Bueno, eso será después; primero vamos a conseguir el apartamento, ¿no?

-Claro,

-Ya está, Ahora duerme...

-Jesús...

-¿Qué?

-¿Por qué haremos nosotros todas estas cosas?

-¿Qué cosas?

-Las que hacemos... Hay gente que no hace esto, ¿sabes?

-¡Eso lo hace todo el mundo, mujer!

-Todo el mundo no... Yo conozco gente que tiene un hombre solo y vive con él y tiene hijos y los manda a la escuela, ¿comprendes?

-¡A tí te gusta eso!?

-Pues a veces sí me gusta..

-Pero no a veces... Siempre, ¿te gusta siempre?

-No sé; creo que sí...

-Te aburrirías; la vida es muy corta, y hay que vivir un poco, ¿no?...

Y, además, no sé; yo también he pensado en eso, no creas; pero esto es lo que le sale a uno... Además, que a uno no lo dejan hacer otra cosa...!ah!

-No...

-Suponte que ahora me hagan detective...

-¡Es verdad, ¿no?!...

-Sí, que es verdad es verdad; pero... te voy a decir la verdad, que tengo miedo que no me dejen; que haya alguien que diga: "Este es Jesús Villanueva, el que estaba preso por asaltar un banco en la Av. Miranda"... ¿Comprendes?.

-Sí...

-Eso es, que uno está siempre asustado de que le vean hacer algo que no le permitan hacer; aunque lo esté haciendo bien, ¿comprendes?

-No, si yo sé lo que quieres decir...

-Es que este mundo está hecho de una manera, y a uno lo han hecho de otra, ¿no?... Entonces, uno quiere hacer algo y ¡no está bien!; y quiere hacer otra, y ¡no está bien!... Entonces, ¿qué está bien?... Está bien hacer cosas que uno no ha visto hacer nunca en la casa, y que no sabe hacer, ¿comprendes?...

-Exacto; yo te comprendo, mi amor...

-Es eso, que uno... ¿sabes?... Como si uno estuviese pasando por una calle estrecha y oscura, ¿me oyes?...

-Claro que te oigo...

-...Y que de pronto haya alguien que abra una puerta y te agarra y te mete dentro, ¿no?... Y que entonces haya alguien dentro, el que te ha metido dentro, ¿no?... ¡no?!...

-Sí, si ya te oigo...

-... Bueno, y que entonces el que te ha metido allá te pregunte: "¿Qué hace usted aquí!?"... Y que tú le digas: "¡Yo!... ¡Si yo no sé, es que me metieron aquí!"... Y que él te diga: "¡No señor, usted se metió aquí y me tiene que decir qué hace, por qué se metió, y qué busca usted aquí!"... Y uno trata de explicar que no, ¿me oyes?, trata de explicar que uno no sabe nada, que... ¿ya me oyes, Rosa?... Duerme, sí, que estás cansada... Yo me voy a levantar y voy para la Prefectura, ¿oíste?...

Hugo la presenta: "Doctor, esta es mi amiga Josefina"...; Josefina, la pobrecita, está de lo más acomodadita, pintada y todo, porque Hugo le dijo que había que hacer una buena impresión; y ella lo sabía, y estaba de punta en blanco, con su traje azul arreglado del de la señora y un bolso que le regaló la señora también, todo; y el doctor la hizo sentar en un sofá rojo de cuero, enorme, que había en el despacho, frente al escritorio del doctor y donde cabían bien hasta tres personas, y Hugo se hizo a un lado, en una silla, y luego el doctor preguntó a Josefina si era ella la que tenía un hermano en la Casa de Observación para Varones, y que el director de allá era amigo suyo, y que le parecía muy bien que ella, aunque fuese tan joven se ocupase de su hermano, y le preguntó si quería sacarlo de la Casa de Observación; Josefina se apresura a decirle que sí, que eso es lo que más quiere en la vida, porque tiene sólo dos hermanos, y uno es pequeño, y que el que le queda en edad de ayudar en la casa es Aquiles, ¿no?, y que ella, y su hermanito también, lo necesitan, y que sería

una bendición que el doctor pudiese ayudarlos, y que Dios le pagaría, porque él estaría en cuenta, por Hugo, que es un buen amigo de Aquiles, de que ellos no tienen medios de pagar...; y el doctor se apresura a decir que no importa, que ya Hugo le habló de eso, y que eso es lo de menos...; sí, pero ella tenía que decirselo, porque estaba agradecida a Hugo y a él, al doctor; claro, y el abogado pregunta entonces que qué edad tiene Aquiles; Josefina le dice que quince, y que va para dieciséis; y entonces pregunta el doctor por qué está allá; Josefina le cuenta que él lo que estaba es esperando a un amigo, ¿no?, que se había metido dentro de un abastos...; "¿robó?"; sí, Josefina baja un poco la cabeza y dice al abogado que sí, que es eso, ¿no?, pero también era cosa de muchachos...; el abogado dice que sí, que él comprende, y pregunta si su hermano, Aquiles, estaba fuera del abastos cuando lo prendieron; Josefina dice que sí, que estaba fuera; entonces pregunta el abogado a ver si el que... robó, el amigo de Aquiles, el que estaba dentro cuando lo agarraron, estaba detenido; Josefina dice que sí; a ver si había opuesto alguna resistencia; Josefina dice que no sabe, pero que ella cree que no porque su hermano no le dijo eso, pero que todo estaría seguramente apuntado en la Casa de Observación y que su amigo, el director de la Casa, se lo podría decir, ¿no le parece?; el abogado, que se ha recostado hacia atrás en su asiento, le pregunta si también está preso en la misma Casa; "sí, doctor"; ¿y la policía no tiene ningún otro cargo contra su hermano, ni contra su amigo?...; no, parece que no...; y Josefina le dice que quería pedirle un favor más; cuál es; y que también se ocupe del amigo de su hermano, de José Armas, que es muy buen muchacho también, ¿no?; el abogado

le dice que bueno, que ya verán, que primero quiere averiguar qué ha pasado, qué cargos tienen, cómo ha ocurrido todo, quiénes son, no sólo el hermano de Josefina, sino su amigo, porque a veces uno cree que el que anda con el hermano de uno es bueno... porque anda con su hermano, y a veces las cosas no son así, hay que investigar; claro..., pero ella, Josefina, está segura de que también José Armas es buen chico, ¿no?; sí, sí... así piensa siempre la gente, y él la cree, pero en un juicio no basta que se crea algo, sino que hay que probarlo, y por eso que él va a investigar todo eso un poco...; claro; y Hugo, que ha estado callado durante todo este tiempo, se levanta un poco en su asiento, y carraspea, y dice al doctor que él sí responde por su amigo Aquiles, que es bueno y trabajador y todo eso, y buen hijo y buen hermano, ¿no?, y que él no sabe nada del otro...; José Armas...; sí, de José Armas, pero que supone que también será un muchacho equivocado, nada más, ¿no?; sí, sí, y el doctor lo va a averiguar todo, y pregunta si también es menor...; ¿José Armas?; sí, si José Armas es menor de edad; Josefina dice que sí, que está cumpliendo los dieciséis, y que por eso, por ser menor, está en la Casa de Observación; el abogado dice que es verdad, que para estar en esa Casa tiene que ser menor, que está bien; entonces el abogado dice que ellos, los dos, Josefina y Hugo, saben bien que los menores tienen que ser reclamados por sus representantes legales, ¿no saben?; sí...; entonces, les dice que el amigo de Aquiles tiene que ser reclamado por sus padres, o por alguien que sea mayor de edad, y él pregunta: "¿tiene los padres vivos y están en Caracas?"; Josefina se atropella un poco, y dice que sí tiene madre, y que hasta le ha venido a ver a la Casa de Observación, pero que ella,

la mamá de José Armas, está en el interior...; pues tendrá que venir, o delegar su responsabilidad en alguien mayor de edad, y lo mismo les dice de Aquiles, que sabe que no tiene padres vivos, pero que tendrá que venir alguien mayor de edad a gestionar todo lo que se refiere a su libertad, ¿comprenden eso?; sí, comprende Josefina eso... la que es mayor de edad en su casa es una hermana; ¿cómo se llama?; se llama Rosa, Rosa Rodríguez...; bueno, no hay problema, no tiene que hacer sino venir a hablar con él cuando comiencen a firmar los papeles de reclamación y lo demás, ¿no?, y en cuanto a su amigo...; Josefina le interrumpe, porque ella tiene que decirle, y le dice agitada, mientras estruja su bolso entre sus manos, que hace tiempo que no ve a su hermana, y que acaso no la pueda encontrar ¿sabe?, que no sabe si ella puede venir, y a ver si ella, Josefina, no puede hacer las cosas por ella...; no, el abogado le dice que no, porque ella, Josefina, es tan menor como su hermano, y los menores no pueden asumir responsabilidades legales, ¿comprende?; no, si Josefina comprende bien eso, pero es que su hermana...; ¿ella no está en Caracas?; si está; y si está, ¿qué inconveniente tiene para llegar un día hasta su despacho?; no, inconveniente ella no tiene, pero es que no sabe dónde para su hermana...; ¿no sabe?; no...; bueno, y ¿no habrá un medio de hacerle saber que la necesita?; no sabe, Josefina no sabe si podrá... y ella preferiría que no tuviese que venir, ¿comprende?; t no, no comprende, ¿están enfadadas?; sí... bueno, el problema es que... si ella pudiese hacer las cosas sin tener que pedirle nada..; no, no se puede; entonces, ¿qué hace Josefina?; pues tiene que conseguirse a su hermana, que es la única que puede asumir responsabilidades, ¿comprende?, y luego tiene

que firmar todos los papeles, todo...; y Hugo se atreve a hablar otra vez, y se dirige a Josefina, y le pregunta que qué problemas puede haber en localizar a su hermana Rosa, que él cree que no habrá problemas, y se dirige al abogado y le dice que él va a ayudar a Josefina a encontrar a su hermana en Caracas y que no se preocupe por eso, y que en cuanto la tengan se vienen otra vez a su bufete, ¿no es eso lo que quiere?; el abogado dice que es exactamente eso, que una vez que esté la mayor de edad allá, en su despacho, que harán unos documentos y que ella los firmará y procederán a todo lo que exige una petición de esa naturaleza; entonces Josefina se acuerda de José Armas, y pregunta al doctor a ver si con lo del amigo de su hermano va a necesitar también del jefe de familia; el doctor le dice que sí, que la ley es igual para todos, y que llegarán a eso, y que si quieren pueden ir hablando de esto a quien sea mayor de edad y cabeza de familia en el caso del amigo de su hermano, pero que primero hay que comenzar por el principio, y que lo que les interesa, tanto a ellos dos, a Josefina y Hugo, como a él, que quiere ayudarlos, es ocuparse de Aquiles, ¿no?; claro...; pues eso, y que consigan a su hermana y la traigan cualquier tarde a su bufete y que empezarán a trabajar el caso, ¿está bien?; claro que está bien, y Josefina se levanta y no sabe cómo agradecer este interés al doctor, ¿no?; que no se preocupe, que lo hace por Hugo, que es buen amigo desde hace muchos años, y también, ahora que la conoce, por Josefina, porque a él le gustan los jóvenes que quieren asumir responsabilidades para sacar adelante una familia, que eso, bajo el punto de vista moral y religioso, es de lo más noble, y que espera poder ayudarla...; y Hugo también le da las gracias con mucho calor; el doctor le dice que eso no es nada; y Josefina y Hugo salen

del despacho y bajan las escaleras caminando porque es un solo piso y el ascensor no está allá, y Hugo pregunta entonces a Josefina por qué cree ella que será tan difícil conseguirse a su hermana Rosa en Caracas; y Josefina tiene que decirle la verdad, y le dice que ya sabe dónde está su hermana...; bueno, y entonces, ¿cuál es el problema?; eso es lo que pregunta cándidamente Hugo, y Josefina siente la necesidad de explicarle todo, pero es muy largo y no dice nada, sino morderse un labio...; "¿qué te pasa Josefina, por qué estás llorando?"...; Josefina se aguanta las lágrimas y no le quedan fuerzas para hablar, pero ve que Hugo está esperando y está angustiado también, y entonces Josefina le pregunta si se acuerda dónde vivían ellos, a ver si fue alguna vez a su casa del Manicomio; Hugo dice que sí, que estuvo una vez, y que sabe por qué lado cae también, porque de eso sí se acuerda, pero no sabe si podría conseguir la casa, porque de eso hace mucho tiempo; Josefina le dice que Rosa está allá cerca, que ella sabe dónde vive, pero que ella no quería verla; ¿por qué?; porque le puede quitar a Robertico...; ¿por qué le va a quitar a Robertico?; porque sí, porque ella lo quiere mucho también y se lo trajo a la casa de la señora Campos sin que lo supiese su hermana, ¿comprende?; sí, pero ¿por qué hizo Josefina eso?; bueno... ya se lo tenía que decir, porque no podía esconder a Hugo nada, ¿no?, es que... su hermana estaba viviendo con un hombre que está perseguido y es malo, ¿sabe?...; no, Hugo no sabe nada...; ¿sabe Hugo quién es ese hombre?...; no, ¡cómo va a saber quién es el hombre que vive con su hermana!...; pues es... Villanueva; ¡Villanueva, el marico!...; sí, debe ser el mismo, ¿no?; ¿por qué?; bueno, porque ¿no le dijo Hugo que ese Villanueva que men-

ciona él se escapó de la Casa de Observación?; sí...; entonces es el mismo, porque después de salir de la Casa, después de fugarse, se metió con su hermana y ahora viven los dos juntos...; ?Villanueva y su hermana?; sí, con su hermana Rosa, la que es mayor de edad y es la cabeza de familia, ?comprende por qué está ella, Josefina, tan preocupada por todo?; claro...; por eso, ?se da cuenta Hugo dónde están metidos?...; claro que sí, y ahora la cosa se va a complicar mucho; !eso es lo que temía Josefina, por eso insistió tanto en el despacho del doctor!...; sí, es verdad, y ?por qué no le habló de esto cuando él mencionó el caso de Villanueva en su casa?...; no, ella no quería mezclar las cosas de Aquiles con esto, ?comprende?; sí comprende... !y a ese marico le puede denunciar él!; no, que no lo denuncie...; !?por qué?!; porque la cosa es con Rosa también, y eso le puede hacer mucho daño, ?comprende?... y también la cosa puede caer contra Aquiles, ?no le parece?...; Hugo dice que qué tiene que ver Aquiles en todo esto; Josefina le dice que no, que no tiene nada que ver, que ella está segura de eso, porque su hermano es un muchacho decente, pero ?no se da cuenta Hugo de que el hecho de que Villanueva se haya refugiado en casa de Aquiles pueda comprometer a su hermano?...; Hugo no sabe...; sí, Josefina piensa que sí, porque a los pobres como ellos les cae toda la basura encima, aunque sea la porquería de su vecino, porque con los pobres pasa eso siempre, ?no?... y ahora que está ella, y también Aquiles, y José Armas también..., ahora que ellos están haciendo lo posible por salir de la casa... de Rosa, y ahora que están empezando de nuevo... ?sabe Hugo eso?... ahora que están haciendo un esfuerzo para salir de eso... ahora no sabe Josefina cómo van a hacer para que Rosa se ocupe de las cosas de Aquiles sin que a su hermano y a

ella y a toda la familia no se les rompa...; pero todo se puede arreglar, le dice Hugo, y ya están en la acera, arrimados al muro del edificio, porque por esta acera pasa mucha gente y todos tienen prisa, y le sigue diciendo Hugo que hay que tener mucha paciencia, pero que todo lo que se hace bien sale bien, y que, ¡por favor!, no llorase así, porque él no sabía qué hacer y cómo ayudarla...; Josefina le dice que ella le agradece mucho, que ya le está ayudando mucho, ¡demasiado!, y que no quisiera pedirle más cosas; Hugo le dice que por qué no; y Josefina le explica que cómo va a pedirle que se mezcle en todo esto, tan feo y tan enredado, ¿no?, ¡¿cómo?!...; pues a Hugo no le importa, porque él es amigo de verdad de Aquiles, y... también, ahora que lo ha conocido, quiere a Robertico, que es como un hermanito más en la casa, y... ¿quiere que le diga algo?...; claro...; pues también a ella la quiere...; ¿a ella, a Josefina?...; sí, a ella...; se lo agradece, ¿cómo no?...; no, no es sólo un cariño para agradecer... ¿comprende?...; no, Josefina no le comprende, y deja de secarse las lágrimas con los dedos, y le dice que no comprende por qué no quiere Hugo que ella le agradezca que a ella también la quiera, ¿no?; sí, a él le gusta que ella esté agradecida, ¿cómo no?, pero que él la quiere... más que eso, ¿comprende lo que le quiere decir?...; Josefina le dice que, pues, no sabe ella si le comprende del todo, no sabe..., aunque ella, que es mujer, sabe por dentro por dónde le está llegando la sinceridad de Hugo; y Hugo insiste entonces en que... le ha causado una impresión grande, una mujer tan valiente, tan entera, y, a la vez... tan mujer... ¿comprende?; bueno, Josefina sí comprende algo, pero ella no merece nada, porque ella no es nada...; Hugo ya ha dicho bastante, y tampoco se atreve a más, porque no sabe si

Josefina está cabalmente en lo suyo, en lo que le ha querido decir, y pregunta entonces a Josefina cuándo va a ir a visitar a Aquiles a la Casa de Observación; Josefina le dice que esta misma tarde, porque en adelante ya no tiene libre los días de labor, sino sólo los domingos, y que ella insistió en ver tan temprano al doctor por eso, porque ahora, ya, va a recoger a Robertico a su casa y se va; entonces le dice Hugo que él la va a acompañar; Josefina dice que no...; ¿por qué?; porque no, porque...; Hugo se inquieta un poco y pregunta que ¿por qué no quiere que le acompañe él a ver a Aquiles, que todavía no ha ido a verlo!; Josefina piensa un poco.. y le dice que hoy no es bueno porque ella tiene que pensar muchas cosas y quiere sentirse enteramente libre de hablar hoy a Aquiles sobre el problema que se presenta ahora con Rosa, y que, también, y aquí la cabeza de mujer que tiene Josefina lo calcula, y lo dice... que tiene que decirselo también a José...; Hugo pregunta que a qué José le tiene que hablar de esto; Josefina le dice que a José Armas, el amigo de su hermano que está preso con él, ¿no se acuerda?; "¡ah!"...; sí, y tiene que hablar con los dos...; entonces Hugo pregunta si ella, Josefina, y José... son muy amigos; Josefina sabe que lo tiene que decir, porque más tarde puede ser peor, y, aunque con dolor, con el dolor de saber que va a herir a un amigo, le dice que sí, porque son novios...; Hugo quiere estar seguro, y pregunta si él es novio de ella, de Josefina; y Josefina no le mira a los ojos, porque no puede, pero le dice firmemente que sí, que son novios; Hugo no sabía... y ahora mismo no sabe qué decir, ni cómo no decir nada... y se acuerda que si tiene que ir a la Casa de Observación esta tarde tienen que coger el autobús ya, y llegar hasta su casa, y ella,

Josefina, recoger a Robertico y coger el primer autobús, ¿no?, porque ya es tarde, ¿no?...; sí, Josefina sabe que andan tarde, deberían apurarse...; ¿cómo no?...; y cruzan la calle los dos y se plantan en la parada de autobús, junto a otra mucha gente que espera, (indiferente a todo lo que les anda a ellos dos en la cabeza) en una cola larga...

30

Aquiles está esperándola, y corre y corre al encuentro de Josefina, como un muchacho; como lo que es; y da un susto a su hermana, porque no se esperaba ella este recibimiento. Y pregunta a su hermano que qué pasa. José, de quien se ha colgado ya Robertico, está sin aliento, /y le dice que la está esperando el Director. ¿A ella?... A ella, a Josefina Rodríguez, su hermana, ¿A quién va a ser?! ¿Y por qué?. Porque sí, porque tiene alguna noticia buena para ella, y para él, y para Robertico. ¿Sí!. ¡Sí!, o al menos eso es lo que cree él... Pero, bueno, ¡no será su libertad!... Pues sí, eso cree él. ¿Le han dicho algo?!..... No, la verdad es que no le han dicho nada, pero él tiene olfato, y sabe que a uno de los que trajeron el mismo día que a José y a él lo acaban de soltar; y si han soltado a otro, ¿por qué no lo van a soltar a él?; eso es lógico, ¿no? Pues así parece; pero ella ha pasado ya por mucho, y prefiere esperar que eso se lo diga el Director, ¿no le parece?. Está bien, está bien, y el ánimo de Aquiles desmaya un poco; pero sólo hasta que se ha dado cuenta que tiene a Robertico en sus brazos, y lo estrecha, y le pregunta si quiere que jueguen pelota los dos. ¡Claro, si para eso es a lo que venía Robertico a verlo!. ¿De verdad?. No, no, eso no era la verdad; era para jugar con él... Pero Aquiles se hace el ofendido, hasta que se vuelve a reír. Y entonces le pregunta su hermana a ver dónde está José. Aquiles le dice que está haciendo un

trabajo con el Maestro. ¿Está bien?, Claro que está bien, y no va a tardar; pero no lo vaya a esperar, porque él quiere que vaya a ver al Director, ¿o ya se le ha olvidado eso?... No. Bueno, es mejor que vaya a verlo primero, después tiene tiempo de conversar con José. ¿Dónde va a ver al Director?. Donde siempre, en la Dirección; ¿no recuerda dónde, subiendo por aquella rampa?... Sí, sí, sabe; ¿pero estará él allá?. Pues debe estar, porque siempre está allá; y él la va a acompañar. Y salen, lentamente, en la dirección del edificio donde están las oficinas, cuando Aquiles descubre al Director, que viene caminando desde el edificio donde está la capilla. "Ahí viene, Josefina". Josefina lo ve, alto, desgarbado, caminando lentamente en la dirección de las oficinas, pensativo fumando su pipa, y a Josefina se le ocurre pensar que serán muchas las preocupaciones que tendrá este hombre con tanto muchacho, ¡y muchos de tantos problemas!, a su cargo, porque ésta no es una escuela donde lleguen los alumnos por la mañana y salen luego a almorzar y regresan en la tarde para sus casas, con alguien que se preocupa por ellos y que se ocupa de darles de comer y de vestirlos y de oír sus quejas y de acostarlos en la noche, hasta algunos con las oraciones, de todo eso que los padres, o algún hermano, como ella lo hace con Robertico y con Aquiles, o algún otro pariente, porque siempre hay alguien que se ocupa de las cosas de los chicos; este hombre tendrá también su familia en la casa, pero tiene otra, diferente, más difícil y con más problemas que atender, aquí, en la Casa Grande; porque, ¿qué le importa a él Aquiles, si no es nada suyo?, y, sin embargo, se está ocupando de él; no sólo de que coma todos los días, que reciba su ropa, porque Aquiles anda siempre con ropa limpia y aseado, y parece hasta feliz en medio de toda aquella desgracia; y no sólo se ocupa de todas estas cosas de Aquiles, sino que se está ocupando de ayudarlo, de enseñarle cosas, de que después de salir de allá tenga un oficio y algo decente donde llegar; "¡es bueno eso, ¿no?!"... "¿Qué

estás diciendo?" Y es todavía Aquiles, que está cerca de ella, y que Josefina había casi olvidado, porque estaba con el Director en la cabeza, porque lo estaba viendo venir, sin que él reparase en ellos, sin verlos, y a ella le había brotado todo eso en un segundo, porque fue así, un solo momento; pero tenía allá a Aquiles, esperando, hasta un poco preocupado. Ella le dice que no, que no era nada. "Vete a hablar con el Director, que se te va a ir, y después será más difícil conseguirlo desocupado"... Y Josefina se le adelanta, sola, porque Aquiles queda mirándola desde donde está, con el pequeño colgado de su brazo. Josefina dice al Director que Aquiles le ha dicho que quiere verla, ¿no?. Sí, sí, y le da mucho gusto verla, porque la ve muy bien, muy bien, ¿y su hermanito?. Josefina lo señala con el dedo, y el Director ve a los dos hermanos juntos, jugando, y le dice que le gusta ver a dos hermanos juntos, y que se alegra de que ella venga a ver a Aquiles con esa frecuencia, que eso está ayudando mucho a su hermano... ¿De veras?... Claro, claro, porque Aquiles, como todos los muchachos, necesita sentir a su familia cerca de él, y ella le está facilitando ese contacto; eso es bueno... ¿quiere acompañarlo a su despacho?... Sí, con mucho gusto. Y su hermana Rosa, ¿qué es de ella?; porque ella no viene a ver a Aquiles, ¿no es verdad?. No, no viene, es verdad... Debería venir, debería venir; ¿por qué no se lo pide?... ¿Ella?... Claro, ¿no es su hermana y no viven juntos?... Josefina siente que no debe mentir a aquel hombre, que no puede... y le dice que no, que no viven juntos, y que hace tiempo que no la ve. ¿No ve a su hermana? No, esa es la verdad; porque ella se ha puesto a trabajar. ¿Y el pequeño? El pequeño está en casa de unos amigos de Aquiles. ¿Y en qué trabaja ella Josefina? Como servicio, porque no pudo conseguir otra cosa... ¿Y su hermana?... ¿Rosa?... Sí. Pues... se quedó en la casa. ¿Sola? Sí... ¿Y por qué no le dejó el muchachito allá? ¡No, no puede! ¿No puede?... Si podría, pero ella

no quiere que Robertico, que es muy pequeño, vea... todas aquellas cosas de su hermana, ¿comprende? Sí, comprende el Director, y le parece bien esa precaución... Pero Josefina prefiere no hablar de eso, y prefiere hablar de Aquiles: ¿cuándo cree el señor Director que puede salir Aquiles?...

El Director no sabe, no sabe aún... Es que ella creía que le iba a hablar de Aquiles, ¿o no?... No; Aquiles iba muy bien, se estaba portando como un hombre, y pronto podrían hablar de él; pero ahora quería hablarle de otra cosa, quería hablarle de su hermana... ¿De Rosa?... Sí..., porque ella lo llamó ayer, y le preguntó si sabía dónde estaba Josefina y dónde estaba su hermanito...; y a él le sorprendió eso mucho, porque sabía que vivían juntos, y ella, Rosa, le había dicho que ahora no, porque Josefina se había ido de la casa y se había llevado el muchachito; y ahora comprendía por qué, porque ya Josefina le estaba diciendo lo que pasó... y que perdona Josefina que él no se haya adelantado a decirle eso, porque quería que se lo dijese Josefina misma, ¿comprende?... Ya están subiendo por la rampa, y Josefina le dice que sí, y que ella tuvo que hacerlo así, que ella sabía que eso era lo mejor... Sí, eso lo comprende muy bien él; pero también era natural que Rosa quisiese a su hermanito, y que quisiese verlo; lo que no comprende es por qué Rosa, que es tan hermana de Aquiles como Josefina, no viene a visitarlo siquiera; porque no ha venido más que aquella primera vez que vino a ver a él, al Director, porque la había mandado llamar, ¿no era cierto? Sí, era verdad, y ella no sabe por qué no viene Rosa a ver a su hermano... Y el Director le dice (y ya están llegando a la Dirección, y deja pasar primero a Josefina, y la invita a sentarse frente al despacho, en una silla) que él había hecho esta pregunta a Rosa... ¿Y qué había dicho Rosa?... No, él se había dado cuenta que estaba confundida, que había algún problema en eso, porque no supo decirle por qué no venía a visitar a su hermano; y él la

había invitado a que viniese a hablar con él, porque Aquiles puede salir a la calle cualquier día, y él quiere saber qué va a encontrar Aquiles cuando salga de allá, porque eso es importante para él; y, además, Aquiles necesita de la autorización firmada por ella, por Rosa, para salir de aquella Casa, porque ella es la única mayor de la familia, ¿no es verdad?... "Sí, doctor"... Y él había insistido con Rosa que viniese a verlo; pero él había sentido a través del hilo que había algún problema en eso; y él no estaba interesado en los problemas de su hermana, porque esas son cosas personales en que no tiene por qué meterse, pero si bien no le importan los problemas de Rosa que son de ella sola, sí le importan los problemas de Rosa que tengan relación con Aquiles, ¿comprende eso Josefina?; porque Aquiles va bien, gracias a Dios, pero para poder enviarlo a su casa tiene que estar seguro de que va a ser un muchacho útil a su familia y a la sociedad... Josefina está comiéndose las palabras del Director, pendiente del menor de sus gestos; y va hilando con todas aquellas cosas una hebra que le está pasando por la cabeza con un roce doloroso en algo que es muy sensible dentro de su cabeza. Y el Director sabe que es así, pero tiene que ir pasándole aquellos signos, porque es necesario que Josefina, que es el sostén moral de aquella familia, sepa dónde está y qué viene luego, porque no tiene padres que le ayuden, ni hermanas que la aconsejen, sino que está sola, con dos hermanos como dos hijos, y con una hermana que es para ella menos que una vecina, porque hasta la está huyendo; y sigue diciéndole que sabe que ella es la que está más cerca de Aquiles, que es como su madre, y él tiene que contar con ella; lástima que ella sea aún una menor, porque si no, no tendría ninguna necesidad de estar pendiente de Rosa; ¿comprende eso? Sí, comprende. Y él quisiera saber algo, y tiene que preguntárselo a ella: ¿por qué hay esa resistencia de Rosa para llegar hasta él? No sabe, Josefina no sabe eso... ¿No le está escondiendo Josefina algo?... No, no; lo

que ocurre es que Rosa lleva una vida tan desordenada... Bueno, ¿pero es la misma vida de antes, no? Sí... Y ella, Josefina, vivía antes con ella; y ella había venido a verlo a pesar de todo cuando la llamó, y ella le había hablado del cariño que sentía por Aquiles, que es su hermano mayor... Sí... Se lo tenía que preguntar: ¿había pasado algo más entre ellos?...; y el Director le pregunta insistentemente con los ojos... "No, doctor"... dice Josefina, como puede, aún sabiendo que el Director le está descubriendo la mentira de sus palabras; que no; que lo que pasa es que con eso que pasó con Aquiles se había dado cuenta de muchas cosas, y que Aquiles también, y que ellos dos querían salir de esto y comenzar a trabajar... ¿comprende eso?... comenzar a vivir de otra manera... "Y Rosa no"... ¡No, Rosa no!...; esa es la diferencia. Es por eso que no quieren vivir con ella...; y ya el Director está llegando donde quería, y ya el diálogo tiene una base más concreta:

-No; no quiero que Robertico vea todo eso...

-Y me parece bien; pero no pueden dejar de contar con su hermana, que es mayor.

-Bueno, eso es cosa de ella, doctor...

-No, pero es de usted también...

-Pero es ella la que no viene a ver a Aquiles, ¿no?...

-Sí; pero usted se está ocultando de ella, y ¿por qué no dice a su hermana dónde está su hermanito?.

-Es que ella me lo puede quitar...

-Y tiene todo el derecho de hacerlo, por su edad, aunque las demás circunstancias la inhabilitan para guardar al menor... Lo que está

haciendo usted está bien; pero habrá que plantear esta situación de una manera legal; si no, cualquier día ella encuentra a su hermanito y se lo lleva, ¿comprende?; le ampara la ley...

-¿La ley?!... ¿Y usted le dio la dirección mía, doctor?

-No, es que no sé la dirección en que está usted viviendo ahora; eso le dije a su hermana, que no sabía dónde estaba usted, ni su hermanito, y es verdad.

-Claro...

-Usted tiene que hacer algo.

-¿Qué debo hacer?

-Yo le puedo ayudar; déjemelo pensar; yo me suponía todo esto, pero he querido hablar con usted; yo le vuelvo a avisar. Mientras tanto, que ella no sepa dónde están ustedes; si no, todo se puede enredar...

-Sí, doctor...

-Bueno, vaya a ver a Aquiles; !no le diga nada de esto, porque se puede inquietar y no puede resolver nada, ¿comprendido?

-Y entonces, doctor, qué le digo a él...

-Dígale que lo suyo va bien; que todavía hay que esperar un poco, pero que va bien; que yo quería saber dónde podía ir después de salir de aquí, y que usted... ¿qué me ha dicho usted?.

-Que yo le he dicho que se va a quedar conmigo y con el chico... eso, ¿no?

-Eso, dígale eso...

-Adiós, doctor...

-Adiós...

-¡Hola!... - Y es José, que estaba esperándola casi en la puerta.

-¡José, qué haces aquí!...

-Te estaba esperando... ¿Estás disgustada conmigo?

-¡No!... ¿Por qué voy a estar disgustada contigo?... No, tonto...

-Entonces, lo de Aquiles no va bien...

-Tampoco. Lo de Aquiles va muy bien...

-¿Entonces?

-¿Dónde está Aquiles?

-Con Robertico.

-¿Dónde?

-En el juego de beisbol; allá, donde están los escalones... ¿Por qué?

-Te tengo que hablar...

-¿A mí?...

-Sí. ¿No quieres que hable contigo?

-Sí... Pero ese tono me da miedo...

-No, tonto... No me pasa nada contigo... ¿Dónde nos podemos sentar?

-Allá, en el banco que está detrás de la mata...

-¡No, no!... Además tenemos que estar viendo en la dirección por donde

puede venir Aquiles.

-¿No tiene que oír esto Aquiles?...

-No.

-Vamos al banco de siempre, al del rincón; ¿allá está bien?

-Sí...

-Habla, entonces...

-Aquiles creía que el director quería verme para hablarme de él, de su libertad...

-Sí. ¿No te habló de eso?

-No. Bueno, me dijo que lo de Aquiles iba bien, que no hay problema; pero hay problema por otro lado.

-¿Por qué lado?

-No, por ti tampoco... por mi hermana, por Rosa.

-¿Qué pasa ahora con Rosa?

-Escúchame: Rosa ha llamado al director, y quería saber de mi dirección; ¡quiere ver a Robertico, ¿comprendes?!....

-Sí...

-¡Me está buscando!

-Bueno, pero no sabe nada, no te puede conseguir... ¿Qué le dijo el director?

-No, que no sabía; es que no sabe.

-Y se lo has dicho...

-¡Eres tonto!...

-No; él no lo dice tampoco, ¿sabes?

-Tienes fe en él...

-Sí, es un hombre de palabra, y es bueno; si él te dice que no lo dice, no lo dice...

-Bueno, pero ni me lo ha preguntado... Y me habló de otra cosa... Que deberíamos arreglar la situación de Robertico conmigo, ¿sabes?

-Para que tengas derecho de tenerlo.

-¡Claro!

-¿Y se puede?

-El dice que sí; que hay que hacer papeles; me ha dicho que me volverá a llamar, que va a pensar en eso, ¿comprendes?

-Sí...

-¡Es un caballero!

-Ya te lo dije... ¡Oye, y ¿por qué no hacemos otra cosa?!

-¿Qué?

-No sé si querrás tú; yo lo haría...

-¿Qué?

-Lo he estado pensando muchas veces, y ahora te lo digo: ¡Yo denunciaré a Villanueva!

-¡No!

-¿Por qué no?

-¡No!... ¡No!....

-¿Por qué?

-Mi hermana...

-¡No le pasaría nada a tu hermana!

-Sí... El está con ella, ¿sabes?... Ella, cuando está con alguien, es que lo quiere, quiere estar con él...

-Bueno...

-!No!... Nunca le conocí un hombre en la casa...

-?Nunca llegó antes con nadie... a la casa?!

-No, a la casa no... Ella iba forzada por ahí, pero a la casa no ha llegado nunca nadie... Nunca... Y ella pudo elegir entre Robertico y él...

-!Y eligió a él, a Villanueva!

-Por eso; ella sabrá por qué... Yo conozco a mi hermana; si prefiere a Villanueva es que lo quiere...

-?Sí?

-Sí... Ella no se separó de Robertico por nada...

-Y de tí...

-De mí también; ella me quiere, yo lo sé...

-Y tú la quieres también...

-Sí; claro que la quiero; ¿tú no hubieses querido a una hermana?

-Yo no sé; yo nunca he tenido a nadie.

-Tuvistes a tus hermanitos...

-Yo los veía apenas; yo anduve siempre solo... !Y estoy cansado de estar solo!...

-Ah...

-Y no quiero separarme más de tí, Josefina.

-Yo tampoco, José.

-?!Nunca?!

-!Nunca!

-Es la primera vez que no protestas..

-?De qué?

-De las manos... Te tengo agarrada de las manos.

-No, ya no me voy a quejar más nunca de eso.

-¿No?

-No; que digan lo que quieran; ya te necesito mucho, José...

-Yo también...

-Es con el único que puedo hablar.

-¿Aquiles?

-Con Aquiles no puedo hablar de esto. Si le digo algo de esto es capaz de saltar el muro y presentarse un día en la casa, allá en El Manicomio, y hacer cualquier cosa a Villanueva.

-Y ¿tú crees que yo no lo haría?

-No, ¿por qué vas a hacerlo tú?

-Yo quiero también a Robertico, ¿sabes?, y te quiero a tí...

-Pero tú eres más reposado; tú no eres así, tan de sangre caliente, como Aquiles, ¿no es verdad?

-No sé...

-Bueno, no digas nada de esto a Aquiles, ¿ah?...

-No. Y ¿qué más puedo hacer yo?

-Nada, estarte tranquilo aquí, aprender tu oficio... ¡Te traje algo!

-¿Qué?

-Te traje algo que te gusta mucho... y a Aquiles también...

-¡Chocolate!

-Chocolate. ¡Yo creo que tú me esperas con tanta ilusión por el chocolate!...

-Ah, entonces no lo quiero...

-¿No me quieres a mí?

- ¡No, chica, el chocolate!
- Entonces, ¿no quieres el chocolate?!... Guárdalo, aquí; ¡te lo pongo yo!
- Cuidado con esas manos que me vas a despertar...
- ¿Hay algo que está dormido?
- Sí; lo tengo así, lo más dormido que puedo...
- Guárdalo así, dormidito, hasta que puedas estar conmigo...
- ¿!Cuándo?!
- Ya llegará, todo llegará...
- Mientras vengas a verme...
- Yo vendré a verte siempre, corazón... ¿Qué haría yo si no tuviese este ratito todas las semanas?
- Lo mismo digo yo... Y Aquiles lo sabe...
- ¿!Lo sabe?!
- ¡Si no lo supiese no se quedaría tanto tiempo por ahí, bobal!
- Claro...
- Entonces, no digo nada a Aquiles..
- ¡Y, ¿qué vas a hacer?
- Voy a esperar que el doctor me vuelva a llamar; él tendrá alguna forma de arreglar eso.
- Si te lo dijo el director, cuenta con él.
- Por eso.
- Y ¿qué le vas a decir a Aquiles ahora?
- ¿A Aquiles?... Pues nada, que todo lo de él va bien, que me ha dado esperanzas de que saldrá pronto.
- El cree que va a ser ahora...

-Sí, ya sé... Pero no es.

-No es todavía... ¿No lo ves allá, pegado al muro?

-Sí; ese muchacho siempre quiso mucho a Robertico; ¿no ves que ha sido el menor?... Para todos ha sido como un muñeco, ¿ves?... Pero Robertico también tuvo un apego especial por Aquiles...

-!Son los dos varones de la casa!

-Sí; debe ser... ¿Qué hora tienes?

-!Yo no tengo hora, mujer!

-No tienes reloj...

-No. !¿Y para qué quiere uno reloj aquí?!

-Es verdad... Es que tengo que regresar más temprano hoy...

-¿Por qué?

-Es que la que se quedó hoy fue Agustina, y ella sale de noche, cuando llegó yo, ¿comprendes?...

-¿Y eso es siempre así?

-Sí; pero hoy ella tiene que hacer más temprano.

-¿Tiene novio?

-Ella estuvo casada, ¿sabes?... Y tiene un hijo pequeño en casa de su mamá, en Sarría... Pero yo creo que tiene algo con el chofer...

-¿Con el español?

-Sí; ese es un pájaro que anda saltando de mata en mata...

-!Contigo no!-

-!No!... No te preocupes, mi amor. Y, además, ¡a mí, ni me mira!

-?!Y si te mira!?

-Sí me mira, ¡tampoco pasa nada!... ¿No te vas a preocupar por ese hombre, no?!

-No...

-Sí, te has preocupado; y no tienes por qué, mi amor; ¡pero si yo soy una fea, negra además, a quien nadie ve al pasar...

-¡Ojalá!...

-¿Por qué?

-Así te veo yo solo...

-Déjame darte un beso...

-¡Aquí!

-Aquí... No me importa lo que diga nadie. Y te quiero. ¡Y olvídate de todo lo demás!...

-Ahora me siento mejor...

-Y yo también...

-Lo hicimos a tiempo, porque ahí viene Aquiles...

-¿Me quieres, José?

-Sí; ¡y no voy a querer a nadie más!

-Bueno; ya no vamos a hablar de más nada; no digas nada de nada a mi hermano, ¿entendido?

-Claro...

31

"!Cómo has venido tú a verme aquí!", y Josefina se da cuenta que es grave, que algo ha pasado a alguien que es de ella para que le llegue Hugo allá, y al mediodía, y que puede ser Robertico...; es que Hugo quería hablarle enseguida porque era muy urgente...; !?Robertico?!...; no, que Josefina no se pusiese así, porque no había pasado nada a Robertico, porque estaba bien...; y llega la señora, y pregunta que qué pasa; Josefina le dice que éste es Hugo, el que tiene a su hermanito en la casa, y que justo acaba de llegar, y que ella, Josefina, sabe de cierto que cuando le llega él así, tan de repente, algo malo está pasando, y !que le diga él qué pasa!...; entonces es la misma señora la que pregunta a Hugo si es verdad que le está pasando algo al hermanito de Josefina; Hugo dice que el muchachito está bien, pero que... se lo han llevado; !se lo han llevado!...; Hugo dice a Josefina que no se asuste tanto, que el muchachito está bien...; !?quién sabe si Robertico está bien?!... !?quién se lo ha llevado?!... !?quién?!...; Hugo dice que no, que el que vino a llevárselo fue un policía...; !?un policía?!...;

entonces la señora de la casa dice a Hugo que pase, que pase, que pase, que no se quede en la puerta, y que se sienten los dos, Josefina y Hugo, y que cierren la puerta, y que Hugo cuente todo lo que hay, y a ver ¿quién se había llevado al muchachito, qué policía, y por qué había pasado eso?...; entonces Hugo comienza diciendo que en la mañana, cuando no estaba en la casa más que mamá, dice ella que llegó un hombre, bien vestido, y que dijo que era policía...; ¿un policía?, pregunta Josefina, como si hubiese sido la primera vez que ella oye eso; sí, dice Hugo, un policía vestido de civil, un detective, y preguntó a su mamá si ella tenía al muchachito en la casa...; ¿preguntó por su nombre?...; sí, por el niño Roberto Rodríguez...; ¿y qué le había contestado al policía su mamá?; pues le dijo que no, que en ese momento no lo tenía en la casa, que para qué lo quería; el policía le dijo entonces que él tenía la orden de llevárselo a la prefectura, porque lo estaba reclamando su hermana de él, del chico, y que ella, Rosa Rodríguez, era la responsable legal del niño...; "¡me lo quitaron!"...; no, no tenía que ponerse así Josefina, porque al muchachito no le había pasado nada y lo podía recuperar, así se lo estaba diciendo la señora, y le decía que no debía llorar así, que eso se iba a arreglar, ¿no?...; Hugo dice que sí, y que entonces su mamá dijo al policía que el muchachito estaba en la escuela, y que ella lo tenía en la casa por encargo de la hermana del chico; "¿por encargo de qué hermana?!", dice que le preguntó el policía a la mamá de Hugo; y Hugo cuenta que su mamá tuvo que decir al policía que era por encargo de Josefina, y entonces el policía preguntó que dónde estaba Josefina, y que ella, su mamá, le dijo dónde era que ella trabajaba, en esta casa de la señora, ¿no?...; claro... y ¿qué había dicho entonces el policía?; que él dijo que esa era la hermana pequeña, que no era la que tenía derecho a la custodia

del menor, ¿comprende Josefina eso?...; claro que comprende, y ¿qué más?...; entonces, su mamá tuvo que decirle dónde estaba la escuela, y ella no le ~~dejo~~ ir solo, sino que se fue con él, que le acompañó hasta la escuela, y allá el policía recogió al muchachito y se lo llevó en un carro...; "¿cómo le dejó hacer eso tu mamá!"...; y ¿qué iba a hacer ella frente a un policía?...; ¿y ella le pidió a ese policía que le enseñase sus papeles?!...; que sí, que su mamá, le pidió eso, y que el policía le enseñó el carnet; ¿y ella ~~vió~~ lo que decía el carnet?!...; ¿cómo, si su mamá no sabe leer?...; "¡me lo quitaron me lo quitaron!"...; bueno, y la señora se afana en consolarla, y que todo se arreglará, porque si está con su hermana, está con su hermana, ¿no?, y se lo puede devolver, ¿no?, y, por otra parte, ¿qué de malo tiene que el muchachito esté por unos días en casa de su hermana, ¿no?...; y Hugo no quiere dar explicaciones, porque no conviene, y corta aquello diciendo que lo que tienen que hacer enseguida, en ese mismo momento, es llegarse hasta la Prefectura y preguntar por esto y aclarar las cosas, y que para eso hace falta que a él le acompañe Josefina, porque él no es nadie para reclamar al muchachito, ¿comprende?, y se dirige sobre todo a la señora, para que se entere que necesita a Josefina con él y que tiene que dejarla ir un rato, ¿no?...; y la señora de la casa entiende muy bien, porque dice a Josefina que se vaya, que tiene que irse, que el muchacho, Hugo, tiene razón, que vayan los dos y que vean lo que pueden hacer, y pide a Josefina que le llame por teléfono, para saber lo que ha pasado, ¿se lo promete Josefina?; Josefina dice que sí, que tan pronto sepan algo la llaman, y que le agradece mucho que la deje salir a hacer la gestión... y que ella va a ponerse un vestido...; la señora le dice que sí, que se ponga algo, porque no puede llegar hasta la prefectura así, como está...

y entonces pregunta a Hugo que qué hace su mamá, cómo se siente con todo esto...?; Hugo le dice que su mamá está muy asustada en la casa, que qué va a hacer...; la señora dice que a Josefina le haría falta ahora un abogado para aclarar las cosas, a ver por qué se tiene que presentar un policía en una casa y tiene que llevarse a un muchachito a la fuerza, que hay leyes para todo, y que tiene que haber ley también para esto, y que ella le va a decir ahora mismo a su marido, que es abogado, a ver qué puede hacer, y que esperen, que el doctor acaba de llegar y que lo va a llamar, y le pide a Agustina, la otra muchacha, que haga el favor de decir al señor que a ver si puede hacer el favor de venir un momentico... ¿cómo no?, que eso no se puede dejar así tampoco, que a ver el susto que están dando a la pobre Josefina, que es una muchacha muy buena y muy seria y muy trabajadora, ¿no?...; Hugo está escuchando, sin decir nada; y la señora sigue hablando, mientras Josefina se está mudando de ropa, que ella sí sabía que Josefina tenía un hermanito en casa de unos amigos, que, por lo visto, era él, Hugo, ¿no?; Hugo dice que sí con la cabeza; y que a ella no le gusta meterse en los problemas de su servicio, porque cada uno es muy libre de tener una vida privada que sea sólo de ellos, los del servicio, pero que también le gusta conocer quién entra en su casa, y que ella, Josefina, le había contado todo lo de su hermanito que estaba en casa de sus amigos, y que ¿cómo era el muchachito?; Hugo le dice que muy bueno y muy avisado, vivísimo...; que ya veía, ella, la señora, que también él quería al chico, ¿no?; Hugo le dice que sí, y entonces llega su marido, el doctor, y pregunta con cierta rudeza que qué quiere, que él está sentado ya a la mesa; entonces ella se le acerca, muy melosa, y le dice que se trata de un hermanito de Josefina que parece que...; él pregunta si se trata de Josefina, la sir-

vienta,...; ella, la señora, le dice que sí, que se trata de ella, y que resulta que ella tiene un hermanito en la casa de unos amigos, y que él, Hugo, es uno de ellos, que él debe saber eso, ¿no?...; ¡él dice que no, que no sabe nada de eso, que ¿para qué tiene que saber él las cosas de su servicio?!; ella,, la señora, le dice que no se ponga así tampoco, porque se trata de un acto de humanidad...; él pregunta hoscamente qué es lo que le estaba pasando al hermanito de la sirvienta; la señora le dice que se lo han llevado de la casa; ¿quién?; dicen que la policía, no saben...; ¿la policía?; "sí, mi amor, ¿qué te parece?"; él dice entonces que la policía no se lleva a la gente sin más ni más...; entonces la señora se indigna, y le dice que sí, que en este caso sí lo han hecho, y pregunta a Hugo a ver si es verdad que se han llevado al muchacho sin otra averiguación..; y Hugo dice que sí, que no había por qué sacar así al muchachito de la casa; el doctor insiste en que el chico ha hecho algo; Hugo le dice que no, porque el muchacho es muy tranquilo; y entonces interviene la señora para decir a su marido que no, que no es que el muchachito haya hecho nada a nadie, y... ah, ya estaba Josefina vestida, que se fuesen pronto a la Prefectura y que le llamasen después a ella, ¿no?; Josefina le dice que sí, y que se lo agradece mucho; y la señora insiste, ahora delante de su marido, en que "Carlos hará algo por él"...; y los dos jóvenes salen, apresuradamente; entonces la señora cierra ella misma la puerta y se enfrenta a su marido, y le dice que es bastante grosero al decir las cosas que ha dicho, sin necesidad; él le pregunta que por qué cree ella que ha sido grosero; que sí ha sido un grosero, porque ha querido rebajar a Josefina, y él ha tenido que ver que esa muchacha estaba muerta de miedo y de dolor y él ni siquiera le ha dicho una palabra de alivio, ni siquiera le ha dicho que la puede ayudar... "¡Qué le voy a

decir!- se enfrenta él- "pero a ti sí te voy a decir!"..., y le dice, gritando, que se cuide de mezclarse en los problemas de su servicio, que si ella ha tenido un muchachito arrastrándose por ahí, y luego se mete a trabajar como servicio, que ella, la Josefina esa, es una muchacha de servicio primero que todo, ¿entendíó eso ella?!; la señora le dice que ese muchachito que les falta ahora no es hijo de Josefina; entonces él pregunta con burla qué es entonces; la señora le dice que su hermanito; ¿hermanito?!, pregunta él, ¿y ella se lo ha creído?; claro que sí; él le dice, y se ríe al decirlo, que no sea ingenua, y que si lo es, porque eso es cosa de ella, que no trate de convencerlo, a él, que está más allá de todo eso, ¿comprende ella lo que le quiere decir?; la señora insiste en que es verdad; él le dice que ella es bien tonta en creer todo lo que le dicen, y que ella, su mujer, no sabe de dónde viene esa tal Josefina, ni qué ha hecho antes, ni qué está a punto de hacer ahora, ¿no?... !no, no, que no le interrumpa a él cuando está hablando!... y que no sabe ella, su mujer, en qué líos puede estar metida esa gente... !, no, que no le hable más de eso!... ¿entendido?; sí...; bueno, que él no quiere ver más a esa mujer en la casa, que no quiere problemas, y menos los de ese tipo... ¿ha entendido ella eso que le está diciendo?, que él no quiere nada de eso en su casa... !que esa basura que llega a su casa, y que con la historia de su hermanito, y que luego le llega ese tipo, que ella dice que es su amigo, y que debe ser...; la señora se atreve a interrumpirle, y decirle que ese muchacho vive con su mamá de él y que son los que tienen al hermanito de Josefina, ¿no entiende eso?; sí,..!cómo no va a entender él eso!... !de qué mamá le va a hablar ahora ella, la ingenua, y de qué hermanito le va a hablar a ella, que no tiene la menor malicia!...; !él no quiere oír hablar más de

de este asunto en su casa, y a él no le gusta repetir las cosas, que cuando regrese la muchacha a la casa le pague la cuenta, y que, ¿cuántos días tiene en la casa?... que le dé cincuenta bolívares más, porque ella no debe creer que él es un ogro tampoco, ni un desconsiderado, que le dé lo que le tiene que dar, lo que sea, pero que él no quiere volver a oír de ese problema en su casa, ¿entiende ella lo que le está diciendo?...; sí, Carlos, ella sabe lo que tiene que hacer...; pues que él no quiere volver a oír de esto, ¡y que no le bata la puerta así, porque si la rompe la tendrá que mandar a componer él con su dinero!....

32

El Director la ve entrar, y se dice que tiene que ser algo grave, porque Josefina no es de las que va a llegarle sin peinarse y en alpargata, y en hora que no es de visita, sin que ocurra una tragedia. Y se levanta él, para acompañarla hasta la silla que tiene frente al despacho y también para que ella sienta a alguien cerca, porque no hay duda de que se siente sola aquella criatura. Y ya está sentada, y le ve las manos, que es como verle a Josefina el alma; los dedos, unos dedos largos y sensibles, son un ovillo. Y le mira a los ojos, que son, de por sí, grandes, pero que ahora parecen enormes paraparas vivas, negras, inquietantes, en aquel mar blanco, y también redondo, de sus ojos abiertos por el miedo. Y no va a preguntarle él, sino que quiere que sea ella la que comience a decir las palabras, porque bastante está preguntándole con sólo quedarse así, esperando que abra ella la boca, porque la tiene cerrada con esos labios sensuales y a la vez rígidos, de cerrar puertas. Y ella tarda en hablar, porque no le

salen más que lágrimas, que es una manera de decir muchas cosas; y ni siquiera se ocupa ella de secarlas, que parece que esa es poca cosa para lo que tiene Josefina dentro, y que no puede salir seguramente porque no puede, porque no le cabe, como en algunos partos, y tendrá, por fin, que hablarle él, que es el que manda en aquella situación, porque ella no se basta a sí misma, no se aguanta dentro. Y entonces se levanta él otra vez, y rodea la mesa, despacio, porque no quiere precipitar nada, y se le acerca, y no se atreve a tocarla en el hombro, no sabe por qué, porque ella le permitiría esta confianza, sino que se sienta sobre la mesa, frente a ella, casi tocándole con sus rodillas, y le dice:

-Llore, llore, Josefina.

Y ella no puede; le salta el pecho, en congoja, y le salen las lágrimas, pero no rompe a llorar, porque no puede.

Y él le agarra una mano, que está tesa y fría, con los dedos como goma, y le estrecha entre las suyas, y eso era lo que hacía falta, porque le sale un sollozo muy hondo y se le quiebra con eso alguna tranquera allá dentro.

El Director piensa que es bueno que llore y que aquel dolor pierda su peso y se adelgace y se aligera de tensiones, porque eso la va a aliviar; y él espera, con la mano de Josefina entre las suyas, a que se aquiete, y tome aire otra vez; y ya está, porque ella es una mujer valiente, y saca un pañuelo de su bolso, un bolso negro, muy costoso, que debe ser algún resto, algo que ha debido quedarle fuera de moda a la señora donde está sirviendo Josefina, y luego le pide perdón, porque está apenada por haberle entrado al Director de esa manera. Y él no le dice nada, sino que regresa despacio a su asiento, y le sonríe de modo que no le duela a Josefina la sonrisa sino que le alivie del peso de llorar frente a alguien; y entonces,

le dice el Director que le diga lo que sea, que él está allá para ayudarla, porque él es amigo de ellos, de Aquiles y de ella y del pequeño, y quiere que le cuente lo que ha pasado, y que todo se va a arreglar, porque todo se termina arreglando, ¿no lo cree ella así?

Josefina no puede menos que sonreír un poco, como puede; y él le ve los ojos con esos reflejos de las calles alumbradas de noche y después de haber llovido, cuando resbalan las luces y se repiten como entre espejos, y le ve los dientes blancos, y la nariz enrojecida en lo moreno, que es como un marrón subido, y le sonríe él también, y le dice:

-Dígame, Josefina, ¿qué pasó?...

-Me han quitado mi hermanito, doctor.

No ha gritado, ni siquiera ha levantado la voz; más bien le ha faltado el aire para completar las palabras.

-¿Quién?

-La policía...

El Director no piensa en este momento en Robertico; o al menos piensa antes en Aquiles:

-¿Tropezó usted con Aquiles o alguien conocido al venir aquí?

-No, doctor.

-Aquiles no debe saber nada de esto.

-No, doctor, no quiero que lo sepa.

-¿Cómo me dice que se lo llevó la policía? Cuénteme todo, ¿qué pasó?

-Pasó, doctor, que vino un policía a llevarse a mi hermanito, y yo fui a la Prefectura, acabo de estar allá, y pregunté por él, y me dicen que no, que allá no saben nada de eso, ¿comprende?!... Por eso es que quise venir enseguida a verlo, ¿comprende, doctor?!...

-Claro que comprendo... -y el Director no acaba de comprender, pero esa muchacha tiene que ir diciendo todo lo que sabe- ¿y cuándo ocurrió eso?...

-Al mediodía; bueno, al mediodía vino Hugo, un amigo de Aquiles, con quien está... estaba Robertico, y me dijo eso; yo fui con Hugo a la Prefectura, y ¡allá no saben nada de eso, doctor!...

-¿Y no estará en otra policía?

-No señor, porque en la Prefectura quisieron ayudarme, y llamaron a todas partes, y nadie sabe nada de Robertico.

-¿Y el que vino a llevarse al niño era un policía?

-Bueno, la mamá de Hugo, que es la que estaba en la casa cuando llegó el detective, dice que el hombre le enseñó el carnet; ¡pero ella no sabe leer tampoco, doctor!... Y entonces lo sacaron de la escuela, y el hombre se lo llevó...

-Seguramente se lo llevó a casa de su hermana...

-Eso es lo que pensé yo, y me fui con Hugo a casa de mi hermana, y nada, no está mi hermana allá, doctor, ¡no está!

-Pero llegará en la noche...

-No, doctor, que se han mudado, ¡que se mudaron!

-Que se mudaron, ¿quiénes?

-Mi hermana...

-¿Y se llevó a su hermanito con ella?

-No, no es con él con el que se fue ella, doctor, porque hablé con la gente allá, y ellos se han ido hace una semana, ¡que se mudaron!...

-Entonces, ¿no han visto a su hermanito allá?

-No, doctor, ¡que se mudaron antes de eso, antes de robarse a mi hermanito, antes!

-Y su hermana estaba en la casa, ¿con quién?

-!Con Villanueva!

-!Con Jesús Villanueva!!

-Sí, doctor...

No lo podía creer; cómo se había metido Villanueva en esa casa; y vio a Josefina con los ojos bajos, apenada, y ahora se estaba dando cuenta que aquello tenía más importancia de la que le estaba dando hasta entonces, y se levantó, y volvió a sentarse donde estuvo sentado antes, sobre su mesa, y le dijo:

-?Y por qué no me lo dijo usted antes?

No quería dar a sus palabras un tono de reproche, no quería enfadarse con Josefina; sólo quería llegar a toda la verdad.

-Por mi hermana, doctor; por no hacerle daño, ¿sabe?... Por eso- y levantó sus ojos para excusarse, para pedirle que le perdonara aquel silencio. Pero el Director no se apiadó, y le dijo:

-Pues usted hizo muy mal- y se levantó de la mesa y regresó a su sitio otra vez.

-Sí, por eso quise decírselo enseguida...

-Está bien; yo comprendo que usted hizo eso para ayudar a su hermana; pero es bueno que sepa que le ha podido hacer un daño grande...

-?A mi hermana?

-Sí; y ahora a su hermanito también; Villanueva es un hombre muy peligroso...

Se le escapó; sólo en parte, porque estaba dispuesto a prevenir a aquella muchacha de un riesgo mayor; pero no debió decírselo en ese tono, porque era evidente que había asustado a Josefina todavía más.

-!?Cómo me dice eso, doctor?!...

-Tampoco se vaya a preocupar ahora demasiado; no es que su hermanito esté en peligro; he querido decir que si nos hubiese dicho esto antes lo hubiésemos podido agarrar a tiempo y no hubiese pasado usted por este susto... Pero ya está; ya es tarde para eso; vamos a ver lo que podemos hacer. Sobre todo que no sepa nada Aquiles.

← !No!...

-Ni José Armas...

-Tampoco.

-No, no diga a Armas tampoco, porque ellos son muy amigos y puede usted perjudicar a los dos, ¿comprende?

-Claro, doctor.

El Director se quedó callado, viendo a Josefina, pero pensando en lo que le tocaba hacer ahora...

-No diga nada a nadie-dijo como hablando consigo mismo y para hacer tiempo, mientras seguía pensando en otra cosa- ha hecho bien en venir a verme, y en decirme la verdad- y entonces se dio cuenta que la preocupación de Josefina era un dolor aparte, y le dijo: -su hermanito está bien; seguro, porque está con su hermana, que lo quiere mucho; ella lo va a cuidar, ¿no?...

-Sí, creo que sí...

-Pues no se inquiete, que su hermano está bien; ¿que no lo vea durante un día o dos... eso no importa; usted sabe que él está bien, y que usted lo va a recuperar, porque yo me voy a ocupar de eso, ¿no es verdad?....

-Sí, doctor.

-Ahora váyase; ¿ha venido con alguien?...

-Sí, con Hugo; pero le dije que se quedase fuera de la Casa, porque lo podía ver Aquiles y había que dar explicaciones, ¿no?...

-Hizo usted muy bien; yo sé que usted es una persona serena y fuerte, y tiene que ayudarme con eso ahora.

-Sí, doctor.

-Usted hable lo menos posible de esto con la señora, en la casa, porque esto puede molestar a los señores....

-No, si la señora es de lo más buena, y ella me ha dicho que me va a ayudar...

-Está bien, y ahora déme el número de teléfono...

-!Oh, no; es que a la señora no le gusta que nos llamen por teléfono a la casa!

-Bueno, pero esto es una emergencia. Dígame el número, y no se preocupe, y de aquí hablaremos con la señora y le diremos lo que hay, y no se preocupe, déjemelo a mí, y yo le haré saber a usted lo que haya, ¿OK?

-¿Usted cree, doctor, que me podrá llamar esta noche?

-No sé. No le quiero prometer nada; no sé si será hoy o mañana... Cuando sea, yo le llamo y le digo lo que hay; váyase ahora tranquila, y espere, que Dios ayudará.

-Eso espero, doctor...

Y Josefina salió por la puerta, y él la vio irse, y entonces salió él al pasillo, abrió él mismo una de aquellas puertas y dijo:

-Señora Moreno, ¿quiere venir un momento?

Luego se fue a su despacho, se sentó y vio entrar a la señora Moreno, una mujer que no era muy bonita, pero que tenía el atractivo de una serenidad tranquilizadora y hasta dulce en los ojos, y cuando ésta se sentó le dijo:

-Tenemos el caso de Villanueva otra vez...

-?!Villanueva?!

-Sí.

-¿Lo prendieron?

-No. ¡Ojalá!... ¡Ahora resulta que Villanueva está viviendo con la hermana mayor de Aquiles Rodríguez!... ¡?Qué le parece!

La señora Moreno no sabía qué decir; pero por fin dijo si no sería bueno dar cuenta de todo esto a la policía.

-Sí- dijo el director- voy a hablar con ellos; aunque Villanueva ya no está en esa casa...

-?Se mudó?

-Sí...

-?Y ella?

-Se la llevó con él; ¡se mudaron los dos!

-Entonces- dijo la señora Moreno, y hasta se sonrió- estamos como antes...

-No, ya tenemos una pista; ese hombre ha estado marcando todos sus pasos, y usted los tiene anotados.

-Sí, lo del dinero, el hombre que mató; el viejo del Tamanaco, el americano, que terminó por matar también... ¡Dios mío!

-Y a mí me consta que la policía ha hecho todo lo que es posible hacer en estos casos, ¡lo han buscado en todas partes!

-Menos en la casa de la hermana de Aquiles Rodríguez...

-Eso es; ¿pero sabe usted lo que ha hecho ahora?

-No...

-Se ha llevado al hermanito de Aquiles Rodríguez....

-?A dónde?

-No lo sé; pero supongo que a la casa de su hermana, y a su casa, puesto que la casa es la misma.

-?Cómo lo supo?

-No estoy seguro; pero debe ser así; ¿quién va a llevarse a un niño de ocho años si no es su hermana que lo anda buscando por todo Caracas, y hasta me llamó a mí.

-Tenemos que comenzar por algún sitio...

-Primero voy a llamar a la policía; a todas las policías, a la judicial, a todas... Y, entretanto, quiero que usted se ocupe de llamar a este número; pregunte por la señora; es la señora de la casa en que está sirviendo Josefina, su hermana; ¿entiende?; dígame usted quién es, que queremos ayudar a esa joven, que la comprenda, que no le vayan a echar encima otra cosa... Usted sabe, le pide ayuda, que colabore con nosotros en este caso. Bueno, es lo que vamos a hacer por ahora...

Josefina lo estuvo pensando, y le pareció lo mejor; a pesar de las advertencias de Hugo, ella debía ir a visitar a Aquiles y a José, como siempre, porque de otro modo la sospecha podía ser peor. Tenía que explicar la ausencia de Robertico, y se podía. Ella tenía, además, las ganas de sentir a su hermano cerca, y a José cerca, porque era lo único que le estaba quedando. Aún estaba pensando las cosas al llegar al portón, y queriéndose decidir por entrar y hablar con los dos hombres. En la portería, que ya estaba despejada, porque ya era un poco tarde, estaba de turno un hombre delgado y con canas que le era muy simpático; en cuanto la vio le hizo señal de que podía pasar, y le dio las buenas tardes. Ahí estaba, cerca del portón, Aquiles, esperándola; no a ella sola... Estaba Aquiles, solo, sentado sobre la raíz de un mango; y en cuanto la vio se levantó, y puso una cara de decepción que a Josefina, que ya iba prevenida, le dio lástima.

-¿No trajistes a Robertico?

Josefina le oyó la voz casi veinte metros antes de llegar a él; y ella no

le dijo nada, sino que quiso estar con él antes, para darle un beso, para sentirlo cerca y tomar así fuerzas para hablar. Y tenía que tenerlas, porque él se le quedó viendo, y esperando. ¿!Qué pasa?!... Aquiles sentía que había pasado algo; a pesar de la valiente sonrisa de Josefina, a pesar de la aparente ligereza con que estaba recibiendo su pregunta. Josefina insistió entonces en que no pasaba nada. ¿Nada?. Nada; ¿por qué iba a pasar algo, ah?. Aquiles se alejó un poco de ella, como invitándola a seguirle en aquella dirección, que era el camino del banco en que se sentaba siempre; pero Josefina no se movió de su sitio, porque no se sentía segura tampoco, e insistió en que no pasaba nada, que ¿qué iba a pasar?... Aquiles no lo sabía y lo que estaba haciendo era preguntar; pero ¿por qué no había venido Robertico con ella? Muy sencillo: porque se había ido al cine con Hugo... ¿!Al cine con Hugo?!... Sí, ¿por qué no podía ir Robertico al cine y con Hugo, que era su mejor amigo, casi su hermano? No, no era por eso, y Aquiles estaba regresando hacia su hermana, no era por eso, primero, ¿por qué no ha venido nunca Hugo a verlo?... y había en la voz interrogativa de Aquiles un reproche sentido, y otro: ¿creía ella que Robertico le hubiese cambiado a él por ver una película?, y otro aún: ¿no podían ir a ver una película cualquier otro día que no fuese el de su visita?...; y cuando terminó de hablar, ya Aquiles estaba cerca de su hermana. Ahora fue ella la que avanzó por el camino; pero no sola sino agarrada al brazo de Aquiles, que no se dejaba llevar, y dijo que habían ido hoy al cine porque era el único día en que daban esa película, porque era un reestreno... ¿Cómo se llamaba la película?... No sabía, Josefina no recordaba el título, pero sólo sabía que era de Cantinflas, que a Robertico le gustaba mucho, y que fue por eso, y por nada más, y que no se pusiese a pensar en cosas ahora, porque no había nada guardado en esto...; y se-

gufa Josefina hablando y hablando, porque era la forma de mantenerse en lo suyo, que tenía que hacerlo a cualquier precio, para que Aquiles no se hiciese más daño, pobrecito... Ya los dos iban caminando, despacio, el uno cerca del otro, pero sin tocarse, porque ya Aquiles rehufa la mano de su hermana, que eso le pasaba sólo cuando estaba muy disgustado con ella. Y Josefina lo sabía bien; y le dijo: "No seas bobo, hermano, que no está pasando nada; y si sé que me vas a poner esa cara, no vengo yo tampoco"... Pero ni eso ablandó a Aquiles, y se lo estaba diciendo en alta voz, para que Josefina también le escuchase el reproche, que era muy raro que Hugo no viniese a hacerle una visita, y que no sabía por qué, pero que le parecía que había algo escondido en todo eso...; y se detuvo, y se quedó viendo a su hermana. Josefina siguió andando; despacio; pero continuó andando, porque prefería no dejarse ver los ojos; y dijo, mientras caminaba que no, que no había nada más que eso, que Hugo estaba muy ocupado con su trabajo, y que se portaba muy bien con ellos, como un hermano más, y que lo de hoy era una prueba, porque había hecho un sacrificio para llevarse a Robertico a ver una película que quería ver, ¿no entendía eso su hermano Aquiles, ah?... Josefina ha volteado, por fin, para hacer frente a la mirada de Aquiles, y Aquiles se mira en esos ojos, y no ve nada, la verdad, que no sea sincero; y se deja agarrar por el brazo y se deja llevar por ella, y ella le dice que Hugo tiene ahora más puestos de periódico que atender, que es eso, nada más, y que está constantemente hablándole de él y que viene, que puede estar seguro de que Hugo va a venir a visitarle cualquier día... !ah, pero aquí viene José!... y se despega de su hermano para recibirlo, y es que, además de verlo con gusto, también es una manera de cambiar de conversación, y le reclama sus flores. José dice que hoy no hay flores, porque

ya no hay flores que cortar, ¿y Robertico?... se miran ahora los dos hermanos, porque no sabe quién de ellos tiene que explicar aquella ausencia; y José se da cuenta de que pasa algo, y pregunta a quien puede, y debe, decir lo que pasa: "¿pasa algo?"... Josefina dice que no, que no; pero no dice nada más, y están quietos, y alguien tiene que dar un paso o pronunciar una palabra o hacer un gesto, porque este vacío no puede vivir solo mucho tiempo; y es Josefina la que dice otra vez, que no, que no pasa nada; a ver por qué pregunta aquello. José no sabe cómo explicar que siente algo diferente de otras veces, y repite que por qué no ha venido Robertico con ella. Josefina vuelve a dar la explicación que ha dado a su hermano, quien ha volteado como si ya eso estuviese resuelto para él, pero sin hacer frente común con su hermana tampoco, sino contento de que haya otro que se ponga a su lado y le haga la misma pregunta a Josefina, y esperando, con el oído despierto, a que conteste algo su hermana, para saber si es lo mismo que le ha dicho a él, que no la acaba de creer; y siente que José lo está mirando, sin creer en nada tampoco, claro; y ya nadie cree en nadie en este mundo de tres, tan corto y a la vez tan complejo. Y entonces, respondiendo a las últimas palabras de Josefina, que eran una pregunta, le dice que sí, que le parece que Josefina está triste a pesar de las palabras, que le nota algo en los ojos que no es de ella cuando está... como todos los días. Pues está igual, eso es lo que dice Josefina, y hasta trata de reírse de esa ocurrencia de su novio. José pregunta entonces, aunque ya lo sabe, si ha sido Hugo el que ha llevado al cine a Robertico. Josefina dice que sí. ¿Y por qué con Hugo? Josefina le ve la intención, y le dice que por qué no. José no dice nada, pero rehuye verla, como si ahora fuese él el que está guardándose algo. Y Josefina le ve aquella duda en el gesto, y se le acerca, y le dice que por qué le hace aquella pregunta así, que qué está pensando. No es José el que responde, sino Aquiles,

su hermano: que sí, que es raro que Hugo no venga a verlo y que sea ahora él el que se lleve a Robertico al cine, que eso es raro, ¿no?... La pregunta está dirigida a José, y José no dice nada, porque no sabe qué decir, y tiene que hablar Josefina, porque ella, sin haber sido mencionada, es la que está en entredicho ahora; lo sabe ella desde el fondo de ella misma, casi sin saber por qué, y acaso sólo porque es mujer, y dice que no hay nada de raro que Hugo se haya encariñado con su hermanito, porque están jugando todos los días juntos en la casa... Y ella, Josefina, también lo ve, ¿o no lo ve?; lo viene a decir José, de quien no se estaba esperando Josefina aquella franqueza. Josefina se le acerca, sonriendo, y le va a hablar, pero es su hermano el que dice que va a dejarlos solos, porque, ya que no tiene la excusa de Robertico, tiene que irse para otra cosa, y no espera que nadie le apruebe la decisión sino que se va; y ya se quedan los dos novios uno cerca del otro y sin siquiera verse, porque José está aparentemente entretenido con el juego de pelota, que es hacia donde se dirige Aquiles; y es ella la que le agarra del brazo y le empuja despacio hacia el banco del rincón, debajo de la trinitaria; y él se deja hacer, porque ya esto mismo es una explicación, y, a pesar de los celos, la encuentra sincera. Y ella, mientras caminan despacio, le habla de otra cosa que no es ellos mismos, pero sólo con el propósito de rodear el problema y llegar al mismo punto, y le dice que su hermano está bravo con ella..., y presiona un poco en el brazo de José, como diciéndole que eso es con él y que quiere que le responda, que le haga caso. José dice que tiene razón, porque es la manera de decir a Josefina que él tiene también razones para aquella actitud. Josefina explica que no hay por qué dar a aquello tanta importancia, porque a un muchacho se le puede antojar ver una película, y que por eso, por haber preferido eso a su hermano por una sola tarde, no significa nada.

¿Nada?... No. Bueno, y ¿por qué no viene ese tal Hugo a visitar a su amigo Aquiles, ah?... ¡Bueno, pero también él se va a poner insistiendo en eso!; Josefina ha reaccionado bruscamente, no porque lo ha querido, sino porque no ha podido evitarlo; de pronto siente que se le van las fuerzas; y que aquellas que buscaba del brazo de José no le apoyan sino que le empujan más y más hacia el rincón, donde ella sabe que no puede defenderse, porque ella no puede decir nada, porque eso puede hacer daño, ¡mucho daño!, a Aquiles y a José; pero eso no puede decirlo ella, ni siquiera a José, porque así se lo ha prometido al Director y porque ella presiente que sería mucho peor de lo que es ahora; y dice que tiene que irse ya mismo, porque ya se está haciendo tarde. ¡Ya!, y José ya está traspasado por un dolor, profundo; cuando ya parecía ceder un poco con el contacto de Josefina y con sus palabras, parece que ha brotado el dolor más fuerte que nunca, nuevo, el dolor de perder a Josefina, en manos de ese Hugo, ¡seguro!: "¡a dónde vas ahora!"... Josefina le dice que tiene que irse hoy antes porque Agustina tiene que salir más temprano. ¿Con quién sale Agustina? Con el español, con el chofer. ¿Y ella?... Ella qué, ¿no la ve aquí?... Pero después, cuando salga de la Casa... ¿No le ha dicho ya que va a sustituir a Agustina!?, y Josefina sabe que está haciendo daño a José, pero no puede evitarlo, y le duele que él no confíe en ella, que es su novia, y se ha rebelado con la voz y con el gesto, porque ya se ha separado de él y comienza a dar sus pasos, lentos, pero pasos, en dirección al portón... "Mira, Josefina", se ablanda José, del susto, "quiero que me digas por qué no viene Hugo a ver a su amigo Aquiles, y por qué está ahora tan pegado a Robertico... ¿tú le has hablado de... nosotros?". Eso es lo que quería decir y eso es lo que no le ha salido hasta ahora; y está más tranquilo con decirselo, aunque

está dolorosamente pendiente de la respuesta... Josefina se detiene, y no le mira con rencor, pero sí con cierta dureza, y pregunta a ver qué ha querido decir José, como si no lo hubiese entendido. José se atreve, y es él el que avanza en su dirección, que no son más que ~~de~~ los pasos, y le pregunta abiertamente si Hugo no está enamorada de ella... Esta es una forma de poner las cosas que no se esperaba Josefina; porque ella podía decirle que no tenía nada con Hugo, que no le interesaba Hugo, pero le es muy difícil decir a José, su novio, sin mentir, que Hugo no está enamorado de ella; podía decirlo, y eso haría bien a José, pero no sabe decir en este momento una mentira que no es absolutamente necesaria, y se calla. Eso ha sido bastante para José, para que se le reviente en el corazón como un tejido delgado y fuerte a la vez, y se queda viendo ansiosamente los ojos de su novia; y su novia acepta la mirada sin reparos, porque la mentira no está a ese nivel, a la altura de los ojos, sino que la mentira es cosa de simples palabras; pero no puede evitar compadecerse de su novio, porque le ve el amor en aquellos celos dolorosos que ella tampoco hubiese podido soportar, y dice entonces que no, que ella no cree que esté él enamorado de ella... Eso ha sido aún peor: "¿No crees, qué quieres decir con eso?"..., y ha sido una voz tierna la de José, y temblorosa, porque no lo dice todo pero está conteniendo todo, como un bote que está cargado excesivamente; y ella vuelve a decirle que no, que cree que no, y que... está segura de que no, y se atreve a mentir, para salvaguardar mejor el amor de ellos dos, que es verdad, y para no dejarlo allá con aquel peso, que no, que está segura de que nada tiene que ver Hugo con ella, que ya sabe José que ella es de él sólo, ¿no lo quiere creer?....; y ya le salen las lágrimas, porque no puede más, ya es mucho peso esta carga para ese bote en aquella corriente, y se refugia en el hombro de José, y José no

sabe qué hacer, porque los están viendo, están en la vía misma en que está pasando la gente a cada momento, y la consuela con las manos, que tienen una de Josefina cogida con fuerza, para que lo sienta a él pegado a ella... Y es cuando Josefina se separa bruscamente y le dice que tiene que irse, que es tarde, y arranca, no a correr, pero casi, porque le cuesta a José seguirla, y le llama: "Josefina, Josefina"... Y Josefina le habla, mientras corre y mientras se seca las lágrimas, y le dice que no, que vendrá otra vez y que traerá a Robertico, que no se preocupen, y que se lo diga a Aquiles... Y cuando José la alcanza ya están los dos cerca del portón, y está el portero mirándolos, y sale éste al paso para preguntar a Josefina si la está molestando; Josefina dice que no, que gracias, y mira por última vez a José, que se ha detenido, y le dice que vendrá la semana próxima, que se lo diga también a Aquiles....

34

-Tu hermana se fue...

-¡¿Se fue??

-Sí.... ¿Qué pasa?

-¿Qué pasa, qué?...

-¿Por qué se fue?

-¡Y yo qué sé por qué se fue!... ¡¿No te lo ha dicho a tí?!

-A mí no...

-Tú sabes que ella habla más contigo que conmigo....

-¿Tú crees?

-¿YO?... ¡Tú es el que debes saber eso mejor que yo!...

-Yo no sé...

-Desde que ustedes son noviso, Josefina no habla casi conmigo...

-¿Te duelo eso?

-Un poco sí.

-No me lo habías dicho hasta ahora.

-Te lo acabo de decir.

-Tú te ibas con el pequeño...

-Claro; ¿para qué crees tú que me iba con Robertico?

-Por estar con él.

-Sí, claro; y para dejarlos un rato solos.

-Está bien...

-Claro. Pero mi hermana ya no tiene una sola confianza más conmigo...

-¿Por qué dices eso?

-Yo lo siento. Yo no me explico muchas cosas, pero las siento.

-Está bien... Pero ahora es conmigo...

-¿Contigo?

-Sí; tenía prisa por irse; apenas hablamos hoy...

-¡Sí!...

-¿Por qué no traería al chico?

-Ya te ha dicho ella, como a mí, ¿no?

-Qué?

-Que se ha ido al cine con Hugo...

-Sí, ¿quién es ese Hugo?

-Un amigo mío; yo te hablé de él, ¿no?

-Sí, pero ¿quién es él?

-Un buen tipo...

-¿Joven?....

-Como nosotros; creo que mayor; debe tener dieciocho...

-Y, ¿cómo es él?

-¿Él?... ¿Cómo que cómo es él?

-Sí, cómo es; si es grande, pequeño....

-Bueno, es más bien grande, y tiene un diente de oro, y el pelo liso, peinado a raya, y así... ¿cómo te voy a decir que es él?....

-Sí....

-¿Por qué me preguntas eso?

-No, por nada... El, ¿gana bien, no?....

-Sí, se saca la vida, mejor que uno....

-Ah....

-¿Qué estás pensando?

-¡Estoy pensando que anda con Josefina!....

-¿Con Josefina?... No creo...

-¿No crees?...

-No sé, creo que no.

-¿Cómo explicas lo de hoy?...

-No sé...

-Josefina viene sola, primero, ¿no?...

-Sí....

-Ella, que no deja nunca a Robertico, lo deja con alguien; tiene que ser alguien que ella aprecie, ¿no?...

-Bueno...

-No, no...; bueno, luego, que está aquí triste, como ausente, viviendo otra cosa, ¿no?.... ¿Lo notaste?...

-Sí...

-Bueno; vamos por ahí... Y luego, que tiene que irse pronto, que tiene prisa...

-¿Dijo que tenía prisa?

- ¡Claro!... Que tenía prisa; y arranca hacia el portón, y se echa a llorar...

- ¡¿Se echó a llorar?!

- ¡Que sí!...

- ¡No me dijistes eso!

- ¡Bueno, si te lo estoy diciendo ¿no comprendes?!... ¿A dónde va ella corriendo?... Donde el chico, ¿no?. ¿Con quién está el chico?... ¡Dime, ¿con quién está?!...

- Con Hugo...

- Y ella sale corriendo donde él, y sale llorando, ¿entiendes?

- Sí...

- Sale llorando, sin apenas despedirse de mí, ¿no?

- Ah...

- Sin despedirse de mí.... ¿Por qué no quiere despedirse de mí?...

- No sé...

- No sabes, ¿no?...

- No.

- Y ¿no te imaginas?

- Sí...

- ¿No crees tú que Josefina sale esta tarde con Hugo?

- Pues no sé...

- ¡¿Y que acaso Hugo estaba esperándola con el pequeño al otro lado del muro?!...

- Eso no sé...

- ¡Pero puede ser, ¿no?!...

- No sé...

- ¡Pero sí puede ser, ¿no?!

-Sí, poder, sí puede ser... No sé, ¡no sé!...

-Yo tampoco...

-¿Qué ha pasado entre ustedes?

-Nada.

-¿Nada?

-Nada; te lo digo yo. Ella se fue muy contenta el domingo pasado; hasta... me besó....

-¿La besaste?

-Sí.

-¿Dónde?

-En la boca...

-¡No, hombre!... ¿Dónde, en qué sitio la besaste?...

-Aquí, en el banco de siempre...

-¿Acaso sea por eso!

-¿Por eso? !

-Acaso la llamaron la atención por eso, y ella está brava porque la besaste, y...

-... Y se va ahora con ese otro...

-Con Hugo...

-Con Hugo; se va con él por eso, ¿qué te parece?

-No sé; la verdad es que no sé...

-Yo tampoco...

35

Era un salón pequeño. mínimo, de una sola ventana, que daba a un bloque vecino, y había en la pieza dos sillas y una mesa, y los muros pelados, recién encalados. Apenas entraba la luz porque estaba parado, tapando el hueco de la ventana, Jesús Villanueva, vestido con saco y todo, y corbata, y la que hablaba era Rosa, que estaba sentada en una silla, con Robertico entre las piernas, sujetándolo por los hombros con un brazo desnudo, porque ella estaba sólo con la bata sin mangas, abierta por el pecho y con las dos piernas al aire, sujetando al pequeño, que no parecía estar muy a su gusto, porque se resistía a las caricias de su hermana cuando le preguntaba ésta si estaba contento; él le decía que no; ¿por qué?; porque no, porque él prefería estar con Josefina; y ella le pasaba la mano por los cabellos y le pellizcaba en la barbilla, y le besaba; pero el chico nada, tieso y rebelde entre sus dos piernas; y a todo esto se revolvía Villanueva sobre sí mismo, porque no decía nada, pero se encendía y se apagaba la luz en la pieza, y era que él se estaba moviendo frente a la ventana, con las manos en los bolsillos, descansando su cuerpo sobre una ca-

dera y sobre la otra, nerviosamente, agarrándose con las manos del dintel, metiéndoselas otra vez en el bolsillo, como si le estuviese escondiendo algo por dentro; y Rosa a lo suyo, a conquistar la voluntad, la mala voluntad, de su hermanito, que no parecía dispuesto a ceder, ofreciéndole cosas: "¿Verdad, Villanueva, que tú le vas a traer un avión de esos que vuelan?". Y Rosa sabía que le gustaban a Robertico los aviones, y estaba buscándole en la cara el efecto de sus palabras, y Villanueva dijo que sí, que se lo iba a comprar, porque había que decirlo, aunque le salió en un tono agrio que Rosa le sabía descubrir muy bien; y Rosa siguió, siguió ofreciendo, y dijo a su hermanito que también le iba a dar unos pasteles que ella tenía guardados para él; ¿dónde?, y el chico pareció, de pronto, interesado en algo, y su hermana se alegró, porque era la primera vez, y le dijo que en la nevera, que tenía unos pasteles de crema en la nevera...; pero el muchacho, después del alivio, le clavó aquellas palabras de sal: "¡tampoco quiero pasteles!"...; ¿por qué no quería, si le gustaban tanto?; porque no, porque lo que quería el pequeño era vivir con Hugo (!que era un desconocido para Rosa!) y que quería ver a Josefina (que por lo menos era su hermana, aunque también le dolía que el pequeño la prefiriese); y Rosa reaccionó, y le dijo que sí, que cómo no iba a ver a Josefina, que sí, que ella vendrá cualquier día de estos a verlo... Y de pronto se hizo la luz, y una voz indignada dijo: "¡déjale al muchachito en paz, carajo!"... A Rosa le sonó dura aquella voz, y no se movió, porque no quería soltar a Robertico, que lo tenía preso entre sus rodillas, pero volteó con brusquedad y le salió, con dolor: "¿por qué voy a dejar al niño en paz, ah?"...; Villanueva, que ya estaba otra vez tapando el hueco de la ventana, pero ya volteado hacia Rosa, le dijo que sí, "porque sí", porque ella quería al niño, ¿no?... pues ahí lo tenía; pero "¡el

nifio no te quiere, carajo!"... "¡Sí me quiere!"... "No, no te quiero; yo quiero a Josefina"... Y parece que era lo que estaba esperando oír Villanueva, porque dejó la ventana y se sentó en la otra silla, frente a los dos hermanos, y ya la habitación se había hinchado de luz y parecía la pieza más grande, y dijo en un tono reposado, y hasta cariñoso: "mira, yo agarro al muchachito ahora, me lo llevo donde es..." y le iba a interrumpir Rosa, porque ya le estaba fulminando con los ojos y ya los labios estaban dibujando la palabra, pero se adelantó Villanueva: "¡no, déjame hablar, carajo!"... y Rosa borró las letras de sus labios y dejó que Villanueva le dijese: "Ya lo vistes, ¿no?... pues ya está; ahora sabes dónde está; lo puedes ir a ver..." y parecía sensato, Villanueva parecía tener razón, y por un momento pensó que Rosa se la daba, que estaba con él en la manera de ver la situación, que se iba a arreglar aquello sin más esfuerzos; pero quién sabe lo que le llegó a Rosa a la cabeza en ese instante, porque se enderezó y abrió más los ojos, que eran negros y hermosos, y ya muy grandes, y dijo a Villanueva, mientras apretaba con su mano el brazo de Robertico (tanto que éste le dijo que le estaba doliendo), que no, que ella quería tener al pequeño, porque lo quería, y, además, ¡porque le tocaba!, ¡porque ella era la cabeza de familia. ¿no?; "sí", repuso Villanueva, "y también la cabeza de...", y no terminó, porque tuvo un pudor instintivo, y tonto, ante el niño, pero después siguió: "¡Sí, eres esa cabeza que dices, ¿cómo no?, ¡pero el muchacho no te quiere, carajo, que no te quiere!", y levantó la voz tan alto que Rosa soltó a Robertico para taparse los oídos; pero siguió Villanueva: "¡entiendes!...; sí quieres te lo guardas en la casa, pero ¡no te quiere!!"...; y Rosa sonrió luego, como una loca, tal cual; pero fue para decir: "mi amor, ¿estás celoso?"...

"¡Celoso yo de ese muchachito!" "Sí"... "¡No me hagas reír... !y ahora te vas al coño de tu madre, y me voy, ¿entiendes?, me voy!"... Y se levantó Villanueva brúscamente, y se le cayó la silla, y la dejó caída y se movió en la pieza como para salirse por la puerta, como para irse, que había que dar muy pocos pasos para eso; pero no se fue, sino que se quedó en el gesto; y a pesar de eso, de saber Rosa que había dado donde era y que había conseguido mover la mole de Villanueva de sus casillas, le dijo, por esas sorpresivas y sabias maneras que tiene la mujer de reaccionar: "Jesús, no te pongas bravo, ven"... , casi sin levantar la voz; y la fiera se amansó, y se quedó frente a la ventana, viendo para fuera, y dijo: "¿qué quieres?"...; ella no se movió, sino que acarició la cabeza de Robertico, y, segura de sí misma, dijo: "ven, mi amor; es que estoy brava, con el muchachito, no contigo; y tú me tienes que ayudar, porque esto es importante, ¿comprendes?"... Villanueva aprueba con un gruñido, y es ella la que sigue hablando: "no te vayas sin darme un beso, ven, mi loco, ven"... y Villanueva regresa, y se le sienta en frente, en la silla que acaba de poner en pie, y ella le dice, ya con su mano sobre su rodilla y mirándole a los ojos: "¿no vendrás tarde?"; Villanueva le dice que no sabe, pero sin rencor, sólo porque es verdad que no sabe cuándo podrá regresar a su casa; pero ella insiste, porque cree que Villanueva todavía está bravo y es por eso: "anda, no seas maluco"...; pero él insiste en que no sabe, que eso depende de las comisiones que le den en el día; entonces ella le pone su mano en la cara, acariciándole su barba cerrada, y le dice que todavía le tiene que agradecer que le haya traído a Robertico la noche pasada, que eso no lo olvidará ella nunca, porque lo ha hecho por ella, porque la quiere, por eso sólo, porque hasta tiene celos del muchachito... "¿no es verdad?", y le da dos palmadas suaves en la mejilla y se ríe un poco de él,

por cariño, eso está a la vista, y Villanueva lo sabe, porque tiene la mirada tierna y sosegada, amansada, buena, fuera de su ser normal, y entonces le sale una voz que nadie le ha oído antes, menos Rosa, que es la que ha pulsado aquellas cuerdas, y le dice que él comprende todo lo de su familia, y sobre todo su hermanito, pero que ella también tiene que comprender que no puede ser, porque su hermano no la quiere...; "es su primer día, mi amor"...; "lo traje ya anoche"; "sí, pero éste es el primer día"...; bueno, Villanueva no quiere seguir discutiendo esto con Rosa, porque se tiene que ir, y se levanta, y no sale por la puerta, sino que le da un beso en la frente a ella, y le pone su manaza a Robertico en la cabeza por un sólo instante, y después se para frente a la ventana, y así, sin darle la cara a Rosa, se atreve a decirle lo que no le dijo hace un instante, cuando los ojos de Rosa lo tenían encandilado y amansado, sentado sobre la silla, pero en verdad de rodillas delante de Rosa: "Rosa, mira... tú has visto a tu hermano, y sabes ahora dónde está, y ya sabes también que no te quiere, que quiere más a tu hermana que a tí, y que será difícil tenerlo encerrado aquí, y esto nos puede enredar todo"; "¿enredar, por qué?..."; "¡tú y tu tío Raúl del coño!, esa gente va a comenzar a moverse"...; "lo trajo la policía, ¿no?..."; "sí, lo trajo un policía, pero si llaman a la policía sabrán que no hay orden para eso"; Rosa brinca: "¿no hay orden?..."; "no, m'hija", y Villanueva le dice con una voz de maestro de escuela: "eso te lo traje yo, que soy policía, pero no ha sido una cosa oficial"....; Rosa se para: "¿y entonces?..."; "nada, tú estate tranquila"...; "pero cómo me dices que esté tranquila, y también me dices que esto se puede enredar todo para mal"...; "sí", y ya Rosa está pegado al cuerpo grande de Villanueva, y éste le rodea el cuerpo con sus brazos, "ya el muchacho está

aquí; me pediste eso, ¿no?"...; "sí..."; "pues ya está aquí"...; "¿y ahora?"...; Villanueva no dice nada, y mira al chico, que está sentado, viéndolos, y no dice nada; es Rosa la que vuelve a hablar, y dice: "y si ahora te buscan"...; Villanueva le dice que no, que no se preocupe, porque a él no le van a buscar en aquella casa, porque nadie sabe que vive allí; ¿cómo no van a saber?; no, porque él no ha dado su nombre verdadero en la policía donde trabaja, y nadie sabe dónde está y dónde trabaja y dónde vive Jesús Villanueva, ¿comprende ella eso?; es que como él ha dicho que se le pueden enredar las cosas, ella ha pensado en él primero que todo, porque le ha asustado pensar que le pueden venir a prender a aquella casa...; "olvídate, y me voy, y regresaré en cuanto pueda, ¿dónde vas a poner a dormir al muchachito?"...; Rosa se sonríe, y todavía le tiene agarrado de la cintura, y no insiste en la herida, y dice: "no sé, lo puedo poner en el sofá; ahí hay sitio; o lo pongo a dormir conmigo, aunque no te guste, sólo hasta que se duerma"...; y ya él está saliendo del hall, y no sabe ella qué cara ha puesto Jesús, y ella insiste, aunque él ya está saliendo del apartamento: "¿estás celoso?"...; y el no regresa, pero levanta la voz, que es igual, y le dice, antes de dar el portazo: "¡no digas gñebonadas, mujer, que me voy a volver a calentar!"...

36

Ahí está Aquiles.

Tieso, hinchado, como siempre que lo citan a la oficina. Es que cuando lo llaman, lo necesitan para algo. Y él sabe cuándo es él una persona y cuándo un perro. Y le gusta sentirse alguien. A veces piensa que no sabe cómo, pero él tiene que salir de abajo. Le gustaría ser como quiere Josefina, y también José, ¡que a veces los dos parecen curas de "Fé y Alegría", ¡carajo!, pero que tienen razón cuando quieren salir de la mierda y ser decentes como otros que trabajaban y tienen familia de uno y no tienen que esconderse de nadie. Eso le gusta. Recuerda a un muchacho que pasaba todos los días por Jesuitas y él estaba en esa esquina vendiendo periódicos y que se parecía a él, por nada, sino que creía que el muchacho tenía su tamaño, y la cara morena y el pelo negro y duro, pero que iba vestido con un sweater rojo nuevo y los pies en zapatados, y con unos libros; él lo vio un día, y otro día, y lo veía luego a menudo, a la misma hora, y es que entraba al Colegio. Nunca le llegó a comprarle a él un periódico, ni lo

miró, y seguramente no diría nadie si le pusiesen delante a Aquiles y le preguntasen: "¿Usted conoce a este muchacho?", porque a él nunca le ha interesado esa bandera de trapos que voceá periódicos, y, sin embargo, es alguien a quien Aquiles sí ha visto muchas veces y lo ha mirado con envidia porque le gustaría ser un Aquiles Rodríguez así con su padre y su madre que le vivan a uno todavía, y que tenga su comida en la casa, y que va a la escuela, no como él ahora, que daría cualquier cosa porque no le pusieran delante un maestro como Rosendo que le pregunta dónde está Mérida, por un ejemplo, en un mapa, porque él sabía irle por la carretera donde fuese, aunque fuese a pie, pero que no puede saber en un mapa si queda a la derecha o a la izquierda, que esas son güebonadas que inventan los Maestros, porque ellos viven de los papeles, y también tienen que vivir de algo y viven de saberle más de eso que uno, que es como ponerle crucigramas a uno, y a veces en latín, a ver dónde queda algo y no por enseñarle a nadie nada sino ya preparados para decirle: "¡no sea usted zoquete!", que eso es lo que les gusta a ellos, que haya siempre gente que sepa menos para subírsele a uno por encima, con una pata sobre su cabeza, cuando hay muchas cosas que ellos no saben, porque él... pero tiene que tocar la puerta, y toca dos veces...

Y sabe que le van a decir que ya está para salir. Ya tiene en la Casa casi dos meses. Y hace dos días que lo llamaron así, y salió, Justo Méndez, un flaco que entró después de ellos dos y parecía que iba a ser amigo de Villanueva, porque nada más llegar, Méndez y él se hicieron amigos, pero luego resultó ser un pendejo, de los de decirle el Maestro Rosendo: "dígame lo que es un río", y él, de bolsa, va y se le pone a decir como un lorito: "río es, papa-pá", y el Maestro Rosendo dice que está bien; ¡claro, porque a él le gusta que le digan la cosa como él sabe, leído y cantado de otro, como un loro!, y se da lija con eso, cuando ese bolsa de Méndez no se ha bañado nunca en un río ni ha agarrado un pez nunca, ni le sabe las mañas, ni la fuerza, a la

corriente, como él, que estuvo dos meses viviendo en Barrancas en casa de un hermano de mamá, Jesús, cuando murió ella, y él, Aquiles, había atravesado el Orinoco, ¡grande como un mar!, montado, aunque no solo, en una curiara, y había agarrado, él mismo, una sapoara grande...

Y entra, porque le dicen, ¡y una mujer!... que pase. No es el director el que lo ha mandado llamar, como le han dicho, sino que es la doctora Moreno la que está sentada ahí, y le está diciéndole ahora que cómo está, como si no supiese esta vieja cómo está él, y todo este aparato para decirle que le había llegado la hora de irse, que va a ver si va a sentirlo, ¡de contento es que va a llorar él, no joda!; pero hay que ponerle a esta bolsa buena cara, la de dormir, como ponía el pendejo de Méndez, y quién sabe si fue por eso que le pusieron libre; y ahora lo sentará; a él no le importa que le digan eso, que se puede ir, estando parado, como está todavía cuando le dice la doctora que se siente, porque él había entrado y ella estaba escribiendo algo, como si no le importase que él estuviese aquí...

Y Aquiles se sienta, con cara de güebón, hecha a posta, y la doctora le está diciéndole que tiene que preguntarle algo, como si ella, esta mujer que es ayudante del Director, necesitase de él para algo más que mandarlo para la casa; le hubiese gustado recibir esa noticia de la boca del Director mismo, y no de esta pureta que le está hablando y hablando, y todo es paja, para decirle que se vaya, porque él se ha venido portando correctamente, bla-bla-bla, y le está diciéndole "entre otras cosas" (¡que no le ha dicho nada todavía!) que le quiere preguntar algo: que ella sabe que su hermanito... (¡y no es ni siquiera con él!!)... ¿Roberto, no?... ¡claro que su hermanito se llama Roberto... (¡y qué será de Robertico?!)... y está viviendo con unos amigos de él, de Aquiles, ¿no?... (¡y qué habrá sido de Robertico!!)... ¿cómo se llama ese amigo?...

Aquiles está viendo a Robertico ahogado, lo sacan de un río, en Barrancas,

y está Josefina llorando... ¡por eso es que lloraba Josefina el otro día!, y ve a la doctora Moreno, que no se está riendo esa vieja, porque no, pero tampoco está triste ni nada, y ella, por poco que le importe lo que pasó a un hermanito de uno, no se lo diría así, tan sin nervios... "¡qué fue!"/.. pero la doctora Moreno le dice que no pasó nada, y le sonríe desde sus planchas, que hasta se mueven, ¿por qué va a pasar algo?... y ya Aquiles sabe que no le va a decir nada esta mujer, y que debe callarse, que habrá tiempo de pensar después... y no, que es solamente que en los papeles de él falta este dato, el nombre de su amigo, de... ¿cómo se llama?... "Hugo"... pero ella quiere saber el nombre completo, porque lo tienen que escribir, ¿no ve Aquiles que la doctora está con la pluma en la mano esperando que hable?... "Campos"... eso es, y ya lo está escribiendo...

Aquiles está preocupado, y ya no por él, sino por sus hermanos, que desde que está él ahí adentro, ¡o desde que Villanueva está fuera!, se le está eseu-rriendo el poco mundo que le quedaba, y ve a la mujer escribiendo, y la ve en los anteojos montados sobre su nariz, que no es nada de ella, sino un añadido, pero que le están diciendo, ¡lo sienten!, que hay un peligro nuevo en el aire; estas cosas no se aprenden como lo de los mapas en los libros, pero tampoco un pez nace nadando porque se lo haya enseñado alguien, sino que nace sabiendo; y afila el ojo y ve esos labios que le están diciendo que ella estaba revisando su informe, por rutina, esta mañana, y que encontró que faltaba esto, "cuál es la dirección de su amigo Hugo Campos?"... ¡quieren saber dónde está, ¡y por qué!!, y además no lo quieren como uno sabe, que es como uno lo ha aprendido y que sirve para ir, sino la calle y el número, y él no sabe eso, sino que la casa está más abajo que la Plaza Candelaria, como se lo está diciendo ahora, tres cuadras, y cerca de la de Carabobo, y hay en frente un botiquín, "La sombra", y la puerta misma es roja, está pintada así, y cae como a mitad de cuadra, ¡¿qué más necesita nadie para llegar allá?!...,

y la doctora insiste, si no le sabe la esquina... ¡qué esquina del coño va a saber él, ni le va a hacer falta a esta vieja!...

Aquiles está bravo, y temiendo que sea algo malo lo de Robertico, ¡podría ser!, y le gustaría preguntar si ella, la vieja, sabe algo; pero él no pregunta, porque ya le dio respuesta antes y esta gente no conversa con uno sino que le dice algo y pregunta algo, y el que tiene que soltar lo que piensa es siempre uno; eso es así; y la vieja le dice, como si se le hubiese leído en la frente, que era sólo que faltaba esta información y que quería decirle a él, por otra parte, que todo iba bien, que no tenían queja de él, bla, bla, bla...., y Aquiles está oyendo, pero está pensando que es demasiado que le está hablando media hora, ¡y la doctora Moreno!, para preguntarle una pendejada... aunque ahora ella quiere enderezar esa paja diciéndole que el otro día la había llamado el director para decirle que tenían que pensar en el informe de Aquiles Rodríguez, y que por eso, estando revisándolo esta mañana, se había dado cuenta ella que faltaba esta información, y ya sabía ella por experiencia que cuando preguntaba el director por un expediente era señal de que todo iba bien...

Aquiles está como sobre una cuerda floja, ya no sabe si la verdad es lo primero, cuando sintió el peligro, o ahora, cuando está escuchando a la doctora Moreno decir lo que le está hablando, que a veces los doctores usan las palabras que aprenden en la Universidad, no para decir nada, sino para tapanle a uno las cosas, ¡una vaina!...

¡Y uno que no tiene dónde llamar!...

37

José lo estaba esperando. No le dijo nada cuando le llevó Aquiles en la misma rampa, porque lo estaba esperando allá, y no más adentro porque no se había atrevido a entrar más; ¡y le vio esa cara a Aquiles!, que venía sin querer ver a ninguna parte y viéndole a José, porque no había forma de no ver ese bulto blanco de la franela y lo azul del pantalón a media pierna que estaba recostado al cemento, esperándolo. Y no le dijo nada Aquiles, aunque se le quedó al lado, mirando hacia un pedacito de tierra que había quedado apri-
sionado entre el cemento, sin una mata.

¡José no podía preguntarle esa pendejada!, y no le preguntó; le miró la cara:
¡dos lágrimas ahí es como verle un hueco en la frente!

-¡Qué fue!...

Aquiles nada, callado, escondida la congoja, apenado de no haber podido hacer otra cosa cuando llegó, y teniendo que en cualquier momento pasase, subiendo,

o bajando, alguien por esta rampa y se le acercase para verle la cara y que lo viese a él llorar, ¡no joda!... ¡como una mujer!...

Y José tratando de entrarle a aquel dolor por alguna parte, como quien quiere arrómar el hombro a alguien que carga una caja que pesa mucho y que uno sabe cómo, y uno no hace sino estarse al lado, como un pendejo, y pujando sólo con la intención, sin poderle echar una mano a Aquiles, ¡qué vaina!

Y Aquiles va y se voltea y arranca caminando rampa abajo, mirando al techo, que es un cemento sin enlucir y que baja también, porque es la misma rampa que supe al otro piso pero visto por el culo, que así lo está viendo y pensando Aquiles mientras va dando esas zancadas y con los ojos abiertos, grandes, para que no se les desborde el agua a esos ojos y le baje por la mejilla, ¡carajo!, caminando como si fuese un ciego, que los ciegos miran hacia arriba, sabiendo que arriba no hay nada que ellos puedan ver, sino para concentrar la atención en los pies, donde están los ojos de los ciegos, y que los de Aquiles van cayendo sobre el piso de cemento como unas palas de goma anchas: paf, paf, paf, y José los está oyendo por detrás, bajando por donde ha bajado su amigo, y queriendo acercársele en algo más que el cuerpo.

Aquiles no coje para la habitación, ni tuerce para el banco del rincón, ni va tampoco para el comedor, porque todavía es muy temprano para formar para la comida, ni va en la dirección del portón, sino que van los pasos grandes en dirección de las rejas, a la placita, y es que allá no hay nadie más que un banco ciego, que está sin vista porque mira al muro, un muro con cascotes de vidrio y alambre de púas que da a las quintas, y se sienta, solo, porque está solo; José le ha dejado ir un poco por su cuenta, para no afrentarlo, pero sin dejarlo de ver, y lo ve ahora sentado, con las piernas anchas y los brazos abiertos en cruz sobre el respaldo, ¡ocupando todo el banco!, y es que no querrá Aquiles que se le siente nadie al lado, ¡ni acaso él, José, que es su amigo!, y José ve pasar a un grupo de internos hablando de

beistol y no irán a la placita; espera eso, aunque a veces se reúnen allá los grupos para conversar, y no van, por suerte, sino que toman para la piscina, y los está viendo irse un rato, ¡acaso no piensan esos muchachos ni en salir!, y ahí sigue José, que ya dejó de ver el cielo y tiene una pierna sobre la otra y se ha hecho un poco a un lado y tiene las manos juntas, que ya ha debido pasar lo peor, ¡que ver llorar a un hombre es una vaina muy seria!, ¡carajo!, que casi empieza a llorar él, ¡y no antes, sino ahora, pendejo que es uno!..., y avanza en esa dirección, en la de Aquiles, que ya ahora le podrá decir algo, y le llega y le dice, ¡como si no hubiese pasado nada!, ¡¡qué pendejada!!, ¿no?!, como si nada, y con una voz de estarle llegando a un amigo que está feliz de verlo, le dice: "¿qué hubo?", y Aquiles dice lo mismo: "¿qué hubo?"...

38

¡Está la señorita Josefina Rodríguez, por favor!...

La que acaba de abrir la puerta, que no estaba más que entornada es la señora Campos, y se dice que este señor debe ser de la policía, y le hace pasar, "pase, pase, por favor", y que tome asiento; el Director se sienta en el sillón narrón, que se queja en los muelles, y contesta a la señora que, por favor, que es de parte de un amigo, en el mismo momento en que está llegando Josefina diciendo:

-¡Cómo está usted, doctor!...

-¡Hola, Josefina, ¿cómo se siente?!...

Y ya Josefina le ha llegado a su mano y la sujeta entre las dos de ella, que están frías y temblorosas; la señora Campos está ~~hecho~~ a un lado, sin saber quién es este señor, pero pensando que es algo bueno para Josefina, porque parece embobada viéndolo y diciéndole qué qué bueno que haya venido, que ella pensaba ir a visitarlo, aunque... y Josefina se pone a llorar,

y trata de no hacerlo, pero es que no puede, y le ha llegado la señora Campos y la está haciendo sentar en una silla que está cerca del sofá, y dice, no a Josefina, que ella ya conoce todo lo que ella le puede decir, que ya hace días que esta casa parece de alguien que se ha muerto, y dice al doctor que ya ve cómo está la pobre muchacha con ese dolor adentro: reventada; y Josefina la presenta entre sollozos, que es la oportunidad de que se entere la señora Campos también de quién es este señor, y se alegra mucho!, y comienza a contarle cómo fue que le quitaron a Robertico, con mil detalles, los que ella recuerda y los que se han ido acumulando con la intuición y la fantasía de ellas dos y Hugo hablando de lo mismo.

-No se preocupen- dice el director- que el muchachito regresa pronto.

-¿Regresará pronto, doctor?- dice Josefina.

-¡Que Dios lo quiera!- dice la señora Campos, por el muchachito y por Josefina, que no ha dormido una hora!...

Josefina pregunta entonces que cómo ha llegado hasta allá, hasta la casa.

-La doctora Moreno llamó primero a la casa donde trabajó usted...

-¡Y le dijeron que me habían botado!...

-Sí, pero no se preocupe por eso, que le sobraré dónde trabajar...

Josefina explica que no fue la señora, que es muy buena, sino que fue él, que es un hombre desconfiado y maluco; y pregunta a ver, entonces, por dónde había sabido la dirección de la casa...

-Por Aquiles.

-¿Y Aquiles sabe esto?!...

El director le explica que no, que fue con la excusa de completar el expediente, y que no se mortifique, que lo de su hermano va bien y todo se va a arreglar pronto... ¡y cómo había podido averiguar Villanueva esta dirección!... ¡porque fue Villanueva, ¿no?!...

Josefina está pensando ahora, y por primera vez, ¡que ha podido ser el tío Raúl, que la vio por aquí!, ¿quién sabe?; todavía entonces no estaba Robertico en esta casa, pero Raúl pudo buscar por esta zona más tarde, no por él, sino por ella, y pudo tropezar con el muchacho como lo vio a ella, ¡ese hombre es capaz de cualquier cosa!...

La señora Campos está diciendo por su lado al director que no sabe, que ella no lo conoce, pero que por las señas que había dado Josefina parecía él, aunque se puede equivocar, ¡porque estaba muy nerviosa cuando se vinieron a llevar al muchachito!...

Josefina cree que debe decir algo del tío Raúl, porque pueden que sean cosas de él, para... lo que fuese, y eso la asusta, porque ahora se le estaban abriendo, y de un golpe, dos caminos que seguir y no uno sólo, y ella tenía más confianza en Rosa, aún con el loco Villanueva al lado, porque era su hermanito, y éste otro no, porque no es nada de nadie y sólo las ha buscado a ellas por lo peor...

El director está diciendo que todo parece cosa de Villanueva, porque ese muchacho procede siempre así...

-¿Y ustedes ya hablaron con la policía, doctor?- pregunta Josefina.

-Sí, yo personalmente llamé a todas las policías de Caracas y comprobé que no había habido ninguna orden de recoger a un muchachito.

-¿Y denunció a Villanueva, doctor?...

El director le dice que sí, que el caso Villanueva es ya de varios días para la policía, por otras cosas, y que ésta era una pista distinta a la que habían seguido hasta ahora, sin resultado, y que era muy-muy probable que todo esto fuese cosa de él; la señora Campos le está ratificando ahora todo con señas inconfundibles...

Josefina ha quedado pensativa, y es que es verdad que podía ser Villanueva;

¿y si no es, y están perjudicando a Rosa?; puede hablar ella todavía del tío Raúl; pero ¿si el tío Raúl no tiene nada que ver en esto, si, además, eso desvía a la policía hacia caminos que no son?, ¡y Robertico está más lejos, cada hora que pasa le parece que lo están llevando más y más lejos!...

El director estaba diciendo, mitad para Josefina, mitad para la señora Campos, aunque él estaba viendo a Josefina preocupada y por su cuenta, como era muy natural, que puso a la orden de la policía todo el expediente de Villanueva, y que la policía le dijo que ese mismo sujeto estaba siendo buscado hacía semanas acusado de homicidios, de más de uno, y que en cuanto lo tuviese en sus manos lo iban a llamar.

-¿Y no lo llamaron, doctor?

-No... ¿y vinieron ya aquí a investigar?

La señora Campos le dice que no, y Josefina repite que no.

-Bueno, eso toma su tiempo- les dice el director- la primera vez que los llamé no tenía esta dirección; volví a llamarles para dársela esta mañana; en cuanto llegan aquí, me avisan, quiero estar seguro de que vinieron y están buscando por donde es...

¿Y ellas, las dos mujeres, tenían que decir todo lo que sabían, todo?

-Todo, digan todo.

-¿Lo de Rosa también?...- pregunta Josefina.

-Todo, porque la policía necesita saber todo...- y ya está mirando a su reloj, y está insistiendo en que la suerte del muchachito está en las manos de Villanueva y que hay que buscarlo sabiendo con quién está, con Rosa, y tienen que tener las señas de Robertico, todo...-y les voy a pedir este favor: que en cuanto llegue la policía me den una llamada...-y el director se da cuenta que allá no hay teléfono, pero pregunta a la señora Campos si hay algún teléfono cerca...

La señora Campos le dice que sí, que ahora han puesto un teléfono público a media cuadra, que es muy conveniente, porque...

-Bueno, entonces me llaman en cuanto sepan algo, por la policía o de cualquier otro modo...- y le está anotando en una tarjeta los números de teléfono...- si es durante el día me llaman a la Casa de Observación, y si es de noche a mi casa- y pasa la tarjeta a Josefina.

-Sí, doctor, muchas gracias.

-¡No faltaba más!- dice la señora Campos acompañándole al director mientras éste va saliendo de la puerta roja- ¡si ese muchacho era el sol de esta casa!...

Josefina se ha sentado a llorar.

39

Serían las once cuando Aquiles se subió a la mata de mango; no se apresuró en sus movimientos, sino que después del esfuerzo y la tensión se quedó respirando, viendo lo que se podía ver, que eran tres focos de luz subidos en la esquina, sobre el ángulo del muro, y que alumbraban muy bien la cancha y parte de la piscina y la entrada de la administración; estaría ahora el portero Arias en su oficina, seguro de que esta noche sería como las demás; José Armas echado en la cama, sin dormir, pensando en lo que estaría haciendo él; estaban esos pedazos de vidrio con las puntas afiladas formando apretadamente a todo lo largo de la cabeza de aquel muro interminable, y había esas dos hileras de alambre de púas coronando los vidrios; Aquiles ve los mangos, todavía pequeños como metras, unidos en racimos grandes, milagrosamente colgados uno a uno de aquellos hilos por donde les llega silenciosamente su alimento, y siente por primera vez que todo está callado, hasta su propio respirar, y que ya el

perro que estaba latiendo cerca se ha callado, y que no se mueve nadie en ninguna parte, ni del otro lado del muro, más que de vez en vez, cuando pasa un carro; Aquiles lleva ya diez minutos así y no ha pasado nada... está sentado sobre un tronco grueso, ya tranquilo, pensando en la forma de saltar el muro sin hacer ruido y sin hacerse daño, porque ¿para que todo esto si después de llegar aquí se rompe una pierna al saltar o si antes de llegar al suelo le corta un vidrio la carne por cualquier lado que sea y el corte le desangra en el camino?...; se palpa el bolsillo, donde tiene los dos bolívares para pagarse el autobús o un camito por puestos, eso lo verá después, y se da cuenta que podría dejarse correr sobre este mismo tronco donde está sentado ahora, y podría deslizarse hasta casi encima de los dientes de vidrio y podría luego saltar a la carretera, que son unos cinco o seis metros, o también, y esta es la segunda solución que ve ahora, y que desde abajo no se veía, también podría descolgarse lentamente agarrado con las manos a una rama más delgada, pero que llega hasta justo encima del muro y los vidrios y los alambres de púa, y allá podría él, que tiene zapatos de cuero, pararse por un momento sobre los vidrios, que con estar de pie allá no va a lastimarse, y después brincar de un salto los alambres y caer parado sobre la carretera; bueno, le quedan esas dos soluciones, y no hay otra, porque una cosa es estarse pensando el salto en la cama, como soñando, y otra es estar ahora sobre el árbol y sobre el muro y sobre esos vidrios puyúos que parecen estarle esperando a uno, la que se caiga uno encima de culo, carajo!...; éste es el peligro!; pero también le viene a la cabeza Josefina, que está pasando por algo malo, seguro, y Robertico, que debe estar para algo también en este enredo, y ¡Yillanueva!, que debe estar cogiéndose a Rosa, su hermana por más que sea, en este momento, y haciendo quién sabe qué daño a su gente, porque ése no puede hacer nada bueno a nadie, porque hasta a él lo tocó, ¡carajo!...; pero estas cosas hay que hacerlas despacio, porque así es

como hace Villanueva las cosas, y así se fugó también, sin que nadie se diese cuenta; y lo que hizo aquel marico también lo puede hacer él, y se ríe Aquiles, por dentro, por la verdad, y mira en derredor suyo y no hay nada que se mueva, y ahora, por primera vez, huele a algo que debe ser la mata de mango, que es como un aliento de animal, algo, un olor caliente, y huele y huele, a ver qué puede ser, y al ponerse a oler es cuando le llega un olor suave a flores..., ¡todo es ponerle atención!...; ¡ah, ahí está el perro ladrando otra vez!, y es lo único que oye, y también se oye ahora, ¡todo es ponerse a escuchar fuera de uno!, se oye un chirrido metálico, interminable, de chicharras, y de vez en cuando una nota aguda, como un pequeño grito, que debe ser un pájaro, o que también puede ser una rana; y se oye él mismo, que ya no respira como antes, que parecía que tenía un fuelle dentro, pero que se oye los golpes del corazón, que es un ruido que lo pone nervioso, porque aunque él sabe que este ruido no lo está oyendo nadie más que él, ¡para qué tiene que oírse uno mismo!...; ya se acerca un carro, que casi todos vienen como desde Caracas hacia Petare, en esa dirección, y... ahí está, ya pasó, y tiene que ser ahora, porque después puede venir otro, y no hay cosa peor que le agarre a uno la luz del carro guindado del tronco de la mata de mango a cinco o seis metros de altura, como una pereza... no, ya él se /va a deslizar, así, guindado... ¡no se va a reventar este palo!... guindado, así, sin ruido, ya está llegando a donde están los racimos... ¡ah!, ¡pero falta todavía un metro para alcanzar el muro!... y la rama no da más, porque ya está cediendo un poco con su peso, y el muro y los ~~casos~~ de botella, se le van a quedar arriba, y él va a ir bajando, con la rama, ¡como ya se va!, pero lo único aquí es quedarse quieto un ratico, darse un empujón uno mismo, como en un columpio, y alcanzar el muro, los vidrios, con los pies... ¡ya está!, pero está mal, porque está casi como si estuviese acostado en el aire, con los dos pies en el muro y las manos agarradas a la rama, y se está cansando, y hay que hacer algo más, ¡para escapar-

se de esta Casa hay necesidad de hacer algo más, y hará el esfuerzo, no sabe cómo, pero tiene que hacerlo, porque ya sus pies están firmes en unos huecos que han buscado a tientas entre las puntas de vidrio, y Aquiles sabe que tiene que usar de todas las fuerzas que tiene, y más, que lo que le toca ahora es afincarse los pies entre los vidrios y echarse él el cuerpo para arriba, como puede, halando con cuidado de la rama y el racimo de mangos, que se pueden romper..., y hace un último esfuerzo y suelta la rama y alarga los dos brazos y las dos manos para asirse en lo oscuro de algo que debe ser un alambre de púas, por encima del vidrio, y está el alambre!, y se ve de pronto sobre el muro, a distancia de la mata de mango, ¡ha sido como un milagro!, ¡carajo!, y se ha cortado la mano con una púa, y él siente que está sangrando, pero lo que hay que hacer ahora es saltar a la carretera, que la ve alumbrada, y tiene que hacerlo antes de que llegue un carro, y ahora descubre que saltar es más fácil de lo que se imaginaba, porque puede agarrarse del hierro donde están sujetos los alambres y puede dejarse descolgar como un metro, de forma que el salto ya no es tan grande, sino de unos cuatro metros, que eso no es demasiado tampoco... y se voltea, y se salva de los alambres y de las púas, que se le enganchan en el pantalón y en la camisa, y salta, y cae de pie sobre el asfalto, sin daño, y casi sin ruido; ya lo tiene pensado, y coge para la izquierda, en la dirección de Caracas, porque por ahí hay menos luz y hay menos circulación de vehículos, no lo sabe por él mismo sino por lo que le dijo Villanueva, y hay un riesgo, y es que lo vea pasar el guardián, que tiene una ventana por donde ve la vía, y él ya tuvo el cuidado de ponerse otra ropa que no sea el uniforme, y va a hacer como si fuese cualquier otro que pasa en dirección a su casa, de lo que sea, ¿no?, y camina, camina, a plena luz, porque ahí no hay más que postes de luz que lo alumbran todo, y sigue, con el corazón saltándole por sobre la camisa, que es una que le trajo Josefina, y que la siente mojada del sudor, pegada al cuerpo, y sigue sin mirar atrás,

y pasa por delante de la ventana, que está alumbrada, y sigue, y ya pasó, porque nadie le ha dicho nada, y sigue, y ya después de esa curva podrá hacer lo que quiera, porque ya ésa es una calle casi sin luces, y sigue, pero oye que en la misma esquina hay hombres hablando, y se detiene, porque quién sabe si el portero no estará ahí conversando con amigos, ¿no?, y va lentamente, sin mirar atrás, pero lentamente, escuchando las voces, y llega casi a la misma esquina, y lo que ve es ¡una radiopatrulla! que está parada ahí, en frente de un botiquín, ¡cómo no le dijo Villanueva que había un botiquín en la esquina!, y le parece que es tonto arriesgarse a que un policía lo llame por cualquier cosa y se haga sospechoso y lo prendan, ¿no?, y siente que los hombres que están en la puerta del botiquín se ríen, y seguramente se están tomando una cerveza, y le viene a la cabeza que por qué no puede él regresar y coger por la otra vía, la de la placita donde para el autobús de Los Chorros, que eso sí conoce, que aunque es una vía más alumbrada y por donde anda más gente, ¡por eso mismo, porque anda más gente, nadie se va a fijar en él!, y eso mismo, regresa, y ¡lo malo es que tiene que pasar de nuevo frente a la ventana del portón!... con una ventaja, que él ve ahora la ventana alumbrada de frente, ¡y ve que no hay nadie!, ¿quién sabe si hasta está Arias conversando y tomando en la esquina con los policías?... contra el reglamento, pero ¡cuántas cosas no se hacen contra el reglamento, como él ahora, que se está escapando contra el reglamento de no escapar, ¿no?!; bueno, menos mal que ya la ventana no es problema, y sigue andando, sin mirar a ninguna parte, sólo a sus pies y a la carretera, y avanza, avanza, ahora se le crece el muro a su derecha, un muro gigantesco, enorme, ¡que no se acaba!, y él va viendo ese muro, sin casi mirarlo, y le ve los resplandores arriba, unos marrones, otros verdes, como tremendos dientes de vidrio, y ve las dos hileras de alambres, con púas mordiendo el aire, y él sigue caminando, sigue y sigue, y este muro que no

termina; ¡y está ladrando el perro otra vez, por aquí cerca!, "vete despacio, Aquiles"... él no debe correr, porque eso es peor, cualquiera le puede ver correr y le sigue o le dispara un tiro, porque podría ser un ladrón, ¿no?; nada, a paso lento, y el perro sigue ladrando todavía, pero ya no tiene el ladrido la furiosa voz de antes; se calló el perro, y ahí están los tres focos prendidos de la Casa de Observación en la misma esquina, ¡por fin termina este muro del coño!; sigue caminando, caminando hay muy poca luz en el camino, y mangos, mucha mata de mango a los lados, y ¡ah, una calle!, una calle que baja, y que puede llevarlo a la avenida, abajo, donde piensa coger el autobús, si hay autobús a esta hora, y sin pasar por la placita, y coge la calle, que es estrecha, con dos hileras muy pegadas de quintas, sin árboles, y las luces están casi todas apagadas y esto le parece a Aquiles muy bueno, ya se siente más seguro, y llega al final y busca una salida y no la halla, ¡es una calle ciega!, y se tiene que regresar, ya con paso más apurado, porque toda aquella calma le ha servido para descansar un rato, pero está de nuevo donde estaba, y sale a la carretera otra vez, a las matas de mango, que llevan a la placita, que está muy alumbrada... ¡y sólo ahora se da cuenta que tiene la camisa roja de la sangre! y le han caído grandes gotas sobre el pantalón, y hasta sobre los zapatos, y es que le estaba sangrando un dedo, y mucho, y se saca el pañuelo, ¡suerte que carga uno!, y lo envuelve; no hay autobús en la placita, y, mejor, porque no hay nadie tampoco, ¡y si lo ven con toda aquella ropa manchada de sangre!; así va bajando ahora por la Avenida El Rosario, camino de la Avenida Miranda, donde habrá autobuses, puede ser, ¡y cómo va él a coger un autobús con aquella camisa!; comienza a llover, no mucho, sino una garúa seguida, la esta viendo contra las luces del camino y lo puede sentir en la cara y en la espalda, que se le está mojando muy poco a poco; ahora que ha aprendido, puede leer: "Bar Nico", "Garage, no pase", "Cerveza Polar", "Cerveza Caracas", "Tintorería"... y se encuentra con unos enormes camiones que están

frente a algo que debe ser un almacén; CADA, lee, y ve una garita, y en la garita un guardia nacional recostado sobre una metralleta. ¡Aquiles endereza todo el cuerpo y avanza tieso, tieso, sin mirar a ninguna parte!, y nadie le dice nada, y sigue bajando, bajando, y llega a un puentecito sobre una quebrada, y ya aquí está todo oscuro otra vez, y baja, baja, entre carros montados sobre la acera y casas hasta la Avenida Miranda, y aquí hay carros, ¡muchos carros en todas direcciones!, disparando luces, y otras quietas colgadas de los postes, y trata de hacer algo con su camisa, que se ve ahora como morada don esta luz, y se la desabrocha y la enrolla un poco por los dos lados, de forma que le queda el pecho descubierto y con la camisa cubriéndole sólo la espalda; así al menos no se ve la sangre, y se fija en sus pantalones, que también están ensangrentados, pero mucho menos, y se dice que no debe montar en un autobús, porque es arriesgarse demasiado, porque quién quita que alguien le pregunte qué le pasa con aquella ropa, por qué la tiene manchada de sangre, y tanta, y eso hasta se lo puede preguntar un policía, y entonces lo detienen, ¿no?; lo mejor será continuar la marcha, y aunque la casa de Hugo está muy lejos, tiene toda la noche para caminar, que no serán todavía las doce, y podrá llegar allá antes del amanecer; ya está dejando de llover, y cuando pasa frente al semáforo de Los Dos Caminos ya no llueve del todo, y sigue caminando con miedo entre la gente, porque hay alguna gente, no se sabe haciendo qué, por este lado, y sigue hasta llegar a lo que es los Palos Grandes, y allá siente miedo porque se le queda viendo el portero de un restaurant, que, por lo visto, está abierto tarde en las noches, y nada, sigue caminando, y aquí, en Altamira, es donde tenía que tomar más precauciones, porque siempre hay agentes de tráfico, y policías, hasta el amanecer, y hay un restaurant grande, muy alumbrado, donde queda gente conver-

sando en la terraza, pero nadie se fija en él, los carros pasan a toda velocidad, comiéndose las luces de los semáforos, y sigue caminando por La Castellana, hasta que se siente muy cansado, ¡muy cansado!, como si de pronto se le hubiesen vuelto las piernas y los pies de algo muy blando, y se sienta, se deja caer sobre la escalera del cine, en un rincón donde no lo pueden ver fácilmente; ve un reloj de anuncio con las doce y media en sus brazos; aquí, sentado como está, se queda dormido; cuando se ha despertado son la una y cuarto, siente frío, no ve a nadie, siente amarga la boca, se quita el pañuelo y ve que ya el dedo no está sangrando, pero vuelve a amarrarlo, porque así estará mejor, y se levanta; no llueve; camina con alguna prisa por todo lo que es Chacao, pasa por encima de un puente donde hay dos mujeres juntas, esperando a que pase algún carro, y más adelante, frente al Cine Lido, a una gorda, muy peinada, con su cartera del brazo, paseando de un lado para otro debajo de una luz, para que la vean, y no le dice nada, ni ella lo mira siquiera, y sigue hasta Sabana Grande, que está muy alumbrado, pero donde hay muy poca gente y muchos carros estacionados, y así, con el paso ya lento, muy cansado, pero ya muy esperanzado, llega a la Plaza Venezuela; son casi las tres, pero ya está más cerca, y sigue, sigue, se mete por el Parque de los Caobos, que está muy oscuro y está roto por todos lados, y por donde están los Museos, para tropezar con menos gente, ¡que ya no se ve gente!, y sigue y va saliendo de donde era, ¡donde es!, y llegó, ¡por fin!!:

Toca la puerta con dos golpes menudos; y oye que dice alguien algo dentro; pero nada más; y vuelve a tocar, y entonces sí oye que alguien que parece Josefina en la voz dice:

-Hugo, están llamando a la puerta.

Y hay alguien con voz de hombre que dice:

-¿La puerta?

Y vuelve a oír hablar a Josefina, ahora es ella, que está diciendo:

-Sí, hay alguien en esa puerta.

Y otra vez el hombre, y ahora preguntando:

-¿No será la policía?

-¿A esta hora?... .

Y está a punto de decir que no, que no es la policía, que es él, Aquiles, y oye entonces que dice el hombre otra vez:

-Quién sabe; acaso llegan a esta hora...

Luego se oye otra voz de mujer que puede ser la de la señora Campos que dice:

-Abre la puerta de una vez, Hugo.

Y contesta de nuevo el hombre, pero ya cerca de la puerta:

Ya va, mamá... ¡Aquiles!...

Y ya es Hugo el que abre, y se abrazan; y la que grita ahora es Josefina:

-¡Aquiles!...

-Sí, hermana; y qué, ¿dónde está Robertido?

-¡No está!...

-¡¿No está?!

- No, pero no te asustes; ya vamos a hablar, siéntate... ¿qué te pasó en la camisa?... ¡Estás herido!... ¡¡Qué fue!!
- No, hermana, nada; me corté el dedo; mira... nada.
- Pero la camisa; quitatela, yo te traigo una... ¡pero si no tengo una camisa para tí!...
- Yo le traigo una de Hugo...
- ¿Te fugaste?....
- Claro, hermana; yo me venía oliendo algo.
- ¿Y José?
- José está bien, hermana; dime: ¿dónde está Robertico!
- Se lo llevaron, hijo, se lo llevaron... ¡Y la culpa la tengo yo!
- ¿¡Usted!?
- Sí, hijo, porque no debí haberle hecho caso a ese hombre...
- No le hagas caso, hermano...
- ¿Qué hombre!
- Fue Villanueva...
- ¡¡Villanueva!!
- Sí; parece que sí.
- ¿No están seguros?
- Creo que sí; la señora Campos dice que el hombre es el mismo que le digo yo. Y ¿qué otro podría ser?
- Sí, estas son cosas de Rosa...
- Sí.
- ¿Dónde está ella?
- No sabemos; ellos se mudaron de la casa, y no sabemos a dónde.
- ¡Yo lo voy a buscar!

-¡No vayas tú a ninguna parte, hermano!

-¡Sí voy!...

-Yo te acompaño...- dice Hugo.

-¡A dónde vamos primero?...

-Bueno, yo estuve en el barrio donde mató al compadre suyo, el que tenía la plata...

-¡Villanueva mató a un hombre?!...

-Sí, y anduve viendo por donde él tiene sus amigos, por si averigaba algo. No lo conseguí. No quise preguntar demasiado, porque hay que conseguirlo de sorpresa; ¡si no se esconde, ¿comprendes?!

-Claro... ¡Pues lo vamos a buscar ya!

-¿¡Ahora mismo!?- es la prudencia de Hugo.

-Sí, y si no quieres te quedas...

-No, ya voy; déjame ponerme un pantalón y una camisa...

-Y tú, hermana, no te muevas de aquí... ¡y por qué estás tú aquí?!

-¿Aquí?... Y ¿dónde quieres que esté?

-¿No estabas trabajando, pues?

-Sí; pero me botaron.

-¿Por qué?...

-Yo te lo cuento ahora -dice Hugo-; vámonos.

-¡Andense con cuidado, hijos!; ¡con mucho cuidado!....

-Hugo -le dice Aquiles al salir con él.

-¿Qué?

-Por dónde empezamos...

-Vamos para San Agustín; quiero ver a alguien allá...

-¿No lo viste antes? -pregunta Aquiles.

-No; me vino ahora...; puede que sepa algo... Por qué me miras así...

-No sé...

-¡Dime por qué!...

-Sí, hombre, te lo voy a decir: ¡Sabes que estoy encerrado, y ni se te ocurre venir una vez a visitarme!

-Tienes razón...

-Yo sé que tengo razón; lo que no sé es por qué tengo razón....

-¿Por qué?

-Sí, ¿qué te he hecho yo para que no vengas a verme?

-Nada; tú no me has hecho nada.

-¿Quién ha sido?... ¿Mi hermana Josefina?

-Sí...

-¿Sí?

-Sí; ha sido por ella...

-¿Qué te ha hecho ella?

-No, ella no me ha hecho nada...

-¡Te ha hecho o no te ha hecho!

-Bueno, vale, te voy a decir la verdad; yo estoy enamorado de tu hermana...

-Ah, entonces José tenía razón...

-¿José Armas?

-Claro.

-¿Por qué?

-Porque él estaba ya celoso de tí.

-¿De mí?... ¿Por qué?

-No, por lo del domingo... ¡O el domingo ya estaba Robertico fuera de la casa!

-Claro; lo llevaron el sábado.

-Entonces. Josefina estaba llorando por eso... ¡Ya sabía yo que había algo muy enredado en todo esto!

-Y ¿qué decía José Armas?

-No, nada; que él creía que Josefina estaba saliendo contigo...

-¡Ojalá!

-Entonces, ¿no?

-No; por eso no quería ir, porque no quería conocer a ese José Armas, ¿comprendes?...

-Eso era todo...

-Sí. Ya ves que son puros celos.

-Está bien.

-¿Amigos?

-Amigos. Y ahora, ¿tienes alguna manera de conseguirte un arma?

-¿Un arma?- se pregunta para reflexionar.

-Sí, ¿tú crees que yo voy a acercarme a ese marico asesino sin un arma?

-Sí, es verdad; ¡no te metas en un lío, Aquiles!...

-Yo no me metí, Hugo, ¡me metieron, coño!

-Sí, ya sé; bueno, tengo que volver a casa...

-No, espera; vamos a ver primero qué sabemos de él; y después recojemos el arma; ¿vamos a ir así, caminando?...

-Claro; autobús no hay; carro no tengo; ¿dónde tienes tú tu carro?

-¿Qué carro?

-Bueno, ¡no dices que cómo vamos a ir caminando, pues?

-Sí, claro...

-No, no está lejos.

-Ese tipo, ¿quién es?

-¿El Chino?

-¿Es al Chino al que vamos a ver?

-Sí. ¿Lo conoces?

-Claro que sí. Y ¿qué tiene que ver el chino en esto?

-No, que el Chino tiene ahora unas mujeres; y el marico viene a buscar alguna de vez en cuando; él me contó algunas cosas de él; lo que yo no sabía entonces es que él te conocía, ni que andaba con tu hermana, ni nada de eso...

-¿A ese coño de marico lo mato yo!

-Mejor no.

-¿Por qué?

-Te vas a enredar. Tú sabes lo que es estar preso ahora; no te dejes enredar por este marico que no vale medio, ¿comprendes?... Vamos a buscarlo, y diremos a la policía dónde está, y lo van a agarrar.

¿Tú sabes que el director de la Casa de Observación, el de Los Chorros, estuvo en la casa?

-¿El Director?!

-Sí; todos andan ya detrás de él; la policía vendrá a mi casa en cualquier momento, y lo andan buscando...

-¿El Director estuvo hablando con Josefina de esto!

-Claro, viejo. Por eso te digo que vamos a buscarlo; pero cuando sepamos donde está, que lo consiga la policía; ellos saben cómo hacerlo, y así no te enredan a tí, ¿comprendes?

-Bueno, vamos a ver...

-Estamos llegando.

-¿El Chino vive ahora aquí?

-Sí; ¿no te digo que tiene una mujeres?... ¡Esta es su nueva residencia!...

-¡Chino!...

-¿Qué hubo?

-¡Soy Hugo!...

-Ajá...

-¡Abre!

-Ya va... ¿Qué andas tú, tan tarde?... ¡Y Aquiles!... ¿Quieren una mujer?

-¿¡Una para los dos!?

-Tengo una que vale por dos, ¡no joda!

-No, no queremos una mujer, queremos un marico.

-¡Un marico!

-Queremos saber dónde está...

-¿Cuál?... ¡Maricos hay muchos!... Y ¿para qué quieres tú un marico?

-Bueno, lo estamos buscando, para algo...

-Para cojerlo no.

-No, para eso no... Villanueva, ¿dónde está?

-¿Villanueva?... ¡Ese coño se encueró, y ya no viene por aquí!

-¿Está con quién?

-No sé, una putica, por ahí... Hace tiempo que no viene por aquí.

-¿Dónde vive?... ¿No sabes?

-No, saber, no sé.

-¡Coño, antes sabías todo, y ya no sabes nada; Chino del coño!

-Pues qué hago yo, si no sé...

-Antes sabías todo; te estás volviendo viejo, cabrón...

-¿Viejo?... ¡No joda!

-Bueno, dime por dónde puedo buscar yo a ese coño de Villanueva; no me hagas perder tiempo, que es urgente...

-¿Tú conoces a Luis?

-¿Luis, el marico?

-Sí...

-Claro que lo conozco; ése vivía por donde vivías tú, Aquiles...

-¿El marico Luis, el del Manicomio?

-Sí.

-Claro que lo conozco...

-Bueno, vayan a verlo; Villanueva se ha estado cojiendo a Luis... ¡hasta en su casa, pues!

-¿Cómo lo sabes?

-¡No dices tú, pues, que este Chino del coño lo sabe todo?!

-Lo sabía...

-Lo sabe, coñón, lo sabe... Váyanse para allá...

-¿Estará en su casa?

-Debe estar... ¡A menos que esté comiendo otra cosa por ahí!...

-Bueno, Chino, gracias...

-¡Cuidense de Luis... ¡que el que prueba repite!!

-¡No sea usted marico!

-Ala, pues; buen viaje...

-Oye, tú tratas demasiado mal a ese chino, carajo...

-No, es que esa es la manera, viejo; si tú vas a preguntarle algo con; maneras, como hombre fino, pues nada, ése es más callado que el coño;

pero si le dices que él ya no sirve para nada, que no tiene nada, que ya está para la basura, pues entonces se crece, y se las da de todo... ¡ya lo vistes!....

-Sí.

-Y, ¿cómo vamos a ir nosotros ahora hasta El Manicomio?

-Sí, a pata no podemos... Cojeremos un taxi...

-¿Habrá?

-Sí, haber sí hay; la plata, no sé si me quedan diez bolívares.

-Ahí sí no te puedo ayudar yo...

-¿No cargas plata?

-¿Plata?.... ¡¿De dónde?!... Lo que cargo son dos bolívares.

-Bueno, si tengo diez bolívares. Ahora vamos a esperar que pase un taxi...

Pero vamos caminando...

-Hace mucho que no he visto a Luis; añisimos...

-Yo sí, lo veo; sigue tan marico como siempre; ¡y es fino, el puto ese, ¿sabes?!.

-¿Ah, sí?... Ahí viene un Libre...

-¿Y ese coño no para?

-¡No para!

-Es que tiene miedo que los asalten...

-Y ¿para qué andan circulando, entonces?

-Si consiguen un hombre solo, o una mujer, sí paran; con dos hombres juntos, ¡mí!

-Y ¿qué hacemos?

-Seguiremos probando; alguno para; siempre hay alguien más confiado que otro...

-¿Tú eres confiado?

-¿Yo?... A veces.

-¿Y tú?

-Yo también, a veces... Ahí viene un taxi... ¡Epa!... Ese sí para...
Vámonos... Al Manicomio, ¿cuánto?

-Yo al Manicomio no subo...

-Y ¿dónde subes tú?

-Yo los llevo hasta la pata del cerro a la avenida Sucre; más arriba no subo...

-¿No?... ¿Por qué?

-¿Para que me jodan?

-¿Quién??...

-Allá arriba, el que sea.

-Bueno, ¡llévenos hasta donde puedas, pues!... ¿Conforme?

-Conforme. Y me pagan antes de arrancar...

-¡Tú lo que te estás buscando es que te atraquen!

-No, lo que estoy tratando es que me paguen. Y si no, se bajan. Y tengo una cabilla en la mano... ¡y si hay tiros, también tengo tiros!...

-¡Coño!...

-Sin coño ni nada; diez bolívares, o se bajan ya...

-Aquí están, valezón; y muchas gracias por la confianza...

-¡Eso es regalo de la casa!

-Pero, bueno, ¡esto es Chicago o qué!

-Ay, mi hermano; tú has estado allá dentro, y no sabes; esto está cada vez peor...

-No, esto ha estado siempre igual; lo que pasa que a veces uno tropieza con gente y otras veces uno tropieza con lo que no es, ¿comprenden?...

-Sí, hombre; está bien...

-Y ustedes dos perdonen; pero pensé que no eran nada bueno.

-Y, ¿por qué paraste?

-Porque tengo que comer también, ¿no?

-Claro, tú también tienes que comer...

-Yo también; y mi mujer, y mis siete hijos; o ¿es que eso está prohibido ahora?

-No, mi hermano, no...

-Bueno, Hugo, y si está Luis en la casa, ¿qué hacemos?

-¿Cómo que qué hacemos?... Vamos a hablar con él, y le preguntamos si sabe dónde está el hombre. ¿Qué más?

-Nada más.

-¿O quieres algo más?

-¡No sea usted güebón también!...

-Bueno, hablamos con él; ¡y algo nos dice!

-¿Y si está en compañía?

-No, en la casa no está con nadie; él vive con su mamá, y su mamá no es mujer para permitirle eso a su hijo en la casa....

-Pero ella tiene que saber de eso, ¿no?

-Claro, tiene que saber; o tiene que suponerse, al menos; pero él trae su diario a casa, y su madre se hará la ciega, o la sorda, o todo a la vez; pero de ahí a que lo permita en su misma casa, no....

-Sí, la viejita parece decente.

-Lo es; hasta lo que es el hombre, pues, ¿comprendes?...

-Dirás de la mujer...

-Es la misma vaina, la misma; ¿qué importa que la puta sea un

hombre o que sea una mujer, ah?

-Yo les digo, si puedo decirles algo desde aquí, desde el volante, que sí importa que la puta sea una mujer o no, ¡porque yo no me cojo una puta pèlúa y con calzoncillos ni loco!

-Bueno, ¿quién sabe?... ¡Se puede afeitar!

-¡¡Afeitados a mí?!... ¡Mira!... Bueno, y hablando de eso, aquí están donde están, que más arriba no subo...

-¿Más arriba no subes?

-No, por diez bolívares no subo más arriba, ¡ni loco que fuera!

-Bueno, y como, últimamente, más de diez bolívares no tenemos, hasta aquí llegamos, ¿no Aquiles?

-Sí.

-Felicidad, compañero.

-Que consigan al marico bien fresquecito...

-Ojalá esté ahí...

-¡Gusto de locos, carajo!...

-Ese hombre cree que vamos a cojernos al marico de verdad...

-Claro; en algo tiene que creer,

-Claro. Allá, en la Casa de Observación, uno cree en cualquier vaina, también...

-¿En qué cree uno allá?

-Allá uno cree en todo lo que le dicen...

-Pero allá no se cogen ustedes uno al otro...

-¡No! Aquello es del Consejo Venezolano del Niño, y eso es muy serio, ¿sabes?

- ¿Sí?

-Sí, señor. Debías haber ido a verme.

-Ya te dije por qué no fui...

-Lo tuyo, con Josefina, ¿es serio?

-Sí, lo mío es en serio.

-¿Y ella?

-A ella no le he dicho nada...

-¿¡Nada!?

-No, o muy poco...

-Y, ¿qué?... ¿qué piensas hacer?

-Nada. Ella está enamorada de ese José Armas, ¿no?

-Sí, creo que sí...

-¿Crees que sí?

-Seguro.

-Ah....

-Y él también; siento decirte esto, pero él también está loco por Josefina; no sé qué tiene mi hermana, pero es así...

-Claro...

-Oye, no hay nadie por aquí; y está oscuro; ¡aquí nos pueden asaltar...

-¿Asaltar qué?

-A nosotros, nos pueden asaltar.

-Nos pueden asaltar, ¿qué?... ¿qué nos pueden quitar?... ¿llevas algo encima?

-No.

-Entonces, ¿qué carajo quieres que nos asalten?

-Pero nos pueden dar un susto; pueden creer que sí cargamos con algo...

-¡¿Qué carajo van a pensar que nosotros llevamos algo encima!

-¿La casa de Luis es aquí, no?

-No, más arriba...

-¿Si no está?

-Si no está, pues no está.

-Hugo...

-¿Qué?

-¿Estás bravo conmigo?

-No; ¿por qué voy a estar bravo contigo?

-No sé; por lo de Josefina.

-No, Josefina no me hizo nada malo; ni tú tampoco; más bien te hice yo a tí.

-¿Qué me hicistes a mí?

-No fui a verte.

-Ahora ya sé por qué fue; eso es todo.

-¿Sí?

-Claro...

-Esta es la casa de Luis

-¿La puerta verde?

-Sí; ésta... ¿Qué hago?... ¿Toco?

-¡Coño, ¿qué bolas tienes tú?!

-¿Por qué?

-Llevamos una noche caminando, pagamos diez bolívars, se nos va el aire subiendo esta pendiente del coño, ¡y ahora preguntas si tocas la puerta o no!

-Bueno, entonces toco...

-Deben estar dormidos...

-¿Quién?

-Luis, y su mamá... ¿Quiénes creías tú?

-Yo qué sé... Coño, no se mueve nadie... ¿Toco otra vez?

-Toca...

-Vamos a despertar a todo el mundo...

-¡¿Quién es?!

-Ese es Luis... ¡Soy yo, Aquiles!

-¿Qué Aquiles?

-¡Ah, carajo, te confundió con otra!... - se ríe Hugo.

-Cállate tú... ¡Soy Aquiles, Luis; Aquiles Rodríguez....

-Ya va...

-¡Como que se va a poner el salto de cama!

-Cállate, Hugo, hombre...

-¡Ay, y son dos!

-Qué importa que seamos dos...

-Ah, no, es que estabas tú también... Qué es lo que está pasando aquí, ah...

-Mira, Luis, quiero hablar contigo; ¿podemos entrar?

-¿A esta hora?

-¡No tenemos otra, maricón!

-Ay, Huguito, no me digas eso, chico...; bueno me van a perdonar porque salgo así, en bata, ¿no?... Es que anoche...

-Mira, Luis, a mí no me importa cómo te sientes, así cómo estás...- dice Hugo.

-¡A mí tampoco! ¡Yo a los maricos los cojo en pelotas!

-¡Ay!, qué grosero eres, Aquiles, hombre...

-No le hagas caso, Luis; la cosa es urgente; por eso hemos venido a esta hora... Tú conoces a Jesús Villanueva, ¿no?

-¡A Villanueva!... ¡cómo no voy a conocer a Jesús!

-Tú sabes que él está viviendo con mi hermana...

-Con la Rosa, ¿cómo no?...

-Bueno, ellos se mudaron de aquí, ¿no?

-Sí que se mudaron; de eso hace... bueno, ¡añísimos!

-Añísimos no, maricón, que hace quince días estaban todavía aquí; ¡y Villanueva te cojió ahí mismo, en la casa!

-Ay, qué grosero eres, hombre; ¿quién te dijo eso quién?

-El Chino...

-Ay, El Chino sí es hablador, ¡qué horror!...

-Déjame hablar a mí, Hugo, ¿okey?

-Sí, habla- contesta Hugo a Aquiles.

-Bueno, dime Luis, dónde se fueron a vivir...

-¿Quién?

-Villanueva y Rosa, mi hermana.

-Ay, ¡desde que le hicieron policía!

-¡¿Policía?!

-Ay, sí, ¿no sabes que él no podía vivir en un ranchito de aquí, el Manicomio, cuando... ¡hasta gerentes vienen aquí a verme!

-¿Gerentes de qué?

-Gerantes, y de los gordos, sí señor; ¿no me lo creen?

-Yo sí te creo, maricón de mierda; ¡ahora te vas a dar lija conmigo!...

Y eres capaz de decirme que tienes a uno metido en tu cama...

333

- ¡Ay, acertó!... ¡Acertó!...

- ¿Es verdad, Luis?

- ¡Aquiles, la purita verdad, hombre!...

- ¿Y tu mamá?

- Ay, mi mamá está pasando unos días en casa de mi herma^{na}; tú conoces a la Rosta, la que se casó con el margariteño aquel, ¿no recuerdas?

- Sí...

- Entonces, estás solo...

- No te digo que tengo a uno en la cama, tonto...

- ¡Y cómo ha venido aquí un gerente, ¡a pie!?

- Por qué me dices eso, so pesado...

- Aquí no veo un carro, ni puede subir hasta aquí...

- ¡Pues sí sube, sí sube!... El viene con chofer, y lo vienen a recoger temprano, en la mañana... Ay, ¡no creen eh!... ¡Ustedes no creen nada!...

- Bueno, Luis, no hagas caso a Hugo; yo quisiera saber de Villanueva.

¿Es verdad que lo hicieron policía?

- Que sí, que sí...

- ¿Policía de qué?

- Inspector de policía de la Prefectura, sí señor.

- ¿Y tú sabes dónde vive él?

- Sí que sé...

- ¡No me dirás que has estado con él!

- No, ahora no; es que Rosa está muy celosa, ves, ¡muy celosa!

- ¿De tí?

- Claro, ¿de quién va a ser?

-¿Dónde vive?

-Es un apartamento; él dice que no quiere vivir más en rancho; ¡ahora Villanueva es puro apartamento!

-¿Dónde está ese apartamento?

-Ay... Eso queda... ¿Ustedes saben dónde queda Coche?

-¡¿Coche?!... Claro, en Coche.

-Sí, en Coche; pero ustedes saben que en Coche hay unos bloques del Banco Obrero, ¡bellísimos!...

-Sí...

-Pues hay un lote que está antes de llegar a Coche mismo, a la derecha de la autopista, ¿no?, y hay otro lote después; pues él, Villanueva, está viviendo con Rosa, ¡ay qué suerte tiene esa mujer!, en uno de esos bloques; él me dijo cuál era.. ¡el segundo bloque!; el apartamento sí no sé; ¡no me lo quiso decir!... ¡Es que podía ir yo a visitarlo, sabes, Aquiles... podía ir a visitarlo!...

-Está bien, Luis...

-¿Van a visitarlo ahora?

-Sí, me gustaría ir ahora...

-Aquiles, ¡Vamos a ir ahora mismo, porque tenemos que sacar a Rosa de esa casa!...

-¿Sacarla?....

-¡Claro, hombre, ¿no quieres sacarla de la casa de ese sinvergüenza de Villanueva?!...

-Sí, claro...

-Sí señor... Lo malo es que no tenemos dónde ir, ni dinero; y Coche es

lejos...

-Sí, ¡ay!, Coche está muy lejos...

-¿Me puedes prestar tú veinte bolívares, Luis?

-..¡Ay, veinte bolívares?!...

-¡No me dices que tienes a un gerente ahí dentro, coño!

-¡Ay!, pues es la verdad...

-¡Y no nos vas a prestar veinte bolívares piches que le puedes quitar tú con un beso de lengua, coño!

-¡Ay, qué grosero es!

-Bueno, ¿nos prestas los veinte bolos, o no?

-Pues espera, voy a ver, ¿sabes?...

-Qué me dices de sacar a Rosa de allá?...

-Déjame hacer, parece guebón... éste está celoso, y nos da cualquier cosa por salir de Rosa, ¿comprendes?

-Ah...

-¡Ay!, estás como Luis...

-¿Qué dices de Luis, ah?

-Nada, que estás muy hermoso; dame los veinte volantes... vamos, Aquiles...

-Ay, ni gracias das, hombre...

-Gracias, Luisita... Te los voy a devolver, ¿sabes?

-Ay, sí, cómo no...

-Gracias, Luis; te agradezco mucho esto.

-De nada, Aquiles; y salúdame a Rosa, ¿oieste, Huguito?

-Adiós, adiós... Adiós, Huguito!

-¡Coño de tu madre!

-¡Ay!...

-Después de que nos ayuda así, lo insultas... - dice Aquiles.

-¡Si a estos les gusta eso, coño!

-¿Les gusta?

-Claro... Ahora, ¿qué hacemos? - pregunta Hugo.

-¿Te parece que vayamos a Coche?

-Y en Coche, ¿qué hacemos se puede saber?

-Buscar a Villanueva; que lo han hecho policía, ¿será verdad?

-Bueno, buscar a Villanueva, ¿y qué? - insiste Hugo.

-Y lo encontramos... ¿Será verdad que lo han hecho policía?

-Y lo encontramos, ¿y qué?

-Debe estar armado, ¿no? - reflexiona Aquiles en alta voz.

-Yo no creo que lo hayan hecho policía...

-No me extrañaría; él tiene relaciones, y ha estado con gente; yo le he oído decir cosas; y así, será verdad que tiene un carnet de policía; te lo dijo tu madre, ¿no?

-Sí -dice Hugo- pero ella no sabe de eso...

-Pero puede ser verdad; y si está armado, no podemos ir a darle la mano ¿no?, lo sí!... ¡No joda! - revienta Aquiles.

-No sé lo que quieres hacer tú....

-¡Yo quiero matarlo!

-Creo que es un error; te vas a manchar tú...

-Tienes razón; yo sé que tienes razón; pero ese hombre me tiene loco; enredó

35-37
387

a Rosa, y ¡ahora tiene a Robertico!... ¡Cofio de su madre!...

-Bueno, aquí podemos coger un taxi; ¿a dónde vamos?

-No sé; la verdad es que no sé; ¿qué hora será?

-Serán como las tres de la mañana...

-¿Sabes lo que haría?

-Dime...

-Iría a ver al director de la Casa de Observación...

-¿Y qué?

-¿El no fue a tu casa, pues?

-Sí...

-¿Y no está en contacto con la policía para buscar a Villanueva?

-Sí...

-¿No es Villanueva un fugado de la Casa?

-Sí, sí...

-Ahora que tenemos la dirección, lo pueden agarrar allá.

-Puede; no tenemos la dirección exacta...- duda Aquiles.

-Más o menos.

-Sí, con eso lo consiguen; ¡vámonos!

-¿A dónde?- pregunta a su vez Hugo.

-¿No dices que a la casa del director de la Casa de Los Chorros?

-Sí; pero dónde...

-¿No sabes dónde vive?

-No.

-Entonces no hemos hecho nada... ¡O sí!... -dice Aquiles- ¡Josefina tiene el número de teléfono de su casa!

-¿De veras?

36-53
338

-Sí; me lo dijo ella antes de salir...

-Vámonos... ¡No pasa un carro!

-Esta es mala hora...

-Claro, ¿quién va a andar buscando pasajeros a las tres de la mañana...

-Acaso conseguimos al viejo que cargaba la cabilla en el asiento...

-Ojalá...

-Pero no viene; mientras tanto podemos caminar.

-En dirección a la casa...

-Claro; ¿para dónde vas a coger?

-Allá viene un carro...

-No es de alquiler...

-Sí es...

-No es...

-Sí es... ¡Eh!... Viene...

-¡Si es el mismo viejo!...

-¡¿Le cobraron al marico?!

-¿Qué?

-Sí, porque yo de balde no llevo a nadie, ¡ni a mi mujer, pues!

-Si es verdad, le quitamos veinte bolívars!

-¡Carajo, debe ser un marico bien loco si te paga a tí veinte bolívars!

-Es que le caigo bien...

-Sí, le tienes que caer muy bien... ¿Para dónde vamos?

-Hacia la Candelaria.

*La plata...

-¿Cuánto es?

-Diez bolívares...

-¿Diez bolívares?

-¡Yo no los busqué^a ustedes, ustedes me buscaron a mí, ¿no?!

-Aquí hay veinte bolívares; dame los diez que te di antes...

-¿Cómo sabes que son los únicos que me gané hoy?

-¡No, si esta noche vas a vivir de marico!

-A mí los maricos no me importan, ¿sabes?... ¡Siempre que paguen!

-¡Yo pago, pero no soy marico!

-Aquí nadie dijo nada de usted, caballero; aquí estamos hablando de maricos, ¿no?... ¿A usted le duele algo?

-No.

-Entonces, no se preocupe. Y déjele hablar al amigo, que no termina de hablar...

-Yo no sé hablar...

-Ah, bueno...

Se callaron; cosa rara, pero se callaron los tres, hasta que, al rato largo, volvió a hablar el chofer: ¿Van a la Candelaria?, ¿a qué parte?..

-Nos deja allá, en cualquier parte; cerca de la Plaza.

-¿No sirve en la misma plaza?

-¡Sí sirve!...

-Es que hablando se entienden la gente...

-Claro.

-Oye, Aquiles; y Josefina nos da el teléfono, y ¿qué hacemos después?...

-Lo llamamos...

-¿Lo llamamos?... ¿No es mejor que vayamos a ver al hombre?

-Pero Josefina no tiene la dirección, no tiene más que el teléfono...

-Bueno, entonces se la pedimos por teléfono, y vamos; porque hay que ir allá y hablarle, ¿no te parece?

-Me parece bien... Entonces, tenemos que decir a este hombre que nos espere; y le damos los diez bolívares que nos quedan, ¿qué te parece?

-Muy bien... ¿Oyó?...

-Caballeros, ¡yo oigo de eso todo lo que digan!

-Entonces, siga por aquí..., más adelante..., pare, espérenos aquí,

-¡Ah, así no!...

-¿Por qué?

-A mí me pagan antes.

-¿Por qué?

-Por que sí; ¡me pueden dejar plantado aquí, como un pendejo!...

-¡Y usted nos puede dejar plantados a los dos, como a dos güebones!

-Sí, es verdad...

-¿Entonces?

-Confianza por confianza; me dan un fuerte y les espero; al hacer la carrera me dan el otro...

-¡Pero te puedes ir con el fuerte!

-¿No te digo?... Confianza por confianza... Yo hago el tonto por un fuerte, o ustedes pierden el fuerte por nada...

-Aquí están los diez bolos; dame el fuerte...

-No tengo un fuerte.

-¿No?

-¿No te dije que lo único que me gané hoy eran estos veinte bolívares?

-Bueno; aquí están los diez bolívares; nos esperas aquí...

-Como un clavo.

-Bueno; ¡Aquiles!...

-El se fue ya; se metió en aquella puerta.... - dice el chofer de alquiler.

-Espéranos.

-Claro.

-Aquiles...

-¿Qué?

-¿Tocaste la puerta?

-Sí...

-¡Si yo tengo la llave!...

-Pero de todas maneras tenemos que despertar a Josefina, ¿no?

-Eso sí...

-¿Quién es?

-Soy yo, Josefina, Aquiles... Abre.

-¿Qué hicieron?

-Nada. ¿No has dormido?- le pregunta Aquiles.

-No, ¿cómo voy a dormir?... ¿Supieron de Robertico?

-Ya sabemos algo; ya sabemos dónde contrarlo. ¿Tú tienes el teléfono del Director?

-Sí; él me lo dio,

-Dámelo- dice Aquiles.

-¿Qué vas a hacer?

-Voy a llamarle; y voy a ir a verlo, y le voy a decir dónde está Villanueva, y mejor es que de eso se ocupe la policía, ¿no crees?

-Sí; prefiero que no vayas tú...

-¡Y yo sí, ¿no?!

-Tú tampoco, Hugo; ¿por qué voy a querer que te pase algo a tí?

-Bueno, dame el número.... ¿Este es?

-Sí; me lo escribió él mismo.

-Vámonos, Hugo.

-Tú acuéstate, Josefina; toda va a salir bien; anda, vete...

-Ya voy. Tengan cuidado. No se metan en nada...

-No; ¿estará esperando el carro de alquiler?

-No sé; vamos a ver... ¡Si está!

-¿Por qué no voy a estar?

-Está bien; es un hombre de palabra.

-Yo seré pobre, pero tengo palabra, y lo que haga falta, ¿oyó?

-Claro, hombre... Mire, amigo, antes de ir a la dirección a la que tenemos que ir, queremos llamar por teléfono. ¿De dónde podemos llamar aquí?

-Aquí, a la vuelta, hay una de esos teléfono públicos que parecen jaulas.

-¿Funciona?

-Eso sí no sé; ¡y que le arrancan los cables, y le roban los aparatos!

-Eso dice la prensa.

-Sí...

-Bajen, y prueben a ver...

-Baja tú, Aquiles; ¿tienes un medio?

-¿Qué medio voy a tener; lo que tengo es una moneda de dos bolívares.

-¡No tienen un medio entre los dos!

-No tengo yo tampoco; no tenemos; ¿nos puede prestar un medio?

-¡Un medio no se presta, muchacho; un medio se da!... Aquí tiene el medio.

-Toma, Aquiles.

-Gracias...

-Ese amigo tuyo es más callado que tú...

-Sí...

-Y más fino...

-Más fino también...

-Ah...

-¿Qué querías, que te le dijese que no?

-No, yo no digo nada; el que está diciendo eso es usted.

-¡Bueno, viejo, a veces me hablas de tú y otras de usted!... ¡Hábleme de un tiro; lo que sea, pero de una sola cara, ¡carajo!!

-¿Qué pasa con el carajo?- dice Aquiles llegando.

-No pasa nada; hablaste con él?

-Sí.

-¿Qué te dijo?

-Se sorprendió de oírme... -dice Aquiles.

-Claro; él sabía que te habías ido, ¿no?

-¡No, por eso!... ¡Es que no lo sabía todavía!

-¿Qué le dijistes?

-Que vamos para allá.

-¿A dónde?

-Al Rosal, quinta "Kostia", en la calle Arismendi; nos espera allá.

-¡Adelante, caballo!.- dice Hugo al chofer.

-¡Más caballo será usted!

-Gracias.

-De nada.

-¿Le dijistes que Villanueva era policía?

-No, no tuve tiempo de nada más que decirle que quería hablarle, ¿no comprendes?

-Sí.

-Sería bueno que fuesen a buscarlo antes del amanecer; así, lo agarran en la cama.

-Y Robertico, ¿qué hará?

-Robertico estará bien; ¿qué le van a hacer al chico? ¿No crees?...

-Yo creo...

-Por eso; verás que todo va a salir bien...

-¡Miren ese borracho!... ¡¡Qué rasca tiene!

-¿Y si le pide a usted una carrera?

-La agarro.

-¿Aunque esté rascado?

-Rascado y todo; la única condición es que tenga real.

-Si no tiene real, nada.

-No. ¿Acaso soy yo el buen samaritano, o me paga acaso el seguro social?

-Claro.

-A veces agarro así a gente gorda; yo ando solo, así, a esta hora; esto, tiene sus inconvenientes, y también tiene sus ventajas. A esta hora es verdad que caen pocos clientes, pero a veces caen algunos peces gordos...

-¿Peces gordos?

-¡Sí!

-¿Como quién!

-A mí no me gusta hablar mal de nadie; y de mis clientes menos.

-No, es una curiosidad...

-Yo digo la cosa, el pecado; pero no digo quién lo hizo, ¿entendido?

-Claro...

-Pues un día me encuentro con un hombre que no podía dar un paso; aquí mismo, en Sabana Grande; entonces me paro, y le pregunto si quiere algo. El hombre apenas podía hablar. Y me dijo que lo subiese al carro, y que él me pagaba bien. Yo, veía que el hombre estaba bien vestido, y que no era cualquier cosa; pero sin pagar no cargo a nadie, ni que sea el mismo Gobernador; entonces, le digo que me enseñe la plata, que me enseñe si tiene con qué pagar; y el hombre mete su mano en el bolsillo del pantalón y ¡saca un fajo así!... Nada, que el hombre cargaba más de tres mil bolívares, en billetes de a cien, ¡nuevecitos!...

-¡Coño!

-Sin coño, amigo; le agarro con todo cuidado y lo subo al carro; lo meto atrás; él quería adelante; estaba rascado, pero quería adelante, y que para hablar conmigo; lo que yo me dije: este hombre se me vomita encima y me deja hecho una mierda; nada, lo metí atrás; él protestando, y yo que lo empujo para dentro; y le pregunté dónde iba a llevarlo; me dijo que a...

-¿A dónde?

-A... la quinta tal; no, yo no digo quién es el pecador, ¡nunca!... Y lo llevo allá, y le digo que me pague, y me da un billete de cien...

-¿Nada más?

-¿Más?

-¡Bueno, después de hacerle ese favor!

-No, estaba bien pagado; y yo nunca cobro de más, ¿me oyó? ¡Jamás!...

Fues sí, era uno de los gordos...

Y dejó la palabra en el aire; Hugo estaba loco por saber más, y miraba a Aquiles, pero Aquiles estaba en lo suyo, callado; y así siguieron los tres un buen rato, hasta que volvió a hablar Hugo:

-¿Estamos llegando?

-Sí... ¿Qué calle dijo?

-Arismendi...

-Es la otra, la paralela; y ¿qué quinta?

-"Kostia", ¿no?

-Sí.

-Por aquí es la calle; aquí no hay luces, no se ven los nombres de las quintas...

-Allá hay una luz prendida; debe ser la del director...

-¿Director de qué?

-Yo tampoco digo nada, caballero...

-¡Más caballero será usted!... Aquí están. ¿Es esto?

-Sí, "Kostia"... Gracias.

-De nada.

-Si lo necesitamos, acaso estará por aquí...

-¡No juegue!... Ya me voy para la casa; ¡ya está bien por una noche!

-¡No se coja a su mujer tan temprano!

-No, me cogeré a tu hermana; maricón!

-Vete al coño...

-¿Por qué tienes que hablar siempre tan mal, Hugo?

-¡Cómo, es que yo gozo con esa vaina!

-Bueno, aquí no hables mal; este hombre es muy serio, ¿sabes?

-Claro.

-Déjame hablar a mí; ¿estamos?

-Bueno, toca el timbre...

-Espera, chico... ¿Ya estás hablando otra vez?

-Bueno, me callo... Toca más fuerte...

-Hola, Aquiles; pasen...

-Este es mi amigo Hugo, doctor es donde estaba Robertico...

-Ah, mucho gusto... ayer conocí a su mamá... Siéntense... Pero, Aquiles, ¿cómo te fuistes de la Casa?

-Es que ya no podía estar allá, doctor... Yo sabía que pasaba algo; no sabía qué, pero sabía que pasaba algo...

-¿Te diste cuenta?

-Sí.

-¿Cuando te habló la doctora Moreno ayer?

-Sí, y antes de eso, cuando el domingo vino Josefina, sin el muchachito, y se fue llorando, sin despedirse de mí...

-Bueno; ¿qué supiste de Villanueva?

-Sé dónde está; lo averigüé con un amigo...

-¿Un amigo de él?

-Sí, y mío también; es del barrio mío...

-¿Dónde está Villanueva?

-En Coche en un apartamento, en un bloque.

-¿En cuál?

-En el segundo bloque

-¿Apartamento?

-Exactamente no sé.

-¿No sabes en qué apartamento?

-No...

-Eso va a ser difícil, entonces.

-Pero sé más. Villanueva es policía...

-¿Policia?...; ¿Qué policía?!

-Dice que es un detective de la Prefectura.

-¡No puede ser!

-Eso me ha dicho el amigo; y podría ser; así es como se presentó él a la casa de la señora Campos con un carnet de policía, ¿no?...

-Podría ser; no le alcanza la edad, pero ese puede conseguirlo todo, ¡ese es muy capaz de eso!... El tiene la obsesión de proceder de la forma menos previsible posible; ése es él... Entonces, lo mejor es que vayamos a la Prefectura y hablemos con su jefe...

-¿Cuándo?

-Ahora mismo; no hay tiempo que perder; no he hablado con nadie tan claro, pero te advierto que ese hombre es muy peligroso, y que debemos ir con mucho cuidado...

-¿Vamos con usted?

-¿Por qué no?

-Me esperan un ratico; voy a vestirme.

-Sí, doctor.

-Sí, doctor"... ¡Eres un jala bolas!- dice Hugo.

-¿Por qué?... ¿Porque le llamo doctor?

-No, ¡por el aceite!

-Cónno, por qué no te callas!

-¿Por qué me voy a callar, si así me va bien?... Esa señora del retrato, ¿será su mamá?

-No sé. Puede ser... -responde Aquiles.

-Se parece a él; y el militar aquél será su papá.

-¿Su papá?...

-Debe ser, ¿no? -insiste Hugo.

-¿Si es Bolívar!

-¿Bolívar era así?

-Claro...

-No me digas que es tan claro, porque yo he visto a Bolívar con otra cara.

-¿Con otra cara?

-Con otra... - le interrumpe la llegada del doctor, quien les dice:

-Bueno, vámonos, Aquiles... Vamos saliendo, no tenemos tiempo que perder...

¿Cómo me dijistes que se llama tu amigo?

-Hugo.

-Está bien... Móntate atrás, Hugo... Tú vienes delante, conmigo... ¿A qué hora te fuistes de la Casa?

-Serían las once...

-Y ¿cómo te viniste hasta la casa de Hugo?

-Caminando; tenía la camisa manchada de sangre, de un corte en el dedo, poco, y lo que quería era llegar hasta la casa de Hugo y ver al pequeño...

-A Roberto...

-Sí. Josefina me dijo que ustedes habían llamado a la policía...

-Sí...

-No han ido.

-Y yo les dije que esto era urgente..

-Pues no han ido. ¡Es que la policía es así!

-¿Cómo es la policía?

-Así, con gente como Villanueva, que no hace lo que debe, sino lo que le parece.

-¿Te parece eso?

-Sí, y a veces les parece que deben agarrarme a mí, y me agarran, ¿comprende?... y tienen hombres como Villanueva, que deben agarrar, y no agarran, ¿ah?...

-Sí, así es... ¡Y además le dejan meterse dentro!...

-¡Eso es, lo dejan hacerse policía!

-¿Será verdad?

-Bueno, la mamá de Hugo dice que el hombre que se llevó a Albertico le enseñó un carnet de policía...

-¡Qué sabe mi mamá de eso!.-interviene Hugo.

-Bueno, no es sólo tu mamá; es que Luis nos lo dijo nada más llegar, sin decirle nosotros nada... ¿eso es importante, no, doctor?

-No, si me parece de lo más normal con Villanueva... Ese hombre es peligroso, y se lo he advertido a la policía...

-¡¿Peligroso?!

-Muy peligroso; ese hombre carece de toda referencia moral.

-¡Ese hombre ha hecho de todo!... Lo mismo va con una mujer que con un hombre, y lo mismo roba que mata... ¿Usted supo lo que hizo al viejo americano del Tamanaco? -dice Hugo.

-¿Tú crees, que fue él?

-Yo lo que sé es que iba a ver al viejo...

-¿Doctor, y qué habrá hecho a Robertico!

-Nada, probablemente nada... ¿El está con tu hermana, no?

-Creo que sí.

-¿No están seguros de eso?

-Sí, estamos seguros de que Villanueva vive con Rosa en uno de esos bloques de Coche; Luis sabe de eso; pero no sabemos si después de lo de Robertico todavía están juntos...

-Deben estar...

-Como usted ha dicho que ése es capaz de cualquier cosa...

-Bueno, hijo, todo tiene sus límites; yo no creo que Villanueva haya sido capaz de hacer nada al niño sin un... motivo especial.

-¿Un motivo especial?

-Claro. Este tipo de sujetos actúan siempre con alguna motivación; los giros son imprevisibles, y ellos se afanan en virar de maneras muy imprevistas; pero tiene que haber, en el fondo, algún estímulo, alguna motivación...

-Y no cree usted que el muchachito...

-¿No!... Olvídate de eso. Ese sujeto está /ahora con tu hermana, y tu hermana le ha pedido que se consiga a su hermanito... Porque tu hermana quiere al chico, ¿verdad?

-Sí, lo quiere mucho.

-¿Lo ves?... Bueno, ya estamos llegando; ¿dónde voy a estacionar ahora?.

-En frente de la Prefectura hay un sitio, doctor.

-Pero eso es para los carros oficiales; ¡no, aquí hay un hueco!...

-Tenemos suerte...

-Bueno, doctor, a esta hora no es difícil...

-Sí, son las cuatro y media de la madrugada, ¿no?

-¡Ya es tanto!- se sorprende Aquiles.

-Sí, señor... Me llamastes casi a las cuatro...

-Siento haberlo despertado a esta hora...

-No, hombre. ¡Ojalá pudiésemos localizar a Villanueva y detenerlo mientras está durmiendo!... Buenas noches, ¿está el jefe, el que está a cargo de la Prefectura?

-No, él salió un rato; pero hay alguien de servicio dentro; ¿es para un robo?

-No...

-Pasen, pasen...

-¡Villanueva!

-¡Aquí está Villanueva, sí, doctor!... -le responde Villanueva desde su asiento en el despacho, con altanería -¿Y qué le trajo para acá?... ¡Y con Aquiles! ... ¡Qué, ¿te dejaron salir?!... Siéntense, siéntense... Ahí en esas sillas. ¿Qué suerte, que me vienen a visitar y me encuentran solo, ¿no?...

-¿Qué pasa? -pregunta el policía que está de puerta.

-Nada, Enrique... Que yo conozco a esta gente; yo los atiendo; no te preocupes...

-Ajá...

-¿Y ese otro, Hugo?...

-Sí, que es mi amigo; Robertico estaba en su casa; ¿dónde está?...- pregunta Aquiles con una violencia contenida.

-¿Robertico?... En casa, con Rosa. Ese hermano, ¿es tuyo sólo o qué?!

-No, sólo mío, no, ¡pero también es mi hermano!

-¿Y por qué lo esconden, ah?!

-Robertico no estaba escondido...

-Y ¿por qué no le avisan a Rosa dónde está el chico?!

-Bueno...- intenta hablar el Director, pero brinca la voz de Villanueva:

-¡Contesta, guebón!... ¡Porque Rosa estaba conmigo, ¿no?!... ¡Se lo habían separado de ella porque ella estaba conmigo, ¿no?!...

-Bueno, Villanueva...- insiste el Director.

-¡Usted se me calla, director del coño!... ¿A usted qué carajo le importa que yo viva a mi manera, ah?!... ¡Yo ya estoy grande para que usted me tenga amarrado a su pata con su cabullita, ¿entendido?!

¡No sea... buen mozo!... Y no se me mueve nadie porque lo mato de un tiro... Ya ustedes me han jodido, ya lo sé; aquí viene ahora el jefe, que está arriba y me joden; ¡no, si yo las cosas las sé desde el principio!... Pero, ¡carajo!... ¡antes despacho a ustedes tres, aquí mismo!...

-Mira, Villanueva... -dice Hugo por mediar.

-Tú te me callas, guebón!... ¡Si yo te conozco a tí también!... ¿y tú me conoces, no?... ¡Yo sé que tú me conoces!... ¡Tú no tienes derecho a palabra aquí, ¿entendido?... Aquí el que manda ahora soy yo... Y usted, doctorcito, se me mete a ese cuartico, ¡véngase, véngase!...

-No me empujes...

-¡Ah, no, ah?!... ¡Andale, coño!... ¡Métete ahí!... ¡¡Aquiles, no te me escapes, carajo!!...

-¡No dispare!

-¡Ah, no, ah!... ¡A mí no se me escapa un conejo a doscientos metros, coño!...

-¡Lo mataste!

-Usted no se preocupe de esto, doctorcito del coño... ¡Métase ahí!... y tú también, Hugo...

-Déjame ayudar a Aquiles... -trata de intervenir Hugo.

-¡Aquiles se ayuda solo, coño de tu madre!... ¡métanse los dos aquí, y se quedan quietos, que si no, los mato también!... ¿Enrique?... ¿Dónde le di?...

-Está muerto...

-¡Que se joda!... ¡Tú viste que trató de fugarse, ¿no?!...

-Sí... ¿Se habrá despertado el jefe?... ¿lo llamo?...

-¡Coño... si no se despierta con un tiro!... ¡Pero llámalo, llámalo!... ¡Yo me quedo aquí, ¡vete!! ... ¡Coño, está muerto de bola!... ¿Me quisieron joder?, que se joda él... ¡Yo me voy para el coño!... ¿Dónde estará la llave de la camioneta?... ~~¿dónde?~~

~~¿dónde está?~~

Y coge la llave, sale precipitadamente, monta en la camioneta y arranca ~~bruscamente, y baja~~ ^{y desciende}, buscando la avenida Bolívar, y se va diciendo: "¡corre, corre, Jesús loco, que te van a joder!"; y está pensando qué puede hacer ahora, que nunca esperó que llegasen las cosas aquí, y piensa que lo mejor es recoger a Rosa e irse; y lo piensa, silenciosamente, pisando la chancleta como loco, y lo piensa: podría irse solo, y desde ya, y perderse, como se había perdido antes; y esa es una solución, pero le tiene que dar vueltas a eso, y le da; pero de cualquier manera tenía necesidad de llegar hasta la casa y coger un dinero, que no era mucho, que eran doscientos bolívares, pero que los iba a necesitar; ¡ya tenía por qué llegar hasta la casa, y pisa y pisa el acelerador; y

así recogía a Rosa, porque sí, porque le gustaba, porque estaba muy buena y además le había empezado a querer, lo que a ninguna mujer, ¡nunca!; y ¡el muchachito?; el muchachito podía irse para el coño de su hermana, la fina, ¡la condesa!, ¡la virgen!, ¡mo joda!; él iba a buscar el dinero y a Rosa, porque, además, Rosa le podía servir muy bien para aguantarse un tiempo escondido, porque para eso, para sacarse unos reales, Rosa era un tiro; y la autopista era para el solo, iba volando, casi como en un avión...; era verdad, porque esa mujer se había portado con él como nadie se había portado nunca en lo que llevaba de vida, que no era mucho, que eran apenas dieciocho años, pero que eran todo el mundo que tenía...; ya va, ya está llegando; iba a ciento cincuenta, podía ir a más, porque no había ni un solo carro en la vía; y tenía que correr, como loco, porque no tardaría en venir a buscarlo; o no, o no podían encontrarlo, porque esos coños no sabían dónde vivía él, y en la policía le habían anotado otra dirección, porque el único que conocía dónde vivía él con Rosa, ¡y ahora con el muchachito ese del coño!, era su amigo del Banco Obrero y el que lo metió en esto, de policía; nadie más; esa era la ventaja; y podía llegar, y ya estaba llegando, y recogería a Rosa en un segundo...; porque tiene que apurarse, por cualquier cosa que pueda pasar; ¡ahora que estaba tranquilo y que no estaba haciendo daño a nadie, ¡a nadie!, y ya le estaban jodiendo, como siempre; por eso que decía él a Rosa, que no lo dejan vivir a uno, y que es por eso, que ya tiene que salir uno adelante por sí mismo... Ya ha llegado, y se dice que va a dejar el carro abierto, porque eso será ir y venir, un minuto; y ya sube por la escalera, porque este ascensor, con ser nuevo y todo, ya no funciona, porque la gente es muy descuidada, y la gente pobre es todavía más des-

cuidada, ¡y ahora tiene que subirse diez pisos por la escalera!, se va a reventar...; ¡coñito el doctorcito, ¿no?!, ¡que lo llegó a buscar hasta la prefectura!...; ¡suerte que no saben dónde vive!; ¡y el carajito?; todo esto ha sido por el carajito de su hermano, ¡de Rosa!; y, bueno, pensándolo otra vez, y ¡por qué se metería él con esa putica?; para esto, para enredarse por un hermanito; ¡no joda!; ¡y si ahora Rosa se le pone difícil?. ¡Le gusta porque es igual que él, carajo!...; ella tiene de bueno eso, que lo comprende...; ¡ese doctor sí no lo comprendió nunca!... Ese también es de los que hace la ley; esos coños hacen una ley a su medida, a la medida en que les sirve a ellos, y a todo aquel que está fuera de esa raya lo persiguen... ¡lo persiguen!;... ¡No sean... buenos mozos!... Y, claro, ese mundo es de ellos...; los demás, los que no han tenido cargadora, ni colegio, ni nada de eso, esos "¡nosotros, carajo!", no pueden cogerse una mujer, no pueden echar una vainita, ¡no pueden comer siquiera, carajo!... "Nosotros, los pobres, ¡no podemos comer!...; ¡qué bolas tienen, ah!; ellos echan vainas, y se cubren; ellos son... que si el hijo del doctor, que si el hermano del doctor, que si el cuñado del doctor... ¿no?; y uno, que no tiene ningún doctor en la casa, que no tienen ni casa, ni madre, ni nada, ¡nada!, que lo único que tienen son unos coños que lo están jodiendo a uno por todos lados, porque tampoco tienen per qué hacerles otra cosa, porque son como ellos, y porque él los jode igual, a como pueda, ¡que ese soy yo, carajo!, a ese le sacuden por todos lados, y los empujan, y lo joden, ¡me joden!; ¡me joden?, yo jodo!" Y ya está en la puerta, por fin; está que le falta el aire; y ya está dentro; y no dice nada, sino que, con una calma que ni él mismo entiende, sigue pensando; "¿qué le digo?; lo de Aquiles no se lo digo, carajo"...

-¿Eres tú, Jesús?

-Sí, mujer, ¿quién va a ser...; ¡vístete, rápido, vístete!

-¡Vestirme!... ¡¿Para qué?!

-Nos tenemos que ir... ¡Se va a hacer tarde, rápido!...

-¿Por qué nos tenemos que ir?...

-¡La policía, mujer!....

-¡Yo sabía, yo sabía, que esto no podía durar!... ¡¿Quién te descubrió?!

-El doctor, el director de la casa...

-¿De la casa de Observación?...

-¡Sí, mujer!... ¡Vístete!... ¡Rápido!

-¡¿Y Robertico?!..

-¡Dónde está!

-Durmiendo...

-¿Dónde?

-En mi cama...

-¡Déjalo!

-¡Cómo voy a dejar a mi hermanito en la casa solo!...

-¡No le va a pasar nada, ¿no?!

-Sí, le puede pasar... ¡Robertico!....

-¡El coñito ese se fue!...

-¡No le hagas nada, Villanueva!... ¡No le hagas nada!... ¡No, no le dispares, no me lo mates!... ¡¡Villanueva!!... ¡¡¿Qué hiciste?!...

-¡Tú, ¿Te vienes o no?

-¡No!

-¿No?!...

-¡No!... ¡Has matado a mi hermano!... ¡Criminal!...

-No, mujer... Fue para asustarlo...

-¡Vete, vete de aquí!...

-¿¡Ah, sí?!...

-Sí, vete; no me voy contigo; ¡eres un asesino!...

-Te vienes conmigo, y sin gritar... ¡o te mato!

-¡No dispaes, Villanueva, no dispaes!... Me voy contigo, pero no me dispaes... ¡por favor!...

-¡¿Qué pasa ahí?!...

-Es Sebastián, el vecino...

-Nada, no pasa nada.. Es que se me escapó un tiro...

-¡Abra la puerta, policia!... ¡Es la policia, abra la puerta!...

-No, Villanueva, por favor... no me dispaes...

-A mí me van a agarrar preso, y ¡tú te vas a quedar puteando por ahí?...

¿Tú crees que yo soy pendejo?...

-No, Villanueva: yo te ayudo, verás, yo te ayudo... No dispaes, por Dios santo, no dispaes...

-¡Abran a la policia!...

-¡No me dispaes!... ¡Ay!...

-¡Y a ustedes también les disparo, coños!.. ¡Tumben la puerta... tumbenla!...

-¡Y me van a matar, pero yo mato a dos, a tres, a los que se me paren delante!...

"!Robertico, ¿dónde estuvistes!"...; está llegando el muchacho, con el director; Josefina lo abraza, y le pregunta que dónde estaba; Robertico está pálido, y Josefina lo siente frío, y dice a su hermana que él estaba con Rosa; a ver si también estaba con Villanueva; ¡claro!, porque él estaba con los dos....; ¿dónde los consiguieron?...; el director le dice que en Coche; ¿en Coche?...; sí; y Josefina se ocupa de su hermanito, y le dice si tiene sueño; Robertico le dice que no; que ¿quién lo despertó?; que lo despertó Villanueva; ¿Villanueva?...; sí, porque llegó gritando a la casa, y se despertó Rosa y él también, porque él estaba durmiendo con su hermana, y que Rosa se levantó entonces y que Villanueva y ella estuvieron hablando en la cocina, y que Villanueva decía a Rosa que tenían que salir ^{en seguida} ~~inmediatamente~~...; Josefina le pregunta qué hizo Rosa entonces; Rosa fue a la habitación y recogió sus ropas y se las llevó a la cocina y comenzó a vestirse allá; ¿y Rosa le dijo algo a él, a Robertico?; no, porque ella creía que todavía estaba dormido, pero él estaba

escuchando todo...; ¿y qué más?, pregunta Josefina, que está sin peinarse, porque no le ha dado tiempo, pero está vestida, y el doctor está sentado en el único asiento cómodo que hay en la casa, el sillón rojo, y la señora Campos está sentada en una silla, sin siquiera vestirse, con el camisón; Robertico está entre las piernas de Josefina y sigue contando que él oyó cuando Villanueva dijo que le iba a pegar un tiro...; ¡un tiro a Robertico!...; sí, y que ya estaba cansado de él, y entonces él se levantó rápidamente y se puso el pantalón y se salió del cuarto...; "¡no te vio Villanueva!"...; no, no lo vio porque estaba discutiendo con Rosa, que se estaba atando la blusa, y abrió la puerta de un golpe, porque no estaba con llave, y salió corriendo por la escalera...; "¡pobre hijo!"...; y Robertico bajó, saltando, y Villanueva lo siguió un rato y le dijo que se parase, pero no se paró, y entonces le disparó un tiro y otro tiro...; ¿cuántos?...; Robertico no sabía cuántos, pero le disparó varios... pero no tenía por qué asustarse Josefina, porque él corre muy rápido y no le podía dar, ¿comprende?...; claro que sí le comprende su hermana, ¿cómo no le va a comprender?, y Josefina está llorando; entonces Robertico le dice que no llore, que si quiere que le siga contando; claro, ¿qué pasó después?... y Josefina ve al doctor que está escuchando todo y le pregunta si él estaba allá y qué pasó después; el director le dice que no, que ellos estaban en la Prefectura cuando eso, cuando llegó Villanueva a la casa, y que ellos salieron de la Prefectura más tarde...; "¿y qué más, Robertico?"...; bueno, él bajó las escaleras y ya había una radio-patrulla en la calle, y le preguntaron los policías dónde estaba el hombre que le disparó, en qué piso, y él les dijo dónde era, y también les dijo que su hermana estaba allá...; ¿les había dicho eso?...; sí, y entonces subieron los policías por la es-

cajera, agachados, porque Villanueva podía disparar desde arriba, ¿no?...; claro...; y entonces se oyeron más tiros y llegaron también más patrullas... ¡como seis!... y luego llegaron más y más... ¡hasta doce llegaron!... y todos le preguntaban qué pasaba, qué hacía él allá... "¡porque yo estaba muy asustado, ¿sabes?!"...; claro, cómo no iba a estar asustado, pobre hijo...; y él quería ver a Rosa...; "¡qué es de Rosa, doctor!"...; primero no sabe él qué decir, porque todavía está confundido con todo eso, pero se da cuenta que tiene que decir a Josefina la verdad...; "¡Rosa, qué fue de Rosa!"...; el director le dice que está herida...; ¡herida!?...; sí, pero que no se preocupe, porque es poco, sólo tiene algo en el hombro...; ¿algo, qué?...; le dio una bala... de Villanueva, pero sólo en el hombro, y no es nada...; ¡de verdad que no es nada?!... ¿dónde está?!...; el doctor le dice que la llevaron al Periférico, y que él habló con ella, y que estaba asustada, eso sí, pero que estaba bien, que no había peligro...; Josefina no lo cree, ¡no lo puede creer!... y dice al doctor que le diga la verdad, que no le oculte nada...; él le dice que no, que está seguro de que lo de Rosa no es nada de importancia...; ¿!puede ir a verla!?...; cómo no, él mismo la va a llevar en su carro, y verá que le dice verdad...; Josefina se queda más tranquila, y pregunta a Robertico si él la vió...; Robertico le dice que no, que a él le metieron en una radio-patrulla y no lo dejaron salir hasta que llegó el doctor y lo metió en su carro...; ¿y Villanueva, qué había sido de Villanueva?...; el doctor le cuenta cómo se enfrentó Villanueva a la policía, y que no quería abrir la puerta, y que insultaba a los policías, y que, por fin, tuvieron que tumbar la puerta, y cuando la estaban empujando Villanueva disparó y mató a un agente y dejó heridos a dos...; "¡Dios mío!"...; así fue, y cuando la policía terminó de tumbar la puerta le tuvo que disparar y lo mataron cerca de donde estaba Rosa herida...;

"!pero Rosa está fuera de peligro, doctor!"...; el director insiste en que sí, y que ella misma lo podrá comprobar, porque le va a llevar al Periférico de Coche en cuanto esté lista ella...; ah, sí, pues ella termina de peinarse en un segundo y está con él, y dice a la señora Campos que, por favor, se ocupe del niño, que debería desayunarse algo, ¿no?...; la señora Campos dice que cómo no va a dar a aquel hombrecito el desayuno que necesita, que no faltaba más....; y Josefina se está peinando, y el director está esperándola, muy preocupado, porque Josefina no sabe todavía nada de Aquiles, que está muerto, y ella no le ha preguntado nada, porque seguramente está demasiado preocupada por Rosa, que es la que estaba corriendo más peligro...; "!y Aquiles, doctor, ¿se quedó con Hugo?!"...; el director no sabe qué contestar, porque sí es verdad que está con Hugo, pero no como se figura ella, sino muerto, y Hugo está con él porque alguien tenía que quedarse, porque lo han llevado a la morgue del Hospital Vargas...; ¿me oyó, doctor?...; cómo no le va a oír el doctor, si no tiene más oídos que para ella, para lo que le puede preguntar Josefina sobre su hermano...; ¿está con Hugo?...; "tengo que decirle algo, Josefina"...; ¡ya está!... por el tono, por la cara que ha visto al director, Josefina sabe que ha pasado lo peor, que...; "se lo tengo que decir, Josefina!"...; ¡murió!... ¡¡murió!!..., ¡¡dígamelo, doctor, es eso... eso!!!...; y el director no le dice nada, pero esa es la manera de decirse todo, ¿cómo le puede decir más?...; ¡¿murió, doctor, murió?!...; y la señora Campos entra a la salita y mira a Josefina, y luego al doctor, y no dice nada, pero está blanca, y esa mujer no puede durar mucho tiempo de pie... pero aguanta, y pregunta si ha pasado... algo más... y se da cuenta que sí, porque hay algo colgado en el aire que termina de descolgarse, y eso tiene que ser que alguien ha

muerto... y ella piensa en Hugo, ¿en quién va a pensar?... y pregunta al doctor, suavemente, sin gritar, si ha pasado algo a Hugo, a su hijo..., y el doctor se levanta y la sostiene y le dice que no, que no se preocupe, porque Hugo está bien...; ¿!y Aquiles!?...; de Aquiles no le puede decir nada el director, nada más mirarle a los ojos y estarse quieto, más no puede; y Josefina, en lugar de empezar a gritar se sienta al lado de la señora Campos y le abraza a ella y empieza a llorar...; llega Robertico, y no dice nada, sino que se echa sobre su hermana y llora también, y a la señora Campos, que ahora sabe que no es con su hijo, le ha vuelto un poco el color y se ocupa de Josefina y de Robertico, y los acaricia, y mira al director, que no sabe qué más decir ni qué hacer, y así pasan varios minutos, y entonces Josefina se yergue y se seca las lágrimas y pregunta al director que dónde está...: ¿Rosa?...; ¡Rosa no!... !!Aquiles!!... !! Aquiles dónde está!!...; en el Hospital Vargas...; ¿la puede llevar allá, por favor?...; claro que sí, y se levanta y ayuda a Josefina a desprenderse del abrazo de Robertico, que tiene que quedarse en la casa, y salen los dos, el director y Josefina, abrazados, hasta el carro que está en la puerta.

41

Llega José Armas, ansioso, un poco pálido, y el director le dice que tome asiento, que se siente, ¿está bien?; José le dice que sí, que se siente muy bien...; el director le pregunta qué desea, a ver si quiere hablar con él; José Armas le dice que sí, por favor...; cómo no, puede hablarle con entera libertad; bueno..., y a José no le salen las cosas muy fácil, porque se agarra fuertemente de las rodillas con sus dos manos pero no le sale palabra...; entonces el director le dice que cómo andan sus estudios, que qué está estudiando...; carpintería; ah, la carpintería es muy bonita, ¿le gusta?...; José Armas le dice que sí, que le gusta mucho...; ¿por qué?...; bueno, porque le gusta el olor de la madera, y le gusta que le salga algo hecho por sus propias manos, ¿entiende eso el director?...; claro que entienda, y le parece que todo eso que siente él es prueba de que las cosas se le están enderezando por dentro, de que está sintiendo la necesidad de ser útil a los demás, de construir algo, ¿entiende eso José Armas?...; pues sí, entienda eso, porque lo siente, le parece

que lo que le está diciendo el doctor le sirve para explicarse sus propios deseos de hacer algo... ¡eso es!... ¿eso es normal, está bien?...; ¡claro que está bien!...; pues a José le gusta que la diga eso el director...; claro... muy bien... ahora... ¿quiere algo, desea que le ayude en alguna cosa?...; sí, José Armas le dice que sí, que ha venido a eso, a hablarle de... bueno, que a él le gustaría salir; ¿salir?...; claro, salir fuera y empezar a trabajar, ¿no?...; claro, eso también es de lo más natural, y es justo que se plantee eso y que venga ahora a plantearsele al director de la Casa de Observación, ¿no?...; sí...; sí, así es, pero a él le gustaría saber qué planes tiene, a dónde quiere irse, qué va a hacer... ¿comprende?...; sí que comprende, cómo no...; bueno, ¿a dónde piensa irse al salir de la Casa?...; José Armas sabe dónde va a irse, pero no sabe cómo decirlo, no sabe cómo empezar, y le suda la frente, y las manos, y le escuece todo por dentro y se vuelve a agarrar de las rodillas, y, por fin, dice al director que él se va a ir a... la casa...; ¿a qué casa?...; a José le cae aquella pregunta como una piedra encima, y mira al director con susto, porque él, el director, que es siempre tan cuidadoso y le ayuda a sortear los problemas, ¿cómo le pone a él a tener que explicarle eso?...; y el director espera, porque sabe que después de ponerle al joven una subida así hay que esperar a que tome aliento, pero hay que enfrentar al joven a la pendiente, porque él quiere saber si el joven está dispuesto a subir primero, y, segundo, si esa disposición es suficiente, si, además de las ganas, el joven tiene las fuerzas para comenzar a subir aquella cuesta... ¿qué le dice a eso?... ¿lo de la casa?...; claro, lo de la casa, porque ¿a qué casa va a ir él al salir de aquí?...; José Armas está como esos corredores de cross que han hecho los primeros dos ki-

lómetros y empiezan a sentir que después del primer sofoco el fuelle de sus pulmones comienza a tomar el aire que necesita, que comienza el aire a controlarse, a respirar bien, y entonces José Armas se yergue un poco en su asiento y le dice que... él quiere salir de la Casa porque quiere... casarse; ¿casarse?...; sí...; ¿y con quién?...; bueno, con... Josefina; ¿con Josefina?...; ya está faltándole otra vez el aire, y es porque está en un repecho, que puede ser corto, que puede ser largo, según, según lo quiera el director, y le apure o no en la subida...; "¿qué años tiene usted?...; José Armas le dice que él tiene diecisiete años...; "¿diecisiete años y se quiere casar?...; José dice que sí...; "y su novia es Josefina"... el director quiere ganarse un segundo, para dejarle a José tiempo de respirar...; sí, doctor...; el doctor le dice que Josefina es una muchacha buenísima, que está seguro de que será una excelente compañera para él, y que ahora, precisamente, que está necesitada de afecto, le parece muy bien que él, José Armas, haya tenido la generosidad de pensar en otros, de pensar en esta muchacha que atraviesa un momento muy difícil, y que está bien que José piense que Josefina necesita alguien que está cerca de ella, ¿no?...; claro...; todo eso le parece bien... pero ¿no cree José Armas que ~~é~~ es todavía demasiado joven para asumir una responsabilidad así, para hacerse cargo de un hogar?...: "no, doctor"...; no, si él, el director, sabe que José Armas lo está pensando así de buena fe, que es sincero al decirlo, ¿pero sabe bien a qué se compromete, sabe bien José Armas la responsabilidad, la carga, que está aceptando en estos momentos de sus diecisiete años para toda la vida..., y el director se ha detenido casi palabra por palabra para hacer reflexionar a José Armas, y después de eso, espera, espera un rato, sin decir nada, y mira cómo se comportan las manos y los pies y

los ojos de José Armas, que está sentado delante de él como sobre una silla eléctrica, tieso, tenso, duro...; José sabe lo que tiene que decir, pero no le sale, porque se le ha vuelto la boca de madera...; "¿por qué cree usted, Armas, que no es demasiado joven?"...; y José Armas no sabe decirlo, pero por fin le sale que... él quiere a la muchacha, y que ella también lo quiere, ¿no?...; el doctor le pregunta entonces si Josefina vino a verlo ayer...; José le dice que sí; a ver qué le dijo de Rosa, que cómo está ella; José Armas le dice que Rosa está mejor, y que esperan que pronto le den de alta...; ¿y el pequeño?...; Robertico está también bien...; ¿lo trajo con ella a la visita?...; no, no pudo; bien, no importa, y pide a José que siga, que le había interrumpido cuando le estaba hablando de Josefina y él...; pues que sí, que Josefina vino ayer, y que ya sabe él, el doctor, que él, José Armas, no tiene a más nadie... y que hablaron de ellos dos, de Josefina y de él, y que quedaron en que se van a casar tan pronto él salga de allá, y que él quisiera salir cuanto antes para ayudar a Josefina y a Robertico, ¿comprende el director ese compromiso?...; sí que lo comprende, y le parece bien, pero quiere saber qué más va a hacer José Armas al salir, además de casarse...; José Armas quiere trabajar...; ¿dónde?...; no sabe, él busca trabajo y lo encontrará de algún modo, ¿no?...; muy bien...; lo que quiere saber ahora José Armas es cuándo podrá salir de allá...; el director le dice que lo deje pensar unos días, y que le puede adelantar, eso sí, que él tiene muy buen informe de su estancia en la Casa de Observación y que espera que pueda resolver esta situación pronto, pero que le tiene que dar unos días, y que entonces lo va a llamar, ¿está conforme José Armas?...; pues sí, y se lo agradece mucho...; de nada, no le debe nada, y lo que consiga será por

sí mismo, porque uno no debe esperar más que lo que haga uno mismo, y lo que uno hace lo tiene, y lo que no hace, pues no lo tendrá nunca, ¿entendido?...; José Armas dice que sí, que ha entendido muy bien... ¿no sabe más o menos cuando va a llamarlo a él?...; no, no lo puede decir todavía... ¿tendrá la paciencia de esperar unos días?...; José Armas dice que sí, y vuelve a dar las gracias, y sale, con la tranquilidad de ánimo de haber cumplido con su deber.

L2

Robertico le ha salido al camino, y le pregunta si ha conseguido trabajo; Josefina le da un beso y le sonríe y le dice que sí, que por fin lo ha conseguido, ¿está contento Robertico de eso?...; claro, pero él quiere saber si Josefina y él se van a ir de aquella casa por eso; "¿porque conseguí un trabajo?"; sí, por eso...; pues es verdad, se tendrán que ir...; ¿a dónde?...; a la casa de antes, ¿no quiere regresar a la casa de antes?; Robertico dice que no, que él está contento donde está ahora, con la señora Campos y con Hugo...; sí, ella también, pero no pueden estar siempre en esa casa, ¿no comprende Robertico eso?; ¡no, no comprende!; bueno, ya comprenderá... ¿por qué no va a jugar a la calle un ratito?; sí, pero antes tiene que prometerle que el domingo lo va a llevar a la Casa grande para visitar a José Armas, ¿okey?...; sí, está bien, y ahora Josefina ve a la señora Campos, que estaba esperando que terminase el interrogatorio del pequeño, y entonces pregunta ella a ver si es verdad lo del trabajo; Josefina le dice que sí, que, ¡por fin!, dio con un empleo; ¿dónde?; en una fábrica de bolsas de plástico...;

¿era bueno el trabajo?; sí, bastante bueno, porque es fácil, y puede salir al mediodía y temprano en la tarde para atender a Robertico, aunque la paga no es muy grande; la señora Campos quiere saber cuánto; Josefina le dice que catorce bolíveres...; "no es mucho, m'hija, pero nada es más poco todavía, ¿no?"...; claro, y Josefina está contenta con eso, porque hay que comenzar por algo; claro, claro...; pero Hugo entra para decir que a él le parece que es muy poco que le paguen esa plata por ocho horas de trabajo... ¡muy poco!; su madre no está conforme, dice que para una muchacha que no ha trabajado nunca en ese oficio, eso es bastante; Josefina dice que, bueno, que ella no puede poner las condiciones, que las condiciones se las han puesto a ella los patronos, ¿no?...; ¡sí, esos, los capitalistas!...; ¿y quién va a ser dueño de una fábrica, ¡ah!, dice la señora Campos; y su hijo tiene la respuesta, porque le dice que hay otras partes del mundo donde las fábricas no son de los capitalistas, ¿sabe eso ella?...; no, la señora Campos no sabe de eso, ¿cómo va a saber?, pero ella sí sabe que para tener una fábrica hay que tener dinero, y que unos limpios como ellos está segura que no pueden tener una fábrica para dar trabajo a la gente, ¿no?...; bueno, Hugo no quiere seguir discutiendo eso con ella, porque es muy buena y todo, pero su madre no sabe nada de eso...; Josefina quiere decir algo, y dice que ella no puede decir mucho sobre esto, porque ella no sabe tampoco mucho de eso, ni de nada, pero que ella sí sabe que para comer tiene que trabajar, y que el trabajo no da mucho en ninguna parte, y que si le dan esto en esa fábrica de bolsas, ¿a ver qué va a hacer sino ponerse a trabajar?...; bueno, bueno, Hugo quiere decir con aquellos brazos levantados al cielo que ya sabe ¡que ya sabe eso!, pero que no le entienden, ¡que no le entienden!, y

que él sabe que eso no lo puede arreglar él de un día para otro, ¡que si pudiera!...; la señora Campos sale para la cocina; Josefina le pregunta entonces que cómo está él, Hugo, en casa a estas horas, porque nunca está; "esperándote a tí"...; ¿!a ella, a Josefina!?...; sí, ¿por qué se extraña ella de eso?...; bueno, porque ella sabe que Hugo nunca está en casa a esa hora...; pues hoy sí está, porque quería hablar con ella y preguntarle cómo le iba eso del trabajo, del empleo, ¿comprende?...; sí, ya comprende; ¿o ella no quiere que él se ocupe de sus problemas?...; sí que quiere Josefina eso, ¿por qué no ha de querer?...; "pues no sé... cómo te sorprende tanto que yo te espere"...; bueno, le salió así, pero ella le agradece ese interés suyo...; ¿de veras?; claro que sí ¿acaso no sabe él que ella le está muy agradecida por todo lo que ha hecho por ellos?...; bueno, eso es lo de menos... ¿y es verdad que ahora ella piensa mudarse con su hermanito a la casa del Manicomio?; sí; ¿por qué?; bueno, porque es hora de que regresen a su casa, ¿no?... y, además, ellos no podían seguir molestando siempre,..; ¡ellos no molestan!; bueno, puede que no molesten, y eso por la bondad de los Campos, pero...; y Hugo pregunta entonces qué va a hacer Robertico en la casa mientras ella, Josefina, está trabajando; Josefina le dice que el chico va a ir a la escuela; ¿a la escuela?; claro, ¿le parece mal?; no, mal no, pero ¿a qué escuela va a ir en El Manicomio?; bueno, ella lo pensó ya todo, y va a bajarlo con ella, cuando va a trabajar, a una escolita que hay en la Avenida Sucre, y allí hablará con alguien que le permita al niño llegar tan temprano en la mañana, y luego lo recogerá al mediodía, y lo mismo en la tarde, ¿comprende?...; sí, pero todavía no sabe si se lo van a aceptar así; no sabe, pero sabrá

pronto, porque tiene que ir a hablar de eso mañana...; Hugo le dice resignadamente que está bien, que ella debe hacer lo que le convenga mejor, que eso es cosa de ella, pero que él y su mamá quieren que sepa Josefina que allá, en su casa, no estorba ella, ni estorba tampoco Robertico, ¿no?, y, eso, que él va a sentirlo mucho, y que su mamá también, que ya se habían acostumbrado a ellos dos en la casa, ¿comprende?...; sí, Josefina lo comprende, y les está muy agradecida...; ~~Hugo dice que él sabe que Robertico no quiere irse de la casa; Josefina dice que sí, que el chico se lo acaba de decir; ¿y qué?...; no, que Robertico lo quiere a él, y a la señora Campos también, y que su voluntad de quedarse en la casa es por eso, pero que ella debe pensar en otras cosas...; "en José Armas, por ejemplo, ¿no?"...; sí...; ¿importa mucho ese hombre a Josefina?...; sí...; ¿mucho, mucho?...; sí...; ¿tanto?...; sí, así es; y él, Hugo Campos, ¿no le importa nada?...; ¿cómo que no le importa nada?...; sí, sí él)... no significa nada para ella...; sí, él es un amigo muy bueno, y le debe mucho...; "¡a mí no me debes nada!"; sí, 'ella sí le debe muchas cosas, y le pide, por favor, que no lo tome a mal, porque ella lo aprecia mucho, pero él no significa lo que José Armas, ¿comprende Hugo eso?...; sí, y entiende...; pero, a pesar de esa... diferencia, ellos son amigos... muy amigos, ¿verdad?; sí...; de veras, a ella, a Josefina, le duele mucho saber que le está haciendo daño sin querer, ¿comprende?...; sí, Hugo Campos sabe todo eso, pero eso no quita para que la siga queriendo, ¿entiende Josefina eso?; también, eso también lo entiende ella, pero ¿qué pueden hacer ellos dos, Hugo y Josefina, para ayudarse?; ¿qué?...; sí...; bueno, pueden seguir esperando... ¿no?, ¿por qué no le deja esperar algo, mien-~~

~~tras se sabe lo que va a pasar con José Armas en la Casa de Observación,~~
~~porque José Armas está todavía preso, no?...; no, preso no está...; ¿no~~
~~está preso?; no...; ¿salíó?...; no, no salíó, pero en la Casa de Observa-~~
~~ción para Varones no se está preso, porque eso es para los mayores de edad,~~
~~y José Armas es un menor. ¿comprende Hugo la diferencia?; sí comprende,~~
~~pero de todas maneras José Armas está encerrado, ¿no?; sí; y mientras no~~
~~sapa Josefina qué va a ser de ese José Armas, pues ella no puede hacer~~
~~planes, porque ¿no se va a casar ella con un hombre que está... encerra-~~
~~do, sin poder salir, no?...; bueno, Josefina está segura de que va a salir~~
~~pronto: ¿quién le ha dicho?; no, no le ha prometido eso nadie, pero los~~
~~menores no están en esa casa más de unos pocos meses...; bueno, eso cree~~
~~ella, porque es muy buena, pero ella no sabe qué ha hecho José Armas y~~
~~dónde le pueden mandar después de eso...; Josefina le dice que sí, que~~
~~ella sabe bien lo que ha hecho José Armas, que no hizo sino meterse una~~
~~noche en un abastecido, ¡y mal hecho! pero que ellos dos, José Armas y Aquí-~~
~~les, lo hicieron por necesidad, por malos consejos, por no tener a nadie~~
~~que los ayudase...; pero no se metió Aquiles, sino José Armas, ¿no?; sí,~~
~~ella sabe que el que entró a robar fue José Armas, pero que fue porque na-~~
~~die le había enseñado antes otra cosa, y que eso también se paga, como está~~
~~pagando en la Casa de Observación, y que luego puede ser un hombre honrado,~~
~~¿no?...; pues Hugo Campa no sabe eso, no sabe...; ¿por qué le parece que~~
~~no?...; no, Hugo no sabe eso, pero tiene sus dudas, porque... el que pue-~~
~~de repetir...; ¿no siempre!; no será siempre, pero si ocurre eso muchas~~
~~veces, ¿no?...; a veces...; ¿las veces?...; bueno, y ¿qué le quiere decir~~
~~Hugo con eso?; no, nada, que debe pensarlo bien antes de comprometerse con~~

~~un muchacho así~~ y que ella sabe que él, Hugo, está siempre allí para ayudarla y para... quererla, sí, porque ahora que su mamá no está allí se lo puede decir, porque él no hace sino pensar en ella y pensar en lo feliz que la podría hacer él y también a Robertico, que lo quiere como un hermanito, ¿no?...; ¡sí, sí!... y ella lo entiende todo, y se lo agradece, pero ¿no ve Hugo que ella tiene amores con José Armas?... ¿no ve él, que es tan inteligente, eso?...; sí, lo ve, pero no puede resignarse ¡no puede resignarse ¡no puede!... ¿qué hace?...; sí, es difícil hacer nada cuando se está así, y Josefina lo entiende bien, pero tiene que pensarlo él, también le toca pensar a él que ella está en una situación difícil, y que él, que sabe más que ella y es más...inteligente que ella, debe comprender mejor, ¿no?...; sí...; y, por favor, no quiera ella que se rompa nada entre ellos, ¿entendido?...; sí...; ¿pero así, de verdad?...; sí...; ¿quiere él que ella le pruebe que lo quiere bien, que ella... también le tiene cariño?; Hugo sí quiere eso...; y Josefina se levanta, llega donde está sentado Hugo, que es sobre el sofá, le agarra la cabeza con las dos manos y le da un beso en la frente...; Hugo no se mueve, pero la mira, y ve que está llorando, y se levanta para no dejarla ir, pero ya Josefina está en la cocina, con la señora Campos, que le dice que le ayude a preparar de comer, ¿no?, ¿o se quiere cambiar de ropa antes?...; Josefina le dice que no, que está bien; Hugo está en el vano de la puerta, viéndoles trabajar; la señora Campos pregunta a Josefina qué es de Rosa; Josefina mira ahora a Hugo, como pidiéndole que ponga atención, y dice que ella espera que llegue pronto a la casa, y que esta es una razón también para que ella, Josefina, busque acomodo pronto en la casa del Manicomio y se ponga a trabajar para buscar comida para tres, porque Rosa no estará en

! Hugo

Luigi?

375

posición de hacer nada hasta que se termine de curar...; Hugo sabe que este es un argumento más de Josefina para irse de la casa, aunque la razón importante es José Armas, y le duele que Josefina se escude en razones que no son razones, y le dice con cierta crueldad en el tono que no, que Rosa no puede irse a la casa ahora...; ¿no?...; no... ¿por qué no?...; porque no, porque Rosa tiene que pasar antes por la cárcel...; ¿a la cárcel?...; sí, no sabe Hugo para cuánto tiempo, pero Rosa tiene que irse a la cárcel; ¿por qué?...; porque está complicada en cosas de Villanueva, ¿no comprende eso Josefina?...; ella no sabe nada de eso, ella sabe solamente que Rosa es su hermana, y que tendrá sus defectos, pero ella no ha estado mezclada en nada de lo que ha hecho el asesino de Villanueva...; sí, Hugo sabe eso, pero la justicia tiene que averiguarlo todo, y mientras tanto la van a meter en la Cárcel Modelo...; ¿quién le dijo eso?... y Josefina ya está sentada, sin saber cómo estarse de pies, derrumbada sobre una silla, y pregunta quién le dijo eso a Hugo; ¿quién?... el abogado amigo de ellos, ¿no se acuerda?...; sí, se acuerda...; pues él... ¿Hugo puede hacer algo por su hermana Rosa, hablando con su amigo abogado otra vez?...; sí que puede, cómo no, ¿y Rosa no le dijo nada de esto cuando la fue a visitar la última vez?...; no, no le dijo nada, y acaso no sabe, y, si sabe, no tiene seguramente ganas de hablar de eso, ¿no?...; claro; pues eso pasa, y Josefina vuelve a ayudar a la señora Campos, y ahora es ella, la madre, la que dice que no se preocupe Josefina por eso, que pronto sabrán que Rosa no tuvo nada que ver en las vagabunderías de él, de ese Villanueva, y que no se preocupase demasiado ahora, que todavía era temprano para saber lo que iban a hacerle a Rosa, y que, además, Hugo iba a hablar con ese amigo abogado que tiene, ¿no?...; sí mamá Cam-

pos, pero ella no puede dejar de pensar en eso, ¿comprende ella?; sí que comprende, hija, sí que comprende, pero no por más pensar se va a arreglar eso más ligero, ¿no?; claro...; y Hugo se acerca a Josefina y le dice que no lllore, porque todo se irá arreglando; Josefina dice que sí, y que, otra vez, tiene que agradecerles tanto...; que no hable Josefina de esto, y entonces se le ocurre a Hugo preguntar que dónde va a trabajar Josefina; le dice que por San Martín; ~~que es una fábrica de textiles...~~ no está lejos...; no, y además hay un cartito por puestos que la deja en la misma puerta de la fábrica; "¡pero ocho horas de trabajo por catorce bolívares!"...; y, ¿qué más puede hacer Josefina?; no, nada...; entonces mamá Campos pregunta a Josefina, como si estuviese ayuna de todo, aunque puede que ella sepa más de lo que dice con aquellos ojos, que qué va a ser del amigo ese que estaba con Aquiles, José Armas; Josefina le dice que él quedó en hablar esta misma mañana con el director, que acaso lo saquen pronto, que ella tiene que ayudarlo mientras tanto... y que si ese abogado amigo de Hugo le pudiese ayudar también...; ¿y por qué no?, pregunta mamá Campos y mira a Hugo, que está viendo a Josefina, ¿y por qué no, Hugo, ah?...; sí, también podría hablar él con el abogado acerca de José Armas, sí podría...; Josefina lo mira, y le pregunta con los ojos, con esos ojos grandes y negros con que ve todo, es verdad que le va a ayudar...; Hugo le dice con los ojos que sí, y luego dice a su madre con palabras que cómo no, que también le hablará de eso; ¿costará mucho dinero?; bueno, esas cosas cuestan mucho dinero, y los pobres que no tienen dinero no tienen quien los defienda, y los ricos, por vagabundos que sean, tienen

quien los defiende y quien se apiada de ellos en los juicios, ¿no?, ¡eso es este mundo, pero él hará lo posible para que su amigo el doctor les ayude en eso, que eso ya sabe que es verdad, y que entonces espera que todo se arregle, y que Josefina no debe preocuparse; no, claro...; y mamá Campos pregunta a su hijo que por qué no defiende a todos igual, y por qué al que tiene dinero, que ya tiene demasiada ventaja con tenerlo, tiene también esta ventaja cuando necesita que le defienda la justicia, ¿no?...; "¡ay, mamá", y Hugo se ríe, y dice que dónde está ella que no ha aprendido, con más de sesenta años que tiene, que no ha aprendido a ver dónde está podrido este mundo... ~~!no va que hasta para hacerle santo a uno la Iglesia cobra su dinero!...; "¿cómo es eso, m'hijo?"; mamá, que estaba leyendo esta mañana en el periódico, que para hacerle los papeles a alguien que ha muerto y que era muy bueno, y que lo quieren hacer santo, eso cuesta ¡como cincuenta mil bolívars!...; ¡no puede ser!...; sí puede ser...; y Josefina quiere decir algo también, porque le parece mentira, y le dice que, entonces, si uno que ha sido un santo en la vida, y que luego le quieran hacer santo de la Iglesia, como otros santos que hay, como San Juan, por ejemplo, o San José, que es un santo favorito, ¿no lo pueden hacer si no tiene dinero?...; exacto...; y dice entonces mamá Campos: "¡entonces hasta en el cielo cobran dinero!"...; no sé, dice Hugo, no sé, pero aquí abajo sí que cobran por ponerlo en el altar y por darle el título...; ^{Hugo pregunta a su mamá} y se ríe, y luego pregunta a su mamá: "¡mamá, ¿usted cree en el cielo?...; ¡y cómo no va a creer ella en el cielo, corazón, cómo no va a creer, y ¿dónde van a ir los pobres después de pasar aquí tanto trabajo, ah?!...; Hugo se ríe y no sabe qué decir, y no sabe realmente a dónde va a ir a parar los pobres de este mundo después de la~~

muerta, pero sabe que aquí, en la tierra, donde están viviendo ahora, Dios no está con ellos, porque si estuviese con ellos...; ¡cómo puede decir esas cosas su propio hijo, ah!...; bueno, Hugo dice lo que siente, porque otra cosa no puede decir, y dice a su madre, y a Josefina, que todo el mundo tiene derecho a creer en lo que quiera, pero que él no cree más que en lo que ve, porque todo lo que dicen que existe y que él no ve está contra ellos, los pobres, y que no cree él que si hubiese algo más allá de este mundo y que no se ve estaría contra los pobres, que son precisamente los que más necesitados están de que alguien que no sea de este mundo les ayude, ¿No?... ¿qué le dicen las dos a eso?...; Josefina se calla, pero mamá Campos sí se atreve a hablar, y dice a su hijo que las cosas de Dios no son como son las cosas de los hombres, y que bien puede ser que él, Hugo, no le vea la razón a esto, a la religión, pero que la tiene, como tienen razón otras cosas que no se pueden ver ni se pueden comprender, ¿está Hugo en eso?!...; si está, y, ¿por qué va a intranquilizar Hugo a su madre ahora?, dice que se tiene que ir, y mira a Josefina, que está picando una cebolla, y se le acerca, y le dice que a ver si está enfadada con él, y ella se voltea para sonreírle y decirle que no, de ninguna manera; Hugo le pone la mano sobre el hombro, y se lo oprime un poco, como haciéndole una señal de que todo está bien, y luego se acerca a su madre, y le dice, "hasta luego, vieja" con mucho cariño, deja a las dos mujeres trabajando en la cocina, y sale.

43 - (44)

-!Rosa!...

-?Has venido hasta aquí;hermana?

-Claro que sí; ?per qué no voy a venir?; ?no me esperabas?

-Sí..., has tardado mucho...

-Es que ahora estoy trabajando, y tengo mucho que hacer; después tengo que ir a visitar a José Armas también...

-Sí... Y no has traído a Robertico...

-No sé, me daba miedo traerlo a la cárcel, ?comprendes?... No sabía cómo era esto, y no sabía si te iba a gustar que él te viese en este sitio, ?comprendes?... ?Quieres que te lo traiga el próximo domingo?

-Sí.

-?Cómo te sientes?

-No muy bien...

-?Te duele el hombro?

-No, eso se curó ya...

-Aquí... no te sientes bien aquí....

-No.

-Bueno, hermana; ya tú sabes que no es para mucho...

-¿No es para mucho?

-No; el abogado, el amigo de Hugo, dice que te van a sacar pronto, que tú no hicistes nada...

-Sí, ya sé...

-Unos días se pasan pronto.

-¿Unos días?... Aquí hay como diez mujeres que están como yo, y ya llevan más de un año.

-¡Un año!

-Un año...

-Eso es porque no tienen abogado...

-Aquí abogado tiene todo el mundo; ¡un abogado es una mierda!

-¿Cómo?

-Lo que oyes.

-¿Por qué hablas así?

-Es la única forma de llamar las cosas por su nombre.

-Tú no eras antes así, Rosa.

-¿No, eh?... ¿De qué colegio me sacaron a mí, ah?

-Rosa... por Dios, no me hables así...

-¿Cómo quieres que te hable?... Cada vez veo más claro que Villanueva tenía razón; este mundo es para los ricos y para los vivos, ¿entiendes?; él no nació rico... ¡porque eso se nace, oíste!... y si no nació rico, tenía que despertarse para vivir, ¡ser vivo!... ¿me entiendes, hermana?...

-Sí que te entiendo, pero no es verdad.

-!No es verdad!... ¿Tú sabes lo que hacen los abogados aquí?

-No...

-Para que te ayuden, te hacen firmar recibos; luego, cuando sales de aquí, tienes que hacer lo que te digan ellos, ¿entiendes?...

-!No puede ser!

-¿No puede ser?... !A mí no me ha hecho todavía eso un abogado, porque si me lo pide le rompo un palo en la cabeza!

-!Mujer, eso no lo hacen los abogados!...

-Pues sí lo hacen; se lo han hecho a una que duerme a mi lado; esa es mi compañera, ¿sabes?... Mira: fuma marihuana, se acuesta con su vecina...

-?!Cómo?!...

-Como lo estás oyendo.

-Y, ¿por dónde le entra la marihuana?

-!Por todos lados, m'hijita, por todos lados!...

-Eso está prohibido...

-!Claro que está prohibido!... Y ¿qué no está prohibido en este mundo, ah?... Dime... ¿Y qué es lo que no se hace en este mundo, ah?... Aquí se prohíbe todo y se hace todo, ¿no comprendes, hermana?...

-Eso es horroroso...

-Pues eso; tú sabes que yo no soy una santa, ¿no?...

-No...

-Pues, escúchame, !aquí me están abriendo los ojos!... Sí, Josefina,

Villanueva, con todos sus defectos y todo, Villanueva era un santo, ¿comprendes?... Eso era un santo... Aquí se pelean, aquí se roban, aquí toman, aquí ¡hacen de todo!...

-¡Dentro de la cárcel!...

-Dentro, que es donde estoy yo, ¿no?... ¿Me lo creas?...

-Claro que te creo... Pero me parece horrible.. Yo voy a ir a casa del abogado mañana, después del trabajo; le voy a llamar por teléfono al mediodía para pedirle una cita; tú sabes que a las seis, que es cuando salgo yo, ya no están las oficinas abiertas... Pues iré mañana mismo, y trataré de que te saquen cuanto antes. ¿Quieres, hermanas?...

-Sí; no sé cómo pagarte todo, Josefina...

-Y cuando salgas vendrás a vivir con nosotros, ¿ah?... ¿No te parece?...

-No me parece...

-¿!No?!

-No... A mí sí me gustaría; pero yo no creo que le guste esto a tu hombre, y al pequeño tampoco, ¡que ya no es tan pequeño!...

-¿Por qué?...

-No sé; he andado por ahí, y he estado en la cárcel, ¿comprendes?...

-Sí, pero ya José Armas está conforme; quiero decirte más, que fue él quien me propuso esta solución; él es muy bueno, ¿sabes, Rosa?... muy bueno; y Robertico, pues tú eres su hermana, ¿no?...

-Sí...

-Y como yo estoy segura de que tú puedes cambiar...

-Sí →

-¿Crees que sí?

-Sí, creo que sí... No sé...

-¿No sabes?...

-Creo que sí; yo haré lo posible; pero te confieso que no sé si podré, ¿sabes?, no sé si podré hacerlo; ¡tengo miedo, Josefina!...

-¡Pero tú puedes, Rosa!... Si tú quieres, ¡tú puedes hacerlo!...

¿no crees?...

-Creo que sí; pero no sé...; antes he intentado muchas veces, y no me ha salido...

-Tú dí que no, y será no, ¿comprendes?

-¿Tú crees?

-Claro, hermana...

-Yo me he dicho muchas veces que no; ¿tú crees que me gustaba hacer eso, cuando te veía a tí tan dolida por todo lo mío y cuando veía a Robertico jugando con los vecinitos?... ¿tú crees que me gustaba?...

¿!Dime!?...

-No sé...

-¡No, no me gustaba!... Y, ¿qué iba a hacer?... Intenté trabajar, y tú sabes que trabajé un tiempo. ¡Pero a mí se me pegan los hombres como... ¡el chicle!... ¿sabes?... Y yo me dejó decir las cosas, y los creo.

Siempre creo que alguien me tiene que decir la verdad. Y creo que Villanueva me la dijo...

-¿Villanueva!?

-Sí, yo sé todo lo que era, pero fue sincero conmigo, y cargó conmigo por todo por donde tuvo que andar... y, ya ves, a dónde me trajo...; pero eso tampoco fue culpa de él, ¿comprendes?...

-!Cómo no va a ser culpa de él!...

-El no tuvo culpa, Josefina...

-Bueno, ¿por qué no hablamos de tí?... Y tengo que irme, porque esta tarde quiero llegar a visitar a José Armas también,

-¿Vas a ir a verlo?

-Claro.

-Dile que le envío saludos...

-¿Lo conoces?

-Sí, aquel día que fui allá me lo presentó Aquiles; parece buen muchacho; ¡ojalá te salga bueno, Josefina!; entonces, ¿irás a ver al abogado, hermana?...

- Sí; mañana mismo voy. Toma esto, para que tengas algo...

-No... ¿por qué me das dinero?

-Te hará falta...

-Sí...

-Bueno, y volveré a verte el domingo...

-Y me traes a Robertico.

-Bueno.

45

"No vas a trabajar hoy?", pregunta Rosa, y Josefina le dice que no, que hoy es Jueves Santo; ¡ah!...; Josefina deja por un momento de pensar el coleteo, mira a su hermana, y le dice si no sabía que hoy era Jueves Santo; Rosa le dice que sí, que ella se lo había dicho ayer, pero que ya no se acordaba de eso; Josefina sigue trabajando, y pregunta a su hermana si no va a ir a la iglesia; Rosa no sabe...; Josefina le dice que ella quiere ir a hacer una visita a Santa Teresa hoy, y que va a llevarse a Robertico, a ver si quiere venir ella con ellos, a ver si quiere acompañarles; "no sé"...; entonces Josefina le pregunta a ver si hace mucho que no va a la iglesia; no...; ¿no?... ¿cuándo ha ido, si hace años que ella no la ha visto ir para la iglesia?...; Rosa se sonríe un poco y le dice, para darle una sorpresa, que estuvo en la iglesia ayer; ¿ayer?!...; sí...; ¿ayer, que era Miércoles Santo?...; sí; ¿a dónde había ido?; ella dice que fue a hacerle una visita al Nazareno en Santa Teresa;

"¿tú?"...; sí, ¿por qué no puede ir ella a hacer una visita al Nazareno de San Pablo, ah?, y se ríe un poco de la sorpresa que acaba de dar a su hermana; Josefina se ríe también, y le dice que sí, que por ir puede ir, y si eso era así, ¿cómo es que ella, Rosa, no sabía en qué día estaban hoy?; Rosa dice que así, de momento, no se había acordado, pero que ella estuvo haciendo la visita, que era verdad; entonces Josefina le pregunta que cómo sabía ella que ayer era Miércoles Santo, ¿ah?; Rosa le dice que saber no sabía, pero que después de salir de casa del abogado e irse hasta la parada del autobús había pasado por Santa Teresa, y entonces ella vio la gente y los nazarenos y supo que era eso, y entró; "¿entraste?"...; ¿qué tenía eso de malo?...; no, nada de malo, pero a Josefina le sorprende que ella haya entrado en la iglesia; Rosa dice que estaba muy llena; Josefina le dice que sí, que siempre ese día suele ser así, y que ella recuerda, ¿no recuerda Rosa?, el día de Miércoles Santo, hace algunos años, cuando pasó algo, que se prendió fuego o algo, y que todos querían salir de un golpe y que murieron muchos, hasta muchos niños, ¿no recuerda?...; claro que Rosa recuerda eso, y cuando tuvo ayer pensó también lo que pasaría en aquella iglesia si de pronto la gente empezase a correr hacia la puerta, ¿no?...; sí, eso fue horrible, y Rosa, ¿había rezado?; Rosa le dice que sí; "¿tú sabes rezar?"...; Rosa, que está sentada, se levanta y hace como si recogiese algo de sobre la mesa y dice que sí, que así, oraciones, no sabe, pero que ella sí rezó...; "¿no te dé pena eso, mujer, que rezar no es malo!"...; no...; ¿qué rezaste?...; bueno, también se puede rezar sin oraciones, ¿no?...; Josefina le dice que sí, que ella cree que sí...; por eso, ella había rezado; "¿qué pediste?"...; a Rosa se le hace difícil hablar de estas cosas, y ella sigue haciendo que hace algo, aunque no está haciendo nada, y dice que... muchas cosas, que rezó ella por varias cosas...; ¿varias?...; sí, varias...; ¿muchas?...;

no, varias, porque hay muchas cosas que pedir, pero no se pueden pedir demasiadas cosas, no?...; ¡no!, Josefina dice que pedir demasiado no se puede tampoco; Rosa dice que una pide, así, porque le hace falta, que una no sabe si va a llegar nada de lo que se pide, pero que una pide, ¿qué la parece eso a Josefina?; Josefina le dice que sin pedir no se consigue nada, y que hay que pedir...; sí, muchas cosas; sí, ¿pero qué cosas había pedido Rosa al Nazareno?...; Rosa no sabe qué decir, y dice al fin que eso no se dice...; "¿por qué no se va a decir?", le contesta Josefina; Rosa dice que no, que esas son cosas de una, y que no se dicen...; Josefina insiste en que ella comprende eso, porque las cosas de una son de muy adentro, pero que se puede conversar sobre eso, que por qué no; Rosa dice que no sabe por qué no, pero que a ella le cuesta decir esas cosas; "¿quieres saber- le dice Josefina- lo que voy a pedirle yo ahora, cuando vaya con Robertico?"; sí, Rosa le dice que sí, que le gustaría conocer eso; pues Josefina se sienta ahora sobre un cajón y le dice que ella va a pedir al Nazareno, y a Dios, ¿que es lo mismo!, le va a pedir que saque a José Arnas de eso, ¿no?...; claro, de la Casa de Observación...; sí, y de todos sus problemas, ¿no?...; sí...; y también va a pedirle Josefina que ayude a Rosa...; "¿a mí?!"...; claro, que le ayude a encontrar un camino, lo que sea, algo que sea bueno, ¿quiere ella, Rosa, que pida eso?...; claro que sí...; eso, y quiere Josefina pedirle también por Robertico, que lo guarde del mal, y que sea un hombre bueno y de familia...; ¿de qué familia?...; "de la nuestra, mujer, pero que sea de hogar, pues, de familia, ¿entiendes?"; sí, Rosa entiende, es que ella creía que Josefina le iba a pedir al Nazareno que Robertico fuese de buena familia, que fuese rico, ¿no?...; no, y Josefina se ríe, y le dice que ¡nunca! hay que pedir al Nazareno a Dios, que es lo mismo: esas cosas, como el dinero, ¿comprende Rosa eso?

¡sí, sí comprende, pero se imaginó esa loquera! ¿y qué más... y a ver si no iba a pedir algo para ella misma, para Josefina...; Josefina le dice que no, que ella no necesita nada más, que si sus dos hermanos y José, los tres, están bien, que ella tiene bastante con eso, y que ¿qué más necesita?...; Rosa le dice que sí, que es verdad; "eso es lo mío", le dice Josefina, y insiste todavía en que sí se puede hablar de eso, y que ella, Rosa, ya ha visto que Josefina ha pedido hablar de Ello que se pide al Nazareno, y no ha pasado nada; Rosa se da cuenta que sí, que sí se puede, que es verdad...; bueno, y Josefina se queda esperando, con el palo del colato debajo de la barbilla...; "yo también pedí lo mismo"...; ¿lo mismo?...; sí, Rosa descubre ahora que es eso mismo lo que pidió ella a Dios, porque ella le había pedido que ayudase a Josefina con el trabajo y todo, también con José Armas, ¿no?, y que le pidió... que tuviese Josefina más suerte que ella con los hombres...; ¿de veras?...; sí, y también que cuidase de Robertico, porque así tenía que ser, y luego que a ella, a Rosa, le ayudase también a encontrar un camino, como había dicho Josefina también, ¿no?, y Rosa está hablando y no mira a Josefina, sino que está mirando al suelo...; ¿y qué más?...; "y también le pedí... que me ayudase a encontrar un hombre bueno, que me quiera", ¿comprende Josefina eso?...; ¿cómo no la va a comprender!...; ¿pero Josefina no cree que eso, al pedir así cosas buenas para ella, para Rosa, es demasiado egoísta?...; ¿pedir eso, que Dios le dé un hombre bueno y que le quiera, eso va a ser egoísta?... ¿no, mujer eso era lo mejor que se puede pedir a Dios, y eso es lo que El quiere, ¿no comprende eso Rosa?!...; bueno, Rosa no sabe de eso, es que le parece eso muy difícil...; ¿difícil?...; claro; bueno, pero una tiene que tener fé en que hay hombres que son buenos, y una tiene que ser buena también, porque lo malo atrae lo malo, y lo bueno atrae lo bueno, ¿no?, y, por eso, no tiene que darse una al primero que lle -

que... ¿comprende eso Rosa?... una tiene que ser primero lo que quiere ser después, y si un hombre ve que la mujer se hace respetar, pues él también, ¿si la quiere, ¿no?... él también la respeta, ¿comprende Rosa eso?...; sí, sí que comprende ella muy bien eso...; bueno, le dice Josefina, pues si hace eso puede que le salga bien...; "o mal"...; bueno, insiste Josefina, pero una tiene que empezar pensando en que va a salirle a una bien, ¿no?...; Rosa dice que sí, que puede ser, pero que ella... ya no está empezando tampoco, ¿no?... Josefina ya sabe, ya sabe bien cómo está Rosa, pero ella cree que siempre se pueda volver a empezar...; ¿Josefina cree eso?...; claro que sí...; es que a ella, a Rosa, la conoce ya todo el mundo...; Josefina insiste en que eso no importa, porque la gente olvida pronto, y que si Rosa empieza a hacer otra vida, la gente se olvida de lo viejo empieza a ver lo nuevo, lo que está haciendo ahora...; "¿tú crees eso?"...; Josefina dice que sí, que ella está segura, porque una no puede seguir por siempre siendo lo que ha sido, que se puede cambiar, y que puede que una que es muy buena se haga mala, y que puede que una que ha sido mala se haga buena, porque todo era el querer... ¿Rosa comprendía lo que le quería decir?...; sí, ella sí entiende; bueno, pues había que ponerse a andar ese camino...; Rosa no está convencida del todo, y dice a su hermana que todo el mundo la conoce en el barrio y que se le acercan y que le dicen cosas, que nadie la respeta... ¿comprende eso Josefina?...; sí, sí, toda esa /tristeza la conoce ella porque la lleva encima, aunque sea la de su hermana, y que si ellos tuviesen para mudarse lo harían pronto, y se irían a otra parte donde no conozcan a Rosa de nada..., pero que lo que gana ella ahora es tan poco que no da ni para pagar la renta de este ranchito... ¿ay si Hugo la oyese decir ahora que por este miserable rancho de tablas y techo de zinc le estaban

cobrando cien bolívars al mes, y que el que les está cobrando eso no es un limpio, sino uno que vive en quinta con el dinero que arranca a la miseria de esa gente que vive por toda esa parte del Manicomio!...; ¿qué diría Hugo?...; ¡pues Hugo diría, y tendría razón, de que ya ha llegado la hora de hacer la justicia, ¿comprende eso su hermana?, y que no les estén abogando a los pobres la poca vida con que van naciendo...; ¿ese Hugo, como que era un revolucionario?; no, le diga Josefina que no, que revolucionario no parece que es, porque no anda en las guerrillas, pero que tiene razón en lo que dice, que habla como un santo, y que a ver si ella, Rosa, no lo conoce; sí, que vino a casa, con Aquiles, pero hace años; ¡ah, pues es un muchacho muy inteligente, y buen mozo, y que había sido muy amigo de Aquiles, ¿sabe ella eso?...; sí, había oído hablar de eso...; ¿y sabía Rosa también que era él el que estaba haciendo todo lo que podía por ayudarle a ella con el abogado?...; sí...; ¿y no le estaba agradecido por eso a Hugo?...; bueno, sí, pero es que no lo había visto, y no había podido darle las gracias por eso; pero lo iba a hacer, ¿no?, porque un día podían ir las dos hermanas y Robertico hasta la casa de la señora Campos para hacerles una visita, porque esa gente se había portado muy-muy bien con ellos, ¿sabía Rosa eso?...; sí, sabía, ¿cómo no?...; bueno, y regresando a lo de antes, Josefina siguió diciendo a Rosa que ahora no podía cambiar de barrio, porque no había con qué, y que, recordando otra vez a Hugo, que el dinero servía a veces también para alejarse del pecado, pero que cuando saliese José Armas y se pudiese a trabajar, entonces tendrían ellos dos sueldos, y con eso que sí podrían mudarse a un apartamento, bien lejocotes del Manicomio, ¿qué le parecía esa idea a Rosa?...; ¡ah, pues muy bien, ¿cómo le iba a parecer otra cosa?... pero que a ella le gustaría trabajar también, y ayu-

dar a la casa con plata para hacer todo eso; Josefina dice que sí, que también llegarán a eso, pero que pensarán en eso cuando ella tenga el hombro completamente curado y se sienta fuerte otra vez, ¿comprende Rosa eso?...; Rosa dice que ya el hombro lo tiene bueno, que la herida está cerrada y que apenas le duele; Josefina le dice que bueno, que cuando se termine de curar, entonces, buscarán algo para ella, algún trabajo que le guste, y que entonces serán tres ganando plata, y que entonces podrán comprar unos muebles bellos...; "¡estás soñando, hermana!"...; bueno, pero Josefina sabe que para hacer algo hay que comenzar por soñar, porque soñar da mucha fuerza, y que, por eso, hay que empezar por el principio, ¿no?, y que el principio era empezar a pedir, y que ella se iba a ir ahora mismo con Robertico a Santa Teresa a hacerle la visita al Mazareno...; a Rosa le pareció muy bien; Josefina le preguntó si haría la cocina mientras tanto; Rosa dijo que sí, que lo haría con gusto, aunque ella no cocinaba tan bien como Josefina; Josefina le contestó que no, que ella lo hacía muy bien, y que estos días que estaba la cocina en manos de Rosa habían comido como nunca, y que hasta Robertico estaba comiendo mejor que antes...; ¿era verdad?; Josefina le dijo que sí, que estaba segura de eso, y que hoy se quedaba cocinando en la casa, pero que el domingo iban a ir Robertico y ella a visitar a José Armas en la Casa de Observación, y que ella le gustaría que fuese Rosa con ellos, ¿quería ir con ellos el domingo?...; Rosa se asusta un poco y dice que no; ¿por qué?... no sabe Rosa por qué, pero le da pena; ¿quién?...; no sabe...; ¿José Armas?... sí, un poco, y el director también...; bueno, pero si no van a ver al director; ¿no?; no, él no está allá los domingos...; bueno, Rosa va a pensarlo, que le deje pensar en eso...; como quiera ella, y ¿dónde está Robertico?...; está jugando fuera, con su amigo; ¿quiere Rosa llamarlo y llevarle la cara y vestirlo?...; sí, sí quiere, y va a buscar a su hermano, y Josefina se va a vestir.

46

Josefina fue a pedir un trabajo para su hermana; el director de la fábrica le dijo que se sentase, y se sentó; ¿qué edad tenía su hermana?; ella tenía 20 años, iba a cumplir 21 pronto, en dos meses; ¿había trabajado antes; sí, Josefina dijo que sí, porque le salió sin querer; el director le preguntó que dónde; bueno, en una fábrica de ropas hechas y... en dos o tres sitios así, que ella no sabe o no recuerda; ¿podía traer Rosa alguna carta de recomendación?...; bueno, carta, ella cree que será difícil conseguir una carta, porque ella donde trabajó fue con un turco, donde hacen ropa, y Josefina cree que ahí no saben ni escribir...; ¿y en las demás casas donde trabajó su hermana?...; ¡no le idice ella que no sabe dónde!, pero que seguramente ahí tampoco sabían escribir, es que han sido casas de comercio pequeñas...; bueno, y ella, Rosa, ¿había pertenecido alguna vez a sindicatos?...; ¿sindicatos?, no, ella cree que no, ni seguramente sabe Rosa lo que es un sindicato...; ¿será verdad?...;

pues sí es verdad, está segura que es verdad, porque nunca ha oído hablar ella a Rosa de sindicatos...; no, es que hay gente que ha andado metida en sindicatos y en huelgas y todas esas vagabunderías, y después, cuando van a pedir trabajo a otra parte, tratan de que no pidan referencias, ¡las malas referencias!, del trabajo que han tenido antes, ¿comprende eso Josefina?...; sí, sí comprende, y Josefina recuerda a Hugo y piensa que Hugo no conseguiría nunca en la vida un trabajo en esta fábrica, y Josefina está silenciosa, pensando, como si ya lo hubiese dicho todo; el director está escribiendo algo en una hoja; de pronto él pregunta si su hermana está casada; Josefina le dice que no, que casada no está; bueno... ¿tiene hijos?...; no, hijos tampoco tiene; ¿vive en la casa con sus hermanos, no vive con algún hombre?...; Josefina le dice que vive con ellos dos, con Robertico y con ella; ¿y por qué?...; ¿por qué?...; sí, ¿por qué?, ¿no es bonita?; sí, mucho más bonita que Josefina; ¿más bonita, y no se ha casado?; no, no se ha casado, y Josefina está pensando a dónde va a ir a parar este hombre...; "¿usted no está casada?"; no; y ¿por qué no se ha casado todavía?, pero se va a casar...; ah, sí..., "sí, doctor"...; ya pensaba yo, y ¿con quién?...; pues con su novio, ¿con quién ha de ser!...; ¿dónde está su novio?, y Josefina ve que el hombre está viendo desde los pies para arriba, por las piernas, por encima de la ropa, por los pechos, la garganta y los ojos, todo, con una mirada como una culebra...; su novio está en su casa, ¿dónde va a estar?...; pero, ¿dónde trabaja?...; trabaja... como carpintero, en un taller...; ¿pero dónde?...; pues... es un taller pequeño que está... por San Agustín del Sur...; ¿no sabe Josefina como se llama el

taller?...; no, ella no sabe; ¿por qué?...; porque no se lo ha preguntado nunca; está bien...; ¿habrá algo para Rosa, su hermana, doctor?...; bueno...; aunque sea ganando poco, aunque sea ganando como ella...;"¿usted cree que está ganando poco!?"...; no, Josefina no se queja, pero como su hermana es mayor que ella, acaso tendrían que pagarle más, pero Rosa vendría por lo que le pagan a ella, a Josefina, ¿entiende lo que le ha querido decir?...; sí, sí, entiende, pero es que allá él no paga por los años que tenga cada mujer, sino por el trabajo que haga, ¿entendido?...; sí, Josefina entiende eso muy bien...; ¿seguro que entiende?...; sí, sí entiende; ¿de veras?...; bueno, ella sí cree que entiende; es que hay gente que no entiende y hay que repetírle mucho las cosas, ¿no?...; Josefina no sabe nada de eso, porque ella entiende lo que le dicen siempre; bueno, puede decir a su hermana Rosa que venga a verlo mañana; ¿en la mañana?...; en la mañana, está bien; ¿a qué hora?...; a cualquier hora; "gracias, doctor"...

42 - (48)

"¡Josefina, Robertico!"... es José Armas, gritando; Josefina y Robertico acaban de entrar por el portón, y ven que es José, y Josefina le dice a Robertico que corra, que corra a darle un beso, y Robertico corre y se abraza a José Armas, y vienen los dos a buscar a Josefina, que llega corriendo: "¿es verdad?"...; ¡claro que es verdad!... ¡no le ve la cara?!...; sí, ¡no se lo va a ver!, y Josefina hasta le da un beso, y José no la quiere soltar; "suéltame, suéltame"...; ¡no quiere Josefina que la abraze?...; sí que quiera, pero no así, delante de toda aquella gente que los está viendo, ¿no comprende José lo que le quiere decir?...; sí, José sí entiende eso, y a él le gustan las mujeres que sean así..., que no sean de otra manera, pero ahora quiere decirle muy seriamente que está llegando tarde...; ¿tarde?... ¡si es como siempre!...; sí, pero a él le ha parecido el día muy largo...; ya comprende Josefina eso de esperar y esperar... ¿a qué hora sale mañana?; José no sabe, pero será en la mañana cuando lo lleven al tribunal de Menores, que es donde conceden la libertad,

en la primera hora de la mañana, ¿no?, y se lo pregunta a Josefina; ¿qué sabe Josefina cuándo le van a dejar salir mañana, ¿está loco!?!...; está loco, pero de contento...; bueno, ¿Robertico no le ha dicho nada?; no; ¿no?; no, no le ha dicho nada...; es que él le tiene algo a José; ¿de veras?...; sí, que José cierre los ojos; y José cierra los ojos, y espera, y dice que tiene que ser algo bonito, porque está envuelto en papel, ¿no?; claro que sí, porque José puede oír el ruido del papel cuando se lo está quitando Robertico...; "¡abre los ojos!"...; ¡un suéter!...; un suéter; ¿quién se lo ha hecho... ¿Josefina?...; no, ella no ha sido...; ¿quién?...; Rosa; ¿Rosa?... ¡y Rosa sabe hacer estas cosas?...; y sonríe José con malicia; Josefina se enfada un poco y le dice que no le gusta que hable así de su hermana...; ¡pero si él no ha dicho nada!...; no, pero ha querido decir; bueno...; sí, bueno, como le quiso decir... el director de su fábrica; ¿qué le quiso decir a ella el director, ¡ah!?...; no, nada, no fue a ella...; pero los hombres hablan siempre así, y uno tiene que hacerse la tonta, porque si se enfada puede perder más, no comprende eso José?...; ¿de qué le está hablando?...; de nada, ya le va a hablar después de eso, cuando esté en la casa; ¿algo malo?...; no, no, pero Josefina le dice que las mujeres tienen a veces que hacer que no entienden y otras que sí entienden, pero lo que tienen que hacer siempre es estar en su sitio, siempre que se pueda, ¿no?... "¡no te entiendo nada!"...; no importa, ya te contaré, no es nada importante, pero ahora lo que sí es importante es que Rosa está aprendiendo a hacer punto, ¿no es eso importante?...; ¡claro que sí!; ¿quién se lo enseñó?...; ¿quién va a ser sino Josefina?; ¡no podía ser sino ella!...; ¡no, que no la abraza, porque se va a ir!...; ¡te irías!...; ¡no, no se iría nunca de su lado!...; bueno...; y tenía Josefina algo más que decirle sobre Rosa...;

¿qué?...; ¿que va a empezar a trabajar!...; ¿cuándo!?...; "¡mañana, mañana en la mañana!"...; ¿dónde?...; ¡en la fábrica de bolsas, con Josefina!; ¿de veras?!; ¿que sí!...; ¿y está contenta?...; como loca, que Rosa está como loca de contenta; entonces, ¿se está acostumbrando?...; ya los novios están sentados en el banco del rincón, debajo de la trinitaria, han llegado sin siquiera darse cuenta, y José se acuerda entonces que Robertico ya no está con ellos, y pregunta a Josefina que dónde está el pequeño; Josefina sí sabe, porque lo está viendo: "allá, ¿no lo ves?"...; y José lo ve, y dice a Josefina que es con Suárez, un buen amigo de Aquiles y él: "nosotros no le hemos hecho ningún caso, ¿estará bravo?"...; no, ¿por qué iba a estar bravo Robertico?...; bueno, Josefina le estaba diciendo algo de Rosa, ¿qué era?; era que Rosa sí se estaba acostumbrando a la casa y que estaba muy contenta; ¿de veras?...; sí; ¿todavía no sale de casa?; sí sale alguna vez, pero sólo cuando tiene que ir a ver al abogado y alguna vez que tiene que comprar algo en el centro, muy de cuando en cuando, pero ella siempre está en la casa; a José le parece eso magnífico; sí...; y ahora va a salir él, José Armas, ¿se da cuenta Josefina de eso?!; ¡claro que se da cuenta, todo se está realizando; ¿qué se está realizando?...; lo que ella quiere, lo que ella viene pidiendo...; ¿ella pide cosas, ah?!...; ¡claro que sí!...; bueno, ¿y qué ha pedido ella para cuando salga él de la Casa de Observación, ah?...; ¿qué va a pedir?...; sí, que cuando él salga de aquella Casa grande, ¿a dónde va a ir?...; ¿cómo que a dónde?...; sí, ¿a dónde va a ir a vivir él, José Armas?...; ¡a casa, hijo, ¿a dónde puede ir si no?!...; no sabe, José no sabe si eso está bien, lo ha estado pensando y pensando, dándole vueltas a la cabeza pensando en sólo eso, ¿comprende Josefina?...; pero, ¿por qué?...; no sabe José por qué, pero él no tiene nada, absoluta-

mente nada, sólo la ropa que tiene, ¡y que es bien poca cosa la ropa que tiene!...; ¡¡y eso qué importa!?...; él no sabe qué pensar, pero le parece que sí importa... ¿no?...; ¡no, no importa nada!...; ¿de veras?; ¡claro que no, tonto!... ¡¡y cómo se atreve él a poner en duda eso que le está diciendo ella, ah?!...; bueno, José Armas le agradece eso a su novia, ¿no?...; sí, y lo quiere; ¿de veras?; claro que sí, y ahora hay que empezar a preparar las cosas: ¿cuándo sale él de allá?; ¿cuándo?; ¡mañana!...; pero ¿a qué hora?;. no, la hora no sabe, sólo le dijo el doctor que el lunes, sería en la mañana...; sí; y Rosa también; también Rosa estaría trabajando el lunes por la mañana...; y Robertico estaría en la escuela...; también, Robertico estaría también ocupado, en la escuela, ¡¡qué le parece a José, que todos en la casa estén haciendo algo, ah?!...; ¡maravilloso!: "y todo gracias a tí, Josefina"...; ¡gracias a ella, por qué?...; ¿quién había hecho todo aquello sino ella?...; bueno, ella había tratado de ayudarse, eso sí, pero el mérito no era de ella; ¿de quién entonces?; nada, que había salido así...; no, las cosas no salen solas, así... ¿no?, y José le quiere dar un beso, pero Josefina se resiste, porque no quiere que los vean, ¡y el último día de José en la Casa grande!, como lo pueden hacer dos sinvergüenzas...; "¡pero si nos vamos a casar!"...; sí, pero todavía no están casados, ¿no?...; no, no están casados aún, pero van a estar...; ¿cuándo quiere casarse José con ella?; ¡con ella, ¡cuando ella lo quiera!?!; no, esa no es una respuesta, porque Josefina quiere saber qué día le gustaría casarse; "¡el lunes!"; "¿qué lunes!?"...; "¡mañana!"...; "¡cómo va a ser mañana!"...; "¡y por qué no?"...; Josefina se ríe, y le dice: "¡tú crees, mi loco bueno, que casarse es ir a la iglesia y oír misa!"...; a José le ha asustado la risa de Josefina, y se le queda viendo...; "¡por que eso será por la Iglesia, ¿no?"...; a José no le importa eso, lo que le importa es casarse; "¡pero por la iglesi.

¡por dónde ella quiera!; no, por donde ella quiera no, porque este matrimonio es entre dos, ¿no?...; ¡claro que sí!...; bueno, si es entre dos, ella quiere que él tenga su opinión también, y que se la diga, ¿no?...; bueno, él no tiene inconveniente en eso...; no, es que ella quiere un hombre que haga algo más que obedecer, quiere un hombre que decida las cosas y que sepa lo que quiere...; ¡si él sabe bien lo que quiere!...; sí, pero quiere, además, que sepa cómo lo quiere...; ¡si él sabe también cómo lo quiere!...; ¿cómo?...; así, como está hecha ella...; ¡no, que no la toque así... que qué escándalo es ése!...; ¡por qué tanto miedo?...; por miedo no, por respeto, ¿no?...; bueno...; que se guarde ahora las manos quietas, y que espabile aquella cabeza, que ella quiere saber qué es lo que él quiere de ella...; "¿qué quiero de tí?"...; sí, eso es; pues quiere a ella, a todo lo que es ella; ¡pero cómo?...; pues así, tal como está y como debe ser...; ¡por la Iglesia!...; ¡si ella quiere por la Iglesia, será por la Iglesia!...; ¡no será por lo que quiera ella, sino por lo que quieren los dos!...; pues, por eso, que si él quiere lo que quiere ella, eso quiere decir que lo quieren los dos, ¿no?...; sí, pero... "¿tú crees que casarse uno por la Iglesia es llegar a la iglesia y nos casan?"...; ¡¿no?!...; ¡no!; y, entonces, ¿cómo nos casan en la iglesia?...; "pues primero hay que sacar unos papeles, ¿sabes?"...; no sabía, pero ahora sí sabe...; "¿no sabías que había necesidad de sacar papeles?"...; sí, porque había necesidad de tener papeles para todo, y para casarse seguramente piden papeles también, ¿no?...; exacto...; pues los papeles se sacan...; se sacan, pero hace falta tiempo para sacar los papeles, por eso es que no se podían casar el lunes, ¿no comprende eso José Armas?...; sí, sí...; y uno, para casarse, necesita también padrinos, ¿no?...; seguramente hace falta también padrinos, ¿qué le quiere decir con

eso?...; no, que la cosa es seria, y que mientras se casan como manda Dios, ¡no se han casado!...; "¡seguro que si no nos casamos no nos hemos casado"; "no te rías"; "no me río"...; y todo eso toma tiempo, ¿no se da cuenta José Armas de eso?; si se da cuenta, y está bien, ¡si todo lo que dice Josefina está bien!...; bueno, y Josefina le dice entonces que primero tiene que comprar una cama para él...; bueno...; o que mientras se casan puede dormir con Robertico...; ¡con Robertico!...; sí...; ¡tan formal va a ser eso!...; ¿cómo que tan formal?...; ¡y mientras no nos case el cura, ¡nada?!...; ¡nada!...; ¿por qué?; porque sí, ¡y que José Armas no sea sinvergüenza si desde ya está pensando estas cosas!; y José, que tiene las manos y los dedos cruzados con los de Josefina, le dice que, entonces, será como seguir estando aquí, en la Casa grande; Josefina le dice, con la mano, y con la boca, que si él cree eso así, que se puede quedar allá, donde está; "¡ahora que me dejan salir me voy a quedar!"...; Josefina le dice que él conoce la condición; bueno...; ¡bueno, qué?...; que José Armas está conforme; está bien; ¿pero la podrá besar al menos?; bueno, con mucho cuidado, y poco...; ¡No le va a dejar ni besarla!...; no; ¿¡nada?!...; alguna vez; ¿cuántas?; una...; ¿¡uno?!...; sí, y con cuidado; sí, él va a tener mucho cuidado, ¡pero más de un beso al día, ¿no?!...; bueno, que dos; ¡dos?!; dos, ¿no le bastan dos?...; né, a él no le bastan dos, y si, ¡porque no hay más!, son sólo dos, ¡tienen que ser muy largos!...; no, largos tampoco; ¡largos tampoco?; no, muy largos tampoco... ¡y allá, en aquel rincón, no los quiere ni cortos, no!...; José Armas le dice que él le quiere mucho; Josefina le dice que ella también; ¡no puede ser, porque él llega a su casa y lo pone a dormir con Robertico!...; por eso, le dice Josefina, porque lo quiere mucho, y quiere sembrar aquel amor como Dios manda; ¿cómo manda Dios?...; como es debido; ¿cómo?...;

primero hay que hacer los papeles...; ¡cuanto antes!...; sí, cuanto antes, en cuanto puedan, y José se va buscando un trabajo...; se busca él un trabajo, ¿dónde?...; Josefina no sabe, pero hay que buscarlo....; ¿Josefina cree que podrá conseguir un trabajo pronto?...; ¿por qué no?...; no sabe por qué, pero es que él no ha trabajado como carpintero nunca...; ¡todos comienzan comenzando, ¿no?!; sí; todos tienen que comenzar algún día, como Rosa; ¿Rosa está contenta de empezar a trabajar?...; sí está; ¿se le ve contenta a ella?...; sí, está muy cambiada; ¿no sale de noche?...; ¡no!...; ¿y no le llega nadie a la casa?...; ¡no!...; ¡tampoco!...; mejor...; ¡claro que sí!; ojalá no cambia...; ¡Dios no lo quiera!...; "¿tú crees en Dios, Josefina?"...; "yo sí creo"...; ¿de veras?...; "sí, ¿y tú no?"...; no, José Armas no cree en nada que no pueda ver, y él no ha visto nunca a Dios...; Josefina tampoco lo ha visto; ¿y cómo va a creer en algo que no ha visto, ¡ah!; bueno, porque así es Dios; no sabe José de eso, no entiende....; Josefina le pregunta entonces si él ha ido alguna vez a la iglesia; no, nunca; ¿pero a él lo bautizaron, no?...; no sabe José Armas si lo bautizaron; ¿pero le habían puesto un nombre, no?...; sí, le pusieron "José", ¿no sabe ella que se llama así?...; bueno, eso se podía poner también sólo en el registro, ¿no?...; él, José Armas, no sabe de eso; "¿tú sabes si tu mamá y tu papá se casaron?"...; no, ¿y cómo va a saber José Armas eso?, y se le ríe a Josefina en las narices; ¿no vio nunca una fotografía de ellos, de sus padres, el día de la boda, en la casa?...; ¿y qué fotografía iba a ver él en la casa!...; es que cuando se casan la gente saca una foto, y por eso se sabe si se han casado o no, ¿no lo sabía?...; no, José Armas no sabe nada de eso; pues tenía que ir sabiéndolo, porque cuando se casasen ellos tenían que ir a casa de un fotógrafo para que les hiciese una foto así;

¿eso era parte de los papeles?; sí, también ése era un papel; pues estaba bien, pero él en su casa no había visto nunca una fotografía; ¿ni siquiera una de él cuando era pequeño?; tampoco, ¿qué fotografía le iban a hacer a él?...; Josefina no sabía, pero alguna foto le tomaron a él de pequeño en algún sitio; ¿que no, que a él no le habían hecho ninguna foto nunca!...; no tenía por qué enfadarse tampoco...; no, si él no estaba bravo...; pero ¿no le habían hecho una foto nunca!, ¿y a ella?...; sí, a Josefina sí, ella tenía en la casa una fotografía donde estaba ella con Rosa y Aquiles, que se sacaron aquí, en Caracas, antes de morir mamá...; ¿y para qué servía eso?... ¿para qué?, pues era un recuerdo, y a veces ella veía esa foto y veía a Aquiles allá, y a Rosa cuando era pequeña, ¿que era ya muy bonita!, y se acordaba también de su mamá, que era muy buena, ¿comprendía para qué sirven las fotos?...; sí, es como un recuerdo, ¿no?; sí, donde se ve cómo era uno antes, ¿comprende lo que quiere decir?...; sí, ya comprende ahora, cómo no...; ¿por dónde andaría Robertico ahora?...; allá, José los estaba viendo allá jugando con Suárez, y no debía preocuparse del muchacho dentro de la Casa, porque ese portón no estaba hecho para que no entrasen los malos, sino para que no saliesen, ¿acaso no estaba también su Dios allá dentro de la casa?...; ¡claro que sí!; ¿es verdad que estaba en todas partes?...; ¡seguro!; entonces, ¿por qué se preocupaba ella de Robertico, si lo estaba cuidando?...; bueno, esas son cosas que no entiende ella tampoco, ¿no?; no, nadie entiende, pero lo que José Armas quiere decir es que por qué cree la gente en El, y qué es lo que les da El?; Josefina le dice, y le abraza a él los dedos con los suyos, que Dios da la vida a todos, ~~¿a ver si tampoco no cree él en eso?~~ no, no cree en eso; Josefina le dice que ella le pide a El muchas cosas, ~~¿qué cosas?; le pide que le saque a él, a José Armas, de allá, por ejemplo...?~~ ¿eso es lo que ella ha pedido a Dios!...; sí, y ya ve que le atendió, ~~¿que~~

~~va a salir José Armas mañana, ¿no?!. . .; José Armas dice que ése no fue~~
~~Dios; ¿quién fue?!. . .; el director; sí, le dice Josefina, hablándole como~~
~~una madre habla a su hijo, pero Dios ha podido decirle que lo haga. . .;~~
~~¡Dios?!!. . .; claro que sí, ¿es que él, José Armas no comprende estas cosas!;~~
~~no, no comprende, bueno, y ella, Josefina, ¿cree de veras, ¿pero de veras,~~
~~en El?!. . .; ya la ha dicho que sí, que sí cree en Dios. . .; está bien, José~~
~~Armas cree que eso está bien, que está bien que ella cree en Dios; ¿por~~
~~qué?; porque sí, porque le parece bueno eso, ¿nada más!; ¿no?!. . .; bueno. . .;~~
~~sí, él no cree, pero le parece bien que ella cree, ¿y puede que él cree más~~
~~tarde en eso también, ¿no?; puede ser, ¿quién quita!;. . .; eso. . .; ¿porque se~~
~~puede, no?; sí que se puede, se puede en cualquier momento; bueno, entonces~~
~~que Josefina le deje de esas cosas ahora, y que se van a casar, y que ella le~~
~~ha enseñando muchas cosas, ¿no?!. . .; sí) conformes; bueno... ¿quiere José~~
~~Armas llamar a Robertico, que se tienen que ir?!. . .; ¡ya!;. . .; sí, porque ella~~
~~tiene que hacer cosas en la casa, porque José Armas, ¿le parece mentira!,~~
~~va a llegarle mañana en la mañana, y ella tiene que salir a trabajar muy tem-~~
~~prano, y tiene cosas que hacer, ¿no comprende?; sí que comprende; ¡ah!, y~~
~~tienen que hablar de mañana. . .; ¿qué?; que le tiene que decir cómo llegar~~
~~a la casa; bueno. . .; él puede coger un autobús allá, en la placita de Los~~
~~Chorros, arriba de la Avenida El Rosario, ¿no?; sí. . .; luego llega a El Si-~~
~~lencio, ¿no?!. . .; claro; de allá ya sabe por dónde seguir hacia la avenida Su-~~
~~cre y El Manicomio. . .; sí sabe José Armas eso; bueno, pues tiene que subir~~
~~y subir, hasta que llegue a un redondo cercado de casas, que es como una~~
~~placita, y allá termina la calle; y luego pregunta allá por los Rojas, ¿nun-~~
~~ca lo llevó Aquiles a la casa?!. . .; no; "bueno, entonces preguntas por no-~~
~~sotros y te dirán que es un poco más arriba, es un ranchito que tiene la~~

puerta pintada de verde, que es la única que tiene allá ese color", ¿entiende José dónde viven ellos?...; sí sabe; ¡ah!, y la llave... porque, ¿a qué hora va a salir José de allá?; no sabe, acaso temprano en la mañana, o a las diez, como salen muchos para el Tribunal; entonces estará en la casa antes del mediodía, ¿no?; seguramente será así; entonces, le va a dejar la llave; ¿y ella, Josefina?; no importa, porque cuando llega, ahora, tendrá a Rosa en la casa, y mañana saldrán y llegarán juntas, no les hace falta otra cosa... ¿es para que él, José Armas, no tenga que estar esperándolas frente a la puerta, ¿no?!...; bueno; además, ella va a mandar sacar una copia mañana en la tarde, ya así tiene una llave José para cuando tenga que llegar solo a la casa, porque eso, copiar una llave, sólo cuesta dos bolívares; ¿dos bolívares?... ¡ni eso tiene él en su bolsillo!; ¡ah!, José no tiene ni siquiera para el autobús, y le da diez bolívares, ¿le basta?; ¡y le sobra!...; pues espera verlo en la casa mañana al mediodía, ¡le parece mentira!; ¡a José también le parece eso mentira!; bueno, que José llama a Robertico, y se van; *hacia el portón, desfilando, ceremoniosamente.*

49

"¡Conseguistes un trabajo, José!"; se lo ha dicho Josefina, con un abrazo; y José le dice que sí, ¡que es verdad!; que le cuente todo, que se lo cuente, ¿por qué no se sienta?...; ¿dónde?; sobre el cajón; bueno; ¿había ido donde le había indicado el doctor?; claro, ¿dónde si no?; Josefina no sabe, y quiere que le cuente, ¡que le cuente!...; ya va... bueno, se fue allá, a la carpintería, que está en La Florida...; ¿al lado del cine?; no, más arriba, hacia Chapellín, ¿sabe donde queda y que donde mataron a Delgado Chalbaud?...; sí; cerca de eso, hay una carpintería...; ¿y qué pasó, que pasó?...; no, que yo le entregué la carta al señor, que es un hombre joven, y me dijo que sí, que ya el doctor le había llamado por teléfono, ¿no?...; sí; y vi que había mucha gente trabajando, con sierras, con todo, "y me hizo entrar a su oficina, que es un sitio pequeño, y él me preguntó a ver qué había aprendido a hacer en la Casa de Observación, él sabía todo, ¿comprendes?, y yo le

conté lo que hacía, y él me dijo entonces que a ver si podía ir a trabajar mañana"...; ¡mañana mismo!; así le dijo él, y él José Armas, le dijo que sí, que cómo no...; ¡maravilloso!...; sí...; ¿no estaba contento?; claro que estaba contento...; ¿y qué más?; pues quería decirle que él, José Armas, no quería que trabajase más Josefina, porque bastante había hecho ya por todos, y que ahora que iba a tener trabajo él y iba a tener un jornal todas las semanas, que él quería que ella, Josefina, se quedase en la casa, ¿no?, ¿dónde estaba Rosa?...; Rosa se había ido a comprar comida, para la cena, ¿por qué?...; no, porque acaso prefería Josefina que la que se quedase en la casa fuese Rosa, ¿no?...; no sabe, Josefina no sabe, ¡pero está tan contenta de que José esté fuera y que tenga un trabajo y que esté contento!...; sí... bueno, y le decía lo de Rosa, porque así ella tenía menos problemas fuera, ¿no?...; sí, ya lo comprendía bien Josefina, y lo iban a pensar, pero ella estaba pensando que también todo el día en la casa sería demasiado para Rosa, ¿no?...; también, había que pensar en todo eso antes de tomar una decisión; "¿por qué no le preguntas?", le dice José; y Josefina dice que sí, que será mejor preguntarle a ella misma, que decida ella; sí; bueno, que Josefina se lo va a preguntar en cuanto llegue a la casa; José le pregunta si las dos ganan igual; Josefina le dice que no, que ella, con ser más joven^y/todo, gana un poquito más, un bolívar más al día, porque empezó antes; claro...; "y a tí, José, ¿cuánto te van a pagar?"; José dice que no sabe; ¿no preguntó?; no; ¿por qué?; no sabe, no se atrevió a eso; podía haberlo hecho; puede ser, pero no se atrevió a eso; bueno, está bien, porque le pagarán como pagan a los demás, y como es gente conocida del director de la Casa de Observación, está Josefina segura de que no le van a quitar nada, ¿no?; seguro que no; Josefina cree que a un carpintero le tienen que pagar bien, ¿no cree eso José?; no sabe,

José no sabe; bueno, de cualquier manera Josefina cree que ha llegado el momento de pensar en algo...; ¿en qué?; en algo que ella cree que es importante; ¿en casarse?...; no...; ¿no?...; no, y no tiene por qué poner José esa cara, eso viene, y se van a casar pronto, y Josefina se le acerca y le da un beso, y sigue diciéndole que ahora no se trata de eso, sino que... tienen que pensar en mudarse; ¿a dónde?; no sabe, Josefina no sabe, pero ahora que están ganando los tres acaso deberían esperar unos meses trabajando todos para reunir unos reales buscar un apartamento y comprar unos muebles, ¿qué le parece?; a José le parece bien, porque todo le parece bien; es que Josefina sabe muy bien que a Rosa le da pena seguir viviendo en ese barrio, en esa misma calle de antes, porque todo el mundo la conoce y todo el mundo le falta el respeto, ¿comprende eso José Armas?...; sí, comprende muy bien eso, pues que no se hable más y que piensen enseguida para dónde se pueden mudar y cuánto hace falta reunir para mudarse y todo eso, ¿no?, eso lo sabe hacer muy bien Josefina...; bueno, ella hará lo posible; José pregunta entonces que dónde está Rosa, y Josefina le dice que ya le dijo que había ido a comprar unas papas y huevos, ¿no?...; sí...; bueno, ¿qué le preocupa a José?... ¿está segura Josefina que Rosa está en eso?...; Josefina frunce el cejo, y le dice que por qué tiene que pensar eso de Rosa ahora; José Armas le dice que no, que él no está más que preguntando; Josefina ya sabe lo que está preguntando su novio, y le dice que se olvide, que ella sabe que todo va bien, y que ojalá consiguiese Rosa ahora un buen hombre...; José le dice, para animarla, que sí, que ya le llegará, ¿por qué no le va a llegar?...; sí...; sobre todo si se lo pide Josefina; ¿a quién?; a Dios, ¿no?...; bueno, sí, ella se lo está pidiendo siempre,

bueno, entonces le llegará a Rosa lo suyo algún día; ¿está tan seguro José?... y Josefina le sonríe con cariño; pues sí, porque hasta ahora todo lo que ha ido pidiendo Josefina les ha ido llegando a la casa, ¿no?...; sí, es verdad, y Josefina está segura de estar en lo cierto; entonces, José le dice que no hay más que esperar; sí, pero hay que hacer algo más que esperar; ¿más?...; claro, le dice Josefina, porque esperar nada más no trae nada a nadie, lo que hay que hacer es esperar, confiar en Dios, pero trabajar uno mismo, porque Dios hace las cosas a través de uno mismo, ¿no comprende eso José Armas?...; bueno, pues hay que hacerlo así, y por eso que para conseguirle a Rosa un hombre bueno tienen que mudarse a otra parte, porque eso es parte del programa de Dios, ¿no?...; bueno...; sí, porque tiene que ser donde no la conozcan, y no por engañar a nadie, sino para que la crean lo que es ahora y no por lo que era antes, porque esto no es justo tampoco, ¿no le parece eso a José Armas?...; tiene razón Josefina, ¡siempre tiene razón!, pero ¿cuándo se van a casar ellos dos, ah?...; ¡cuidado, que puede llegar su hermana Rosa y le da pena que los consiga así!...; ¡pero se van a casar pronto, no?...; ¡claro, qué tonto es!, pero todavía no están casados, y José Armas debería saberlo, y que le oiga esto: mañana se va a enterar todo lo que hay sobre sus papeles, y también va a ir a la iglesia, a ver qué dice el cura, ¿entendido?...; ¿qué cura?...; es que había una capilla allá abajo, y venía un cura a dar misa, mañana iba a ir a verlo, ¿de acuerdo?...; claro, porque a él, que le digan cuándo, ¡y está listo desde la víspera!...; bueno, todo se andará, y Josefina sabe bien eso, porque las cosas buenas siempre cuestan mucho, y las cosas que se hacen demasiado pronto terminan enseguida también, bueno, y ahorita va a ponerse a cocinar algo porque Robertico va a llegar pronto diciendo que tiene mucha hambre, y él, José Armas, debe

estar hambriento también, ¿no?; sí; pues que la deje hacer sus cosas, que Rosa está al llegar, y que él puede ir bañándose, ¿no?...; sí...; pero que cuide del agua, que no hay mucha, ¿ah?...; bueno...